

PONTIFICIA UNIVERSITAS SANCTÆ CRUCIS  
FACULTAS THEOLOGIÆ

José Velaz Alzuet

**«MADRE DE DIOS Y  
MADRE NUESTRA»**

Introducción al estudio de la vida y la  
doctrina marianas de  
San Josemaría Escrivá de Balaguer

*Tesis doctoral dirigida por el  
Prof. Dr. D. Antonio Aranda*

ROMÆ 2004



## ÍNDICE

ÍNDICE	3
INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE: PERFILES BIOGRÁFICOS MARIANOS	13
CAPÍTULO I: 1902-1936	15
1. AÑOS DE INFANCIA EN BARBASTRO (1902-1915)	15
2. LOGROÑO (1915-1920) Y ZARAGOZA (1920-1926): FUNDAMENTOS MARIANOS PARA UNA FUTURA MISIÓN	18
3. MADRID (1927-1936): «¡NO TE TENÍA MÁS QUE A TI!»	25

CAPÍTULO II: 1936-1959	41
1. EN LOS AÑOS DE LA GUERRA CIVIL: JULIO DE 1936 — ABRIL DE 1939	42
2. 1940-1949: EXPANSIÓN BAJO LA PROTECCIÓN DE LA MADRE DE DIOS	52
a) Primera expansión por toda España: circunstancias y detalles marianos	54
b) Viaje a Roma, «con el alma puesta en mi Madre Santísima»	58
c) María en la primera expansión apostólica por otros países	60
3. ROMA, 1950 — 1959: SIEMPRE AL CALOR DE LA MADRE DE DIOS	63
a) Protección ordinaria y extraordinaria de Santa María	63
b) Huellas marianas en los edificios de la Sede central del Opus Dei	67
c) Viajes por Europa de signo mariano	76
CAPÍTULO III: 1960-1975	79
1. HUELLAS POR EL MUNDO DE UN AMOR FILIAL A MARÍA	80
a) La Madre del Amor Hermoso del Valle de Cañete	80
b) La Madre del Amor Hermoso de la Universidad de Navarra	82
2. BUSCANDO LA INTERCESIÓN MATERNA DE MARÍA PARA LA IGLESIA	85
3. LAS ROMERÍAS DE 1970	89
a) Romería al Santuario de Torreciudad	89
b) Romería a la Virgen de Fátima	93
c) Una visita largamente deseada a la Virgen de Guadalupe	94
4. 1971-1975: UNA CATEQUESIS MUNDIAL DE LA MANO DE MARÍA	100
a) Catequesis en 1972 por la Península Ibérica	103
b) Segunda y tercera catequesis en América (1974-1975)	111

5. TORRECIUDAD Y CAVABIANCA: ÚLTIMOS TESTIMONIOS MATERIALES DE UNA EXISTENCIA MARIANA	114
a) El Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad	114
b) La impronta mariana de Cavabianca, seminario internacional de la Prelatura del Opus Dei	117
6. LA ÚLTIMA JORNADA EN LA TIERRA DE SAN JOSEMARÍA: DOS DETALLES MARIANOS	122

SEGUNDA PARTE: LA DOCTRINA MARIOLÓGICA DE S. JOSEMARÍA: CONTEXTO, FUNDAMENTOS Y CONTENIDOS	125
--	-----

CAPÍTULO IV: CONTEXTO GENERAL	127
-------------------------------	-----

1. EL MOVIMIENTO MARIANO EN EL SIGLO XX	129
a) Reflorecimiento de la piedad mariana	130
b) Apariciones marianas	131
c) Movimiento doctrinal mariano	133
d) Intervenciones de los Papas	134
e) Institución de fiestas marianas	140
f) Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María	142
g) Alcance pastoral y valoración teológica del movimiento mariano	144
2. LA MARIOLOGÍA EN EL PERIODO ANTERIOR AL CONCILIO VATICANO II	147
a) En las primeras décadas del s. XX	147
b) En los años inmediatos al Concilio Vaticano II	150
3. LA DOCTRINA MARIOLÓGICA EN EL CONCILIO VATICANO II	153
4. LA CRISIS DE LA MARIOLOGÍA EN EL INMEDIATO POSTCONCILIO	162
a) Las llamadas «nuevas cristologías»	163

b) Dificultades en torno a la fe en la virginidad de María	164
e) Movimiento antiasuncionista y crisis en torno a la mediación mariana	170
f) A modo de síntesis	173
CAPÍTULO V: FUNDAMENTOS	175
1. FORMACIÓN MARIOLÓGICA Y MARIANA PREVIA	176
a) Introducción: la teología en los seminarios a comienzos del siglo XX	176
b) La formación teológica en el Seminario de Logroño	177
c) La formación recibida en el Seminario de Zaragoza	181
2. ESTUDIO Y MEDITACIÓN PERSONAL DE LA DOCTRINA REVELADA	185
3. CONOCIMIENTO Y USO DE LA SAGRADA ESCRITURA	190
4. REFERENCIA A PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA	209
5. LAS ENSEÑANZAS DEL MAGISTERIO	213
6. PRESENCIA DE LOS TEXTOS LITÚRGICOS	215
EXCURSUS: LA DOCTRINA MARIOLÓGICA DE SAN JOSEMARÍA EN LOS AUTORES	217
a) María y la Trinidad	218
b) La existencia corriente de María	220
c) María en la obra redentora	221
d) Maternidad espiritual	223
e) Medianera universal de la gracia	225
f) María, maestra, modelo y ejemplo	227
g) Culto y devoción mariana	228
h) San José	230
i) Trazos de espiritualidad mariana en Camino	231

---

CAPÍTULO VI: CONTENIDOS	237
1. MARÍA, MADRE DE DIOS	239
a) Introducción: la verdad de fe y las líneas teológicas de fondo	239
b) María, Madre de Dios en San Josemaría	243
c) Madre de Dios: designio divino y respuesta humana	247
d) Madre de Dios y Madre nuestra	250
2. MARÍA: LA OBRA MAESTRA DE DIOS.	252
3. MARÍA INMACULADA	258
4. MARÍA EN SU EXISTENCIA COTIDIANA	262
a) Introducción: descubrir a la Virgen como una de nosotros	262
b) La existencia llena de normalidad de la Madre de Dios	266
c) El corazón humano de nuestra Madre	269
d) María, esposa de José	274
e) María, Madre de familia	276
f) Santidad en la vida ordinaria	278
5. MARIA, MADRE DE LOS HOMBRES	282
6. MARÍA, MAESTRA DE SEGUIMIENTO Y DE IDENTIFICACIÓN CON CRISTO	294
CONCLUSIONES	305
BIBLIOGRAFÍA	315
I. TEXTOS MARIANOS DE SAN JOSEMARÍA	315
II. TEXTOS EN RELACIÓN CON EL TEMA DE LA TESIS	316
Monografías	316
Artículos	320

III. TEXTOS MARIOLÓGICOS CONSULTADOS	325
Monografías	325
Artículos	329
IV. OTRAS OBRAS TEOLÓGICAS CONSULTADAS	335
V. TEXTOS CITADOS DEL MAGISTERIO	336



## INTRODUCCIÓN

"La Virgen es nuestra Madre. Una verdad que he tratado de hacer mía, que he predicado de continuo y que todo católico ha oído y repetido mil veces, hasta colocarla muy en lo íntimo del corazón, y asimilarla de una manera personal y vivida. Cada cristiano puede, echando la vista hacia atrás, reconstruir la historia de sus relaciones con la Madre del Cielo. Una historia en la que hay fechas, personas, y lugares concretos, favores que reconocemos como venidos de Nuestra Señora, y encuentros cargados de un especial sabor"<sup>1</sup>.

Es muy probable que al escribir estas palabras se agolpasen los recuerdos en la memoria de San Josemaría. No podemos, sin embargo, saberlo con certeza. Pero su expresividad nos permite tomarlas como punto de arranque del presente trabajo, de cara a los análisis biográficos y teológicos que habrán de seguir. Queremos afrontar, en primer lugar, el estudio de algunas circunstancias biográficas de nuestro Autor, poseedoras ya en sí mismas de un significativo contenido mariano, para analizar después algunas consecuencias de carácter espiritual y teológico. La convicción que nos guía, y que trataremos de fundamentar y expresar adecuadamente en las páginas siguientes, consiste en la idea de que la "historia de las relaciones" de Josemaría Escrivá "con la Madre del Cielo" —que podría ser sintéticamente llamada su "biografía

---

<sup>1</sup> ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Recuerdos del Pilar*, en: "El Noticiero" (Zaragoza, 11-X-1970).

mariana' —, constituye una clave importante para captar y ahondar en los acentos específicos de su doctrina mariológica.

El estilo que tendrán los tres primeros capítulos de la tesis será más bien histórico-teológico, mientras que en los tres últimos será teológico-espiritual. Lo pide así, a nuestro entender, la naturaleza misma del trabajo que presentamos. Esta memoria de doctorado parte, en efecto, del presupuesto de la inseparabilidad en la vida de San Josemaría entre su "experiencia particular del amor materno de María", a la que implícitamente alude un pasaje de su obra *Amigos de Dios* (n. 293), y sus enseñanzas marianas. La tesis quiere ser, pues, una confirmación de dicho presupuesto, o al menos una primera aproximación a esa meta. En realidad, dado que la segunda parte de nuestro estudio se circunscribe exclusivamente a los textos marianos de San Josemaría publicados en los libros *Es Cristo que pasa* (1ª ed., Madrid 1973) y el mencionado *Amigos de Dios* (1ª ed., Madrid 1977), sólo nos permitimos hablar de aproximación a la confirmación del presupuesto.

Josemaría Escrivá de Balaguer ha sido un hombre llamado por Dios a desempeñar en la Iglesia y ante la historia una misión fundacional, pero también, inseparablemente, un santo que ha desarrollado un fecundo magisterio espiritual, dotado de acentos y argumentos propios. En su figura —como en la de otros hombres y mujeres en la historia del cristianismo, escogidos por Dios para protagonizar papeles análogos— se entrelaza, formando una sólida malla estructural, la "materialidad", si se nos permite hablar así, de unos acontecimientos biográficos, con la "formalidad" de una honda relación personal con Dios y de una intensa actividad pastoral. Y así, en la base de sus enseñanzas —en nuestro caso, en la raíz de la doctrina mariológica que nos proponemos estudiar—, se unen la tradición católica en la que se ha formado y con la que se ha identificado, y las experiencias espirituales y apostólicas de una vida entregada a su específica misión fundacional.

Es, pues, necesario y desde nuestro punto de vista objetivamente inevitable, que la primera parte de nuestro trabajo de investigación

mantenga una clara fisonomía narrativa, que procuraremos acompañar con frecuentes referencias a las perspectivas que los hechos narrados dejan entrever. Recogeremos también en estas primeras páginas abundantes palabras literales de San Josemaría, pertenecientes al contexto de los hechos relatados, pues permiten descubrir algunas claves que en ellos se encierran. Las haremos objeto de atención teológica, junto con otras muchas, en la segunda parte de nuestro trabajo. En realidad, nos interesa mucho "dejar hablar" a nuestro Autor, por medio de acontecimientos y palabras, para recrear el clima espiritual y doctrinal en el que transcurrieron los hechos y fue formulada la doctrina. Procuraremos, pues, transcribir numerosos párrafos, conscientes de su utilidad.

Según lo indicado, la primera parte de la tesis (capítulos 1-3) se centra en los hechos más significativos del itinerario biográfico mariano de San Josemaría, lleno a nuestro entender de luces espirituales y teológicas. Las ordenamos de modo cronológico, como preámbulo indispensable de los posteriores análisis teológicos, que ocuparán la segunda parte.

En el estudio de ese "itinerario mariano" de San Josemaría nos hemos apoyado, principalmente, en los datos que ofrecen las biografías publicadas, aunque hemos utilizado también otras fuentes particulares inéditas, a las que hemos podido tener acceso. Algunas de éstas poseen un estilo más bien testimonial y narrativo, y es posible que, en ocasiones, influyan en el modo de reseñar los hechos que nos interesan. Hemos procurado trabajarlas con acribia científica, pero respetando al mismo tiempo su singularidad literaria.

La segunda parte de la tesis, orientada al análisis externo e interno de la doctrina espiritual mariana de San Josemaría, ha quedado organizada en torno a tres cuestiones independientes pero inseparables: contexto, fundamentos y contenidos de dicha doctrina. Nos detenemos a estudiar, en primer lugar (capítulo 4), los principales aspectos del contexto mariológico-mariano general del siglo XX, en el que se desenvuelven la vida y las enseñanzas de nuestro Autor. Se trata de un periodo fecundo

desde el punto de vista teológico y pastoral, en el que la doctrina de San Josemaría, al tiempo que se alimenta en las fuentes de la gran tradición doctrinal y espiritual católica, se inserta de modo natural en sus líneas de desarrollo. Al conocimiento y uso que hace San Josemaría de dichas fuentes se refieren las páginas del capítulo 5, en el que se incoa un interesante tema de estudio. Apoyamos nuestro análisis en las investigaciones históricas actuales, valiosas pero aún muy reducidas, de algunas obras recientes, que citamos oportunamente. Hemos querido añadir al final de este capítulo, un breve *excursus*, que recoge en síntesis las ideas que otros autores han escrito sobre la doctrina de San Josemaría sobre la Virgen. A la finalidad expositiva de esas páginas se une la de querer servir, en cierto modo, de puente hacia el capítulo final de la tesis. En éste (capítulo 6), en implícito diálogo con esos autores mencionados, y teniendo también presente el contexto general estudiado en el capítulo 4, ofrecemos nuestra lectura y análisis personales de los textos marianos (hasta ahora publicados) del Fundador del Opus Dei,

Finalizando esta Introducción, no puedo dejar de agradecer a las Autoridades Académicas y a los profesores de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, y en especial a los de su Facultad de Teología, y del Departamento de Teología Espiritual, las enseñanzas recibidas en los años en que, con gran provecho para mí, he frecuentado sus aulas. Deseo hacer también una mención particular del profesor Antonio Aranda, director de la tesis, que me ha brindado constante colaboración y consejo en la realización de este trabajo.

**PRIMERA PARTE: PERFILES  
BIOGRÁFICOS MARIANOS**



# CAPÍTULO I: 1902-1936

## 1. AÑOS DE INFANCIA EN BARBASTRO (1902-1915)

Nacido el 9 de enero de 1902, el futuro santo recibió el bautismo el día 13 del mismo mes, conmemoración del Bautismo del Señor. Entre los nombres que se le imponen se encuentran los de José y María, que unidos inseparablemente, hasta el punto de formar un único nombre propio: Josemaría, llegarán a ser más adelante, por voluntad propia, su seña de identidad personal. Pero lo será también, en el orden de su pensamiento. La inseparable unidad entre la virginal Madre de Dios y su castísimo Esposo José, constituye de hecho un elemento significativo de la experiencia espiritual y la doctrina teológica de San Josemaría.

El primer acontecimiento de contenido mariano singular en la vida de aquel niño tendrá lugar en torno a su segundo año de existencia, cuando logra superar, estando ya prácticamente desahuciado, una enfermedad que los médicos auguraban mortal. La curación llega después de que sus padres lo encomienden a la Virgen y prometan llevarlo en acción de gracias, y como signo de ofrenda espiritual, a la ermita de Torreciudad<sup>2</sup>, en la que se conservaba una antigua imagen de Santa María de

---

<sup>2</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol I: «Señor, que vea!», Madrid 1997, p. 30. (En adelante esta obra, cuyos datos utilizaremos con frecuencia, será citada así: VÁZQUES DE PRADA, I, p.).

antiquísima veneración. El hecho traerá consigo, más adelante, importantes consecuencias, pues se encuentra en la base de la conciencia mariana filial y agradecida de san Josemaría, y se manifestará como trasfondo en múltiples realidades espirituales y materiales. Las circunstancias del acontecimiento han sido narradas con detalle por los biógrafos, a los que nos remitimos<sup>3</sup>, y recordadas con frecuencia por san Josemaría, que siempre tuvo la convicción personal — participación, por así decir, de una firme y sencilla certeza de fe de su propia madre — de haber sido salvado por singular intercesión de la Madre de Dios<sup>4</sup>. En su alma infantil quedó grabado para siempre el relato materno de aquella gracia y su sentido de fondo: Dios le había querido dejar en la tierra para algo. Y con el recuerdo de la gracia, quedó también en Josemaría una profunda gratitud filial hacia la gran intercesora, la Madre de Dios<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Cf. BERNAL, S., Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, Madrid 1977, p. 22; VÁZQUEZ DE PRADA, A., El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), Madrid: Rialp, 1983, pp. 51-52; DEL PORTILLO, A., Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, Madrid 1993, pp. 59-60; HELMING, D. M. Huellas en la nieve. Biografía ilustrada de Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, Madrid 1987, pp. 8-9; SASTRE, A., Tiempo de caminar, Madrid 1989, pp. 28-31; BERGLAR, P., Opus Dei. Vida y obra del Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer, Madrid 1988, pp. 29 y 385; CEJAS, J. M., Vida del Beato Josemaría, Madrid 1992, pp. 22-24; URBANO, P. El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá, Madrid 1995, p. 521; SORGI, C., Il Padre. Josemaría Escrivá de Balaguer, Casale Monferrato 1992, pp. 10 y 14; DE AZEVEDO, H. Uma Luz no Mundo. Vida do servo de Deus Monsenhor Josemaria Escrivá de Balaguer, Fundador do Opus Dei, Lisboa 1988, p. 14; GARRIDO, M., Barbastro y el beato Josemaría Escrivá, Barbastro 1995, pp. 36-37.

<sup>4</sup> VV.AA., *Torreciudad*, Madrid, 1988, p. 59. En 1930, había dejado escrito: «¡Señora y Madre mía! Tú me diste la gracia de la vocación, me salvaste la vida, siendo niño; me has oído ¡muchas veces!» (*Apuntes íntimos*, n. 126; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 30). Y asimismo, en 1934, al rememorar durante un retiro espiritual algunos favores recibidos de Dios, escribirá: «Meditación. Lo que Dios nuestro Señor me ha dado particularmente a mí.- 1/ Por medio de su Madre — mi Madre —, siendo niño, me devolvió la salud» (*Apuntes íntimos*, n. 1756; cit. en *ibid.* p. 30, nt. 44).

<sup>5</sup> Una de sus manifestaciones significativas fue la voluntad de erigir en aquellos parajes, cerca de la antigua ermita, un Santuario mariano y unos centros de promoción social. Aludimos a estos hechos en el cap. III, donde los relatamos con mayor atención. El 7 de abril de 1970, estando aún en construcción el Santuario y los demás edificios, san



En esos años de infancia, vividos al calor de la fe y de la piedad de sus padres, fue adquiriendo Josemaría un profundo amor hacia la Señora, del que se poseen no pocos testimonios<sup>6</sup>. Lo pone de manifiesto, por ejemplo, un recuerdo de infancia, elegido entre otros que se encuentran en los relatos biográficos. La familia Escrivá asistía a la Santa Misa, los domingos y días de fiesta, en la catedral de Barbastro. Una vez dentro de la catedral, atraía en especial la atención del pequeño Josemaría una imagen yacente de la Virgen, que representaba la Dormición de Nuestra Señora, situada en una de las capillas laterales. Por la fiesta de la Asunción la imagen se exponía a la veneración de los fieles, y el hecho queda grabado en su memoria, forjando en ella un nuevo trazo mariano. Un cuarto de siglo más tarde, en 1931, en la fiesta del 15 de agosto, rememora aquella experiencia espiritual infantil que, como se aprecia en el texto, ha dejado en él una impronta de amor a la Santa Madre de Dios:

«Día de la Asunción de nuestra Señora, 1931: (...). Realmente, gozo, pareciéndome estar presente... con la Trinidad beatísima, con los ángeles recibiendo a su Reina, con los Santos todos, que aclaman a la Madre y Señora. Y recuerdo aquellos blancos días de mi niñez: la catedral, tan fea al exterior y tan hermosa por dentro... como el corazón de aquella tierra, bueno, cristiano y leal, oculto tras la brusquedad del carácter baturro.

---

Josemaría volvió a aquel lugar por primera vez desde que le llevó su madre, y lo hizo con profundo sentido de agradecimiento y de penitencia; quiso acercarse a la ermita descalzo, rezando el Rosario y otras oraciones marianas: «Después de sesenta y seis años — comentó —, es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen (...), no hago nada extraordinario», y en el libro de firmas de la ermita dejó escrito: «Madre mía y Señora mía de Torreciudad, Reina de los Ángeles, *monstra te esse Matrem* y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970» (VV.AA., *Torreciudad*, Madrid, 1988, p. 64-65).

<sup>6</sup> Entre sus primeras experiencias, san Josemaría recordaba las oraciones que había aprendido de labios de su madre o las que, con la ayuda también de su padre, recitaba al levantarse o al acostarse. «Lo digo con agradecimiento y con orgullo de hijo, yo sigo rezando — por la mañana y por la noche, y en voz alta — las oraciones que aprendí cuando era niño, de labios de mi madre. Me llevan a Dios, me hacen sentir el cariño con que me enseñaron a dar mis primeros pasos de cristiano» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, p. 106).

Luego, en medio de una capilla lateral, se alzaba el túmulo donde la imagen yacente de Nuestra Señora descansaba... Pasaba el pueblo, con respeto, besando los pies a la Virgen de la Cama... Mi madre, papá, mis hermanos y yo íbamos siempre juntos a oír Misa. Mi padre nos entregaba la limosna, que llevábamos gozosos, al hombre cojo, que estaba arrimado al palacio episcopal. Después me adelantaba a tomar agua bendita, para darla a los míos. La Santa Misa. Luego, todos los domingos, en la capilla del Santo Cristo de los Milagros rezábamos un Credo. Y, el día de la Asunción —como he dicho—, era cosa obligada adorar (así decíamos) a la Virgen de la Catedral»<sup>7</sup>.

Por medio de éstas y otras experiencias infantiles de hondo contenido espiritual, normales en la vida religiosa de un hijo de familia cristiana, propias además del tiempo y del lugar en que sucedían, la gracia de Dios iba poniendo en Josemaría fundamentos marianos firmes. Los hechos se convertirán en fuente de doctrina y de impulso espiritual<sup>8</sup>.

## **2. LOGROÑO (1915-1920) Y ZARAGOZA (1920-1926): FUNDAMENTOS MARIANOS PARA UNA FUTURA MISIÓN**

La familia Escrivá, impulsada por graves circunstancias de carácter económico, dejó Barbastro para trasladarse a Logroño, donde el padre de Josemaría había encontrado un trabajo. En la convivencia familiar cotidiana perduran los sencillos acontecimientos religiosos de contenido

---

<sup>7</sup> *Apuntes íntimos*, nn. 228-229; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, pp. 36-37.

<sup>8</sup> Baste ahora mencionar, como ejemplo, un sencillo detalle al respecto. Existe en Roma en la casa que fue residencia durante casi treinta años de san Josemaría, un pequeño y amable oratorio dedicado a la Dormición de la Virgen, y presidido por una bellísima imagen yacente de la Señora. Fue voluntad de san Josemaría que aquel oratorio estuviese allí. Incontables personas ofrecen cotidianamente su veneración en aquel lugar a esa imagen de la Madre.

mariano. Su importancia testimonial es, a nuestro entender, grande, pues al tener lugar dentro del normal clima familiar, denotan la intensidad de la piedad mariana de aquel hogar<sup>9</sup>.

Pero los años de adolescencia de Josemaría Escrivá en Logroño quedarán unidos sobre todo, a partir de los primeros días del año 1918, al recuerdo de la llamada que Dios le va a dirigir y a su respuesta. Allí se inicia la que inmediatamente llegará a ser finalidad única de su existencia, pues comienza a tomar cuerpo, aunque todavía ocultamente, su misión eclesial: una misión fundacional de amplísimo influjo espiritual y evangelizador en el porvenir de la humanidad. El futuro fundador del Opus Dei se dejará guiar desde aquel instante por la fuerza de una llamada de Dios, que le impulsará primero hacia el sacerdocio y más tarde, cuando llegue la luz definitiva, al cumplimiento de una singular empresa sobrenatural. Desde aquellos momentos, como era previsible conociendo los antecedentes, será muy intenso el recurso filial de Josemaría a la Virgen, a cuya protección se encomienda constantemente. En la oración mariana de aquel muchacho, conforme manifiestan los relatos autobiográficos, predominará la profunda sencillez de una jaculatoria que él mismo «compone»: «*Domina, ut sit!*», unida siempre a otras dirigidas al Señor (principalmente: «*Domine, ut*

---

<sup>9</sup> En aquella casa, por ejemplo, se rezaba el Rosario diariamente y se mantenían las demás devociones ya presentes en la etapa de Barbastro. Su padre continuaba favoreciendo con sus limosnas a los pobres, y sobre todo a una comunidad de Hijas de la Caridad que de vez en cuando dejaban en su casa una imagen de la Virgen de la Medalla Milagrosa encerrada en una urna. La pequeña estatua se encomendaba así, por turno, a la devoción de las familias (Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 92). Santiago Escrivá, hermano pequeño de Josemaría, resumirá así algunos recuerdos de familia: «El ambiente de piedad en mi casa era normal. A mí me llevaban a Misa ya antes de hacer la primera Comunión (...). Las devociones más señaladas que practicaba mi madre eran los siete domingos de San José y, por supuesto, la de los primeros viernes. Tenía también mucha devoción a la Virgen, en la advocación del Pilar. Recuerdo que tenía una medida de la Virgen del Pilar (una medida de la Virgen del Pilar era una cinta de seda que tenía exactamente la dimensión de la altura de la imagen)» (Archivo General de la Prelatura –en adelante, AGP–, Registro Histórico del Fundador –en adelante, RHF– D-05381).

*videam!*», inspirada en las palabras del ciego de Lc 18,41), que repetirá incesantemente<sup>10</sup>.

Él mismo ha relatado con profusión la oración intensa de aquellos años de luz y de oscuridad, en los que la voluntad de Dios se manifiesta, por así decir, de manera progresiva: «El Señor quiere algo: ¿qué es? Y con un latín de baja latinidad, cogiendo las palabras del ciego de Jericó, repetía *Domine, ut videam! Ut sit! Ut sit!* Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro, *Domina, ut sit!*»<sup>11</sup>.

Josemaría comienza a experimentar en aquellos años «una sed insaciable de Dios»<sup>12</sup>. Mucho más tarde recordará cómo a través de «cosas aparentemente inocentes, de las que (el Señor) se valía para meter en mi alma esa inquietud divina»<sup>13</sup>, fue siendo conducido suavemente por la gracia «a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión ...y a la penitencia»<sup>14</sup>. Como ha sido señalado por algún autor<sup>15</sup>, su referencia constante a Dios —y a aquel oculto querer divino para él— se intensificará en la misma medida en que, con el pasar del tiempo y el devenir de los acontecimientos, se vaya haciendo siempre más viva la experiencia del amor providente divino. Aquel muchacho de dieciséis años, que se «sentía muy poca cosa», y no era «propenso a creer ninguna

---

<sup>10</sup> De la antigüedad de esa oración daba testimonio Mons. Álvaro del Portillo, en 1977, con estas palabras: «Sucede lo mismo con aquellas jaculatorias —*ut videam!, ut sit!*— que nuestro Padre comenzó a recitar bastante antes de lo que pensábamos. Leyendo sus cuadernos espirituales, he visto unos apuntes de 1931 ó 1932 en donde nuestro fundador afirma que ya rezaba esas jaculatorias cuando tenía dieciséis años, el curso en que terminó el bachillerato» (*Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1993, p. 64).

<sup>11</sup> AGP, P01 VII-74, pp. 398-399.

<sup>12</sup> AGP, P01 1975, p. 103.

<sup>13</sup> *Meditación*, 14-II-1964 (AGP, P09, p. 72).

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>15</sup> Cf. ARANDA, A., *El bullir de la sangre de Cristo. Estudios sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2001, cap. II.

cosa extraordinaria»<sup>16</sup>, comenzará también a aprender cuánto puede la oración perseverante y «tozuda»<sup>17</sup>.

Siguiendo el impulso de la voluntad divina que le llama, el joven Josemaría decide hacerse sacerdote. El 29 de noviembre de 1918 inició sus estudios como alumno externo en el Seminario de Logroño. Su vida de piedad es patentemente muy mariana. Algún compañero recuerda, por ejemplo, «haberlo visto, durante los ratos de paseo, con el rosario en la mano»<sup>18</sup>. Al mismo tiempo, atendiendo una sugerencia de su padre, Josemaría decide realizar también, junto a los estudios eclesiásticos, la carrera universitaria de Derecho. La ciudad de Zaragoza, que tenía Universidad Pontificia y Universidad civil, se presentaba por su distancia de Logroño y las buenas comunicaciones como el lugar más indicado para llevar a cabo esos planes. Con fecha del 28 de septiembre de 1920, el Cardenal Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila, le concede el permiso para ingresar en el Seminario de San Francisco de Paula de aquella ciudad. Comienza una nueva etapa en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer, pero continúa con la misma fuerza, o aún mayor, su personal referencia filial a Santa María.

Así, por ejemplo, seguía con su costumbre de rezar las tres partes del Rosario, y visitaba con mucha frecuencia la Basílica del Pilar. «Mi devoción a la Virgen del Pilar me ha acompañado siempre: mis padres, con su piedad de aragoneses, la inculcaron en mi alma desde niño. Ahora, al pensar en Santa María, vuelven a mi cabeza tantos ratos de oración y tantos sucesos, pequeños en apariencia; grandes, si se ven con ojos de amor. Durante el tiempo que pasé en Zaragoza haciendo mis

---

<sup>16</sup> *Meditación*, 2-X-1971, (AGP, P09, p. 141).

<sup>17</sup> «Una condición de la oración — señalará en 1961 — es la perseverancia, que en España llamamos *tozudez*. Las cosas salen después de haber rezado muchos años. Desde mucho antes de la fundación de la Obra, cuando tenía barruntos de que el Señor me pedía algo, y no sabía lo que era, yo rezaba con insistencia unas jaculatorias: *Domine, ut videam!*, *Domina, ut sit!*: Señor, que vea; que tenga existencia eso que Tú quieres y que yo no sé lo que es» (25-VII-1961; AGP, P01 XII-1982, p. 140).

<sup>18</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 112.

estudios sacerdotales, mientras frecuentaba las aulas de la Facultad de Derecho Civil, mis visitas al Pilar eran por lo menos diarias»<sup>19</sup>. Sucesos pequeños y, al mismo tiempo, grandes, en torno a María. Esa es la clave biográfica que vuelve a hacerse presente una y otra vez.

Pequeño y al mismo tiempo grande es, por ejemplo, el hecho de que – habiendo recibido un encargo de dirección en el Seminario– fuese él quien iniciara la costumbre de salir todos los sábados por la tarde, con los seminaristas, a visitar a la Virgen de Pilar<sup>20</sup>. La Basílica del Pilar está situada a orillas del Ebro. En el interior del edificio se encuentra la Santa Capilla de Nuestra Señora del Pilar, magnífico marco para la columna en la que, según la firme tradición multiseccular, posó sus plantas la Virgen en carne mortal. Ese pilar, recubierto de bronce y plata, sostiene una estatuilla que representa a una Virgen de abultado manto con el Niño en brazos. Al ir a la Basílica del Pilar, Josemaría tendría frecuentemente que guardar cola con los demás fieles, antes de besar el trozo de columna que se ha dejado al descubierto y que generaciones de cristianos han desgastado besándola piadosamente.

Significativo será también el hecho de que aquel trabajo con los seminaristas sea delicadamente realizado en referencia a la Madre de Dios, como se puede apreciar, por ejemplo, en unas palabras que Josemaría, joven formador, escribe en 1924: «No me atreví a consignarlo el año pasado, por si se trataba tan sólo de un cambio pasajero; pero, como, gracias a Dios, no es así, lo quiero hacer constar. Particularmente desde la Purísima de 1923, cuya devota novena se hizo por todos con gran fervor, se nota un cambio admirable en todos los antiguos colegiales; cambio que repercute en los pequeños que vienen. La Señora sin duda lo ha hecho, y –lo repito– ya que seguramente es el último año que estoy en este queridísimo seminario, no puedo resistirme a hacer un brevísimo resumen»<sup>21</sup>. Sentía Josemaría, en efecto, que la

---

<sup>19</sup> *Recuerdos del Pilar*, o.c.

<sup>20</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 159.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 163.

Señora actuaba en aquellas almas, como también lo experimentaba aún con mayor fuerza en la suya propia. Y la costumbre que se había impuesto desde su llegada a Zaragoza de visitar a diario el Pilar, recortando para ello los ratos libres entre clases, se convierte en ineludible y poderosa atracción<sup>22</sup>.

La Virgen del Pilar llenó con su devoción el alma y la esperanza de Josemaría en aquellos años de Zaragoza. Un hecho lo testimonia y confirma. En su habitación del seminario de San Carlos tenía una reproducción en yeso de la Virgen del Pilar. No valía gran cosa. Provenía del familiar del Cardenal Soldevila, y a ella acudía de manera incesante el joven seminarista para pedir, a través de su mediación, que se realizara cuanto antes el esperado querer divino, desconocido todavía en toda su extensión. «A una sencilla imagen de la Virgen del Pilar confiaba yo por aquellos años mi oración, para que el Señor me concediera entender lo que ya barruntaba mi alma. *Domina!* —le decía con términos latinos, no precisamente clásicos, pero sí embellecidos por el cariño—, *ut sit!*, que sea de mí lo que Dios quiere que sea»<sup>23</sup>. Tan constante era su petición que terminó grabada con la punta de un clavo en la base de la estatuilla. Y ahí quedó, escrita sobre el yeso y ajena al paso de los años. Después de irse de Zaragoza, Josemaría no volvería a ver aquella imagen hasta que un día, en 1960, se la mostraron en Roma. Él ni siquiera la recordaba. Había estado hasta entonces en casa de unos parientes suyos de la capital aragonesa que se la enviaban porque había

---

<sup>22</sup> «Como tenía buena amistad con varios de los clérigos que cuidaban la Basílica — escribiré en 1970 —, pude un día quedarme en la iglesia después de cerradas las puertas. Me dirigí hacia la Virgen, con *la complicidad* de uno de aquellos buenos sacerdotes ya difunto, subí las pocas escaleras que tan bien conocen los infanticos y, acercándome, besé la imagen de Nuestra Madre. Sabía que no era esa la costumbre, que besar el manto se permitía exclusivamente a los niños y a las autoridades: entonces, cuando el Cardenal Soldevila ya me había nombrado Director del viejo y queridísimo seminario de San Francisco, no había recibido ni las órdenes menores, sólo la tonsura. Sin embargo, estaba y estoy seguro de que, a mi Madre del Pilar, le dio alegría que me saltara por una vez los usos establecidos en su catedral» (*Recuerdos del Pilar*, o.c.).

<sup>23</sup> *La Virgen del Pilar*, en AA.VV., *Libro de Aragón*, Zaragoza 1976.

sido suya. En la base de la imagen, oculta a la mirada, se leía aquel: *Domina, ut sit!*, y una fecha: 24-5-924. «Aquella imagen era la materialización de mi oración de años, de lo que os había contado tantas veces»<sup>24</sup>.

Ordenado el 28 de marzo de 1925, su primer encargo pastoral fue el de regente auxiliar del párroco de Perdiguera, localidad de la diócesis de Zaragoza, de poco más de ochocientos habitantes. La iglesia parroquial estaba puesta bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora, con un retablo renacentista presidido por una estatua de la Virgen. Tuvo, pues, también sabor mariano el inicio de su ministerio sacerdotal<sup>25</sup>. En abril de 1927, el joven sacerdote marchará a Madrid, con permiso de su obispo, para realizar los cursos de doctorado en Derecho. Allí, en realidad, sin que él pudiera ni imaginarlo le está esperando la plena luz de Dios sobre su misión fundacional. Don Josemaría seguía acudiendo esperanzado a la poderosa intercesión de la Virgen, y con la convicción de fe en que llegaría la respuesta del cielo a sus: «*Domine, ut videam!*», «*Domina, ut sit!*».

---

<sup>24</sup> AGP, P03 1975, pp. 222-223. En la Santa Capilla, donde en tantas ocasiones había ido buscando el amparo de la Señora, celebraría también Josemaría Escrivá su primera Misa. Fue una Misa rezada, en sufragio por su padre, fallecido pocos meses antes.

<sup>25</sup> En aquel primer encargo permaneció hasta el 18 de mayo de 1925, en que volvió a Zaragoza, donde obtuvo un puesto en la iglesia de San Pedro Nolasco, más conocida como iglesia del Sagrado Corazón, regentada por los jesuitas con la ayuda de algunos sacerdotes seculares. Con el buen recuerdo de las catequesis en Logroño y Perdiguera, el joven capellán se animó en seguida a hacer mucho apostolado con gente humilde. Para ello reunió un pequeño grupo de muchachos con los que, en las horas libres de los domingos, iba a enseñar la doctrina cristiana a los niños pobres del barrio de Casablanca, a la salida de Zaragoza por la vieja carretera de Teruel. La mayoría eran jóvenes universitarios de las congregaciones marianas o estudiantes que asistían a los actos religiosos en la iglesia. Durante el curso 1925-1926, las relaciones con sus compañeros de la Facultad de Derecho, con los que coincidía en las aulas universitarias de la plaza de la Magdalena, adquirieron un tono espiritual más subido. Sin chocar, como la cosa más natural del mundo, sobre la base de su amistad con ellos, fue metiendo en las almas de sus colegas la práctica de algunas devociones, como la visita diaria a la Virgen del Pilar.



### 3. MADRID (1927-1936): «¡NO TE TENÍA MÁS QUE A TI!»

Los acontecimientos que se desarrollarán en Madrid, a partir de aquel momento, tendrán una importancia extraordinaria en la vida de san Josemaría. En ellos siempre ocupará un lugar de excepción la Santísima Virgen, cuya devoción va a acompañar todos sus pasos. No está en nuestra intención, como ya hemos dicho, detenernos en el análisis de los hechos históricos en cuanto tales, aunque nos seguiremos esforzando en individuar, como hasta aquí, los que por tener un patente protagonismo mariano, se manifiestan más llenos, a nuestro entender, de contenido.

El primer encargo pastoral de san Josemaría en Madrid fue el de capellán en la iglesia del Patronato de Enfermos, obra benéfica de las Damas Apostólicas, fundadas por la Sierva de Dios Luz Casanova. El Patronato, sede central de las Damas, tenía aneja la iglesia de Santa Engracia, en la que el capellán cuidaba los actos de culto: celebraba Misa diariamente, hacía la Exposición del Santísimo y dirigía el Rosario. Don Josemaría fue entrando en la esfera de las actividades benéficas y apostólicas de aquella Institución, aun cuando, de momento, no eran obligaciones de su cargo. La vida mariana del joven sacerdote, que está a la espera de una luz divina —ya inminente, aunque él lo ignora—, se deja entrever con naturalidad en esos momentos ordinarios de su ministerio pastoral, que dan también testimonio del clima que respira interiormente. «Rezaba el Rosario con gran devoción y tan bien rezado y pronunciado que yo no salía de mi asombro», señala, por ejemplo, un testigo ocular<sup>26</sup>. María está siempre en su pensamiento y en sus obras, y trae consigo la eficacia de su actividad sacerdotal<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, I, p.276.

<sup>27</sup> El relato de un sencillo servicio ministerial de Josemaría, que extraemos de entre otros como ejemplo de ese clima interno, permite captar algún aspecto de esa fe mariana, llena de eficacia. En cierta ocasión una de las Damas se había interesado por un enfermo: un moribundo, de antecedentes alejados de la práctica religiosa y fuertemente anticlericales. La religiosa acudió a don Josemaría con la esperanza de que pudiera hacer algo, a pesar de que el enfermo había entrado ya en coma. «Iba yo hacia la casa de este

Cuando llega el momento de recibir la luz definitiva sobre la misión para la que Dios le ha elegido, encontraremos de nuevo la impronta mariana que el Espíritu Santo ha ido grabando en su alma, junto a tantos otros efectos dispositivos de la gracia. En los años de preparación ha ido creciendo en Josemaría un instinto sobrenatural de referir todo a la Virgen o, por decirlo de otro modo, de contar con Ella en todo. Será ésta una faceta esencial de su espíritu fundacional y de sus enseñanzas. Es significativo, por ejemplo, comprobar las múltiples referencias marianas, pequeñas y grandes, presentes —con una naturalidad tal que las puede hacer pasar desapercibidas— en el despuntar mismo de la luz fundacional.

En el momento mismo, por ejemplo, de recibir dicha luz, el día 2 de octubre de 1928, entre tantos elementos que hacen de aquel instante un acontecimiento de gran intensidad personal y espiritual (además de constituir, como hecho carismático fundacional un suceso singular en la vida de la Iglesia), a san Josemaría le quedará indeleblemente grabado en la memoria un «pequeño» detalle mariano, que conocemos por su propia narración: «Recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmoverme me arrodillé (...) di gracias al Señor, y recuerdo con emoción (...) el tocar de las campanas de la parroquia de N. Sra. de los Ángeles»<sup>28</sup>. De un modo sencillo, aunque para él inolvidable, se ha querido hacer presente la Virgen en aquel instante fundacional, como queriendo decirle: «aquí estoy yo, cerca de ti, para ayudarte a

---

pobre hombre — escribe san Josemaría —. En su calle (...) recordé cómo al darme la nota del enfermo protesté, diciendo: es tonto creer que voy a poder hacer nada. Si está delirando, ¿va a dar la coincidencia de encontrarle en condiciones de confesar? En fin, iré y le absolveré «sub conditione». Siguiendo su «costumbre de rezar algo a la Virgen María al ir a visitar cada enfermo», recitó un «Acordaos», pidiendo que el moribundo pudiera recibir la absolución. Ya en la casa, los vecinos le avisaron que nada podía hacer. Poco antes se había presentado allí un sacerdote de la parroquia, que se marchó sin confesarle, porque el enfermo no había recobrado el conocimiento. No se desanimó el capellán. Llamó por su nombre al viejo moribundo: — ¡Pepe! Me respondió en seguida muy acorde. — ¿Quiere Vd, confesar? — Sí, me dijo. Eché a la gente fuera. Se confesó, ayudándole yo mucho, como es natural. Y recibió la absolución» (*Apuntes íntimos*, n. 119-120; cit. en *ibidem*, p. 282).

<sup>28</sup> *Apuntes íntimos*, n. 306; cit. en *ibidem*, p. 293.

cumplir la voluntad de Dios». El sonido de aquellas campanas de la cercana iglesia, que resonaban en la fiesta de su Patrona, nunca se borró del alma de san Josemaría<sup>29</sup>. De hecho tuvo siempre la más profunda certeza de que: «Santa María ha sido siempre la gran protectora, desde aquel 2 de octubre de 1928 y aun antes. Ella es la seguridad, Ella es la esperanza, Ella es la Madre del Amor Hermoso, es el principio y el trono de la sabiduría»<sup>30</sup>.

La Santa Madre de Dios es, en efecto, singularmente en aquellos momentos fundacionales, el recurso indispensable, esencial, del joven fundador para realizar su recién conocida misión. Su abandono en María se deja entrever en unas palabras que pronunciaba muchos años después, el día 19 de marzo de 1975, fiesta de San José, pocos meses antes de su tránsito al cielo: «¡Cuántas horas de caminar por aquel Madrid mío, cada semana, de una parte a otra, envuelto en mi manto! (...) Aquellos Rosarios completos, rezados por la calle —como podía, pero sin abandonarlos—, diariamente (...) Nunca pensé que sacar la Obra adelante llevaría consigo tanta pena, tanto dolor físico y moral: sobre todo, moral (...). Iter para tutum. ¡Madre mía!, ¡Madre!, ¡no te tenía más que a Ti! Madre, ¡gracias! (...) Madre, *Cor Mariae Dulcissimum!* ¡Oh, cuánto he acudido a ti!»<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> «Hasta el cuarto del sacerdote en oración llegaba el jubiloso voltear de campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en el barrio cercano de Cuatro caminos. El repiqueteo quedó para siempre en su espíritu: «Aún resuenan en mis oídos —decía en 1964— las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, festejando a su Patrona»; y en 1974 hablaba de la alegría y «vigilia de espíritu que dejaron en mi alma —ha transcurrido ya casi medio siglo— aquellas campanas de Nuestra Señora de los Ángeles» (VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 295).

<sup>30</sup> *Carta 14-II-1944*, n. 20.

<sup>31</sup> AGP, P03 1978, p. 124. En 1976, Mons. Alvaro del Portillo, relataba estos hechos: «A base de recorrer la ciudad de un lado a otro, llegó a conocer prácticamente todas las imágenes de la Virgen que hay por las calles. ¡Y son muchas! (...) Una de las que visitaba con más frecuencia era la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, que se encontraba en una rincón de la muralla, en plena calle... Nuestro Padre, vestido de sotana y con manto, se arrodillaba frente a la imagen, y pasaba mucho tiempo rezando. Luego

Desde los inicios de la fundación san Josemaría expresará su finalidad de esta manera: «*Christum regnare volumus. Deo omnis gloria. Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam.* Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas»<sup>32</sup>. Nos encontramos ante una nueva manifestación, y ésta fuertemente significativa, de la esencial dimensión mariana de la Obra, como lo atestiguan también, por ejemplo, otras palabras en las que el fundador pide para él y para sus hijos: «una voluntad de hierro, que, unida a la gracia divina, nos lleve a terminar para toda la gloria de Dios, su Obra, a fin de que Cristo-Jesús efectivamente reine, porque todos con Pedro irán a El, por el único camino, ¡María!»<sup>33</sup>.

En sus anotaciones espirituales íntimas de aquellos años quedarán reseñados numerosos ejemplos de su recurso filial a la Madre de Dios, en los que es posible también apreciar, entre otros aspectos, la importancia de su piedad mariana en la maduración de un elemento central de su enseñanza: la hondura espiritual de la vida de infancia. En ella fue él mismo madurando, guiado por Dios, que le hizo entender cómo la conciencia de la filiación divina había de estar en la entraña misma del espíritu de santificación que debía enseñar y propagar. El camino de infancia espiritual empapa, en los primeros años de la fundación, y ya para siempre, su personal vida de piedad y su enseñanza: «¡La infancia espiritual! La infancia espiritual no es memez espiritual, ni blandenguería: es camino cuerdo y recio, que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano misma de

---

comentaba:— La gente me tomaría por loco, y es verdad: ¡estoy loco de amor de Dios y a mi Madre del Cielo!» (*ibidem*, p. 124).

<sup>32</sup> *Apuntes íntimos*, n. 171; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 306.

<sup>33</sup> *Apuntes íntimos*, n. 215; cit. en *ibidem*, p. 306.

Dios»<sup>34</sup>. Pero es una vida de infancia marcada por el signo de la Madre<sup>35</sup>.

Su experiencia de la vida de infancia espiritual fue brotando espontáneamente, de manera sencilla y paulatina, por obra de la gracia. Sólo conoció, por ejemplo, la doctrina al respecto de Santa Teresita de Lisieux cuando ya era para él una realidad espiritual experimentada. Quizá eso, es decir, el hecho de que era ya una experiencia propia, explica el altísimo aprecio que sintió por Teresita. En uno de sus apuntes de enero de 1932, escribe: «Yo no he conocido en los libros el camino de infancia hasta después de haberme hecho andar Jesús por esa vía»<sup>36</sup>. Y en otra ocasión, en la misma época, señala: «Ayer, por primera vez, comencé a hojear un libro que he de leer despacio muchas veces: 'Caminito de infancia espiritual' por el P. Martín. Con esa lectura, he visto cómo Jesús me ha hecho sentir, hasta con las mismas imágenes, la vía de Santa Teresita. (...) Leeré también despacio la 'Historia de una alma'. Creo que ya la leí una vez, pero sin darle importancia, sin que, al parecer, dejara poso en mi espíritu»<sup>37</sup>.

---

<sup>34</sup> *Apuntes íntimos*, n. 438; cit. en *ibidem*, p. 408.

<sup>35</sup> «Esta mañana — se lee, por ejemplo, en uno de sus textos — volví sobre mis pasos, hecho un chiquitín, para saludar a la Señora, en su imagen de la calle de Atocha, en lo alto de la casa que allí tiene la Congregación de S.Felipe. Me había olvidado de saludarla: ¿qué niño pierde ocasión de decir a su Madre que la quiere? Señora, que nunca sea yo un ex-niño. Ya no contaré detalles de estos, no vaya a ser que, por ponerlos a ventilar, pierda esas gracias» (*Apuntes íntimos*, n. 446; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 341).

<sup>36</sup> *Apuntes íntimos*, n. 560; cit. en *ibidem*, p. 415.

<sup>37</sup> *Apuntes íntimos*, n. 562; cit. en *ibidem*, p. 415. El texto indica a continuación las pistas oportunas para profundizar en esta interesante cuestión histórica: «Fue primero Mercedes, quien hizo que yo comprendiera y admirara y quisiera practicar la síntesis de su vida admirable: ocultarse y desaparecer. Pero este plan de vida, que en ella era consecuencia, fruto sabroso de su humildad íntima y profunda, no es otra cosa, a fin de cuentas, que la médula de la infancia espiritual. Entonces, me tomó Teresita y me llevó, con Mercedes, por María, mi Madre y Señora, al Amor de Jesús». (La Mercedes a la que se refiere es una religiosa de las Damas Apostólicas, Mercedes Reyna, fallecida en 1929, cuya vida santa fue admirada por san Josemaría). Como se aprecia en ese texto, el corazón del fundador está lleno de afectos de amor, que se despliega en su vida de infancia espiritual.

Ya por entonces se había acostumbrado a rezar el Rosario contemplando los misterios de la vida de Nuestro Señor como un niño pequeño, transportado al escenario de los hechos y presente allí como testigo, contemplando «los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, tomando parte activa en las acciones y sucesos, como testigo y criado y acompañante de Jesús, María y José»<sup>38</sup>. El 1 de diciembre de 1931 (era el segundo día de la tradicional novena a la Inmaculada), el Santo esperaba –sin pedirlo– un favor, una señal de progreso en el camino de infancia espiritual, como un regalo de la Virgen. Así lo consigna en uno de sus apuntes: «Madre Inmaculada. Santa María: algo me darás, Señora, en esta novena a tu Concepción sin mancha. Ahora ya no pido nada –como no me lo manden–, pero te expongo ese deseo de llegar a la perfecta infancia espiritual»<sup>39</sup>.

En esa época, escribe un día de corrido después de celebrar Misa, y al terminar la acción de gracias, uno de sus textos marianos más hermosos: el libro «Santo Rosario». El original manuscrito, de diciembre de 1931, lo envió a su confesor con una nota en la que dice que esas cuartillas han sido escritas para empujar a otros por el camino de la contemplación. En el prólogo manifiesta el secreto de su camino de infancia espiritual: «Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño. Ser pequeño

---

El 2 de octubre de 1931, por ejemplo, refiriéndose a su Ángel custodio escribe: «Le eché piropos y le dije que me enseñase a amar a Jesús, siquiera, siquiera, como le ama él. Indudablemente Santa Teresita (...) quiso anticiparme algo por su fiesta y logró de mi Ángel Custodio que me enseñara hoy a hacer oración de infancia. ¡Qué cosas más pueriles le dije a mi Señor! Con la confiada confianza de un niño que habla al Amigo Grande, de cuyo amor está seguro: Que yo viva sólo para tu Obra –le pedí– que yo viva sólo para tu Gloria, que yo viva sólo para tu Amor (...). Recordé y reconocí lealmente que todo lo hago mal: eso, Jesús mío, no puede llamarte la atención : es imposible que yo haga nada a derechas. Ayúdame Tú, hazlo Tú por mí y verás qué bien sale. Luego, audazmente y sin apartarme de la verdad, te digo: empápame, emborráchame de tu Espíritu y así haré tu Voluntad. Quiero hacerla. Si no la hago es... que no me ayudas. Y hubo afectos de amor para mi Madre y mi Señora, y me siento ahora mismo muy hijo de mi Padre-Dios» (*Apuntes íntimos*, n. 307; cit. en *ibidem*, pp.404-405).

<sup>38</sup> *Apuntes íntimos*, n. 435; cit. en *ibidem*, p. 408.

<sup>39</sup> *Apuntes íntimos*, n. 437; cit. en *ibidem*, p. 408.

exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños. (...) Hazte pequeño. Ven conmigo y —éste en el nervio de mi confianza— viviremos la vida de Jesús, María y José»<sup>40</sup>. Camino filial de infancia, pero siempre camino mariano, pues: «El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»<sup>41</sup>.

Tenía san Josemaría en su casa madrileña una pequeña imagen de la Virgen, en talla de madera, a la que tenía costumbre de besar al salir o al entrar, y que llamaba «la Virgen de los besos»: «No salía o entraba nunca, en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba, iba a buscarla en Dios a través de la Virgen»<sup>42</sup>. En su trato con la «Virgen de los besos» está inspirada una de las más bellas y sublimes páginas de sus «Apuntes íntimos», que merece ser transcrita por completo. Se trata de una experiencia mística, que tomó como apoyo una costumbre que las religiosas agustinas recoletas del convento de Santa Isabel de Madrid — en esa época san Josemaría, dejada la capellanía del Patronato de Enfermos, ejerce allí el ministerio de capellán — solían vivir los días 28 de diciembre, fiesta de los Santos Inocentes. En ese día, en el que eran tradicionales las bromas amables, una novicia del convento hacía de priora durante las veinticuatro horas, mientras que la subpriora era la monja más joven. Se ve que al joven capellán le había hecho gracia la

---

<sup>40</sup> *Santo Rosario*, Madrid, Rialp, 361990 (1ª edic., 1934), Prólogo.

<sup>41</sup> *Ibidem*, Presentación.

<sup>42</sup> AGP, P03 1978, pp.130-131. En una de sus anotaciones espirituales de aquella época escribirá: «Mi Virgen de los besos: terminaré comiendola» (*Apuntes íntimos*, n. 226; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 410).

broma, pero sobre todo le había dado motivo de oración. El día 28 de diciembre de 1931, en efecto, al volver don Josemaría a casa besó a su Virgen, y escribe unas palabras llenas, como su entera existencia, de contenidos marianos y de alta contemplación. Dicen así:

«Un niño visitó cierto Convento [...] Niño: tú eres el último burro, digo el último gato de los amadores de Jesús. A ti te toca, por derecho propio, mandar en el Cielo. Suelta esa imaginación, deja que tu corazón se desate también... Yo quiero que Jesús me indulte... del todo. Que todas las ánimas benditas del purgatorio, purificadas en menos de un segundo, suban a gozar de nuestro Dios..., porque hoy hago yo sus veces. Quiero... reñir a unos Ángeles Custodios que yo sé —de broma, ¿eh?, aunque también un poco de veras— y les mando que obedezcan, así, que obedezcan al borrico de Jesús en cosas que son para toda la gloria de nuestro Rey-Cristo. Y después de mandar mucho, mucho, le diría a mi Madre Santa María: Señora, ni por juego quiero que dejes de ser la Dueña y Emperadora de todo lo creado. Entonces Ella me besaría en la frente, quedándome, por señal de tal merced, un gran lucero encima de los ojos. Y, con esta nueva luz, vería a todos los hijos de Dios que serán hasta el fin del mundo, peleando las peleas del Señor, siempre vencedores con Él... y oiría una voz más que celestial, como rumor de muchas aguas y estampido de un gran trueno, suave, a pesar de su intensidad, como el sonar de muchas cítaras tocadas acordemente por un número de músicos infinito, diciendo: ¡queremos que reine! ¡para Dios toda la gloria! ¡Todos, con Pedro, a Jesús por María!... Y antes de que este día asombroso llegue al final ¡oh, Jesús —le diré— quiero ser una hoguera de locura de Amor ! Quiero que mi presencia sola sea bastante para encender al mundo, en muchos kilómetros a la redonda, con incendio inextinguible. Quiero saber que soy tuyo. Después, venga Cruz: nunca tendré miedo a la expiación... Sufrir y amar. Amar y sufrir. ¡Magnífico camino! Sufrir, amar y creer: fe y amor. Fe de Pedro. Amor de Juan. Celo de Pablo. Aún quedan al borrico tres minutos de endiosamiento, buen Jesús, y manda ... que le des más Celo que a Pablo,



más Amor que a Juan, más Fe que a Pedro: El último deseo: Jesús, que nunca me falte la Santa Cruz»<sup>43</sup>.

María, como se ve, no sólo está en el centro mismo del relato, sino que su presencia materna constituye la esencia profunda de ese «sueño». De Ella viene la «nueva luz», la capacidad de ver y oír con un sentido nuevo el amor, la fe, el celo apostólico de san Josemaría. Experiencia de filiación divina y de vida de infancia espiritual, alimentadas en el trato filial con María, que le conducen a la plena disponibilidad a la voluntad de Dios y a un vivo sentido apostólico. Esos rasgos característicos de la vida espiritual del fundador, darán el mismo tono a su doctrina espiritual y a su pensamiento teológico. La vía de infancia espiritual, camino suyo habitual, será recomendada a otros a partir de su propia experiencia, aunque al mismo tiempo, con un sentido también característico suyo de amor a la libertad y a la acción del Espíritu Santo en las almas, no la impondrá a nadie.

Un camino, pues, siempre filial y mariano, por el que le va llevando Dios como de la mano, y por el que enseñará a otros a caminar. El 7 de abril de 1932 escribía expresivamente: «Ahora, entre María y yo, entre Jesús y yo... ¡nadie!. Antes buscaba santos intermediarios»<sup>44</sup>. Y en la misma línea, pocos meses después, concretamente el 26 de noviembre de 1932 dejó escrito este testimonio: «Ahora voy directamente al Padre, a Jesús, al Espíritu Santo, a María. Esto no quiere decir que no tenga devociones (S. José, los ángeles, las ánimas, Domingo, José de Calasanz, D. Bosco, Teresa, Ignacio, Xavier, Teresita, Mercedes, etc. ..), pero mi alma, indudablemente se simplifica»<sup>45</sup>.

---

<sup>43</sup> *Apuntes íntimos*, n. 516-518; cit. en *ibidem*, pp. 413-414.

<sup>44</sup> *Apuntes íntimos*, n. 618; cit. en *ibidem*, p. 419.

<sup>45</sup> *Apuntes íntimos*, n. 690; cit. en *ibidem*, p. 419. Hay también en esos años múltiples testimonios de su trato diario con Santa María en cualquier circunstancia, como por ejemplo en algunas que están ligadas a la difícil situación social y política que se establece en España en la época de la IIª República, en la que los creyentes —en especial los sacerdotes, los religiosos y los laicos de ejemplar vida cristiana— han de sufrir auténtica persecución por motivos religiosos. Al joven sacerdote, don Josemaría, no le faltan

En relación con su constante recurso a María y a la intimidad materno-filial establecida por gracia de Dios, vale la pena recoger otro testimonio textual que pone de manifiesto las características sobrenaturales en la que, en muchas ocasiones, se llevaba a cabo:

«Esta mañana —como siempre que lo pido humildemente, sea una u otra hora la de acostarme— desde un sueño profundo, igual que si me llamaran, me desperté segurísimo de que había llegado el momento de levantarme. Efectivamente, eran las seis menos cuarto. Anoche, como de costumbre también, pedí al Señor que me diera fuerzas para vencer la pereza, al despertar, porque —lo confieso, para vergüenza mía— me cuesta enormemente una cosa tan pequeña y son bastantes los días en que, a pesar de esa llamada sobrenatural, me quedo un rato más en la cama. Hoy recé, al ver la hora, luché ... y me quedé acostado. Por fin, a las seis y cuarto de mi despertador (que está roto desde hace tiempo) me levanté y, lleno de humillación, me postré en tierra, reconociendo mi falta —serviam!—, me vestí y comencé mi meditación. Pues bien: entre seis y media y siete menos cuarto vi, durante bastante tiempo, cómo el rostro de mi Virgen de los Besos se llenaba de alegría, de gozo. Me fijé

---

numerosos episodios de ese tipo, que suele afrontar con espíritu de fortaleza, bajo el amparo de su amor a la Virgen, como se aprecia en los ejemplos que transcribimos: «Continúa la racha de insultos a los sacerdotes. Hice propósito —lo renuevo— de callar, aunque me insulten, aunque me escupan (...). Más: el propósito, de que vengo hablando, es apedrear a esos pobres odiadores con avemarías» (*Apuntes íntimos*, n. 222, a principios de agosto de 1931; cit. en *ibidem*, p. 364). A fuerza de capear injurias y responder con avemarías, creó un nuevo hábito, como se refleja este otro texto de la época: «18-IX-931: Tengo que agradecer a mi Dios un notable cambio: hasta hace poco, los insultos y burlas que, por ser sacerdote, me dirigían desde la venida de la república (antes, rarísima vez), me ponían violento. Acordé encomendarles, con un avemaría, a la Sma. Virgen, cuando oyera groserías o indecencias. Lo hice. Me costó. Ahora, al oír esas palabras innobles, se me enternecen las entrañas, por regla general, considerando la desgracia de esa pobre gente, que, si obra así, cree hacer una cosa honrada, porque, abusando de su ignorancia y de sus pasiones, le han hecho creer que el sacerdote, además de ser un vago parásito, es su enemigo, cómplice del burgués que los explota. ¡Tu Obra, Señor, les abrirá los ojos!» (*Apuntes íntimos*, n. 291; cit. en *ibidem*, p. 365).

bien: creí que sonreía, porque me hacía ese efecto, pero no se movían los labios. Muy tranquilo, le he dicho a mi Madre muchos piropos»<sup>46</sup>.

Su trabajo fundacional con personas de toda condición se va realizando desde el principio al hilo de su ministerio sacerdotal, y en íntima conexión con su vida espiritual. En concreto, para seguir aportando datos útiles en relación con nuestro argumento de fondo, se puede destacar que la labor apostólica de san Josemaría con la juventud dio sus primeros pasos puesta bajo la particular protección de Santa María. Y así, por ejemplo, como señalan los relatos biográficos, se sabe que una estampa de la Virgen Inmaculada presidió la primera clase de formación espiritual con jóvenes universitarios, que tuvo lugar en Madrid. Don Josemaría la había encontrado tirada en el suelo, a la puerta de una escuela del Patronato de Enfermos, manchada de barro. Solía recoger las estampas religiosas tiradas por la calle para quemarlas luego en casa; pero ésta la recogió con el presentimiento de que se trataba de una ofensa, de una hoja de catecismo arrancada por odio. «Por eso —dice en una anotación espiritual—, no quemaré la pobre imagen —un mal grabado, en un mal papel y roto—: la guardaré, la pondré en un buen marco, cuando tenga dinero...y ¡quién me dice que no se dará culto de amor y desagravio, con el tiempo, a la 'Virgen del Catecismo'!»<sup>47</sup>. Consiguió un marco para la estampa. A cambio de ese favor y homenaje pidió a Nuestra Señora que le proporcionara una catequesis, a lo que no se hizo mucho de rogar la Virgen.

Esa misma imagen de la Señora presidió más adelante la sala de estudio en la primera actividad de formación y enseñanza promovida por el

---

<sup>46</sup> *Apuntes íntimos*, n. 701; cit. en *ibidem*, p. 469. No era la primera vez que le ocurrían cosas semejantes. Procuraba quitarles importancia. Se resistía a admitirlas. Y luego de someterse a unas pruebas, por si se trataba de sugestión de los sentidos, tuvo que rendirse a la evidencia. «Llegué a hacer pruebas, por si era sugestión mía, porque no admito fácilmente cosas extraordinarias. Inútilmente: la cara de mi Virgen de los Besos, cuando yo positivamente, tratando de sugestionarme, quería que sonriera, seguía con la seriedad hierática que tiene la pobre escultura» (*Apuntes íntimos*, n. 702; cit. en *ibidem*, p. 470).

<sup>47</sup> *Apuntes íntimos*, n. 883; cit. en *ibidem* p. 479.

fundador del Opus Dei, la Academia DYA, en la que se impartían lecciones de Derecho y Arquitectura, de ahí el nombre, aunque para él significaba también y ante todo: «Dios y Audacia». En la Academia DYA se celebraban conferencias, cursillos de Religión, lecciones de latín, ciclos sobre Apologética y Círculos de estudio, además de confesiones, charlas de formación espiritual, etc. Aquel trabajo apostólico —y, más aún, el entero Opus Dei, que iba creciendo poco a poco desde el 2 de octubre de 1928—, siguió adelante bajo el amparo de la Madre de Dios. El 30 de agosto de 1934 —he aquí un nuevo significativo ejemplo—, san Josemaría, en presencia de dos de los primeros miembros del Opus Dei, celebró Misa en el Santuario del Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles, cercano a Madrid. En la acción de gracias, después de la Misa, movido por Dios y conforme a su espíritu de recurrir siempre a Nuestra Señora, consagró la Obra a la Santísima Virgen. «Luego de la Misa, en la acción de gracias, sin llevarlo preparado de antemano, se me ocurrió consagrar la Obra a la Sma. Virgen. Lo creo impulso de Dios (...). Pienso que hoy —así, sencillamente— ha comenzado una nueva etapa para la Obra de Dios»<sup>48</sup>.

Entre las costumbres marianas que el fundador fue introduciendo en la Obra durante aquellos años madrileños, se encuentran la colecta para «las flores de la Virgen», que nació en la Academia DYA, y que tenía lugar la tarde de los sábados, después de la meditación y la bendición con el Santísimo a las que asistían los estudiantes. Con una parte del dinero recolectado se compraban flores para adornar el altar. La otra parte se empleaba en limosnas para ayudar a los pobres: «los pobres de la Virgen», expresión con la que san Josemaría designaba delicadamente a tantas personas necesitadas, que vivían en la miseria, entre ellas también pobres vergonzantes, que ocultaban con dignidad el hambre y los sufrimientos. Se les llevaba, además del consuelo de la visita, un

---

<sup>48</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1199; cit. en *ibidem*, p. 522.

regalo cualquiera, la golosina o el libro que no podían adquirir<sup>49</sup>. «Poníamos cariño humano y sobrenatural, cuando las hacíamos, y empezamos a llamar pobres de la Virgen, a las personas que íbamos a visitar. Al chico que no tenía ninguna preocupación de apostolado, le reventaba ir, y no iba. Solían elegir una fiesta de Santa María, para hacer estas visitas, en las que se consuela al pobrecito, se le da una limosna en metálico, alguna lectura buena, y unos dulces o algo de lo que comen los ricos. Habrá quién no entienda esto último pero lo hemos hecho así desde el principio y a la Virgen, Nuestra Señora, le agrada»<sup>50</sup>

Otra costumbre mariana, nacida también en 1935, consiste en visitar, durante el mes de mayo, alguna ermita o santuario dedicado a la Virgen para honrar a la Señora con el rezo de las tres partes del Rosario. Esas visitas de pocas personas, dos o tres, vividas con espíritu de sacrificio y con una finalidad apostólica, fueron llamadas por san Josemaría — análogamente a otras formas populares de visitar lugares marianos — con el nombre de «romerías». La primera de ellas, fue realizada por él mismo en el Santuario de Sonsoles, en Ávila, el 2 de mayo de ese año, acompañado de pocos. El sentido de aquella romería, y de las demás costumbres Marianas establecidas por el fundador en el Opus Dei, se hace patente en estas palabras: «Decidida la marcha a Sonsoles, quise celebrar la Santa Misa en DYA antes de emprender el camino de Ávila. En la Misa, al hacer el memento, con empeño muy particular — más que mío — pedí a nuestro Jesús que aumentara en nosotros — en la Obra — el Amor a María, y que este Amor se tradujese en hechos. Ya en el tren, sin querer, anduve pensando en lo mismo: la Señora está contenta, sin duda, del cariño nuestro, cristalizado en costumbres virilmente Marianas: su imagen, siempre con los nuestros; el saludo filial, al entrar y salir del cuarto; los pobres de la Virgen; la colecta de los sábados; *omnes... ad Jesum per Mariam*; Cristo, María, el Papa.. Pero, en el mes de mayo, hacia falta

---

<sup>49</sup> Esas obras de misericordia en honor de Nuestra Señora constituyen, junto con las catequesis en los barrios más necesitados, uno de los medios auxiliares en la labor de formación que la Obra lleva a cabo con muchachos jóvenes.

<sup>50</sup> AGP, P03 1978, p. 126.

algo más. Entonces, entreví la «Romería de Mayo», como costumbre que se ha de implantar que se ha implantado – en la Obra»<sup>51</sup>.

El Opus Dei en aquellos primeros años de su existencia, fue creciendo sobre todo entre hombres. Aunque desde 1930 existía la sección de mujeres, no había alcanzado todavía mucho desarrollo. En aquellos momentos, cuando todavía eran muy pocas las mujeres del Opus Dei, con un panorama inmenso de trabajo totalmente desproporcionado a su número y a sus medios, el fundador supo infundirles la seguridad certísima de que la Obra gozaba, desde el primer momento y para siempre, de la ayuda y de la protección maternal de Santa María. «Hijas de mi alma – escribe en un texto de gran valor testimonial acerca de la esencia mariana de su espíritu –, el Señor ha querido que yo ame con locura a Santa María. La Obra es eminentemente mariana en su entraña y en sus manifestaciones. Nuestra Madre del Cielo ha demostrado en múltiples ocasiones su predilección por la Obra y también por vosotras, mis hijas. Ella ha sido vuestra Fundadora. Ella ha guiado los pasos del Opus Dei como Madre buena y cariñosa, sonriéndonos en los momentos difíciles»<sup>52</sup>. En 1934, pensando en sus hijas, encargó a un escultor una

---

<sup>51</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1270, cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 547.

<sup>52</sup> AGP, P02 1974, p. 903. En 1934, el Santo confió la imagen al grupo de chicas que se habían acercado entonces a la Obra. Como vivían con su familia, cada una la custodiaba en su casa algunos días y luego la cedía a otra. Cuando estalló la guerra civil española, se encontraba en el domicilio de una, y allí se conservó hasta el final del conflicto. Desde 1940 a 1943, la imagen permaneció en el Centro de Lagasca; luego, con el inicio del Centro de mujeres de Jorge Manrique (Madrid), se trasladó allí, donde el fundador pidió a esas hijas suyas que encomendaran su fidelidad y el trabajo que les esperaba en el mundo entero a la Santísima Virgen. En 1945, al comenzar, en Los Rosales (Villaviciosa de Odón, Madrid), el primer Centro de Estudios de la Sección femenina, el fundador dispuso que la talla se trasladara allí, como manifestación de confianza en la protección de Santa María en la formación de las mujeres del Opus Dei. Años más tarde, cuando se constituyó el primer gobierno central de la Sección de mujeres, el fundador quiso que la imagen presidiera su sede en Madrid. Después, al trasladarse la Asesoría Central a Roma, también fue deseo del fundador que esta pequeña talla, que había acompañado los pasos sucesivos del desarrollo de la labor de mujeres del Opus Dei ocupara el lugar que iba ser ya su emplazamiento definitivo, la Sala de Sesiones de la Asesoría, donde siempre que san Josemaría entraba en esa sala, se detenía unos segundos a mirarla con todo el afecto de su corazón. Años más

imagen de la Virgen, dándole indicaciones precisas para su realización: el rostro y la actitud de nuestra Madre debía tener una expresión serena y muy maternal; debía sostener al Niño, y quiso que hubiera unas palomas posadas a los pies de la Señora, símbolo de fidelidad, de pureza, de bondad.

El día 18 de julio de 1936 estallaba en España la guerra civil, que se prolongaría durante tres años. Comenzaba así un nuevo periodo en la vida y en la misión fundacional de san Josemaría, que continuaron adelante conforme a su íntimo sentido mariano y filial.

---

tarde, el 9 de enero de 1969, dejó, junto a la imagen, *Regina Operis Dei*, una rosa con el tallo de plata, que había recibido de sus hijas. (Cfr. AGP, P01 1978, pp. 612-618).





## CAPÍTULO II: 1936-1959

«Hemos estado siempre —como Jesús— pegadicos a su Madre, María, la Madre de Dios, que ha sido la Madre del Opus Dei, la Reina del Opus Dei, nuestra hermosura... Filialmente pegados a la Madre de Dios, no nos ha faltado tampoco su sonrisa en los momentos difíciles»<sup>53</sup>. En lo que llevamos visto de la vida de san Josemaría y de los comienzos de su misión, ya hemos tenido ocasión de comprobar el profundo realismo que encierra la frase: «filialmente pegados a la Madre de Dios». Lo mismo podremos comprobar en los años que ahora estudiaremos, atravesados también por una intensa conciencia de filiación divina y una viva experiencia del amor y la protección de Santa María, que «ha sido la Madre buena que nos ha consolado, que nos ha sonreído, que nos ha animado en los momentos difíciles de la lucha bendita para sacar adelante este ejército de apóstoles en el mundo»<sup>54</sup>

Distinguiremos en nuestro estudio tres periodos sucesivos, aunque de fisonomía distinta. En el primero buscaremos los trazos marianos del periodo que se extiende de 1936 a 1939, años de guerra civil en España. En el segundo, centrado en el periodo 1940-1949, centraremos la atención en los años en que la misión fundacional de san Josemaría

---

<sup>53</sup> AGP, P01 VIII-1960, p. 58.

<sup>54</sup> *Ibidem* VIII-1964, p. 10.

comienza a extenderse por España y el mundo bajo la protección de la Madre de Dios. En el tercero, en fin, nos fijaremos en otro capítulo fundamental de la biografía del fundador: su trabajo de dirección, enseñanza y gobierno en los años romanos que van de 1950 a 1959, llenos de acontecimientos marianos.

## **1. EN LOS AÑOS DE LA GUERRA CIVIL: JULIO DE 1936 — ABRIL DE 1939**

Con el inicio de la contienda civil española, en julio de 1936, todo parecía amenazar la naciente vida del Opus Dei: la persecución religiosa que se desencadenó en gran parte del país, y especialmente en Madrid, donde residía el fundador; la obligada clandestinidad en que se vio forzado a vivir durante varios meses; la dispersión de los miembros de la Obra, casi todos en edad militar<sup>55</sup>. En los primeros meses de la guerra, don Josemaría vivió en Madrid con el constante peligro de morir en la persecución — ni siquiera las personas amigas se atrevían a admitir en su casa a un sacerdote durante mucho tiempo por temor a las represalias<sup>56</sup> —, desarrollando como podía, en medio de grandes dificultades, la misión recibida de Dios.

En tiempos de persecución religiosa, como los que se vivían, no eran posibles las manifestaciones o signos religiosos externos. San Josemaría encontrará, sin embargo, ocasiones de ejercitar calladamente, en medio de la calle, su amor filial a la Virgen, y de enseñar a hacerlo a otros. Un

---

<sup>55</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol II: «Dios y Audacia», Madrid 2002, pp. 9-124 (En adelante, esta obra, cuyos datos utilizaremos con frecuencia, será citada así: VÁZQUEZ DE PRADA, II, p.).

<sup>56</sup> Cf. CÁRCEL, V., *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-39)*, Madrid, 1990, pp. 198-206, y 234-242.

hecho sencillo, de gran fuerza testimonial, permite vislumbrarlo. Había descubierto, por ejemplo, que en medio de las calles de la ciudad, carentes de otros signos cristianos, quedaban sin embargo algunas imágenes de la Señora que habían escapado a la destrucción, y ante las que se podía rezar y manifestar sin ruido la propia veneración filial<sup>57</sup>. A una de ellas —éste es el ejemplo— acudía él con cierta frecuencia: una imagen muy pequeña de la Virgen del Pilar, que casi perdida entre diversos elementos decorativos se encontraba (y se encuentra, pues todavía existe) en el pedestal del monumento a Cristóbal Colón en la plaza del mismo nombre, en una zona central de Madrid.

María es su refugio y su referencia, como se aprecia también en otros hechos.<sup>58</sup> A causa del peligro de muerte al que, como sacerdote, estaba expuesto, y siendo además bastante conocido su trabajo pastoral, don

---

<sup>57</sup> San Josemaría conocía la existencia de diversas representaciones marianas, a las que había saludado tantas veces por las calles madrileñas, y las había hecho «descubrir» a alguno de los que se dirigían espiritualmente, a los transmitía el fervor mariano característico de su espíritu. Meses antes del comienzo de la guerra, aconsejaba por ejemplo a un joven estudiante de Arquitectura, Pedro Casciaro, sobre la manera de mantener la presencia de Dios en sus desplazamientos. Lo ha narrado el mismo protagonista: «¿Y para tener presencia de Dios en medio de la calle? Aquello no me parecía fácil. Me gustaba pasear por las calles de Madrid contemplando las fachadas, examinando las estructuras o analizando los aciertos o los errores arquitectónicos que iba encontrando. ¡Y el Padre me pedía que hiciera todo eso y, al mismo tiempo, fuera *metido en Dios!* ¿Cómo? —Vamos a ver, me dijo. Explicame qué caminos sueles hacer para ir desde la calle Castelló donde vives a la Escuela de Arquitectura o la Universidad. —Empecé a recordar: primero tomaba la calle Goya; luego bajaba a la Castellana y después... Entonces fue enumerándome las imágenes de la Virgen que podía encontrar en mi camino: —En la calle Goya hay una pastelería, apenas volver a la esquina de Castelló, que tiene una hornacina con la Purísima Concepción; al llegar a la estatua de Colón en el cruce con el Paseo de la Castellana, tienes en uno de los relieves del pedestal de la estatua una escena de los Reyes Católicos donde hay una imagen de la Virgen del Pilar; subiendo por los Bulevares... Me quedé sorprendido. Yo, que me fijaba tanto en todo, no me había dado cuenta de la existencia de esas imágenes que me podrían servir para mantener la presencia de Dios durante mis recorridos habituales. Comprendí entonces que aquello no era fruto de la gran capacidad de observación del Padre, sino que era la consecuencia del gran amor que sentía hacia la Madre de Dios» (CASCIARO, P., *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994, pp. 27-28).

<sup>58</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, p. 19.

Josemaría se vio obligado en aquellos años a adoptar un nombre distinto al habitual. Eligió el de Mariano, ante todo por devoción a Nuestra Señora aunque también porque era el cuarto de los nombres que le habían impuesto en el Bautismo. Hasta su fallecimiento, continuó firmando a veces con ese nombre en el ámbito interno del Opus Dei<sup>59</sup>.

Después de transitar a causa de la persecución<sup>60</sup>, desde julio de 1936, por diversos alojamientos pasajeros<sup>61</sup>, pudo al fin encontrar en marzo de 1937 un refugio algo menos precario, aunque provisional también, en la Legación diplomática de Honduras<sup>62</sup>. Será un periodo de gran sufrimiento pero también de singular fuerza espiritual, manifestada en una actividad pastoral intensa de la que, como un ejemplo entre otros, se conserva abundante material de predicación recogida casi taquígráficamente por sus oyentes. Vale la pena entresacar de ese material algún pasaje de contenido mariano, pues permite observar de cerca esa impronta característica de su espíritu, que graba con fuerza en el alma de quienes le escuchan. Transcribimos a modo de ejemplo, no obstante su extensión, un par de pasajes, a los que volveremos en otro momento, cuando llegue la hora de analizar la doctrina<sup>63</sup>.

En la meditación que dirige el día 27 de abril de 1937, enseñando a vivir algunos aspectos del amor a la Virgen, se pueden leer estas palabras:

---

<sup>59</sup> Cf. *Ibidem*, p. 62.

<sup>60</sup> Cf. ALFAYA, J.L., *Como en un río de fuego, Madrid 1936*, Barcelona 1998, pp. 64-88 y 285-309.

<sup>61</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 26-62.

<sup>62</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 62-124.

<sup>63</sup> Son textos tomados, como se ha indicado, de la predicación oral del fundador refugiado en la Legación de Honduras, y acompañado de algunos miembros del Opus Dei, a los que solía dirigir a diario la meditación. Ellos recomponían por escrito lo que acababan de escuchar, procurando ajustarse lo mejor posible a las palabras y al estilo. «Aunque no puedan considerarse literales, estos *apuntes* gozan de gran valor, pues constituyen —como ha señalado Mons. Javier Echevarría en la presentación a una recopilación aún inédita de esos textos— un testimonio de primera mano sobre la predicación del Beato Josemaría en aquellos difíciles momentos» (AGP, P12, Presentación)(cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, Nota 213, p. 95).

«Los primeros cristianos, a los que hemos de acudir siempre como modelo, dieron un culto amoroso a la Virgen. En las pinturas de los tres primeros siglos del Cristianismo, que se conservan en las catacumbas romanas, se la contempla representada con el Niño en brazos. ¡Nunca les imitaremos bastante en esta devoción a la Santísima Virgen! Nosotros, además, le estamos obligados muy especialmente. Nuestra Señora ha sido singularmente buena con la Obra, ha tenido con nosotros ternuras de madre. En momentos no de desaliento, pero sí de ansiedad, Ella se dignó mandar ayudas y consuelos extraordinarios. Y cada uno de nosotros, si repasa en su memoria, ¡cuántos favores y gracias encontrará, que le han venido por su intercesión! La consecuencia que hemos de sacar es clara: redoblar nuestro amor a la Madre de Dios, apoyarnos con más confianza en su poder, hacer más asiduo y atento nuestro trato con Ella.

»Recordad que en la Obra tenemos *tres grandes amores*: el de Cristo, el de su Madre y el del Papa<sup>64</sup>. Quisiera que, desde ahora, con motivo de esta charla, adquirieseis una costumbre —será una de nuestras Costumbres—, teniendo entendido que el no cumplirla no se puede considerar como pecado, ni venial, ni siquiera como falta. Pero el que la olvide lleva camino de no amar el buen espíritu. La Costumbre será ésta: rezar todos los días a Nuestra Señora tres Avemarías, de rodillas y con los brazos en cruz, siempre que sea posible, para que conceda el don de la pureza a todos los de la Obra.

»Abandonaos, pues, más y más en nuestra Madre Santa María; confiad más y más en su auxilio. Haced el propósito de acudir a Ella, no sólo en los grandes peligros de la vida espiritual, sino en las luchas cotidianas con nuestro enemigo. Yo sé que con este propósito, aunque en el

---

<sup>64</sup> Había escrito ya una idea semejante en una *Instrucción* de 1934: «Cristo. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?» (*Instrucción*, 19-III-1934, n. 31).

momento del trance os olvidéis de suplicarle, obtendréis sin embargo su ayuda»<sup>65</sup>.

El segundo de los textos que transcribimos, pertenece a una meditación del 15 de agosto de 1937, festividad de la Asunción de María (es interesante advertir cómo san Josemaría contempla a la Virgen también en su Dormición, a través de una veneración que posee desde la infancia). El texto se halla distribuido desde el punto de vista metodológico en tres temas, que giran respectivamente en torno a: María y los primeros cristianos, María y la teología, María y el Opus Dei. Es un texto dotado de particular fuerza testimonial, y dice así:

«1) La composición de lugar consistirá en representarnos aquella escena de la que nos habla una piadosa tradición: todos los Apóstoles reunidos en torno al cuerpo santo de la Señora. La petición, un vigoroso encendimiento del amor mariano en la Obra (...). Considerando el proceder de aquellos primeros, vemos cómo, después de la Ascensión del Señor y de la efusión del Espíritu Santo en sus almas, se reúnen en torno a la Señora, venerándola y amándola. A Ella confían sus preocupaciones, en Ella buscan amparo cuando les asedia la persecución, la contradicción, el aparente fracaso. Ella enciende, cuando parece que decaen, sus afanes por la salvación de las almas (...). Al examinarne —la oración ha de ser ahora personal, íntima: verdadero roce con Dios que arranque chispas, como el pedernal al chocar con otro pedernal; chispas que alumbren nuevos caminos—, descubro que si he seguido manchándome en las mismas miserias, que si he perseverado en el mal, ha sido porque he descuidado el recurso a María. Debo, pues, a imitación de aquéllos que miraron su rostro de carne, intensificar mi trato con Ella, aumentar más en mí su presencia, para que en todas mis caídas me devuelva enseguida el gozo de la reconciliación con Dios.

»2) La teología y María. ¿Qué nos enseña la doctrina de la Iglesia acerca de la Señora? Los teólogos la llenan de perfecciones; me corrijo, es Dios

---

<sup>65</sup> Apuntes tomados de una meditación, 22-IV-1937 (AGP, P12, pp. 140-141).

quien la colma de sus gracias y ellos las reconocen. María, Madre de Dios, Corredentora, concebida sin mancha.. *Más que Tú, sólo Dios*, acaban afirmando. Leyendo esos libros, aprendemos que la Señora es el arcaduz, el canal que nos trae todos los dones del Cielo: si Cristo es la Cabeza y nosotros el cuerpo, nuestra Madre cumple la función del cuello. Vivir unidos a Ella es, por tanto, vivir unidos a Dios. Por eso, nuestra petición fervorosa de hoy es el aumento del amor y de la devoción a la Señora. ¡María, concebida sin mancha, Madre nuestra! ¡Madre! Sólo este grito purifica el alma. Llamarte así es agua lustral que lava, fuego sagrado que consume todo lo que mancha nuestros labios y nuestro corazón. El fruto de la oración no ha de quedarse solamente en nosotros. Por eso, cuando hablo con Dios, con la Virgen, con los Ángeles Custodios, con los Santos, pido que las gracias que imploro en mi ruego se transmitan a esos hijos a los que estoy espiritualmente unido. Me dirijo a ti, Madre mía, pensando en ellos. Sé que mientras sean tuyos, están seguros. Sé que serán de Dios, mientras te conozcan, te amen, te pertenezcan. Pues que sean tuyos, que te amen, que no te dejen nunca.

»3) Llegamos al tercer punto de nuestra meditación: la Obra y María. ¡Cuánto debe la Obra a Nuestra Señora! ¿Quién sino tú, Madre nuestra, la ha sostenido durante todos estos años? ¿Quién ha atraído almas nuevas a este camino de entrega y de apostolado? ¿Quién ha mantenido la fe, cuando todo lo exterior se derrumbaba y desaparecía? ¿Y cómo ha correspondido la Obra? Esto sí que lo pronuncio a boca llena: ¡bien, muy bien! Tres amores han brillado en el Opus Dei desde sus comienzos, amores que son alegría y paz de los que la componen, y que alientan sin cesar su espíritu sobrenatural: el amor a Cristo, a la Virgen y al Papa. ¡La Obra ha correspondido muy bien! Ahí están nuestras Normas y Costumbres, con tantos detalles que prueban la devoción a nuestra Madre: el Rosario entero, la jaculatoria al acabar las reuniones en familia, las tres Avemarías de la pureza... Y tantos otros: los pobres de la Virgen, la mirada y el saludo al entrar en nuestra habitación, la Salve de los sábados. Así de viva y continua ha de seguir manteniéndose nuestra correspondencia personal. Los miembros de la Obra han de tener la

virtud recia que supone la firme devoción a nuestra Madre, devoción que nunca ha de convertirse en rutinaria ni degenerar en una beatería innoble: que practiquen con reciedumbre esa virtud a imitación de los primeros cristianos: ésta es nuestra petición. Y, además, la súplica a nuestra Madre en este día de la Asunción, a nuestra Madre que está en cuerpo y alma en los cielos, que nos oye desde allí con sus oídos de carne y nos ve con sus ojos de carne también: Madre, te pedimos por los hijos tuyos de la Obra, para que todos correspondamos a tus favores, especialmente al más grande, al de nuestra específica vocación cristiana; para que nos socorras en todos los peligros morales y físicos»<sup>66</sup>.

Abandonada la Legación de Honduras en septiembre de 1937, siguen corriendo tiempos muy difíciles en Madrid, de persecución religiosa<sup>67</sup>. San Josemaría, a pesar de las duras circunstancias ejerce como le es posible su ministerio sacerdotal: confesaba por la calle, atendía a algunas religiosas que estaban refugiadas en domicilios particulares<sup>68</sup>, predicaba retiros espirituales cambiando constantemente de local para evitar ser descubierto<sup>69</sup>. En un determinado momento surge la posibilidad de abandonar clandestinamente Madrid y pasar a la otra zona de España a través de los Pirineos, recuperando así la indispensable libertad para desarrollar sin trabas el trabajo fundacional. La narración del paso de los Pirineos con un grupo de personas ha sido recogido con particular atención en las diversas biografías del fundador, a las que nos atenemos para los detalles históricos<sup>70</sup>. Aquí sólo nos interesa destacar, como en los anteriores episodios biográficos, la dimensión mariana de aquellas circunstancias, que en este caso es singularmente importante.

Una narración valiosa de los hechos, sintética pero muy autorizada en cuanto que procede del relato escuchado al propio fundador, la ha

---

<sup>66</sup> *Ibidem*, 15-VIII-1937 (AGP, P12, pp. 241-244).

<sup>67</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 128-130.

<sup>68</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 140-146.

<sup>69</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 130-134.

<sup>70</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 158-225.



dejado Mons. Alvaro del Portillo: «Nuestro Padre tenía la convicción clara de que debía escaparse al otro lado, pero, por otra parte, le daba mucha pena sabernos solos a los que nos quedábamos en Madrid. Estaba con la duda de ir o de quedarse; unas veces predominaba el ir, y otras veces el ¡me vuelvo! En una ocasión, estando escondidos en los bosques de Rialp, el Padre dijo que se volvía. Entonces fue cuando sucedió lo de la rosa. En medio de esa duda sobre cuál era su obligación, si volver a atendernos a los que habíamos quedado bajo la garra comunista, o ir al otro lado, hizo una noche algo que jamás había hecho antes y que nunca repitió después: pedir a la Santísima Virgen que le diera como un signo de cuál era la Voluntad de Dios. Y además, especificó: si tengo que seguir adelante dame una señal; hazme ver una rosa de madera estofada. Fijaos qué cosa más extraña. Estaban en medio de un bosque, lejos de los lugares habitados. Una rosa de madera estofada ya sabéis lo que es: policromada de tal manera que parece hecha de estofa, de tela. Total que, apenas salieron del lugar donde habían pasado unas horas de la noche, y al que habían llegado cuando no se veía nada, porque sólo caminaban en la oscuridad, encontraron las ruinas de una iglesia, en la que hallaron la rosa tal como había pedido nuestro Padre. Era lo único que había aparte de las piedras»<sup>71</sup>.

---

<sup>71</sup> AGP, P03 1978, p. 254. Uno de los testigos presenciales de este hecho, ha narrado con detalle lo sucedido en la noche del 21 al 22 de noviembre de 1937. Se habían recogido en un antiguo horno de pan para dormir unas horas: "Cuando estábamos todos dentro del horno, débilmente iluminado por una mugrienta candela que se encendió mientras nos acomodábamos en el suelo, pude vislumbrar, entre sombras, el rostro abatido del Padre. Nunca lo había visto así. Conversaba en voz baja con Juan, como discutiendo. Yo no entendía nada. Le pregunté a Paco, que estaba más cerca de ellos, qué pasaba; Paco me explicó, con voz casi imperceptible, que el Padre pensaba que no debía abandonar a aquellos hijos suyos que se habían quedado en Madrid, expuestos a toda clase de peligros. Interpreté las pocas palabras que me dijo Paco en el sentido de que el Padre, en aquellos momentos, dudaba de cuál era la Voluntad de Dios, y tenía el corazón como dividido: por una parte, veía la necesidad de llegar al otro lado, para seguir con la Obra y ejercer su ministerio; por otra, deseaba regresar a Madrid, donde algunos hijos suyos permanecían en la cárcel, o escondidos, y donde estaba su madre, su hermana y su hermano Santiago. De pronto, me pareció oír a Juan una frase que me desconcertó todavía más: —¡A Vd. le llevamos al otro lado, vivo o muerto! Me quedé profundamente asombrado: nunca había oído que ninguno de nosotros le hubiera dicho al Padre algo parecido, ni que se hubiese

En enero de 1938, un mes después del paso de los Pirineos, el fundador del Opus Dei fijó su residencia en Burgos. Continúa desarrollando, ahora libremente, su trabajo pastoral y viviendo su filial existencia mariana<sup>72</sup>, llena de acontecimientos ordinarios, que le llevan a experimentar lo que escribirá en una de sus obras, «Camino», que en aquellos días se encuentra en preparación para su próxima edición: «No estás solo: María está junto a ti»<sup>73</sup>. Es *Camino* un libro hondamente mariano<sup>74</sup>, que san Josemaría, partiendo de lo que ya había sido publicado en 1934 bajo el nombre de «*Consideraciones espirituales*», terminó de escribir a finales de enero de 1939; como una muestra más de

---

dirigido a él en un tono que no fuera sumamente respetuoso. Me puse a rezar, nervioso y atemorizado; mientras tanto, alcancé a oír los sollozos contenidos del Padre. Aquello me entristeció profundamente. Invoqué una vez más a la Virgen y me quedé dormido, vencido por el inmenso cansancio de la caminata anterior y por aquellas extrañas emociones. Dormí profundamente; no creo que otros lo hicieran. Cuando me desperté a la mañana siguiente, el Padre y algunos más ya habían salido del horno y deambulaban por la casa. ¿Qué habrá pasado? — me pregunté —, ¿qué irá a pasar? Salí y encontré al Padre con un rostro radiante de alegría y de paz. Aún entendí menos que la noche anterior. Paco me contó entonces que, en aquellos momentos de duda, el Padre se había acogido a la intervención de la Virgen, pidiéndole una señal clara e indudable — ¡una rosa! — como signo de que debía proseguir adelante; algo, en definitiva, que le confirmara en su decisión y le confortara en aquellos momentos de dolorosa incertidumbre. Era algo que no hacía nunca, porque no buscaba lo extraordinario: fue una moción de Dios. Y al entrar en la iglesia destrozada que estaba cerca del horno en el que habíamos dormido, había visto en el suelo el brillo de una rosa de madera estofada. Esa rosa, proveniente de uno de los retablos de la iglesia, que habían sido quemados por los milicianos — probablemente del altar de la Virgen del Rosario —, le confirmaba que debía seguir adelante» (CASCIARO, P., *Soñad y os quedaréis cortos*, o.c., pp. 110-111)(Nota: Paco es Francisco Botella y Juan es Juan Jiménez Vargas, ambos miembros del Opus Dei que acompañaron al Padre en el paso de los Pirineos). Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 184-196.

<sup>72</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, p. 315.

<sup>73</sup> *Camino*, n.900.

<sup>74</sup> En 1988, se publicó un libro de *Estudios sobre Camino*, realizado por diversos autores, con motivo de los 3 millones de ejemplares editados. En esa publicación hay, por ejemplo, dos capítulos específicamente dedicados a la Virgen: *Devoción y Amor a María en Camino*, de Escartín, J.M. (pp. 320-337) y *Aprender en Camino el amor a la Virgen*, de Orozco, A., (pp. 339-358). En 2002, se ha publicado una edición crítico histórica: RODRÍGUEZ, P., *Camino. Edición crítico histórica*, Madrid 2002.

su devoción a la Virgen, lo fechó el 2 de febrero, día de la Purificación<sup>75</sup>. A esta obra, y a sus contenidos mariológicos tendremos que volver en la parte más directamente teológica de nuestro trabajo.

El 2 de octubre de 1938, jornada de agradecimiento y de alegría, por ser el aniversario de la fundación del Opus Dei, lo pasó san Josemaría en Burgos. Era también un tiempo de sufrimiento para el fundador, que desde hacía más de dos años veía muy limitadas, en la práctica, las posibilidades de cumplir la misión que el Señor le había encomendado en 1928. También contribuía a su dolor el pensamiento, que de vez en cuando le asaltaba, de si había hecho bien dejando en Madrid a un grupo de hijos suyos y a su familia. Don Josemaría no encontraba reposo. Pocos días después, el 12 de octubre, festividad de la Virgen del Pilar, una nueva gracia de la Señora vino a llenarle de consuelo precisamente en ese punto, al poder establecer contacto a través de personas amigas residentes en Francia con su familia y con los fieles del Opus Dei que habían quedado en Madrid.

Uno de éstos era el Siervo de Dios Isidoro Zorzano. Un día de finales de junio de 1938, hacía Isidoro oración ante un crucifijo y entendió con claridad que algunos miembros de la Obra, que prestaban obligatoriamente servicio militar en el ejército republicano, conseguirían cruzar el frente bélico para reunirse con el fundador en Burgos. San Josemaría, por su parte, recibió de Dios la misma certeza sobrenatural, y tan absoluta era su convicción del desarrollo inmediato de los acontecimientos, que comunicó a la madre de Álvaro del Portillo y a la de Vicente Rodríguez Casado —dos de los tres que iban a atravesar el frente, cuyas madres residían también en esa ciudad castellana— la noticia de que sus hijos, en el mes de octubre, llegarían a la zona nacional<sup>76</sup>. Los tres fugitivos cruzaron el frente el día de la fiesta de la

---

<sup>75</sup> Así se hace constar en la primera edición de *Camino*: «se acabó de escribir este libro en Burgos, día de la Purificación de la Bienaventurada Virgen María, año de 1939» (*Camino*, colofón a la 1ª edición. Valencia. 1939).

<sup>76</sup> Cf. SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., pp. 235-236.

Virgen del Pilar de 1938<sup>77</sup>. Lo comprendieron al oír repicar las campanas una iglesia rural, que convocaba al pueblo a la Misa en el día de la festividad mariana.

El 1 de abril de 1939 terminó la guerra civil. Unos días antes, el fundador se había incorporado a la primera columna de avituallamiento, que entró en Madrid el 28 de marzo. Se dispuso inmediatamente a proseguir el trabajo que el Señor le había confiado el 2 de octubre de 1928, pensando en la expansión de la Obra por la península ibérica y el mundo entero<sup>78</sup>.

## 2. 1940-1949: EXPANSIÓN BAJO LA PROTECCIÓN DE LA MADRE DE DIOS

«Hijos míos, hemos de ver ante nosotros la figura blanquísima de nuestra Madre del Cielo, que nos bendice. Os quiero decir que, si es parte principal de nuestro espíritu esta manera de tratar confiadamente a la Madre nuestra, de modo continuo, con el paso del tiempo tenemos

---

<sup>77</sup> Cf., por ejemplo, VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 323-332, y del mismo autor *El fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid, 1983, p. 196; BERNAL, S., *Recuerdo de Alvaro del Portillo. Prelado del Opus Dei*, Madrid 1997, pp. 59-60; CASCIARO, P., *Soñad y os quedaréis cortos*, o.c., pp. 177-178.

<sup>78</sup> En aquellas fechas nació una nueva Costumbre mariana en el Opus Dei, de hondo sentido familiar. El corazón del fundador velaba sin descanso por el bien de cada uno de sus hijos, aunque se encontrasen a muchos kilómetros de distancia. En cierta ocasión, durante una reunión con algunos de ellos, interrumpió el hilo de lo que estaba diciendo para pedir que rezaran un *Acordaos* por un hijo suyo que en aquellos momentos lo necesitaba de modo especial. Este sucedido ha quedado reflejado, de modo discreto, en un punto de su libro «*Surco*», que dice así: «Comunión de los Santos: bien la experimentó aquel joven ingeniero cuando afirmaba: "Padre, tal día, a tal hora, estaba usted pidiendo por mí". Ésta es y será la primera ayuda fundamental que hemos de prestar a las almas: la oración» (*Surco*, n. 472)(Cf. DEL PORTILLO, A., *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1993, p. 31; RODRÍGUEZ, P. *Camino. Edición crítico histórica*, o.c. pp. 676-677).

cada vez más motivos: porque alcanzamos la evidencia de sus intercesiones en favor nuestro, como un milagro, por Providencia ordinaria. Es algo maravilloso, que parece increíble, y sin embargo es verdad»<sup>79</sup>. Contienen estas palabras, como es patente, el testimonio de una experiencia rica en acontecimientos espirituales y materiales, desarrollados en un entorno profundamente mariano. San Josemaría se muestra en ellas consciente de la continua protección de María y dice poseer la evidencia de sus intervenciones maternas, que han tenido lugar, a lo largo de su existencia, en el ámbito de su misión fundacional.

Ocupa un lugar de privilegio en ese ámbito el trabajo de extender el espíritu del Opus Dei por todo el mundo, que comenzó a desarrollarse a partir de 1939, en cuando las circunstancias externas lo permitieron. Es significativo comprobar, como veremos en este nuevo párrafo, que la expansión por el mundo la fue realizando e impulsando san Josemaría sobre el fundamento del sentido de la filiación divina y del filial amor a María, que pertenece a la esencia del mensaje fundacional. Podría decirse que el Opus Dei ha ido haciéndose en el tiempo conforme a lo que en su esencia es: un impulso de santificación personal y de acción evangelizadora en medio del mundo, realizado por la gracia de Dios bajo la maternal intercesión de la Madre de Dios.

En los párrafos que siguen haremos una sencilla recopilación de datos históricos de contenido mariano, que nos permitan seguir a grandes trazos una acción fundacional que se va desarrollando al hilo del amor filial a Santa María. No nos detendremos en relatar circunstancias históricas, ni extraeremos por ahora consecuencias de los datos que recogemos. No es éste el momento de analizar, como ya hemos repetido, sino el de aportar elementos para una futura reflexión, incluso aunque aparentemente sean de pequeña entidad (como algunos que se recogen a continuación). En realidad, aunque su entidad objetiva sea pequeña, no lo es su valor como testimonio de una existencia mariana, que se expresará también —fuera del ámbito de los pequeños detalles

---

<sup>79</sup> AGP, P01 1974, p. 810.

existenciales, pero no sin referencia a ellos— en una importante enseñanza espiritual y teológica de la que más adelante hablaremos.

*a) Primera expansión por toda España: circunstancias y detalles marianos<sup>80</sup>*

En el año 1940, a primeros de febrero, san Josemaría decidió abrir un Centro de la Obra en Valladolid. Había hablado de este plan con el Arzobispo de la ciudad, quien alentó y bendijo el proyecto desde el primer momento. El 24 de abril se consiguió un piso pequeño y modesto, al que transportaron el exiguo mobiliario del que disponían: dos cuadros —uno de la Virgen y otro de San Nicolás de Bari—, y seis sillas. El 2 de mayo, don Josemaría bendijo el centro, que se llamó El Rincón, y regaló una imagen de la Virgen para la nueva sede, una pequeña talla de alabastro, de estilo barroco, pero sobria en la ornamentación: tan solo unos dorados en el manto; la Virgen tiene al Niño en brazos, con la cabeza un poco inclinada sobre el rostro de su Hijo; Él, la mira y le tiende una de sus manos. La talla se colocó en la sala de estar, donde además de tener las tertulias, se daban las clases de formación, se hacía la oración —no de disponía de una habitación para el oratorio— y se rezaba el Rosario. Esta imagen fue inspirando, animando y bendiciendo todas las tareas apostólicas de aquellos primeros años de siembra en la ciudad castellana<sup>81</sup>.

San Josemaría viajó con frecuencia en el periodo postbélico a Zaragoza, no sólo para impulsar la labor apostólica de la Obra, sino también para predicar ejercicios espirituales a diferentes personas (y en concreto, al clero). Las visitas a la Virgen del Pilar, como siempre que pasaba por la capital aragonesa, eran citas fijas. «La visita diaria a la Virgen era una costumbre que había tenido siempre durante su vida en Zaragoza. En las veces que le acompañé — señala uno de los primeros miembros de la

---

<sup>80</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 417-427.

<sup>81</sup> AGP, P01 1980, pp. 458-461.

Obra en aquella ciudad, D. Javier de Ayala —, solía colocarse, sobre todo si había bastante gente en la capilla, entre las dos columnas más próximas a la entrada de la Basílica, desde donde hay una buena visión de la imagen de Nuestra Madre. Después de rezar, solía ponerse en la fila de fieles que van a besar el pilar de Nuestra Señora. En esas visitas a la Virgen impresionaba mucho la intensidad de su oración y la fijeza de sus ojos en la imagen. Debía traerle sin duda muchas evocaciones de cosas que había encomendado a su mediación»<sup>82</sup>. A la Virgen del Pilar encomienda el desarrollo del trabajo apostólico de la Obra en esa ciudad<sup>83</sup>.

También había comenzado e iba desarrollándose el trabajo apostólico en Barcelona. En el mes de mayo de 1940, concretamente el día 14, llegó a la ciudad san Josemaría que impulsó desde el primer momento la búsqueda de una sede para el futuro Centro el Opus Dei en la Ciudad Condal. Don Josemaría regresó a Barcelona a finales de julio. Se encontró con un piso muy pobremente amueblado, pero en donde no faltaba la imagen de la Virgen y una cruz de palo, que fueron los primeros objetos

---

<sup>82</sup> AGP, P03 1989, p. 344. Otro recuerdo mariano de aquellos viajes: en cierta ocasión, dirigió la meditación a un pequeño grupo de miembros de la Obra paseando por una pradera, hablándoles del amor al Señor, que es absorbente, y que debe ser cada día más intenso; les impulsaba en la lucha contra el pecado venial, a la extirpación de las imperfecciones... Al acabar de exponer cada idea, reiteraba la jaculatoria: ¡Virgen Santa del Pilar, antes morir que pecar! Concluyó la oración con una encendida súplica a la Santísima Virgen, para que, estando a su lado, viviesen en guardia contra todo lo que desdijera del amor a su Hijo.

<sup>83</sup> A través de frecuentes cartas, llenas de noticias y de proyectos, el fundador mantenía en todos la vibración apostólica. Al mismo tiempo, les movía a pedir por el futuro Centro de Zaragoza (al que había pensado llamar la «Torre»). Sirvan como muestra algunos párrafos de la siguiente carta, fechada en Ávila el 1 de julio: «Jesús me guarde a mis hijos: Ya sé que os habéis dispersado, por unos meses los zaragozanos: en Navarra andarán algunos, con hambre de almas. Pero enviaré estas líneas a Zaragoza, y Javier las hará circular... Nuestra Sma. Madre del Pilar hará que pronto se alce en la ciudad la Torre. Una torre de guerreros del Gran Rey, Cristo. ¡Menudas batallas peharemos, con tesón aragonés y valentía navarra. Pronto tendremos casa en Bilbao. Creo, sin embargo, que Zaragoza se adelantará a la tierra vasca. Veremos. Depende de la oración y del sacrificio que me pongáis, en una palabra del Amor...» (AGP, P03 1989, p. 352)(Nota: Javier en Javier Ayala, miembro del Opus Dei).

que entraron en la casa; por lo demás sólo había un par de mesas y dos sillas.

En aquella ciudad de Barcelona principalmente (aunque también en otras ciudades) permitió el Señor, en aquellos años de expansión puestos bajo la protección de la Virgen, el desarrollarse de unas circunstancias de dura contradicción<sup>84</sup> contra san Josemaría y su trabajo fundacional, en las que volvemos a encontrar la fuerza de su espíritu filial y mariano<sup>85</sup>.

En Valencia había comenzado la expansión, a través de algunas actividades pastorales de san Josemaría, ya desde el verano de 1939. Aproximadamente un año después, el 30 de julio de 1940, llegó el

---

<sup>84</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 474-481.

<sup>85</sup> El Señor permitió que la novedad del fenómeno pastoral provocara en algunos ambientes recelos e incomprensiones. Fue en 1940 cuando la contradicción de los buenos —como la llamaba, utilizando palabras de Santa Teresa—, arreció con fuerza especial. Las críticas aisladas abrieron paso a otras más clamorosas, que pronto degeneraron en una campaña organizada y sistemática. Por desgracia, el revuelo era originado por algunos religiosos y personas relacionados con ellos. En el fondo de aquellos hechos latía la incapacidad para comprender la llamada universal a la santidad, que el Señor ha dirigido a todos los cristianos. Algunas de aquellas personas —sin duda, en buena fe, pero también con ignorancia— sostenían que difundir entre los fieles corrientes la idea de que es posible alcanzar la santidad en el estado laical, sin apartarse del mundo, entrar en un convento o en el seminario, era una doctrina peligrosa e incluso herética. Otros, de intención más dudosa, hacían eco de buen grado a esas calumnias por su odio a la Iglesia o su mentalidad exclusivista. Poquísimas veces aludió san Josemaría a estos temas, y si lo hacía era para dar criterio y rogar que no se maltratase a nadie. No había en su alma ni en su conversación la más pequeña chispa de resentimiento. Y siempre se preocupó de encaminar a las Ordenes y Congregaciones religiosas a quienes le pedían consejo, si veía que Dios les llamaba por ese camino. Sufrió profundamente con esta campaña, y a la vez mantuvo siempre la paz y transmitió serenidad a los miembros de la Obra. La campaña cubría toda España, pero era en Barcelona donde la contradicción se sentía con más dureza. La respuesta del fundador era siempre sobrenatural: rezar, trabajar y callar. Pasados los años, en 1966, cuando el fue nombrado hijo adoptivo de la ciudad, decía: «Poco a poco se va cumpliendo lo que tanto deseaba yo en aquellos años cuarenta, cuando iba a postrarme a los pies de la Virgen en la Basílica de la Merced y no pocas veces también ante la imagen de Nuestra Señora de Monserrat, en su Santa Montaña; cuando hablaba entonces a mis hijos de esta amadísima ciudad, y les recordaba aquellas palabras de San Juan: *veritas liberabit vos (Ioann. VIII, 32)*, la verdad os hará libres» (*Discurso al recibir el título de hijo adoptivo de Barcelona, 7-X-1966*). Frases que muestran de nuevo su confianza en María Santísima.



momento de instalar una Residencia de estudiantes, desde donde contribuir a la formación cristiana de muchos universitarios, haciéndoles llegar el espíritu de santificación en medio de sus actividades cotidianas, propio del Opus Dei. La vivienda donde se trasladaron era grande y destartada, aunque bien limpia y amueblada, reunía condiciones para ser una residencia. Los dueños de la casa prestaron, entre otras cosas, un cuadro de buena calidad: era una copia de la Inmaculada de Juan de Juanes, que pasó a ocupar un lugar de honor en el vestíbulo. La imagen estaba orlada de una serie de alegorías y jaculatorias alusivas a la Virgen: *Speculum iustitiae*, *Rosa mystica*, *Turris Davidica*, *Porta coeli*, *Pulchra ut luna*.. En una ocasión, San Josemaría leyó esas frases a media voz, repitiéndolas como piropos encendidos. Al llegar a la última, dijo: «*Pulchra ut luna*: ¡qué poco es para la hermosura de la Virgen! Ella se merece mucho más»<sup>86</sup>.

En la Semana Santa de 1945, el fundador, que ya había visitado en otras ocasiones Andalucía, realizó un viaje para impulsar la instalación de Residencias de universitarios en Sevilla y Granada<sup>87</sup>. De ese momento es una pequeña anécdota que utilizó más tarde en diversas ocasiones para hablar de las imágenes de María. En 1972, por ejemplo, la recordaba así: «Hace muchos años, casi treinta, vine a Sevilla por Semana Santa. Salí a la calle cuando ya andaban las cofradías por ahí... Y cuando vi toda aquella gente, aquellos piadosos hombres que iban en las procesiones acompañando a la Virgen, pensé: esto es penitencia, esto es amor. Era muy hermoso. Luego, cuando vi... no sé qué paso era, no recuerdo qué imagen de la Virgen... Lo de menos eran las joyas, las luces... Lo importante era el amor, las saetas, los piropos: ¡todo! Estaba allí mirándola, y me puse a hacer oración... Me fui a la luna. Viendo aquella imagen de la Virgen tan preciosa, ni me daba cuenta de que estaba en Sevilla, ni en la calle. Y alguien me tocó así, en el hombro. Me volví y encontré un hombre del pueblo, que me dijo: —Padre cura, ésta

---

<sup>86</sup> AGP, P03 1991, p. 214.

<sup>87</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 684-697.

no vale ná; ¡la nuestra es la que vale!. —De primera intención casi me pareció una blasfemia. Después pensé: tiene razón; cuando yo enseño retratos de mi madre, aunque me gusten todos, también digo: éste, éste es el bueno»<sup>88</sup>.

b) *Viaje a Roma, «con el alma puesta en mi Madre Santísima»*

En febrero de 1946, don Álvaro del Portillo viajó a Roma, por encargo de san Josemaría, para tramitar el reconocimiento jurídico que la deseada expansión universal de la Obra necesitaba. La gestión no iba a ser fácil. Abrir un nuevo camino universal de santificación traía consigo dificultades que parecían conducir a un callejón sin salida<sup>89</sup>. Ante esta situación don Álvaro le escribió una carta en la que le pedía que acudiese personalmente a Roma. El fundador emprendió el camino, pese a la grave enfermedad que entonces padecía, al dictamen negativo de los médicos, y a las dificultades del viaje en aquellas fechas. El *iter* de aquel viaje hacia Roma se verá lleno de etapas marianas. Desde Madrid a Zaragoza, donde se detuvo a rezar ante la Virgen del Pilar y, como solía, mezclado entre el gentío, besó devotamente la columna sobre la que se levanta la estatua de Nuestra Señora. Luego, camino de Barcelona, se acercó a rogar ante N<sup>ra</sup> Señora de Montserrat. El 21 de junio de 1946, antes de embarcar en Barcelona, rumbo a Génova, dirigió la meditación y celebró la Santa Misa a los pocos miembros del Opus Dei

---

<sup>88</sup> SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., p.312. También en VÁZQUEZ DE PRADA, II, pp. 688-689.

<sup>89</sup> Años más tarde, san Josemaría recordaba que, en 1946, decían en Roma que el cauce jurídico de la Obra rompía todos los moldes del Derecho Canónico. Y añadía: «La Obra aparecía, al mundo y a la Iglesia, como una novedad. La solución jurídica que buscaba, como imposible. Pero, hijas e hijos míos, no podía esperar a que las cosas fueran posibles. Ustedes han llegado —dijo un alto personaje de la Curia Romana— con un siglo de anticipación. Y, no obstante, había que tentar lo imposible. Me urgían millares de almas que se entregaban a Dios en su Obra, con esa plenitud de nuestra dedicación, para hacer apostolado en medio del mundo» (*Ibidem*, pp. 327-328).

que habitaban en aquella ciudad. Su oración de aquel momento es como una queja filial ante el Señor, siguiendo la frase del apóstol Pedro: *nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué será de nosotros?* (Mt 19,27) Una oración llena de confianza en que Dios removería los obstáculos, a ruegos de su Madre. Esa misma mañana, después de la Santa Misa, fue a la Basílica de Nuestra Señora de la Merced, para encomendarle las intenciones que le llevaban a Roma. Fue la única visita que hizo en Barcelona. Más tarde, volvió a insistir a su hijos que fueron a despedirle al puerto, en que no dejasen de ir a la Basílica de la Patrona de Barcelona, para implorar su ayuda durante el tiempo que durase su permanencia en la Ciudad Eterna<sup>90</sup>.

Al llegar a Génova, el fundador celebró su primera Misa en Italia en la Basílica dell'Annunziata, en una capilla que estaba presidida por una escultura de la Virgen con el Niño en brazos. Fue un delicado detalle de Santa María, que le mostraba su presencia materna en tierras italianas, camino de Roma. «Vine a Roma —escribiré más tarde— con el alma puesta en mi Madre la Virgen Santísima y con una fe encendida en Dios Nuestro Señor»<sup>91</sup>. La etapa que comenzaba era decisiva. En su alma siempre latía aquel «*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*», tan frecuentemente repetido desde el comienzo del Opus Dei. El 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, fue recibido por el Santo Padre Pío XII, y pudo hablar con detenimiento del camino de santificación que Dios le había inspirado. El 31 de agosto viajaba a Madrid trayendo consigo un documento de *alabanza de fines*, concedido por la Santa Sede, mientras se seguían estudiando en Roma los documentos y peticiones presentadas. El día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, Pío XII recibió de nuevo al fundador en audiencia privada; otra fiesta mariana, un nuevo detalle de la Virgen.

---

<sup>90</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol III: «Los caminos divinos de la tierra», Madrid 2003, pp. 32-38 (En adelante, esta obra, cuyos datos utilizaremos con frecuencia, será citada: VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. ).

<sup>91</sup> AGP, P01 1975, p.1561.

c) *María en la primera expansión apostólica por otros países*

Los comienzos del trabajo apostólico de la Obra en los diversos países siempre han sido, por así decir, de la mano de la Virgen Santísima. En estas páginas, puesto que no es nuestra intención narrar los desarrollos históricos sino dejar simplemente constancia de los elementos marianos que los hechos manifiestan, bastará poner algún ejemplo de esos inicios, tan semejantes aunque distintos en los diversos lugares. El punto esencial que importa advertir es la dimensión mariana. Para no alargar las cosas, nos limitamos a reflejar algunos datos de los comienzos en Portugal y México, primeros países por los que se extiende la Obra, en Europa y en América, respectivamente<sup>92</sup>.

El inicio de la labor apostólica en Portugal, en 1945, según relatará más tarde san Josemaría, está unido a la petición de Sor Lúcia<sup>93</sup>, la única superviviente de los tres pastorcillos a quienes se apareció la Virgen en Fátima, en la Cova da Iría. Sor Lúcia era en 1945 religiosa Dorotea y residía en Tuy. Coincidiendo con un viaje del fundador a aquella ciudad para encontrarse con el Obispo de la diócesis, éste pidió a Sor Lúcia que viniese al Palacio Episcopal, para que la conociera san Josemaría. La vidente ha dejado testimonio escrito de aquella primera entrevista con el fundador del Opus Dei, diciendo entre otras cosas: «Todas cuantas veces

---

<sup>92</sup> Se puede señalar, sin embargo, que ya desde los primeros meses de 1935 san Josemaría había preparado las cosas para iniciar el trabajo apostólico de la Obra en Francia, concretamente en París. Pero vinieron, primero la guerra civil española y luego, la segunda guerra mundial, y hubo que aplazar la expansión. A finales de 1942, dos miembros de la Obra se desplazaron a Roma por motivos profesionales: era la primera avanzadilla apostólica fuera de la Península Ibérica. El 28 de diciembre de 1946, otros tres llegan a Londres: a través de su trabajo profesional se pondrá en marcha el desarrollo del trabajo apostólico en las Islas Británicas. En el mes de octubre de 1947, se instalan en París y en Dublín los primeros de la Obra. (Cfr. GONDRAND, F., *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984, pp. 159 y 180).

<sup>93</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, II, p. 686.

he hablado con Mons. Escrivá he sacado la impresión de que era un alma llena de amor de Dios y de amor a Nuestra Señora, a la Santa Iglesia, al Santo Padre y a las almas, que trataba de salvar a todos con todos cuantos medios disponía. Espero que en el Cielo, cerca de Dios y de la Virgen, se acuerde de mí»<sup>94</sup>. San Josemaría, por su parte, recordaba así —en 1970— aquel encuentro: «Estaba yo en una ciudad gallega, y vino a verme Sor Lúcia, una de las videntes de Fátima. La traté con sequedad, porque sabía que era una santa, y no sólo no se enfadó, sino que volvió para decirme que el Opus Dei tenía que ir a Portugal. Le contesté que no teníamos pasaporte, pero ella respondió: eso lo arreglo yo enseguida. Llamó por teléfono a Lisboa y nos consiguió un documento para pasar la frontera. No hablamos para nada de las apariciones de la Virgen; nunca lo he hecho. Es una mujer de una humildad maravillosa. Siempre que la veo, le recuerdo que tiene una buena parte en el comienzo de la labor de la Obra en Portugal»<sup>95</sup>.

De ese modo, en febrero de 1945, el fundador puso bajo la protección de Nuestra Señora de Fátima el fundamento y desarrollo de la expansión apostólica por aquel país. En el Santuario de Fátima quiso firmar también el prólogo de la cuarta edición de su «*Santo Rosario*», y a aquellos lugares marianos volvió muchas veces a lo largo de su vida. Durante un viaje de catequesis que realizó en 1972 por la Península Ibérica, comentaba: «Sí, iré a Fátima. Siempre que estoy en Portugal me acerco a Fátima para rezar a la Virgen. A veces vengo exclusivamente a eso, y me escapo sin dejarme ver de nadie. Tengo mucho cariño a todos los santuarios de la Virgen, y prácticamente se puede decir que he recorrido todos los de Europa. Pero Fátima me encanta de un modo especial: por vuestro pueblo, que es de una fidelidad a la Virgen que conmueve, porque está unida a la devoción, a la penitencia y al rezo del Santo Rosario»<sup>96</sup>.

---

<sup>94</sup> SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., p.634.

<sup>95</sup> AGP, P01 1981, pp. 1361-1362.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 1360.

La historia de la expansión de la misión fundacional de San Josemaría en el continente americano se inició en 1948, cuando don Pedro Casciaro, enviado por el fundador en vistas al inicio inmediato del trabajo apostólico, se desplazó a México por dos meses<sup>97</sup>. Durante el mes de septiembre de ese año, san Josemaría —que había ya establecido tiempo atrás su domicilio habitual en Roma— se encontraba en España. Fue entonces cuando le enseñaron la imagen de la Virgen de Zapopán. Le gustó mucho, y se apresuró a encontrarle el lugar adecuado, para encomendar especialmente la futura labor en América. La colocó encima de un bargueño de la salita contigua a la habitación que solía utilizar en aquella casa, donde aún continúa. Por esas mismas fechas, el fundador llamó a los tres que iban a comenzar en México. Les recibió en su cuarto de trabajo, sobre cuyo escritorio tenía una imagen de Nuestra Señora del Rocío, de tonos vivos y alegres, modelada en barro cocido. Después de besarla se la entregó, diciendo que comenzarían en México «con esta imagen de la Virgen, tan pobrecita pero tan alegre, y con mi bendición».

A mediados de diciembre, poco antes de embarcar para América aquellos tres fieles del Opus Dei les dio nuevamente su bendición, en presencia del entonces Obispo auxiliar de Madrid, Mons. Casimiro Morcillo. Después de abrazarles, comentó a Mons. Morcillo: «es todo lo que puedo darles para que comiencen en México: una imagen de la Virgen y la bendición de viaje». La imagen de Nuestra Señora del Rocío les acompañó en aquella etapa inicial. Estuvo en la sala de estar del primer Centro, y después de diversos traslados, al cabo de los años, fue colocada en la casa de convivencias de Montefalco. En 1970, durante su primer viaje a tierras americanas, san Josemaría volvió a ver la imagen en aquel lugar. Cuentan quienes estaban presentes que se quedó

---

<sup>97</sup> Cf. SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., 394. Aunque don Pedro pasó casi todo el tiempo en la capital, hizo viajes a Guadalajara y a Puebla. En el mercado de un pueblecito cercano a Guadalajara compra una simpática talla en madera, hecha a cuchillo, de Nuestra Señora de Zapopán, pensando que, por expresar la devoción popular a la Virgen, gustaría al fundador. Antes de regresar a Europa, subió a la Basílica de Guadalupe para despedirse de la Señora, con la certeza de que no era un adiós definitivo. Por eso dejó en la Villa sólo dos palabras de esperanza en un pronto reencuentro: «Hasta luego».

mirándola un buen rato con devoción y cariño, y comentó que habían hecho muy bien en conservarla y en ponerle una aureola de madera estofada. Luego se detuvo leyendo la pequeña cartela que explica brevemente la historia de la imagen, y que recogen las breves ideas aquí expuestas<sup>98</sup>.

### 3. ROMA, 1950 – 1959: SIEMPRE AL CALOR DE LA MADRE DE DIOS

#### a) Protección ordinaria y extraordinaria de Santa María

Comenzada la década de los 50, el Opus Dei seguía creciendo *in silentio et in spe*: sin ruido y con la esperanza de los frutos que el Señor ha prometido. El 16 de junio de 1950, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, la Santa Sede concedió la aprobación definitiva. Poco tiempo después, en mayo de 1951, san Josemaría —buscando la protección del cielo ante

---

<sup>98</sup> Cf. AGP, P01 1979, pp. 423-427. Durante aquellos años el fundador viajaba constantemente por Europa, visitando lugares en los que ya había comenzado la expansión de la Obra, o preparando el terreno en nuevos lugares —él lo llamaba «la prehistoria»—, siempre de la mano de Santa María. «La *prehistoria* —explicará más tarde Mons. Alvaro del Portillo— consistía en que, mucho antes de que se estableciera el primer Centro de la Obra en tal o en cual nación, nuestro Padre, con muchos años de anticipación —yo he sido testigo—, había fertilizado aquel terreno con rezos, con mortificaciones; había cruzado ciudades, rogado en iglesias, tratado a la Jerarquía, visitado tantos sagrarios y santuarios marianos, para que, al cabo del tiempo, sus hijas e hijos encontraran roturado el terreno en aquel nuevo país. Roturado y sembrado, porque, como él solía decir, había lanzado a manos llenas por tantas y tantas carreteras y caminos de esa nación la semilla de sus avemarías, de sus cantos de amor humano que convertía en oración, de sus jaculatorias, de su penitencia alegre y confiada» (AGP, P01 1980, p. 1364).

graves dificultades promovidas por algunos<sup>99</sup>- decidió consagrar a la Sagrada Familia de Nazaret, Jesús, María y José, a los padres y hermanos de los miembros del Opus Dei, para que todos llegasen a participar de la alegría y la paz de la Obra, y Dios les concediera un gran amor a la vocación de sus hijos<sup>100</sup>.

La Providencia de Dios permitió en aquellos años nuevas dificultades para el fundador, que le encaminaban con mayor fuerza a la poderosa intercesión de la Madre de Dios. De aquellos años procede una breve jaculatoria que tuvo siempre en sus labios: «*Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum*»<sup>101</sup>: una invocación que ponía bajo la protección mariana el *iter* canónico de la Obra. Como ha escrito Peter Berglar: «Estaba claro que la aprobación de la Obra no había disipado todas las incomprendiones y animosidades. Y precisamente a comienzos de los años cincuenta debió de haber (es lo que supongo basándome en diversos testimonios) intrigas muy graves y serias por parte de personas influyentes que querían transformar el Opus Dei, separando la Sección de mujeres, o quizá incluso liquidando la Obra entera y dejando fuera a Monseñor Escrivá de Balaguer; al parecer, estuvieron muy cerca de conseguir su propósito. Diez años después, recordando aquel episodio,

---

<sup>99</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 190-194.

<sup>100</sup> Era aquella, de nuevo, una etapa difícil, en la que algunas familias de los primeros italianos miembros del Opus Dei se angustiaban ante la opinión desfavorable de personas a quienes concedían amplio crédito. Eran explicaciones falaces, que habían surgido primero en España, y encontraron luego eco en algunas personas de la Curia romana, transmitidas por los mismos que las habían inventado. El día 14 de mayo, el fundador consagró, como hemos dicho, las familias de los miembros de la Obra a la Sagrada Familia de Nazaret. Hizo la consagración en Roma, en un oratorio, todavía en construcción, dedicado a la Sagrada Familia rogando a María y José, que velaron con amor para que cumpliera la misión de su Hijo, que concedieran la paz y la alegría a aquellas familias (cfr. SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., pp. 412-413). Una lápida en ese oratorio recoge el texto de la consagración. Tras recordar que el Señor quiso nacer y vivir en el seno de una familia humana, en el hogar de Nazaret, para servir de ejemplo a todas las familias cristianas, el texto continúa: «*acoge benigne la consagración de las familias de tus hijos en el Opus Dei, que ahora te hacemos. Tómalas bajo tu protección y custodia, y haz que se acomoden al divino modelo de tu Sagrada Familia*» (AGP, P01 1983, p. 710).

<sup>101</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 195-202.



el fundador escribía: «Se me negaba el diálogo, no se me concedía la posibilidad de explicar, de aclarar las cosas. Fue mucha mi amargura... Aun después de obtenida la aprobación, no cesaron las calumnias. No sabiendo a quién dirigirme aquí en la tierra, me dirigí, como siempre, al cielo». El 14 de agosto de 1951 Monseñor Escrivá de Balaguer partió hacia la pequeña ciudad italiana de Loreto, en la provincia de Ancona, donde, según la tradición, se encuentra la casa de la Sagrada Familia de Nazaret, alrededor de la cual se ha construido una grandiosa basílica de estilo renacentista. Celebró al día siguiente allí la Santa Misa, poniendo el Opus Dei bajo la protección de la Virgen. Era la fiesta de la Asunción»<sup>102</sup>.

El propio fundador quiso dejar constancia en uno de sus textos de los sentimientos que embargaban su alma en aquel día de la Asunción de la Virgen: «Viene a mi recuerdo el viaje que hice a Loreto, el 15 de agosto de 1951, para visitar la Santa Casa, por un motivo entrañable. Celebré allí la Misa. Quería decirla con recogimiento, pero no contaba con el fervor de la muchedumbre. No había calculado que, en ese gran día de fiesta, muchas personas de los contornos acudirían a Loreto, con la fe bendita de esta tierra y con el amor que tienen a la *Madonna*. Su piedad les llevaba a manifestaciones no del todo apropiadas, si se consideran las cosas —¿cómo lo explicaré?— sólo desde el punto de vista de las leyes rituales de la Iglesia. Así, mientras besaba yo el altar cuando lo prescriben las rúbricas de la Misa, tres o cuatro campesinas lo besaban a la vez. Estuve distraído, pero me emocionaba. Atraía también mi atención el pensamiento de que en aquella Santa Casa —que la tradición asegura que es el lugar donde vivieron Jesús, María y José—, encima de la mesa del altar, han puesto estas palabras: *Hic Verbum caro factum est*.

---

<sup>102</sup> BERGLAR, P., *Opus Dei. Vida y obra del fundador. Josemaría Escrivá de Balaguer*. Madrid 1987, pp. 268-269. En los meses que precedieron el definitivo recurso a la Virgen, para dejar la solución jurídica del Opus Dei en sus manos maternas, San Josemaría repitió y pidió a sus hijos que repitieran con mucha frecuencia, la jaculatoria: *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!*

Aquí, en una casa construida por la mano de los hombres, en un pedazo de la tierra en que vivimos, habitó Dios»<sup>103</sup>.

Compuso entonces san Josemaría la fórmula de la Consagración del Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, que se renueva en todos los Centros de la Obra cada año, en la fiesta de la Asunción de la Virgen. El texto, en versión latina, se dejó también grabado, por indicación suya, en una lápida que se encuentra en el oratorio de Santa María de la Paz, actual iglesia prelatia de la prelatura del Opus Dei. Es un testimonio perenne de la intercesión maternal de Santa María en momentos particularmente decisivos en la historia de la Obra, y de la confianza filial de san Josemaría en la Virgen Santísima Comienza así: «Oh María Santísima, que, por haber concebido en tu seno virginal a Jesucristo, eres para nosotros Madre de gracia y de vida, de misericordia y de perdón: acoge benignamente la consagración del Opus Dei que ahora hacemos a tu Corazón Inmaculado. Santa María, Esperanza nuestra, Asiento de la sabiduría, Esclava del Señor, Madre del Amor Hermoso: alcánzanos, con tu intercesión poderosa, que sea agradable a Jesús esta consagración»<sup>104</sup>.

---

<sup>103</sup> *Es Cristo que pasa*, n.12. En otra ocasión, hablando del Santuario de Loreto, comentó: «Todas las imágenes, todos los nombres, todas las advocaciones que el pueblo cristiano da a Santa María, a mí me parecen maravillosas. Pero en Loreto, soy especialmente deudor de Nuestra Señora» (AGP, P01 1974, p. 252). El Santuario de Loreto está ligado de manera especial, como ya hemos visto, a la historia de la Obra. Allí, el 15 de agosto de 1951, el fundador consagró el Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, poniendo bajo su protección a la Obra entera y a todos sus apostolados, como más arriba hemos descrito. Pero no fue ésta la primera vez que visitaba la Santa Casa. Su primera romería a Loreto tuvo lugar en los días 3 y 4 de enero de 1948. Luego haría otras: el 7 de noviembre de 1953, el 12 de mayo de 1955, el 8 de mayo de 1969. La última fue el 22 de abril de 1971. En esta ocasión, después de haber realizado el viaje lleno de ilusión, para ponerse de rodillas ante la Virgen y rogarle por la Iglesia, cuando llegó a Loreto, la Santa Casa estaba ya cerrada. Se arrodilló junto a la puerta de la casa de Nazaret, dentro de la Basílica y, agarrado a los barrotes de la cancela, rezó con intensidad por la Esposa de Cristo.

<sup>104</sup> AGP, P01 1983, p. 815. Otra lápida colocada en la sede central del Opus Dei conmemora aquellos acontecimientos: «Cuando estas casas se alzaban en servicio de la Iglesia a fuerza de una abnegación mayor en cada jornada, permitía el Señor que de fuera vinieran duras y ocultas contradicciones, mientras el Opus Dei, consagrado al Corazón Dulcísimo de María el XV de agosto de MDCCCCLI, y al Corazón Sacratísimo de Jesús el

Otro hecho mariano de la vida de san Josemaría, en los años 50, reviste caracteres más extraordinarios, y permite comprender mejor la amplitud de la providencia materna de la Señora respecto de él. Desde 1944, a san Josemaría le había sido diagnosticada una grave forma de diabetes mellitus, que le exigía un severo régimen dietético y la recepción frecuente de altas dosis de insulina. La evolución de la diabetes deterioró tanto su salud, que pensaba que podría morir en cualquier momento. El 27 de abril de 1954, fiesta de Nuestra Señora de Montserrat, por intercesión de la Virgen, quedó completamente curado de manera imprevista de aquella grave enfermedad, en sí misma incurable<sup>105</sup>.

*b) Huellas marianas en los edificios de la Sede central del Opus Dei*

---

XXVI de octubre de MDCCCCLII, firme, compacto y seguro se fortalecía y dilataba. Laus Deo» (SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., p. 417). También VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 203-211.

<sup>105</sup> Así ha sido narrado el hecho, en la biografía de san Josemaría que venimos citando en páginas anteriores: «El día 27 de abril de 1954, diez minutos antes de la una de la tarde, don Álvaro inyecta una nueva marca de insulina retardada que ha recetado el médico. Inmediatamente después, bajan al comedor para almorzar. Están los dos solos, frente a frente, en la mesa. Y, de pronto, el Padre dice: — Álvaro, dame la absolución. — Pero, Padre, ¿qué dice? — ¡La absolución! Y el Padre comienza a recitar en voz alta la fórmula *ego te absolvo...* Instantes después, pierde el conocimiento y cae sobre un lado. El color se le ha mudado: pasa del rojo intenso a la palidez terrosa; la respiración se hace imperceptible y el pulso desaparece... Don Álvaro, después de administrar la absolución, intenta darle azúcar, recordando la posibilidad de una hipoglucemia grave y avisa con toda rapidez a un médico. El Padre permanece de diez a doce minutos sin que su estado se modifique y, luego, lentamente, empieza a recobrase. Cuando llega el doctor diagnostica un *shock* anafiláctico y se sorprende ante la regresión espontánea de todo el cuadro. Todavía, durante varias horas, el Padre permanecerá ciego. Luego, también recuperará la vista por completo. Cuando se puede levantar de la cama ve su rostro reflejado en un espejo y comenta: — Álvaro, hijo mío, ya sé qué aspecto tendré cuando me muera. — No, Padre, necesitaría haberse visto hace cinco o seis horas. En comparación a como estaba antes, ahora se encuentra usted como un clavel... Después recordará Monseñor Escrivá: — Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, en cosa de pocos segundos, el Señor me hizo ver mi vida como si fuera una película; me llené de vergüenza por tantos errores, y pedí perdón al Señor. Más no se puede pasar. Es como si me hubiera muerto» (SASTRE, A., *Tiempo de caminar*, o.c., pp. 436-437). Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 244-246.

«En el Opus Dei —decía san Josemaría en cierta ocasión— hemos manifestado constantemente nuestro amor a Nuestra Señora poniendo millones de imágenes suyas en todo el mundo, promoviendo prácticas de piedad mariana en todos los continentes: en Europa, en Asia, en África, en América, en Oceanía»<sup>106</sup>. También en Roma, a medida que se levantaban los edificios de Villa Tevere, el fundador fue queriendo dejar huella de su espíritu mariano en numerosas representaciones de todos los estilos. Es difícil encontrar un rincón de la casa que no ofrezca al alcance de la vista una imagen de Santa María: un lienzo, un bajorrelieve, una cerámica, una talla...

En julio de 1947 se había adquirido el edificio denominado «Villa Tevere», destinado a ser la sede central romana de la Obra. Pero la Villa —la parte más noble del edificio—, no se pudo ocupar hasta bastante tiempo después, ya que el personal de la antigua legación de Hungría ante la Santa Sede se negaba a desalojarla. Sólo se pudo disponer de la portería, un pequeño edificio en muy malas condiciones que, una vez arreglado, se pasaría a llamar el *Pensionato*. Allí se instalaron, estrechamente, el fundador y otros hijos suyos<sup>107</sup>. El fundador en testimonio de gratitud, suya y de toda la Obra, a la Madre del Cielo, hizo colocar — en 1953— una lápida al pie de una escalera de la Villa, que comienza y termina a propósito con referencia a María, y dice así: «Durante el Año Mariano, mientras se construía y se decoraba esta escalera y el aula contigua, destinada a la celebración de los Congresos internos para el servicio de la Iglesia, el Opus Dei por su piedad encendida a la Madre de Dios, puso este signo de su oración pidiendo que Santa María, Madre del Amor Hermoso, mire siempre sonriente a los miembros de la Obra y a sus labores, y brille sobre ellos como estrella refulgente, presagio de victoria y de paz»<sup>108</sup>.

---

<sup>106</sup> AGP, P01 1974, p. 498.

<sup>107</sup> URBANO, P., *El hombre de Villa Tevere*, Madrid, 1994, pp. 53-54.

<sup>108</sup> AGP, P01 1983, p. 519

Uno de los *soggiorni* de Villa Tevere está presidido por una talla de la Virgen que evoca —entre otras muchas cosas— el recuerdo de inolvidables reuniones del fundador con sus hijos. Nuestra Señora sostiene con la mano izquierda al Niño Jesús. La mano derecha estaba algo deteriorada cuando se adquirió la talla; san Josemaría logró que el vendedor le regalara una rosa de bronce que, puesta en la mano de la Virgen, le da un aire gracioso y delicado, a la vez que cubre el desperfecto. Sería imposible enumerar las enseñanzas que ha transmitido en aquel lugar, a lo largo de veintidós años, a los pies de esta representación de Nuestra Señora. Allí ha abierto su corazón para formar, para fortalecer, para alentar a todos, para enseñarles a amar más cada día a la Iglesia y al Papa, a vibrar con la Obra entera. Allí ha trazado amplios panoramas de apostolado en el mundo entero y ha dado ejemplo de amor filial a la Virgen<sup>109</sup>.

Otra imagen de Santa María ligada intensamente a la vida mariana y a la confianza filial del fundador es la que hizo colocar en el lugar denominado «Terrazzo del Fiume» en Villa Tevere. Es una imagen de Nuestra Señora, esculpida en mármol blanco, que fue colocada en este lugar el 24 de julio de 1952, varios años antes de que finalizasen las obras. Para realizar este encargo de san Josemaría, el escultor siguió su indicación concreta de inspirarse en otra imagen, que se encuentra en la romana Via del Pellegrino, haciendo esquina con el Arco di Santa Margherita. Quiso además que se añadieran una aureola a la Virgen y las potencias al Niño, en hierro dorado, además de dos volutas a los lados de la ménsula sobre la que se levanta la escultura, y la cartela con

---

<sup>109</sup> Cfr. AGP, P01 1978, pp. 760-764. A esta imagen se refirió precisamente el 22 de junio de 1975, en la última reunión con los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, cuatro días antes de su tránsito al Cielo: «La compramos a un judío que tenía una tienda de antigüedades en la parte ancha de la Plaza de España. La habíamos visto muchas veces, muchas, y no nos atrevíamos a comprarla, porque no teníamos dinero. Y valía poquísimo. —Ocho mil liras, intervino don Álvaro. —Por fin la pudimos comprar. ¡Ocho mil liras! Estábamos todavía en la casa de Città Leonina, y ya íbamos pensando en el primer Centro de Roma. Poco a poco se adquirirían algunas cosas, pero con cuentagotas» (AGP, P01 1975, p. 862).

la advocación: *Mater pulchrae dilectionis*. Nuestra Señora, de pie, tiene en el regazo a su Hijo e invita a buscar refugio en esos brazos del Niño, abiertos de par en par. Así quiso san Josemaría que se recordara la actitud permanente de Santa María hacia sus hijos. En la parte superior del marco de una ventana próxima, indicó que se grabara la fecha de la Consagración del Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, 15 de agosto de 1951<sup>110</sup>.

En 1954, quedaba sólo por proyectar un último edificio en Villa Tevere. Cuando los arquitectos presentaron a san Josemaría dos perspectivas del edificio, una de las fachadas exteriores, y otra de las interiores, sobre esta última dibujó una flecha que apuntaba hacia el torreón, y escribió: «Madonnina». En ese lugar exacto quedaría situada una nueva imagen de la Santísima Virgen, que puede ser contemplada desde diversos lugares, por ejemplo desde la habitación de trabajo del fundador, desde donde destaca sobre el tono ocre de la fachada<sup>111</sup>.

---

<sup>110</sup> Precisamente ante esta imagen quiso renovar por vez primera dicha Consagración, el 15 de agosto de 1952. Aquel día, al dirigir la meditación a algunos miembros de la Obra, recordó que siempre había tenido deseos de consagrar el Opus Dei a la Virgen, y refirió brevemente los motivos que le habían impulsado un año antes, a acudir a Loreto para realizarla. También relató que, en los meses anteriores, había renovado la consagración en diversos santuarios marianos: Pompei, Lourdes, El Pilar, Fátima. Luego continuó la meditación comentando el texto de la fórmula. Como propósito concreto de ese rato de oración, sugirió que también sus hijos repitiesen la consagración al Corazón Dulcísimo de María, frecuentemente, a lo largo del año. Terminada la meditación, todos se pusieron de rodillas y san Josemaría leyó en voz alta la fórmula de la consagración, que había compuesto para que fuese recitada en todos los Centros de la Obra el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. (AGP, P01 1980, pp. 24-25).

<sup>111</sup> Desde ese cuarto de trabajo la saludó en incontables ocasiones. También mientras rezaba el Rosario paseando por el enlosado del jardín, su mirada se iba con frecuencia a esta representación de Nuestra Señora. Así enseñó a sus hijos a comportarse con la Madre del Cielo: «¿Cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza. Con un cariño que discurrirá en cada caso por cauces determinados, nacidos de la vida misma, que no son nunca algo frío, sino costumbres entrañables de hogar, pequeños detalles diarios, que el hijo necesita tener con su madre y que la madre echa de menos si el hijo alguna vez los olvida: un beso o una caricia al salir o al volver a casa, un pequeño obsequio, unas palabras expresivas (...). Muchos cristianos (...) han adquirido el hábito de saludar —no hace falta la palabra, el

«Nuestro Opus Dei — dicen unas palabras particularmente significativas de san Josemaría — nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora. Ha sido la Madre buena que nos ha consolado, que nos ha sonreído, que nos ha animado en los momentos difíciles de la lucha bendita para sacar adelante este ejército de apóstoles en el mundo»<sup>112</sup>. Siguiendo la imagen expresada en esa idea quiso, en el mes de mayo de 1956, que se pintase una representación de la Santísima Virgen, como Reina del Opus Dei, protegiendo bajo su manto la Obra. Pidió al artista que se inspirase en otras representaciones clásicas de la protección de Nuestra Señora, pero poniendo bajo el manto de la Virgen una piedra miliar con el sello de la Obra, y al lado, piedras más pequeñas que se han arrojado contra la miliar, que aparece algo desportillada, con cascotes en el suelo. La imagen es como un retrato de la solicitud de Nuestra Señora en estos años de historia de la Obra, y al mismo tiempo, una manifestación del agradecimiento del fundador hacia Santa María, de quien señala: «Nosotros hemos estado siempre — como Jesús — pegadicos a su Madre, María, la Madre de Dios, que ha sido la Madre del Opus Dei, la Reina del Opus Dei, nuestra hermosura... Filialmente pegados a la Madre de Dios»<sup>113</sup>.

---

pensamiento basta — las imágenes de María que hay en todo hogar cristiano o que adornan las calles de tantas ciudades» (*Es Cristo que pasa*, n. 142).

<sup>112</sup> AGP, P01 VIII-1964, p. 10.

<sup>113</sup> AGP, P01 V-1964, p. 10. A la entrada del lugar llamado Vicolo degli Archi, se encuentra otra de las numerosas imágenes de la Virgen que hay en Villa Tevere, relacionadas con la devoción mariana de san Josemaría. La expresión de Nuestra Señora, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el Hijo que lleva en brazos, es de recogimiento y de oración. El Niño Jesús se sujeta con una mano al cuello de su Madre, mientras que en la otra lleva una rosa. El fondo de la composición es un paisaje. En primer plano, sobre el alféizar de una imaginaria ventana a la que la Virgen parece asomarse, destaca un jarrón con flores y un libro entreabierto. La pintura está inspirada en una imagen flamenca de Jan Gossaert. En una visita a Arezzo, san Josemaría se detuvo ante una imagen de la Virgen, muy graciosa, situada en la fachada de una casa, que le llamó la atención porque se hallaba protegida por un tejadillo funcional y agradable, que la resguardaba de la lluvia, y además podía ocultarse cerrando unos cuarterones de madera con recios herrajes. Con esta idea se reprodujo la que estamos describiendo. La repisa de la imagen se confeccionó con antiguos fragmentos de piedra, y en el zócalo, el fundador hizo grabar la invocación: *Cor Mariae*

El fundador quiso que el oratorio de Santa María de la Paz estuviera presidido por una representación muy romana de la Santísima Virgen. Nuestra Señora viste túnica roja y manto azul con ribetes dorados. Entre sus brazos sostiene al Niño Jesús, sentado sobre un cojín de terciopelo rojo. El Niño aparenta tener unos dos años; lleva un pajarillo de colores vivos en la mano derecha, y apoya la izquierda sobre la mano de su Madre. Tanto las coronas de la Virgen como la del Hijo, y el broche que adorna la túnica de Nuestra Señora, son de metal sobrepuesto a la pintura. El marco, vistoso y rico, dorado e incrustado de piedras duras de diversos colores, tiene a su alrededor seis figuras de ángeles, que son la corte de la Reina de la Paz; los dos de arriba sostienen una corona.

Al descender las escaleras que conducen a dicho oratorio e iglesia prelatia, se encuentra una bellísima imagen de la Virgen con el Niño. Nuestra Señora, sentada, sostiene al Hijo de pie sobre sus rodillas, que aprieta con la mano izquierda una de las rosas que le presenta su Madre, mientras bendice con la mano derecha. En la Cuaresma de 1959, se refirió san Josemaría la intención que le animaba al encargarse la realización de esa imagen: «Hace pocos días, he ido con un hermano vuestro a ver una imagen de la Virgen, que se está esculpiendo para esta casa. Delante, estará encendida continuamente una luz, que se colocará en una lámpara de plata, antigua, del siglo XVI o XVII. La imagen tendrá esta advocación: *Mater Pulchrae Dilectionis*, Madre del Amor Hermoso, del amor que no da vergüenza, que limpia, que ennoblece, que es fundamento para todas las empresas grandes, y que acerca al Corazón de esa Madre buena, que ha sabido ser *Mater Pulchrae Dilectionis*»<sup>114</sup>

---

*dulcissimum iter para tutum*, que luego quiso que se colorease, al estilo romano, de rojo oscuro. En el ángulo izquierdo de la repisa, indicó que se colocara una lucecita eléctrica roja, una lámpara votiva, para que se prendiera todas las tardes al anochecer y permaneciese encendida durante la noche, en honor de la Virgen. También indicó que, al encender esa lamparilla, se rezase la oración *Memorare* (AGP, P01 1979, pp. 228-233).

<sup>114</sup> *Meditación*, 8-II-1959. (cf. AGP, P01 1978, p. 435). Pocos días más tarde, concretó la inscripción que figuraría en el pedestal: SANCTA + MARIA. MATER + PULCHRAE + DILECTIONIS. FILIOS + TUOS + ADIUVA. XIV + IUL + MCMLVIII. Esta imagen es una muestra más de su recurso a la Virgen Santísima: esta vez, para pedir por la pureza de sus



Cuando el fundador llegó a Roma por vez primera, advirtió con alegría que eran muy abundantes en las calles las representaciones de Nuestra Señora. En aquellos días preguntaba a veces a los que convivían con él si lo habían observado, y siempre animó a «descubrir las» en sus recorridos por la ciudad, y a dirigir hacia ellas unas palabras llenas de cariño. «Tratad a la Santísima Virgen, amadla a la manera humana, cuando se recibe una felicitación, la persona que ha recibido esos homenajes, corresponde. Parece atrevimiento que hablemos de correspondencia con la Virgen Santísima, con Ella que es tan generosa, que es la Madre de Dios, que es el canal por donde descienden todas las aguas que fecundan el campo de nuestra vida y de nuestro apostolado. Pero sería falta de naturalidad no tener ese atrevimiento... Y nos atrevemos, a pesar de nuestra conciencia de no haber sido buenos hijos, nos atrevemos a repetir: *monstra te esse matrem!* Muestra que eres nuestra Madre. Haz que seamos hijos buenos, Tú, que eres Madre del Amor Hermoso, Asiento de la Sabiduría, Esclava del Señor, *Sancta Maria, filios tuos adiuvaa!*»<sup>115</sup>.

En los barrios antiguos de Roma, es frecuente encontrar imágenes de la Virgen adosadas a las esquinas de las casas, con luces que arden por la noche ante ellas, y que servían también de orientación a los transeúntes. Aunque muchas veces están situadas a una altura considerable respecto al nivel de la calle, se las suele ver adornadas de plantas y flores, muestra fehaciente del cariño de los romanos por Nuestra Señora. El fundador quiso que se siguiera esta tradición, tan romana y tan adecuada con su espíritu mariano, en una de las fachadas externas de Villa Tevere. Se realizó una imagen de Nuestra Señora de Loreto en mosaico, material duradero y apto para resistir al aire libre, encuadrada por un marco de

---

hijos: «...que nos conceda la gracia de vivir esa afirmación gozosa de la virtud cristiana de la castidad. Se lo pedimos por intercesión de Santa María, que es la pureza inmaculada. Acudimos a Ella — *tota pulchra!* —, con un consejo que yo daba, ya hace muchos años, a los que se sentían intranquilos en su lucha diaria para ser humildes, limpios, sinceros, alegres, generosos. Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. No desconfíes. Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma (*Consideraciones espirituales*, p. 53)» (*Amigos de Dios*, n. 189).

<sup>115</sup> AGP, P02 1967, p. 464.

*travertino* claro de Tivoli, que forma un contraste particular — típico de las construcciones romanas —, con el revoque rojo de *pozzolana*. El día 8 de diciembre de 1957, fiesta de la Inmaculada, se llevó el primer ramo de flores a esa imagen de Nuestra Madre<sup>116</sup>.

La Montagnola es uno de los edificios que componen Villa Tevere, donde tiene su sede la Asesoría Central de la Sección de mujeres del Opus Dei. En el oratorio hay una imagen de la Santísima Virgen, de tamaño casi natural, que representa a la Santísima Virgen con su Hijo en el brazo izquierdo y un libro en la mano derecha. San Josemaría siguió muy de cerca la realización de esta imagen. Vio primero los bocetos en barro e hizo algunas observaciones; más tarde visitó el taller del escultor, cuando el trabajo estaba ya avanzado. El Niño mira hacia el frente y sostiene en una mano una rosa, y con la otra parece insinuar una bendición. La Virgen se encuentra sentada en una hornacina semicircular de mármol rojo rematada por una concha, y reposa sobre un pedestal con la inscripción «*Cor Mariae dulcissimum iter para tutum*», realzado por dos escalones de mármol. En cierta ocasión, después de una reunión con sus hijas, en la que había hablado sobre los comienzos de la Sección de mujeres, san Josemaría acarició la imagen con ternura y como continuando la conversación anterior, dijo a quienes le acompañaban: «Es vuestra Madre y vuestra Reina; vuestra fundadora es Ella: esta Señora hermosísima»<sup>117</sup>.

Hizo colocar también otra imagen de la Virgen, en el misterio de la Anunciación, en la llamada Galleria della Madonna. Se trata de una vidriera, en colores vivos, iluminada durante todo el día, que representa a Santa María de rodillas en oración. El Arcángel, vestido con amplio ropaje y en actitud de respeto, le anuncia que ha sido elegida para ser Madre de Dios y espera su *fiat*. El Espíritu Santo, simbolizado en la paloma, inspira la respuesta generosa de quien es Esposa suya y Madre del Verbo Encarnado. Y tanta grandeza, encerrada en una habitación

---

<sup>116</sup> AGP, P01 1978, pp. 866-870.

<sup>117</sup> AGP, P02 V-1965, p. 40.

sencilla, donde todo está cuidado; en primer plano, un jarrón con tres azucenas, que son como un canto a la pureza de Nuestra Señora. Al fondo, un paisaje. «Dios envía como embajador suyo nada menos que a un Arcángel. Qué grandeza la de mi Madre, para que Dios obre de esta forma. Las naciones, para visitar a otras naciones, mandan un representante. Dios envía del Cielo al Arcángel Gabriel. La Virgen queda turbada. La humildad de María, ante esas grandezas que proceden del Cielo se turba. Qué humilde Ella, la Inmaculada, ese tesoro de gracias: *gratia plena*. Es tan humilde que, de primera intención, no puede comprender que Dios le envíe un embajador de esa categoría»<sup>118</sup>.

En cierta ocasión decía el fundador a un grupo de mujeres de la Obra: «Al felicitar a alguna persona querida, se le hace un obsequio: pueden ser unas palabras amables, pueden ser —junto a las palabras— algunas pruebas de sacrificio o un regalo. Y tú ¿qué le vas a dar a la Virgen? Vamos a ver, hija. Echa una mirada a los años que pasaron: ¿hay allí algo para entregárselo? ¿hay alguna flor, algún aroma, algún color? Quizá ha habido poco. Tal vez, en ese jardín de tu alma, encuentres más espinas que flores y frutos. No importa: es la hora de decirle a tu Madre: yo no sé dar más que esto, pero seguiré luchando, seguiré trabajando este jardín; seguiré haciendo un esfuerzo detrás de otro, con el fin de lograr que los días que la Iglesia celebra una fiesta tuya pueda ofrecerte, con las flores

---

<sup>118</sup> AGP, P02 VI-1966, pp. 85-86. El 14 de julio de 1958, al mismo tiempo señaló dónde había de colocarse la imagen de Nuestra Señora *Mater Pulchrae Dilectionis*, antes mencionada, también indicó el lugar adecuado para esta vidriera de la Anunciación. En la cartela de *peperino* de Viterbo que la corona, se puede leer: *MATER PULCHRAE DILECTIONIS. XIV.IUL.MDCCCCLVIII*. Al pie de esta imagen, hizo poner un candelero chato, con un grueso velón. El 14 de febrero de 1959 se refirió a esa cartela: «Habéis visto que arde una lámpara muchas veces en la Galleria della Madonna, y que yo he hecho poner un rótulo y una fecha: para pedir a la Virgen, nuestra Madre, que a mis hijas les dé un corazón limpio, más bueno, más rico que el oro cuajado de piedras preciosas. Un corazón que sea todo y exclusivamente de Dios. Cada vez que paséis por allí, sin que nadie lo note, sin interrumpir lo que vayáis haciendo, sin dejar de conversar si vais charlando con otras personas, echad una miradica a esa imagen de la Santísima Virgen, y que se escape una jaculatoria interior, un afecto de vuestro corazón, pidiendo esta santa pureza maravillosa para todos los que formamos parte de esta gran familia del Opus Dei».

crecidas, un bonito ramo»<sup>119</sup>. Y así, en la víspera de cada fiesta mariana, por deseo suyo, junto a la imagen de Nuestra Señora que hay en la Galleria degli Uccelli en Villa Tevere se enciende una vela; a continuación se reza un *Acordaos*, como felicitación anticipada a Nuestra Madre.

c) *Viajes por Europa de signo mariano*

Hablando de sus viajes por el viejo continente, en el trabajo de llevar a cabo su misión fundacional, san Josemaría solía decir que había llenado los caminos de Europa de avemarías y de canciones<sup>120</sup>. Uno de los más fatigosos viajes apostólicos que emprendió —por la amplitud del recorrido y las inclemencias del tiempo—, tuvo lugar a finales de 1955. En menos de un mes —del 16 de noviembre al 11 de diciembre—, recorrió Suiza, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania y Austria. Fue durante este viaje, el 4 de diciembre de 1955, cuando rezó por vez primera ante la imagen de María Pötsch, que se venera en la Catedral de Viena, invocando a la Virgen como *Stella Orientis*, Estrella del Oriente. «Era la primera vez que yo visitaba —me acompañaba don Álvaro— la catedral de San Esteban, en Viena, para preparar todo el trabajo en Austria y de cara a Oriente. Nada más entrar en la catedral, por la puerta principal, a la derecha, se encuentra ese altar. Comenzamos allí a encomendar, y comencé también a invocar a la Virgen: *Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!* Hay allí un cuadro antiguo, con una imagen de la Virgen. Y aquella misma tarde fuimos a hablar con el Obispo coadjutor: le dije que habíamos invocado a la Virgen así, y quedó encantado, porque aquella imagen había venido de Oriente»<sup>121</sup>.

---

<sup>119</sup> AGP, P02 1967, p. 461.

<sup>120</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 338.

<sup>121</sup> AGP, P01 VII-1962, p. 61. Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 336.

El 15 de agosto de 1958, durante su primera estancia en Inglaterra, renovó la Consagración de la Obra al Corazón Dulcísimo de María, en el Santuario de Our Lady of Willesden, en Londres. Ese mismo verano rezó el *Angelus* y el Rosario en la Abadía de Westminster, pidiendo por la unidad de la Iglesia y por el florecimiento de la fe católica en toda Gran Bretaña, que tan ardientemente deseaba. Siempre mantuvo vivo el recuerdo de la devoción mariana que existió en Inglaterra antes del protestantismo; en una ocasión, el 7 de junio de 1975, a uno que le preguntó cómo responder a una persona inglesa que no sabía cómo rezar el Rosario, le respondió: «Pues como vuestros abuelos. Dile que vaya a ver los viejos edificios de Inglaterra, y descubrirá imágenes de la Virgen, a montones. ¡Preciosas imágenes de la Virgen! Yo he visto tantas en esas iglesias (...). En los colleges de Oxford y de Cambridge, también hay muchas imágenes maravillosas de la Virgen»<sup>122</sup>.

Señalemos, en fin, para poner punto final a esta breve selección de hechos y circunstancias marianas ligadas a la vida y a la misión fundacional de san Josemaría en los años 50, que otro lugar mariano europeo al que acudió con frecuencia en aquellos años (y durante toda su vida) fue el santuario de Einsiedeln. Como ha dejado escrito Mons. Álvaro del Portillo, que le acompañaba, el fundador: «Acudió en muchísimas ocasiones (...). Muchas veces estas visitas a Einsiedeln eran cortas: el tiempo necesario para celebrar la Santa Misa, con la preparación y la acción de gracias, que dividía en dos partes: comenzaba en el altar lateral donde está el Santísimo Sacramento —entrando a la izquierda—, y terminaba delante de la Santísima Virgen. En otra ocasiones acudía sólo para rezar un rato: primero —como siempre— ante el Santísimo Sacramento; después, iba a esa capillita donde se venera la imagen de la Virgen. No sé qué le diría, pero estoy seguro de que era una oración muy agradable a la Santísima Virgen, porque procedía de un buen hijo que quiere con locura a su Madre. También le

---

<sup>122</sup> AGP, P01 1975, p. 849.

expondría sus intenciones, porque —lo repetía sobre todo en la última temporada— le gustaba pedir todo lo que necesitaba»<sup>123</sup>.

---

<sup>123</sup> AGP, P01 1977, p. 698.

## CAPÍTULO III: 1960-1975

El capítulo tercero de nuestro trabajo tiene por objeto analizar el último periodo de la existencia en la tierra de san Josemaría, para poner de relieve, como hemos hecho en los anteriores, los aspectos biográficos que consideramos más significativos de cara a nuestra investigación. Son los años finales de una vida y una misión fundacional, ambas encaminadas hacia su plenitud filial y mariana. Un tiempo que, por otra parte, en sus dos terceras partes (desde 1965, final del Concilio Vaticano II en adelante), estará marcado de manera muy singular por las circunstancias del periodo postconciliar, que tantos motivos de alegría y de dolor —éste quizás más agudo y duradero— proporcionó a san Josemaría<sup>124</sup>. Hemos estructurado nuestra mirada sobre los hechos en seis apartados, en los que recogeremos los principales trazos de un amor filial a María que se expresa también como profundo amor a la Iglesia, como intenso clamor de oración y catequesis, como motor de acciones magnánimas, como puerta de entrada al encuentro definitivo con Dios.

---

<sup>124</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 593.

## 1. HUELLAS POR EL MUNDO DE UN AMOR FILIAL A MARÍA

Haremos referencia en el primer apartado del capítulo a un par de ejemplos que conectan con hechos ya descritos en capítulos anteriores, y que ofrecen un importante testimonio de esa íntima actitud filial mariana de san Josemaría, expresada de diversas maneras a lo largo de toda su existencia y su misión fundacionales. Siempre, en efecto, estuvo atento e inclinado a favorecer y materializar la devoción mariana a través de la difusión de imágenes de la Santísima Virgen (cuadros, estampas, esculturas, vidrieras, etc.), y de la promoción de lugares de culto (santuarios, iglesias, oratorios, ermitas, etc.). En los años de su vida que consideramos en este capítulo, esa prontitud de sus disposiciones en todo lo que se refiere a María se vio refrendada por medio de muchas iniciativas que se llevaron a cabo por todo el mundo, unidas en su realización, como es lógico, a la extensión mundial de los apostolados del Opus Dei. Los dos ejemplos que tomamos como expresión y síntesis de dichas realizaciones —que se refieren a dos lugares de culto mariano: dos ermitas— se han convertido con el paso de los años en auténticos puntos de atracción para incontables fieles cristianos.

### *a) La Madre del Amor Hermoso del Valle de Cañete*

Todos los caminos de la prelatura de Yauyos (Perú), encomendada desde los años 50 al Opus Dei, conducen a la ermita de Santa María, Madre del Amor Hermoso, situada en el valle de Cañete. La imagen allí venerada es una muestra del amor y la confianza filial de san Josemaría en la Santísima Virgen. La Señora aparece sentada, con su Hijo en los brazos, sentado también. El Niño —vivaracho y expresivo— aprieta una manzana con su mano izquierda. Ella tiene los rasgos típicos de la gente de la Sierra: perfil anguloso, tez tostada de color capulí, trenzas largas que caen sobre los hombros, simétricas, a ambos lados del rostro. El



vestido es rojo, rematado en cenefas con dibujos incaicos. Un manto azul la cubre desde la cabeza, dejando la descubierta las puntas de sus zapatos dorados de fiesta.

En 1962, Mons. Ignacio Orbegozo, Prelado de Yauyos, se encontraba en Roma con ocasión de una de las sesiones del Concilio Vaticano II. Un día habló con san Josemaría de su intención y deseo de disponer cuanto antes, en algún lugar de la prelatura, de una iglesia bonita y simpática dedicada a la Santísima Virgen y, si fuera posible, en algún sitio donde la gente pudiera acudir a diario. San Josemaría se puso muy contento y le respondió: «en cuanto os lancéis a hacerlo, mandaré que os pinten un gran cuadro de nuestra Madre del Cielo para el retablo»<sup>125</sup>.

Luego, en vez de una pintura, decidió que sería mejor encargar una imagen de bulto, cuya realización siguió con atención especial, dando también diversas indicaciones concretas. Como la imagen estaría al aire libre, indicó, por ejemplo, se debería utilizar un material que soportara bien el clima y el sol de la sierra andina. Quiso también que la imagen reflejara los rasgos indígenas de las mujeres de aquellas tierras, y que estuviese revestida con las telas de colores que se usan en los Andes. Su ilusión, acrecentada día a día, fue animando todas las etapas del trabajo de elaboración de aquella Virgen cholita: el molde, el vaciado, las tareas de pulir y policromar... Cuando estuvo terminada, se aseguró de que el embalaje fuese seguro, para garantizar que llegase a su destino en perfecto estado.

En mayo de 1964 estaba terminada, y en noviembre de 1965 se instaló en la ermita, recién acabada también. Miles de campesinos y de otras gentes de aquella zona del Perú visitan con frecuencia la ermita de la Madre del Amor Hermoso, que ha dado un tono muy mariano a todo el lugar. Hasta la fecha, se han repartido millares de estampas con su imagen y una oración en el reverso. Los Catecismos que se editan en la Prelatura de Yauyos, para los grados de instrucción primaria — se venden en todo

---

<sup>125</sup> AGP, P01 1979, p. 791.

el Perú y la cifra de distribución se acerca al millón de ejemplares —, la llevan también en la portada.

b) *La Madre del Amor Hermoso de la Universidad de Navarra*

Otra imagen y ermita completamente distintas de las anteriores, pero también bajo la advocación de Madre del Amor Hermoso, se encuentra situada por expreso deseo de san Josemaría en el *campus* de la Universidad de Navarra (Pamplona), de la que fue fundador y primer Gran Canciller. Era un antiguo deseo suyo que aquel *campus* para él tan querido, lugar de investigación científica, de docencia y de formación de la juventud universitaria, estuviese en cierto modo presidido por esa ermita y la bellísima imagen de la Virgen que en ella se ofrece a la veneración de los fieles. «Hace muchos años —dirá en 1966 en Pamplona— hice el propósito de enviar aquí una imagen de la Virgen, que estará a poca altura, no al alcance de la mano, pero sí al de las miradas. La imagen será de tamaño natural y el Niño estará apoyado sobre libros; al pie pondremos: *Sancta Maria Mater Pulchræ Dilectionis*, y me dará mucha alegría que todos tengan cariño y piedad a esta imagen»<sup>126</sup>.

A la Madre del Amor Hermoso encomendaba san Josemaría el trabajo de cuantos conforman la Universidad (profesores, alumnos, empleados). Y deseaba de manera particular que muchos estudiantes acudiesen a la ermita de la Virgen, para encomendar a la Señora que les ayudase a vivir cristianamente el noviazgo y les guiase en la formación de sus futuros hogares.

La imagen fue realizada por el escultor romano Sciancalepore<sup>127</sup>, que la terminó de esculpir en la segunda mitad de 1964. Cuando san Josemaría

---

<sup>126</sup> AGP, P03 XII-1966, p. 47.

<sup>127</sup> Se conserva la nota autógrafa del encargo hecho al escultor. Dice así:

visitó la Universidad en octubre de aquel año se refirió a esa imagen, y sugirió que algunos profesores y estudiantes de la Universidad fueran a Roma para recogerla y traerla a Pamplona. Así se hizo, en efecto. Los que acudieron a Roma con esa intención tuvieron también ocasión de asistir a la bendición de la imagen, realizada por el Papa Pablo VI el 21 de noviembre de 1965. Al recibir a aquellos universitarios, san Josemaría les comunicó, con agradecimiento, que la Santa Sede había concedido indulgencias por las oraciones que se rezaran ante la imagen. Uno le preguntó sobre el porqué de la advocación *Mater Pulchræ Dilectionis*: «Para que no tengáis miedo al amor humano, limpio y noble, como el de nuestros padres»<sup>128</sup>.

---

«Roma, 19 de abril, 1963

Encargar a Sciancalepore una imagen de la Sma. Virgen, con las siguientes características: 1) de tamaño natural, más bien alta; 2) sentada y sosteniendo al Niño Jesús, que estará de pie sobre un rimerito de libros; 3) se verán, al menos, los lomos de tres de esos libros: el más bajo, en el que se leerá el título: *Derecho Civil*; en otro, se leerá *Medicina*; y, en el más alto, *Ius Canonicum*; 4) el Niño tendrá una rosa, en la mano izquierda, apretada contra su pecho; y, con la mano derecha, bendecirá. Dile a Sciancalepore, Jesús, que rece cada día una Avemaría a la *Madonna*, antes de ponerse a trabajar.

Mariano.

Hemos de ayudarle mucho en el boceto.

Hay que pensar en el pedestal, que llevará grabado: *Sancta Maria Mater Pulchræ Dilectionis. Ora pro nobis*» (AGP, P03 XI-1966, p.47)(Nota: Jesús es Jesús Álvarez Gazapo, arquitecto, colaborador de san Josemaría).

<sup>128</sup> AGP, P01 XII-1965, p. 50. En un lugar de paso muy frecuentado del *campus* de la Universidad se construyó una ermita para la imagen. En el interior, sobre el pavimento de mármol verde, se alza el pedestal de la imagen con la inscripción: SANCTA MARIA MATER PULCHRÆ DILECTIONIS ORA PRO NOBIS. La Virgen está sentada. Un velo recoge sus cabellos y desciende sobre sus hombros. El manto, con orla dorada, cae en pliegues sobre la túnica. Es una imagen preciosa, que nos la presenta como Madre, pero

La ermita fue bendecida el día de la solemnidad de Inmaculada Concepción del año 1966. En aquella ocasión se recibió un telegrama del Papa Pablo VI, en el que imploraba «por mediación de tan excelsa Madre la constante asistencia de continuas gracias sobre esa selecta y amada familia universitaria». El Gran Canciller envió desde Roma unas palabras muy afectuosas: «No podré asistir personalmente, como habría deseado, a la inauguración de la Ermita dedicada a la Virgen Santa María en el *campus* de la Universidad, pero estaré muy presente junto a todos vosotros desde Roma.

»Al rezar ante esa imagen de la Madre del Amor Hermoso, pedidle que haya siempre —en nuestra Universidad y en el mundo— un ambiente de auténtica convivencia, nacido de la cordial comprensión y del respeto constante para el derecho de los demás. Y con este aprecio grande a la libertad cristiana, pedidle también que os alcance siempre del Señor la vida sobrenatural, que es la base para tener en la tierra, cara a Dios, un amor humano limpio.

»Pido a la Santísima Virgen que bendiga a la Universidad, a la ciudad de Pamplona —de la que me enorgullezco como hijo—, a Navarra, a sus dignísimas Autoridades, y a España entera»<sup>129</sup>.

Después de su inauguración, san Josemaría siguió pendiente del crecimiento y consolidación del culto y la devoción mariana en torno a la ermita. A los que llegaban a Roma procedentes de Pamplona, solía preguntarles si acudían a rezar ante la imagen de la Madre del Amor Hermoso los alumnos y profesores de la Universidad. Él mismo la visitó en varias ocasiones. El 23 de abril de 1967, por ejemplo, estando de paso en Pamplona, se acercó a rezar ante aquella imagen. Permaneció un buen rato de rodillas, en silencio. Al cabo, ya de pie, rezó tres avemarías,

---

también como Reina, con majestad y dulzura. El Niño, sujeto de la cintura por Santa María, bendice desde su peana de libros, mientras sostiene con la otra mano una rosa dorada. Los títulos de los libros apilados bajo sus pies aluden a las dos Facultades que iniciaron la Universidad de Navarra y a la primera Facultad de estudios eclesiásticos.

<sup>129</sup> AGP, P03 XII-1966, p. 54.

... y añadió otras dos: «Una por la Universidad de Navarra, por Pamplona, por Navarra, por España y por la paz del mundo, y otra por nuestro amadísimo Santo Padre Paulo VI, que con tanto cariño bendijo esta imagen para la Universidad de Navarra»<sup>130</sup>.

## **2. BUSCANDO LA INTERCESIÓN MATERNA DE MARÍA PARA LA IGLESIA**

El día 9 de octubre de 1958 fallecía el Papa Pío XII. El 28 del mismo mes, fiesta de los apóstoles Simón y Judas, fue elegido como Sucesor de Pedro el Cardenal patriarca de Venecia, Angelo Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII. El nuevo Papa introdujo en poco tiempo una dinámica de cambio y revitalización de la vida de la Iglesia. El 25 de enero de 1959, en efecto, el Santo Padre anunció de modo inesperado tres grandes proyectos: la celebración de un Sínodo de la diócesis de Roma, la reforma del Código de Derecho Canónico y la convocatoria de un Concilio ecuménico. Él mismo presidió la ceremonia de apertura del Concilio Vaticano II, en la Basílica de San Pedro, el día 11 de octubre de 1962.

El 3 de junio de 1963 fallecía Juan XIII. El cónclave eligió como Sucesor, el 21 de junio, al Cardenal arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, que tomó el nombre de Pablo VI. Al día siguiente de su elección, anunció que el principal empeño de su pontificado sería la continuación del Vaticano II. El Concilio aportó importantes novedades en la vida de la Iglesia. Fue, ante todo, el primer concilio de la historia celebrado, por así decir, «a cielo abierto», bajo la mirada atenta de observadores de otras Iglesias y Confesiones cristianas, así como de los

---

<sup>130</sup> AGP, P01 1967, p. 503.

medios de información y de la opinión pública mundial. El Concilio abrió camino a una nueva vía de profundización en el misterio de la Iglesia: la Iglesia como sacramento universal de salvación, e imprimió un nuevo impulso, y un nuevo tono, a la relación de la Iglesia con el mundo actual. Por otra parte, la declaración conciliar sobre la libertad religiosa aportaba un planteamiento renovador, fundado en el respeto a la libertad de las conciencias<sup>131</sup>. El Vaticano II, fue clausurado por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965. Ya desde el inmediato postconcilio, y más aún después, a lo largo de las últimas décadas del siglo XX tendría lugar una compleja crisis doctrinal y disciplinar, que por su extraordinaria amplitud afectó a la Iglesia universal. Las manifestaciones externas de dicha crisis se extendieron por diversos campos, desde el teológico al litúrgico.

San Josemaría sufrió con mucha intensidad aquella dura situación; tanta era la intensidad de su dolor cuanto grande era su amor a la Esposa de Cristo. Su pena no encontraba otro consuelo que el de aceptar sobre sus hombros la Cruz de la Iglesia herida, y acudir insistentemente a la misericordia divina a través de la intercesión de la Madre de Dios y de la Iglesia.

Mons. Álvaro del Portillo expresaba así la situación de aquellos años: «Corrían momentos muy duros, en los que el Santo Padre se lamentaba constantemente de la tormenta que se abatía sobre la Iglesia: ¡tantos descaminos, tantas almas desorientadas, tantas doctrinas perversas!. Nuestro Fundador sufría enormemente ante esa desolación, viendo que muchas almas —que en circunstancias normales habrían sido fieles— se precipitaban por el camino del infierno. Su dolor era tan grande, que muchas veces, sin espectáculo, lloraba. «A cierta edad —comentaba—, las lágrimas de los hombres queman las mejillas». Le sucedía especialmente al celebrar la Santa Misa o durante la acción de gracias. Con tanta intensidad, que se le irritaron los ojos y decidimos llevarle a

---

<sup>131</sup> Cfr. ORLANDIS, J. *La Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo XX*, Madrid 1998, pp. 86-86.

un oculista, temiendo que se debiera a alguna pérdida de visión. Pero no: se trataba de un don de Dios, que le hacía derramar lágrimas de amor. En esas circunstancias tan graves y dolorosas de la Iglesia, nuestro Padre reaccionó según su norma de conducta habitual: acudiendo a los medios sobrenaturales, ¡rezando y haciendo rezar!»<sup>132</sup>. Los hechos que se recogen a continuación –pertenecientes como los de las páginas anteriores a la que hemos denominado «biografía mariana» de san Josemaría – responden a esa situación.

En el mes de octubre de 1968, el fundador se hallaba en Madrid, después de haber celebrado los cuarenta años del Opus Dei en la casa de retiros de Pozoalbero, cerca de Jerez de la Frontera (España). Alguien le preguntó en una reunión cómo vivir –en ese tiempo de dificultad doctrinal y de división– el espíritu de unidad en la Iglesia: «Rezando. Principalmente, rezando, hijos míos. Porque el momento es muy duro, para la Iglesia universal. Yo estoy haciendo ya desde hace un poco de tiempo una especie de romería, de peregrinación mariana. Voy visitando santuarios –unas veces conocidos, otras desconocidos– de la Santísima Virgen, para pedirle por la Iglesia, y naturalmente por el Santo Padre»<sup>133</sup>.

En aquel otoño de 1968 san Josemaría había comenzado una viaje mariano (es decir, a diversos lugares dedicados a la veneración de Santa María), buscando la protección de la Señora para la Iglesia: «el fin del tiempo de la prueba», como solía decir. El 20 de septiembre de 1968, había partido de Roma hacia Nápoles, donde, después de pasar algunos días en la ciudad partenopea, y de rezar ante la Virgen del Rosario que se venera en Pompeya, embarcaría rumbo a Algeciras. Comenzaba así un recorrido mariano y apostólico que se prolongaría por más de un mes, en tierras de Italia, España y Francia. Fue éste el viaje que le llevó a Pozoalbero. En aquel lugar oró mucho san Josemaría ante una hermosa y piadosa imagen de la Señora, del siglo XVII, que preside el retablo del

---

<sup>132</sup> AGP, P01 1977, p. 783.

<sup>133</sup> AGP, P01 1968, p. 1081.

oratorio principal de la casa. Días después, en la ciudad de Sevilla, fue a rezar con amor ante la Virgen Macarena, ante la Esperanza de Triana y ante la Virgen de los Reyes, Patrona de la ciudad, siempre con su intensa y filial petición por la Iglesia. En Córdoba, donde se detuvo el 4 de octubre, visitó a la Virgen de los Dolores; y en Madrid acudió a postrarse ante tres imágenes con mucho arraigo popular: la Virgen de la Almudena, en la Cuesta de la Vega —donde él mismo había recitado tantas veces el Rosario durante los primeros años de la Obra—; la Virgen de la Paloma, a quien es tradición que las madres madrileñas presenten sus hijos a los pocos días de nacer; y Nuestra Señora de los Ángeles, tan presente en el momento de la fundación del Opus Dei.

El 21 de octubre dejaba Madrid, camino de Roma. Se detuvo brevemente en la ciudad de Vitoria, para orar ante la Patrona de la ciudad, la Virgen Blanca. Y lo mismo hizo en San Sebastián, donde se arrodilló ante la Virgen del Coro. Se dirigió luego al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, para poner a los pies de Nuestra Señora sus intenciones por la Iglesia. En unos 30 días había visitado lleno de confianza filial trece lugares marianos, en ocho ciudades distintas de tres países.

Pocos meses después, emprendía una nueva peregrinación mariana. Del 22 de abril al 8 de mayo de 1969, realizó un largo viaje por Francia, España, Suiza e Italia, con el exclusivo objeto de honrar a la Madre de Dios en los Santuarios de Lourdes, Sonsoles, El Pilar, La Merced, Einsiedeln y Loreto<sup>134</sup>. que ésta una nueva peregrinación de amor, pidiendo por las necesidades de la Iglesia y las intenciones del Romano Pontífice, que se repitió otra vez a partir del 1 de abril de 1970, cuando san Josemaría anduvo a los santuarios de Torreciudad y de Fátima. Antes de partir, en esta última ocasión, explicaba: «Iré a visitar dos santuarios de la Virgen. Iré como un creyente del siglo XII: con el mismo amor, con aquella sencillez y con aquel gozo. Voy a pedirle por el mundo, por la Iglesia, por el Papa, por la Obra. También pediré por mis

---

<sup>134</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 574.



hijos, porque os quiero mucho, pero muy santos. Uníos a mis oraciones y a mi Misa»<sup>135</sup>. Sólo un pequeño grupo de personas de aquellos lugares le acompañó en cada una de esas peregrinaciones marianas, pues quería realizarlas privadamente, con el espíritu de penitencia de los antiguos romeros, y en un clima de intensa oración por la Iglesia. De la petición que elevaba a Dios por medio de su Madre, señalaba: «Antes no pedía. Vivía de este modo porque entendía que era mejor abandonarse confiadamente en Dios. Esto, en aquellos primeros momentos, era bueno, porque así se veía que era todo de Él. Ahora pienso, sin embargo, que debo pedir, y comprendo mejor toda la fuerza de esas palabras del Señor: *pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá*. Estoy persuadido de que hay que rezar mucho, y quiero poner mi oración en las manos mil veces benditas de la Virgen»<sup>136</sup>.

### 3. LAS ROMERÍAS DE 1970

#### *a) Romería al Santuario de Torreciudad*

La peregrinación a Torreciudad estaba prevista para el 7 de abril<sup>137</sup>. San Josemaría pasó antes por Madrid, donde pudo encontrarse con la venerada imagen de la Virgen de Torreciudad, entonces en esa ciudad por trabajos de restauración. Cuando entró por vez primera en la habitación donde estaba la imagen, con los ojos fijos en ella, se le oía repetir: «¡es preciosa!», y durante unos minutos se quedó a solas con la

---

<sup>135</sup> AGP, P01 1970, p. 501.

<sup>136</sup> *Ibidem* pp. 509-510.

<sup>137</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 583-584.

imagen, mientras quienes le acompañaban esperaban fuera. Luego les hizo entrar, y besando los pies de la Virgen y los del Niño, se dirigió a la Señora con unas palabras filiales, que traían a la memoria la primera vez que —siendo una criatura muy pequeña— fue llevado por sus padres a la ermita de Torreciudad: «¡Perdóname, Madre mía! Desde los dos años hasta los sesenta y ocho. ¡Qué poca cosa soy! Pero te quiero mucho, con toda mi alma. Me da mucha alegría venir a besarte, y me da mucha alegría pensar en los miles de almas que te han venerado y han venido a decirte que te quieren, y en los miles de almas que vendrán. Antes no me daba cuenta, pero ahora me pareces preciosa, ¡guapísima!, y siento la necesidad de decirte que te quiero. Perdóname, pero eres tan Madre que, al verte, en vez de agradecer tu cariño y tu protección, he comenzado por pedir: ya me entiendes. Y ahora te digo otra vez que te quiero con toda mi alma»<sup>138</sup>. Mientras permaneció en Madrid durante aquellos días fue a visitar la imagen en distintas ocasiones, y se detenía ante ella para rezar el Rosario, o simplemente, para contemplarla. Antes de partir de la capital de España, dijo: «He ido ya tres veces a rezar delante de la imagen, y voy a estar allí de nuevo; siento como un compromiso y la necesidad de venerarla más y de quererla más cada día. Voy a rezar a la Virgen con un espíritu de romero del medioevo»<sup>139</sup>.

Por aquellas fechas acababan de comenzar las obras del Santuario de Torreciudad. Sólo la antigua ermita de la Virgen, testigo de la fe y la piedad de muchas generaciones de cristianos, se erguía junto a las aguas embalsadas del río Cinca. Allí se encaminó el fundador el 7 de abril, desde Zaragoza. Antes de dejar la capital aragonesa, había rezado en la Basílica del Pilar y besado la columna que sostiene la imagen de la Virgen, recordando los años en los que, diariamente, acudía a esta sagrada imagen de Nuestra Señora. Sacó su rosario y su crucifijo, los pasó por la columna, e indicó a sus hijos que hicieran lo mismo,

---

<sup>138</sup> AGP, P01 1970, pp. 501-502.

<sup>139</sup> *Ibidem* p. 501.

pidiendo a Santa María por sus intenciones. A continuación salieron hacia Torreciudad<sup>140</sup>.

Había pedido san Josemaría que se colocara un mojón en la carretera, señalando que faltaba un kilómetro para llegar a la ermita, pues deseaba hacer a pie y descalzo esa última parte del recorrido, rezando el Rosario. Los demás quisieron imitarle, pero se lo prohibió. La carretera, no asfaltada todavía, estaba húmeda y llena de gravilla. Comenzó él mismo a dirigir el rezo de los Misterios Dolorosos: despacio, con voz fuerte, con recogimiento. Al terminar la primera parte del Rosario con sus letanías, recitó el salmo *Miserere* y el *Magnificat*. A continuación dijo en voz alta una plegaria cuajada de actos de fe, esperanza y caridad: «Amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Amo a la Trinidad Beatísima. Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo. Creo en la Trinidad Beatísima. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo. Espero en la Trinidad Beatísima. Amo a mi Madre la Virgen. Creo en mi Madre la Virgen. Espero en mi Madre la Virgen»<sup>141</sup>.

Allí, en aquel momento, estaba haciéndose palabra y testimonio exterior la oración interna que llenaba sus días y todas sus horas. Después rezó la oración *Bendita sea tu pureza*, repitiendo dos veces y de este modo, los versos finales: «míranos con compasión; no nos dejes, Madre mía», y enseguida hiló con el *Acordaos*, agregando: «Ahora, cada uno por su cuenta, que hay muchas cosas que pedir a la Virgen»<sup>142</sup>. Antes de comenzar la segunda y la tercera parte del Rosario, Mons. Álvaro del

---

<sup>140</sup> En el viaje tuvo lugar un detalle simpático, les cantó una jota (canción típica de la región aragonesa), cuya letra es la siguiente: «El amor de dos baturros es difícil de lograr; pero, aunque pasen los años, es un amor de verdad». «Es un requiebro de mi corazón», les dijo, explicándoles el significado de esa copla, cuyos sencillos versos recogían los mismos sentimientos que había manifestado antes: su dolor por haber tardado tanto tiempo en volver a Torreciudad, aunque su amor, sin embargo, era cabal (cf. GARRIDO, M., *Barbastro y el beato Josemaría Escrivá* Barbastro, 1995. p. 80).

<sup>141</sup> AGP, P01 1970, p. 504.

<sup>142</sup> *Ibidem*.

Portillo le pidió que se calzara, pero san Josemaría quería ofrecer a la Virgen esas molestias, y comentó: «Después de sesenta y seis años, es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen. Hay muchos pastores que van descalzos, todos los días, por estos riscos. No hago nada extraordinario»<sup>143</sup>.

Al llegar a la ermita, descalzo todavía, avanzó hasta la grada que hay delante del altar y entonó la Salve ante la imagen peregrina de Nuestra Señora de Torreciudad, que los santeros llevaban antiguamente por los pueblos de la comarca, pidiendo limosnas para su culto. Luego rezó la oración: *Gratiam tuam, quæsumus, Domine*. De rodillas, volvió a recitar el *Bendita sea tu pureza*. Después de encender unas velas a la Virgen, subieron a una de las habitaciones del primer piso de la misma ermita, y se lavó los pies, antes de calzarse de nuevo. Aquel día, en el libro de firmas de Torreciudad, san Josemaría escribió: «Madre mía y Señora mía de Torreciudad. Reina de los Ángeles, *monstra te esse Matrem* y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970»<sup>144</sup>.

Dos años después, recordando esta romería, comentaba: «Hice mi romería desde un sitio donde ahora han colocado un crucero. Fui a pie, como en los buenos tiempos de la Iglesia de Dios: descalzo, rezando el Rosario y besando las medallas de mi rosario. Me gusta hacerlo cuando no hay gente delante, sin espectáculo. (...) Cuando visitábamos las obras del Santuario, llegado un momento pregunté: y este gran socavón que habéis hecho aquí, ¿qué es? Era el lugar donde irán los cincuenta confesionarios. Bendije aquel sitio con mucha alegría, porque lo que deseo es que la gente viva en gracia de Dios. Este es el gran milagro que pido a la Virgen, y que no admite estadísticas: el prodigio de que miles de almas se purifiquen de sus pecados y vuelva la paz de Dios a su corazón. Así podrán llevar la paz a sus familias y a la sociedad»<sup>145</sup>.

---

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 505.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 508.

<sup>145</sup> AGP, P01 1972, p. 444.

b) *Romería a la Virgen de Fátima*

El 14 de abril de 1970, san Josemaría estuvo en Fátima.<sup>146</sup> «He venido — dirá a quienes le acompañan— a rezar a la Virgen, que nos escucha desde aquí, desde esta tierra queridísima, como también he ido a Torreciudad, con la certeza de que, en su omnipotencia suplicante, me escucha y escucha las peticiones que le hacemos»<sup>147</sup>.

De manera semejante a la romería a Torreciudad, durante el trayecto por carretera, dirigió el rezo de la primera parte del Rosario. Al llegar a la frontera portuguesa, dijo en voz alta: «Tierra de Santa María, donde Ella quiso dejar rastro de su amor por los hombres. Vengo una vez más a decirle que no nos abandone, que se ocupe de su Iglesia, que se ocupe de nosotros»<sup>148</sup>. Un kilómetro antes de llegar a Fátima se descalzó para hacer a pie la última parte del trayecto, cubierto de grava. Sus acompañantes querían evitarlo, pero san Josemaría protestaba: «¡Pues vaya una cosa! ¡Que me he descalzado! Eso lo hace el último campesino, y se viene kilómetros y kilómetros, sin darle importancia. Yo he recorrido unos metros nada más. ¡Una vergüenza!»<sup>149</sup>.

Dirigió el rezo de los Misterios Dolorosos. Al terminar la letanía, rogó a los portugueses que iban con él que recitasen el *Acordaos* en su lengua, pidiendo por sus intenciones. Volvió a invocar a la Trinidad y a Santa María con la misma oración que hizo camino de Torreciudad, y rezó también un avemaría, añadiendo la triple invocación a Nuestra Señora: *Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo*. Después, el cántico *Benedictus*, el *Magnificat*, y la oración *Bendita sea tu*

---

<sup>146</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, PP. 584-585.

<sup>147</sup> *Ibidem* 1970, p. 510.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 509.

<sup>149</sup> *Ibidem*, p. 511.

*pureza*. Se desahogaba a menudo con la Santísima Virgen, urgiéndole a proteger a la Iglesia, y haciendo partícipes de su esperanza filial a los demás: «¡Seguros!, con optimismo. Hoy, aquí, con más optimismo que nunca. De momento, yo he querido hacer estas visitas a la Virgen, visitas de agradecimiento. Cuando pase el tiempo, lo conmemoraremos. Vamos a pedirle con fe que libre a la Iglesia de tantos enemigos de dentro y de fuera. ¡Madre mía!: *Auxilium Christianorum, Refugium peccatorum, Regina Angelorum: esto nobis Mater!*»<sup>150</sup>.

En la explanada, delante del santuario, hay una estatua que conmemora la visita del Papa Pablo VI a Fátima, en 1967. Se dirigió a aquel lugar para rogar por el Romano Pontífice y por sus sucesores en la Cátedra de San Pedro. En la *capelinha* de las apariciones, oró en cambio en silencio ante la imagen de Nuestra Señora. En el viaje de regreso, se mostraba particularmente contento, tras haber dejado en manos de la Virgen todos sus afanes. Al abandonar Fátima, comentaba: «He procurado meter, en mis raticos de charla con la Virgen, viviéndolos en silencio, todo lo que llevo dentro, todo lo que he rezado en estos meses, y todo lo que mis hijos habrán rezado»<sup>151</sup>.

### c) Una visita largamente deseada a la Virgen de Guadalupe

Al poco tiempo de regresar a Roma, decidió san Josemaría cruzar el Atlántico para postrarse a los pies de la Patrona de América y Reina del mundo, Nuestra Señora de Guadalupe. Siempre movido por su inmensa piedad hacia la Iglesia sufriente y por las necesidades de la Obra, atraído como el hierro por el imán por la omnipotencia suplicante de María, viajó a México, adonde llegó en la madrugada del 15 de mayo de 1970. Era la primera vez que pisaba tierra americana. «He venido a ver a

---

<sup>150</sup> *Ibidem*.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p. 512. Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 585.

la Virgen de Guadalupe, y de paso a veros a vosotros»<sup>152</sup>, comentó nada más llegar a los que le esperaban. Y ya durante el trayecto desde el aeropuerto a la casa en la que se alojaría, preguntó si era posible pasar por delante de la Villa de Guadalupe: le urgía saludar a Nuestra Señora.

Del 14 al 24 de mayo quiso realizar lo que denominó una novena: muchas horas diarias de oración en la Basílica de Guadalupe, ante el cuadro milagroso de la Señora. Mons. Álvaro del Portillo, testigo de excepción, recordaba que: «El primer día de la novena entró en la Villa de Guadalupe por la parte de la sacristía, se arrodilló en el presbiterio, y allí estuvo hora y media, inmóvil, sin apoyarse en ningún sitio, absorto en su oración ante la Santísima Virgen»<sup>153</sup>. Fue una oración muy intensa, sin palabras, mirando constantemente al cuadro de la Virgen. Para el resto de los días, el abad de la colegiata puso a disposición de san Josemaría y de sus acompañantes una tribuna lateral, desde la que continuó realizando la novena, emocionado por contemplar la imagen de Nuestra Señora. Mons. del Portillo, relata cómo era el diálogo filial del fundador con Santa María: «El Padre hacía su oración en voz alta. Cuando callaba, rezábamos un misterio del Santo Rosario. Luego el Padre seguía orando y a continuación, el segundo misterio. Así hasta completar las tres partes del Rosario. A veces, pedía que nosotros también dijésemos algo; pero el que llevaba la voz cantante en esa conversación con la Virgen, era nuestro Padre»<sup>154</sup>.

Recordaba también Mons. del Portillo otros detalles de aquellos días: «¿De qué hablaba? De lo que llevaba en el corazón. A nuestro Padre le interesaba la Iglesia y la Obra, para servir a la Iglesia. ¡Nuestra Madre la Iglesia estaba tan mal! Desde hace años está pasando por una prueba tan aguda, tan tremenda, organizada de un modo tan satánico, que el único procedimiento para vencer es acudir a la oración. ¿Y sólo rezando? No. Hay que luchar para adquirir más vida interior (...). Nuestro Padre se

---

<sup>152</sup> AGP, P01 1970, p. 971.

<sup>153</sup> AGP, P01 1977, pp. 783-984.

<sup>154</sup> AGP, P01 1977, pp. 785-786.

detenía en este tema: que el Señor acortase el tiempo de la prueba, y para esto formulaba propósitos de entrega suya y de sus hijos. Pedía ayuda a Dios Nuestro Señor, por mediación de la Santísima Virgen de Guadalupe, porque Santa María –sea cual sea el nombre con que se le invoque– es siempre la Madre de Dios y Madre nuestra. Ante la Morenita, como la llaman allá, ¡se rezaba tan bien, y la veíamos tan cerca!»<sup>155</sup>.

El 20 de mayo, san Josemaría, haciendo su oración en voz alta –con palabras que, por su gran valor testimonial dentro del ámbito de nuestro trabajo, recogeremos ampliamente–, hizo referencia a ciertas dificultades concretas que convenía deshacer cuanto antes. Después de dirigir muchas frases de amor a la Virgen, añadía:

«Da mucha alegría contemplar con los ojos –físicamente– y con el entendimiento y con el corazón a esta Madre de Dios y Madre nuestra, que siempre está pendiente de sus hijos: ha vivido, ¡y vive!, para dar paz, felicidad y fortaleza a los demás. Nosotros venimos aquí a pedir con mucha confianza; a pedir y a sentirnos muy hijos de Dios, porque Ella es la Madre de Dios. ¿Habéis visto cómo corre la gente detrás de un personaje, de una reina? Se entusiasman todos con haberla visto pasar; y, si les mira, se llenan de un gozo que no cambiarían por nada del mundo; y lo cuentan, y lo repiten. El pueblo corre por un personaje de la tierra, Madre mía, ¡y Tú eres la Reina del cielo y de la tierra!

»Venimos con mucho cariño, pero en ocasiones parece que no sabemos decirte nada: y eres –insisto– la Madre, la Reina que todo lo puede. Yo os aconsejo, en estos momentos especialmente, que volváis a vuestra edad infantil, recordando, con esfuerzo si es preciso –yo lo recuerdo claramente–, el primer acto vuestro en el que os dirigisteis a la Virgen, con conciencia y voluntad de hacerlo. Rezad ahora con la misma confianza de entonces, sirviéndoos, si es necesario, de aquellas oraciones ingenuas y piadosas que aprendisteis de labios de vuestras madres.

---

<sup>155</sup> AGP, P01 1976, pp. 1659-1660.



»En España, hace tiempo —imagino que también ahora—, se decía: *rezarle a la Virgen*. Y cuando llegaba el mes de mayo, todos le llevaban flores; yo también lo hacía, lo mismo que este maravilloso pueblo mexicano. Señora nuestra, ahora te traigo —no tengo otra cosa— espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas.

»¡Cuántos hijos míos, en todos los lugares del mundo, hoy mismo, te llevarán flores!, y se unirán a esta petición mía que, con tanto dolor, te presento. No dejes de escucharnos pronto: ¡corre prisa! Y aquí, en este México por Ti bendito, donde hay rosas tan espléndidas durante todo el año, en este detalle material encontramos otro motivo para hablar contigo para rogarte que consigas que, en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. He dicho de intento rosas pequeñas, porque es lo que me va mejor, ya que en toda mi vida sólo he sabido ocuparme de cosas normales, corrientes, y, con frecuencia, ni siquiera las he sabido acabar; pero tengo la certeza de que en esa conducta habitual, en la de cada día, es donde tu Hijo y Tu me esperáis

»Al recordar ahora ese primer hecho de infancia, cumplido con voluntad de rendirle homenaje, me resulta más fácil, Madre mía, cogerme de tu mano con audacia y con seguridad. Ahora hago lo mismo que entonces, aunque en esta tribuna de esta iglesia tuya estoy materialmente más alto que Tú —ya me entiendes lo que digo, porque bien sé que soy de hojalata pobre, y lo que ocurre siempre es que lo que no tiene valor flota, sube con facilidad hacia arriba; lo que es bueno, el oro, está oculto, sirve de base y fundamento—; perdóname, Madre mía, porque al hablar así sólo quiero suplicarte que me veas, que me mires. Aquí estoy, porque ¡Tú puedes!, porque ¡Tú amas!

»Madre mía, Madre nuestra (...), evítanos todo lo que nos impida ser tus hijos, todo lo que intente borrar nuestro camino o adulterar nuestra vocación. Yo no lo permitiré, porque no quiero condenarme; pero no

toleres que actúen las fuerzas del mal. Contra Ti no puede nada el diablo: ¿cómo no voy a contar con esta seguridad? Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, María, Templo de la Trinidad Beatísima, ¡más que Tú, sólo Dios!: ¡que se vea que eres nuestra Madre! ¡lúcete!

»Al Hijo, se llega sólo por Ti; y, por el Hijo, al Padre y al Espíritu Santo, sintiendo la necesidad de vivir metido en el amor de las tres Personas divinas, que no dejan abandonadas a sus criaturas. He tenido que venir a México, para repetirte, con la boca y con el alma llenas de confianza, que estamos muy seguros de Ti y de todo lo que nos has dado, que estoy seguro de mis hijas y de mis hijos, y del camino firme que tu Hijo nos ha marcado.

»No admitiremos más ambición que la de servir a tu Hijo y, por El y con tu ayuda, a todas las almas. Ahora sí que te digo con el corazón encendido: *monstra te esse Matrem!* Y no me contestes Tú: *monstra te esse filium!*; pues, aunque tengo conciencia de mi poquedad, yo no sé qué más puedo hacer. Si puedo algo más, ¡dilo, dilo!, y lo cumpliré con tu ayuda, porque solo no soy capaz.

»Me remueven hondamente esas aclamaciones del canto que a Ti se dirigen en estos momentos, desde este templo: ¡faro esplendente!, ¡trono de gloria! Acudimos a tu intercesión aquí, porque eres trono y faro para encontrar a ese Hijo, que nos quieres entregar. Te amo todo lo que sé y puedo. Me he equivocado tantas veces en mi vida, pero te quiero con todas las fuerzas de mi alma. Dinos qué hemos de hacer y, con tu gracia, lo haremos.

»Ya nos ves: hacemos lo que podemos. Venimos a querer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; venimos a quererte a Ti. Sé fortaleza de nuestra vida, luz de nuestra oscuridad, salud de nuestras personales

enfermedades espirituales, contra las que luchamos. Descansamos en Ti, confiamos en Ti»<sup>156</sup>.

Al terminar aquel rato de oración, formuló un propósito: poner en el Santuario de Torreciudad un mosaico con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, si Santa María escuchaba su oración. Sin embargo, inmediatamente añadió: «(...) Pero ahora me doy cuenta. Ha sido un primer impulso del fuego de mi amor. Madre: no pongo condiciones ninguna, ¿cómo me atreveré a hacerlo? La imagen estará allí, y aquí hay cinco testigos, para que sepan todos que la colocaremos. Además, ¿cómo voy a fijar condiciones, si Tú nos alcanzarás, *antes, más y mejor*, lo que de Ti esperamos y lo que te pedimos? Con la fecha de esta novena y con la palabra México, estarás Tú»<sup>157</sup>. También expresó el deseo de dar personalmente el primer beso a ese mosaico; añadiendo que, si el Señor ya hubiese querido llevarle al Cielo, lo haría, en su nombre, el más antiguo de los allí presentes. La *manda* del fundador, que había marchado al cielo el día 26 de junio de 1975, fue puntualmente cumplida por Mons. Álvaro del Portillo, su sucesor al frente de la Obra, el 28 de junio de 1977. Ese mismo día besaron también la imagen de la Virgen *Morenita* en la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, en Torreciudad, los demás testigos de aquella promesa de San Josemaría<sup>158</sup>.

---

<sup>156</sup> AGP, P01 1977, pp. 789-791.

<sup>157</sup> *Ibidem*, p. 793.

<sup>158</sup> Pocos días después de terminar la novena, san Josemaría fue a Jaltepec, una casa de retiros, junto a la laguna de Chapala, en el Estado de Jalisco. En la habitación que ocupó durante esos días, había un cuadro que representa la cuarta aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. El indio Juan Diego, en su ingenuidad, y por la prisa de llamar a un sacerdote que atendiera a un tío suyo moribundo, pensó dar un rodeo para evitar el encuentro con la Señora, que a su juicio, podía impedirle llegar a tiempo con el sacerdote. Cuando la Virgen le salió al encuentro, Juan Diego la saludó con estas palabras: *Niña mía muy amada y Señora mía (...)* ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? (...) *Voy de prisa al templo de Tlatelolco, a llamar a un sacerdote (...) y después de haber hecho esta diligencia volveré por este lugar a obedecer tu mandato. Mañana volveré sin falta.* Fue en esta aparición cuando la Virgen contestó a Juan Diego: *Hijo mío, no te aflija cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi amparo? ¿No soy yo vida y salud?* Y poco después le mandó que subiera al cerro próximo y cortara unas rosas, no obstante no ser tiempo de flores. Cuando lo hubo

El 22 de junio de 1970, víspera de su regreso a Europa, el fundador estuvo por última vez en la Villa de Guadalupe. Acompañado de centenares de fieles del Opus Dei, se despidió de Santa María con el canto de la Salve y otras canciones de amor.

#### 4. 1971-1975: UNA CATEQUESIS MUNDIAL DE LA MANO DE MARÍA

El 8 de mayo de 1970, quedaron indeleblemente grabadas en el alma de san Josemaría, unas palabras divinas consoladoras: «*Si Deus nobiscum, quis contra nos?*»<sup>159</sup>. El sentido de esta locución divina se vio confirmado el 6 de agosto del mismo año, por otras nuevas palabras: «*Clama, ne cesses!*»<sup>160</sup> A impulsos de este querer de Dios, en una situación eclesial para él sumamente dolorosa, decidió llevar a cabo por todo el mundo — al calor de los apostolados del Opus Dei— una gran catequesis, para proclamar la certeza incommovible de la fe católica.

---

hecho, la Virgen las tomó en sus manos y las fue poniendo en el *ayate* del indio, como se ve en la pintura. Esa sería la señal que debía llevar al obispo para ser creído. El 16 de junio, por la mañana, san Josemaría recibió a un grupo de sacerdotes de la Archidiócesis de Guadalajara. Al cabo de más de una hora, se encontró cansado y se retiró a su habitación para reposar. Se recostó sobre la cama de tal forma que veía la imagen de la Virgen de Guadalupe, muy bien iluminada por la luz que entraba por la ventana. Durante un buen rato, cuenta la persona que le acompañaba, guardó silencio, mirándola fijamente. El silencio se prolongó. Se notaba que hacía oración. De repente, como concluyendo lo que había pensado dijo: «Quisiera morir así: mirando a la Virgen Santísima y que Ella me entregase una flor...». Y después de otro silencio, expresando un nuevo deseo, añadió: «Sí, me gustaría morir ante este cuadro, con la Virgen dándome una rosa. Este cuadro me lo llevaré y lo pondré en Cavabianca, en el cuarto del Padre» (cf. AGP, P01 1980, pp. 633-634 y VÁZQUEZ DE PRADA, III, p.588).

<sup>159</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 608.

<sup>160</sup> *Ibidem*.

Mons. Álvaro del Portillo explica el porqué del cambio de actitud que se significaba aquella decisión en alguien como san Josemaría, que siempre se había empeñado en «ocultarse y desaparecer» para dejar que se mostrase Jesucristo: «Siempre había batallado por Dios en primera línea, expuesto a todos los peligros, sufriendo tantas contradicciones, sin buscar ninguna gloria humana. Desde muy joven, vio con claridad que el Señor le pedía ocultarse y desaparecer, y así vivió hasta el final de sus días con un heroísmo ejemplar. Predicaba, daba cursos de retiro, se movía por todas partes, hacía una labor extraordinariamente eficaz, pero sin ruido: *Deo omnis gloria!* En los últimos años, las cosas fueron un poco diferentes. Al contemplar lo que sucedía en la Iglesia, la confusión de gran parte del clero y la perdición de tantas almas, pensó "lanzarse al ruedo" de otra manera. No le importó dar la cara, y decir: aquí estoy yo, para defender a mi Madre la Iglesia. Y se embarcó en esa predicación agotadora, ante millares de personas, por medio del mundo, con una valentía increíble, porque la Iglesia lo necesitaba»<sup>161</sup>.

El 23 de agosto de 1971, poco tiempo después de aquellas intervenciones divinas en su alma, quiso el Señor mostrar a san Josemaría, por medio de una nueva locución<sup>162</sup>, el camino justo para que su oración y su celo pastoral alcanzasen las gracias que pedía: era preciso encaminarlo todo por el mejor camino, ese que él siempre había recorrido lleno de sentido filial: la vía de la Madre de Dios. Aquel hecho sobrenatural, que venía a confirmar la necesidad de poner las dificultades de la Iglesia y de la humanidad bajo la intercesión de la Virgen, constituye un elemento importante en el contexto de la existencia filial y mariana de san Josemaría. Con el tiempo será seguramente objeto de estudios históricos y teológicos.

El propio Santo comentó el contenido de la locución en aquellos días, procurando delicadamente que pasara desapercibida la dimensión personal de los hechos: «Voy a deciros algo que Dios Nuestro Señor

---

<sup>161</sup> AGP, P01 1976, p. 413.

<sup>162</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, p. 609.

quiere que sepáis. Los hijos de Dios en el Opus Dei *adeamus cum fiducia* —hemos de ir con mucha fe— *ad thronum gloriae*, al trono de la gloria, la Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, a la que tantas veces invocamos como *Sedes Sapientiae, ut misericordiam consequamur*, para alcanzar misericordia (...). Que lo tengáis muy en cuenta en estos momentos y también después. Yo diría que es un querer de Dios: que metamos nuestra vida interior personal dentro de esas palabras que os acabo de decir. A veces las escucharéis sin ruido ninguno, en la intimidad de vuestra alma, cuando menos lo esperéis. *Adeamus cum fiducia*: id —repito— con confianza al Corazón Dulcísimo de María, que es Madre nuestra y Madre de Jesús. Y con Ella, que es Medianera de todas las gracias, al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesucristo»<sup>163</sup>.

Comenzó entonces el fundador a desarrollar una extensa propaganda del rezo del Santo Rosario, y de las demás devociones marianas. Repartía rosarios a quienes recibía en Roma y en otros lugares, e impulsaba a todos a practicar esa devoción recomendada por innumerables Papas<sup>164</sup>. «Santa María procura poner muchos focos de amor, para propagar la devoción del Santo Rosario. Rezadlo en vuestras casas, que también son focos de amor: de amor humano noble, santo, que yo bendigo como el amor de mis padres, y de amor divino, de devoción a la Virgen, que nos lleva a su Hijo»<sup>165</sup>. Hizo imprimir miles de estampas de Santa María, que se repartían por todo el mundo, en las que se estamparon con su nombre estas palabras: «El rezo del Santo Rosario, con la consideración de los misterios, la repetición del Padrenuestro y del Avemaría, las alabanzas a la Beatísima Trinidad y la constante invocación a la Madre de Dios, es un continuo acto de fe, de

---

<sup>163</sup> AGP, P01 1971, pp. 893-894.

<sup>164</sup> Cf. AGP, P03 1977, p.244.

<sup>165</sup> AGP, P01 1972, p. 702.

esperanza y de amor, de adoración y reparación. Josemaría Escrivá de Balaguer. Roma, 9 enero de 1973»<sup>166</sup>.

Iniciaron por entonces los viajes catequéticos del fundador, que le llevaron a España, Portugal<sup>167</sup>, y a casi todos los países de América del Sur. Los vivió, en efecto, como acciones propias de su ministerio pastoral y de su misión fundacional, y él mismo los denominó «viajes de catequesis»: una catequesis mundial bajo el amparo de María, *thronum gloriae*. Recogeremos a continuación algunos datos de aquellos días marianos.

*a) Catequesis en 1972 por la Península Ibérica*

El 4 de octubre de 1972 inició san Josemaría un viaje catequético por tierras de España y Portugal, que se prolongaría hasta el 30 de noviembre, en que emprendió la vuelta a Roma. Entre esas dos fechas se encierran ocho semanas de predicación evangelizadora, de la que fueron testigos y destinatarios más de ciento cincuenta mil personas, que

---

<sup>166</sup> Cf. prólogo del libro «*Santo Rosario*». Predicó sobre todo con su ejemplo, desgranando millones de avemarías a lo largo de su vida. A veces, como cuando estuvo en Perú —y de manera semejante en otros países—, no tenía ningún inconveniente en mostrar en público su rosario, lleno de medallas de diversas advocaciones de la Virgen, en su deseo de acercar a Nuestra Señora a las almas de los que le escuchaban. Decía en aquella ocasión: «¡Este es mi argumento! Yo lo empleo a diario, besando una por una las medallas, como mi bisabuela. Os lo recomiendo: ¡rezad el Santo Rosario todos los días! Son pocos minutos. Hace años escribí, con la ayuda de Dios, un pequeño libro para enseñar a rezar el Rosario a la gente; no para que lo recen como yo, sino para que se suelten (...). Leed ese folleto, y después rezad el Rosario por vuestra cuenta, como queráis. Veréis, qué bien, qué contentas estaréis, y qué contentos, porque es de hombres esta devoción. ¡De hombres es rezar el Rosario! Lo que no es de hombres es no rezar: eso es de bestias. Sólo las bestias no rezan. Mirad: un perrito, un caballo, un mulo, no se santiguan ni rezan; se ponen a dormir, y se acabó. Un hijo de Dios, una hija de Dios, un hombre digno del título de hombre, se santigua, reza, se dirige a Dios, habla con Él, se encomienda, pide ayuda» (AGP, P04 1974, Tomo II. p. 702).

<sup>167</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 646-660.

quedaron confirmadas en la doctrina de fe de la Iglesia. Los temas desarrollados por san Josemaría en aquellas reuniones eran diversos pero, al mismo tiempo, siempre semejantes: la fe y la piedad eucarísticas, la devoción al sacramento de la penitencia, el amor confiado y filial a Santa María, la fidelidad a la doctrina de la Iglesia, la oración por las duras dificultades de aquellos días y por el Romano Pontífice, etc.

Quiso comenzar aquel viaje en el Santuario de Lourdes para encomendar a la Virgen sus frutos. La primera ciudad visitada fue Pamplona, en la que comenzó su trabajo pastoral acudiendo a postrarse ante la Madre del Amor Hermoso, en su ermita del *campus* universitario. Luego continuó a Bilbao, y de allí a Madrid, desde donde se encaminó a Portugal. El 2 de noviembre estuvo en el Santuario de Fátima. Del 6 al 13 de noviembre la catequesis se desarrolló por Andalucía (España), tierra particularmente mariana. Por toda la geografía andaluza se encuentran lugares de culto a Nuestra Señora, con imágenes hermosas y numerosos devotos: una cofradía, un barrio, un pueblo entero o una pequeña comarca que la ensalza y la festeja, la venera con humildad y la muestra con orgullo.

En muchas de aquellas reuniones de catequesis, con cientos de personas, le preguntaban por el amor a la Virgen y las prácticas de devoción mariana, que en algunos ambientes se querían desvalorizar. Los testimonios doctrinales que han quedado de esos coloquios son innumerables, y transcribiremos sólo unos pocos ejemplos.

Uno de esos días, por ejemplo, recordando lo que le había sucedido años atrás en una Semana Santa en Sevilla —lo hemos recogido en páginas anteriores—, decía: «¡Qué amor tenéis a la Virgen aquí, hijos míos! Que Ella os bendiga y os guarde. Que os haga limpios, que os haga rectos, que os haga alegres —lo sois—, que os haga felices en la tierra; aunque tengáis algún pecadillo que otro ... Jesucristo os perdonará, porque cuando volvéis a Ella, volvéis a su Hijo. Además, somos tan débiles todos ... Ya rezaréis para que también yo vuelva siempre a mi Madre, con el amor que le tenéis vosotros. He venido a Sevilla, una vez más,



para aprender a amar a la Virgen. No vengo a enseñar; vengo siempre a aprender. Y quiero a la Virgen en todas vuestras imágenes, que son tan maravillosas»<sup>168</sup>.

Alguien le preguntó, otro de aquellos días, si cabe hablar de ser exagerados en el amor a la Virgen: « ¡Qué vais a exagerar! La queréis con locura; pero aún esa locura vuestra es demasiada cordura. ¡Queredla más! No se exagera nunca en el amor a nuestra Madre. Cuando vengo a esta casa y veo esa imagen maravillosa que hay en el oratorio, digo: benditos sean los brazos que te cogieron por primera vez... Porque seguramente la habrían echado antes de alguna iglesia; y hubo un alma grande, un corazón fantástico que la abrazó como a su Madre, y después la trajo aquí. Así sois vosotros: tenéis corazón para la Santísima Virgen, corazón grande. Sabéis quererla mucho, mucho. Pues tenedlo más grande todavía, y Ella estará aún más contenta»<sup>169</sup>.

Desde Andalucía se trasladó a Valencia, del 14 al 20 de noviembre, donde se postró a los pies de la Virgen de los Desamparados. Patrona de la ciudad. Barcelona y Gerona fueron — del 20 al 30 de noviembre — las etapas finales de la catequesis. El primer «encuentro» de san Josemaría en Barcelona, al llegar a la ciudad, fue con Nuestra Señora de la Merced, Patrona y Reina de la ciudad. En la mañana del 30 de noviembre emprendía regreso a Roma, tras haber dado gracias por los frutos de aquella amplia catequesis con un *Te Deum*.

Entre las numerosas preguntas y respuestas de contenido directamente mariano que se conservan de entonces, vale la pena recoger algunas que ofrecen ciertas pistas de reflexión. Son textos sencillos, coloquiales, pero contienen, precisamente por su espontaneidad, interesantes claves para nuestro estudio sobre el pensamiento mariológico de san Josemaría. Nos

---

<sup>168</sup> AGP, P04 1972, pp. 422-423.

<sup>169</sup> AGP, P04 1972, pp. 423-424.

limitamos, pues, a transcribir algunos, tomados de los textos que venimos citando a pie de página<sup>170</sup>.

«¿Por qué se quiere tanto a la Virgen en la Obra?»

«La queremos porque es la Madre de Dios y nuestra Madre. No me importa repetir de nuevo –lo he dicho ya quinientas veces desde que estoy en España– que para esta pelea, que nadie conoce más que cuando hablamos confidencialmente con quien puede escucharnos o en la Confesión, para esta pelea hay también un santo y seña: cada uno que se prepare el suyo. Yo tengo costumbre de cambiarlo cada día, pero esta última temporada no lo cambio. Te voy a decir cuál es. Muchas veces al día –docenas, muchas docenas– llamo a la Madre de Dios y le digo: Madre, Madre mía, ¡ay, Madre mía!».

«Sabemos que usted ama mucho a la Virgen...»

«Igual que todos los cristianos. ¿Cómo no la vamos a amar, si es Madre de Dios y Madre nuestra? Es el modelo para todas las criaturas y especialmente para la mujer. ¡Qué hermosura! Cuando el Arcángel le anuncia que va a ser Madre de Dios, Ella responde: ¡que yo soy toda limpia! ¡sin mancilla!, *quoniam virum non cognosco*, que no quiero trato con ningún hombre. Y el Arcángel explica que será por obra del Espíritu Santo. Lo mismo que el rayo de sol atraviesa el cristal, y no lo rompe ni lo mancha, así el Espíritu Santo hizo que, en la entrañas de la Virgen Purísima, sin perder su virginidad, tomara carne humana el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima».

«¿Qué significa la Virgen para el Opus Dei?»

«¿Qué significa la madre en un hogar? La suavidad, la delicadeza, el amor, la misericordia. ¿No es todo esto? Y cuando esa madre es la Madre de Dios, además de los dones naturales, debe tener todas las prerrogativas de esa maternidad divina. Por eso, no ha estado jamás sujeta a pecado. Es completamente razonable. ¿Cómo iba la Madre de

---

<sup>170</sup> Cfr. AGP, P04 1972, pp. 699-703.

Dios, siendo el Señor Todopoderoso, a estar sujeta a la actividad diabólica? Fue concebida sin mancha de pecado original: es la más hermosa, la más graciosa, la más sabia, la más amorosa de las mujeres y de las madres. El diablo procura robar nuestras almas, para que le hagamos compañía en el infierno. Por lo tanto, nos conviene ser muy amigos de Santa María, que ha pisado la cabeza del dragón infernal y ha ayudado a Dios a redimir al género humano, siendo la Madre de Jesucristo».

«¿ Por qué el Señor ha querido que la Virgen sea Medianera de todas las gracias?»

«Porque Ella fue tan humilde. Lo dice el Magnificat: porque miró mi humildad, he aquí que me llamarán Bienaventurada todas las generaciones... Para que todos nosotros llamemos Bienaventurada a su Madre, Dios ha dicho: nada pasa desde el Cielo a la humanidad sino por las manos de mi Madre. La Virgen es el arcaduz de la divina gracia. ¿Sabes qué significa arcaduz? ¿No? Es un canal por donde corre el agua. Nuestra Madre es el acueducto por donde vienen, desde Dios Nuestro Señor hasta los hombres, todas las gracias del Cielo. Sin Ella no recibimos nada».

«Siendo mayores, ¿cómo podemos amar a la Virgen con la misma ternura que los niños?»

«Haciéndote niña. ¿Eres madre de familia? —Sí. —Fíjate cómo te miran tus hijos, cómo te acarician, cómo te buscan, cómo te hacen rabiarse algún ratito ... Si tú piensas que haces lo mismo con la Santísima Virgen, no estás hilvanando una novela: es la realidad. Trata a la Madre de Dios con la misma confianza con que tus niños te tratan a ti, y así la amarás más cada día. ¡Hazte pequeña!».

«He leído en Camino que la Virgen es la senda para llegar a Jesús. ¿Me lo podría explicar un poco?»

«Cuando tú comenzaste a andar, ¿quién iba detrás de ti, hija mía? —Mi madre. —Y si te tambaleabas, ¿te dejaba caer al suelo? —Sí... —¡No! ¡Te

cogía antes! Alguna vez, sí, quizá te dejó caer, para que vieras que no podías caminar sola, que necesitabas de la mamá. También la Santísima Virgen, a veces, si no somos muy piadosos, nos deja un poco de su mano, para que aprendamos... Pero, si la amamos, no caeremos en grandes ofensas a su Hijo. Después nos acercaremos más a Ella, nos cogeremos de su mano, y caminaremos tranquilos».

«En estas comarcas hay muchas familias cristianas, que tienen quebraderos de cabeza, porque parece que ahora han pasado de moda las costumbres antiguas de devoción a la Virgen: el escapulario, los primeros sábados... Los hijos dicen a veces que parecemos del siglo pasado...»

«Que digan lo que les dé la gana. Vosotros sois hijos de Santa María, como yo, y hacéis muy bien en practicar con cariño, con voluntariedad, con libertad, todas esas devociones antiguas y siempre nuevas. Amad mucho a la Virgen, que Ella bendecirá la labor apostólica en esta tierra bendita, que yo amo tanto. ¡No han pasado de moda! Responde, a quien te lo diga, que no es verdad. Lo que sucede es que hay muchos que propagan doctrinas erróneas, que atacan no sólo la devoción, sino incluso los privilegios más seguros de Santa María, Madre nuestra y Madre de Dios. Nosotros hemos de seguir queriéndola mucho, y colocándola en lo mejor de nuestro corazón y de todas nuestras actividades. Hacéis muy bien en conservar las devociones marianas de esta región: las bendigo con toda mi alma. ¡Adelante! No han pasado de moda, no es verdad. De María, nunca tenemos bastante: de amarla, de quererla, de venerarla. Ella bendecirá a vuestros hijos y los hogares de vuestros hijos, el día de mañana. ¿Vamos a hacer caso de los que injurian a Nuestra Madre? Si hay quienes le injurian, nosotros la alabamos. Y se acabó».

«¿Qué es el Rosario para un cristiano?»

«El Rosario es, hijo mío, una oración muy grata a María Santísima, que está enraizada en la vida de los católicos, desde hace muchos siglos. A la vez, es una meditación de los misterios de la vida del Señor y de su

Madre. Por tanto, lo recomiendo con todo mi corazón, también como una oración que puede hacerse en familia, aunque no debéis obligar a vuestros hijos pequeños a rezarlo: es mejor que la mamá los coja aparte, y rece con ellos tres Avemarías. Tampoco obliguéis a los mayores: si quieren venir con los demás, que vengan; si no, dejadlos estar, que ya vendrán. Tiene que ser algo voluntario. Cuando he estado en Portugal, he ido a ver a una amiga mía, a la que quiero mucho, y que tiene la "culpa" de que en Portugal trabaje el Opus Dei, desde hace tantos años. Es Sor Lúcia, la única vidente de Fátima que aún vive. Daba alegría oírle hablar del Rosario, aunque no decía nada nuevo. Procuró cargarnos el coche de propaganda para rezarlo bien, y me hizo reír porque la quiero mucho y la trato desde hace tantos años. Os cuento esta anécdota para recordaros que Santa María procura poner muchos focos de amor, para propagar la devoción del Santo Rosario. Rezadlo en vuestras casas, que también son focos de amor: de amor humano noble, santo, que yo bendigo como el amor de mis padres, y de amor divino, de devoción a la Virgen, que nos lleva a su Hijo. Luego, de la oración vocal es fácil saltar a la contemplación. En el Opus Dei somos todos contemplativos: solteros, casados, viudos y sacerdotes. Porque, haciendo lo que sea, pensamos en Dios, le ofrecemos nuestro trabajo, le desagraviamos diciéndole palabras de cariño, y le contamos nuestras preocupaciones y nuestras alegrías, y las de las personas queridas. Eso es contemplar».

«¿Cómo hemos de rezar el Rosario?»

«Cada uno debe tener su camino propio, en esto como en todas las restantes devociones cristianas. He aconsejado un modo de rezarlo, pero a nadie le digo que ésta ha de ser necesariamente su manera concreta de hacerlo, porque puede haber otras mil formas diversas. Las almas, aunque son similares, tienen cada una su propio camino. Sigue el que quieras, en el rezo del Rosario y en todo lo demás. Procura, si te interesa, meditar un poquito las oraciones que componen el Rosario, y que han sido puestas por la Iglesia. reza tranquilamente los Padrenuestros y las Avemarías. Si te distraes, vuelve como puedas. Y si te has distraído todo el tiempo, lo has rezado también: has estado haciendo una gran serenata

en honor de la Madre de Dios. Además, puedes contemplar los misterios del Santo Rosario. Hace muchos años escribí —de un tirón, después de la acción de gracias de la Misa— un folletito muy pequeño, con algunas consideraciones en torno a esos misterios; pero lo que hacía entonces así, lo hago ahora de otra manera. Quise, sin embargo, que se publicara, porque ha ayudado a miles de almas a hacer oración. Allí enseñé a tener un poco de picardía, para no distraerse y estar con devoción mientras se habla con la Virgen. Pero tú no tiene por qué hacerlo del mismo modo. Puedes comenzar de esta manera, y luego seguir tu camino propio, sin inconveniente alguno».

«¿Y cuando algunas nos dicen que el Rosario es aburrido?»

«Las aburridas son ellas. No es aburrido y tú lo sabes. Las que tenéis novio le decís que le queréis, como una letanía, cuarenta veces al día. ¿Por qué en este amor sobrenatural, que es perfectamente compatible con el novio, y el día de mañana con el marido y con los hijos, no le vamos a decir a la Madre de Dios, que es Madre nuestra, que la queremos? Le echamos todos los piropos que hay en la letanía; le rezamos con frases tomadas del Santo Evangelio, como el Padrenuestro que ha salido de la boca de Cristo. ¿Os acordáis? Y vas contemplando los misterios, que son como un compendio de la vida de Jesús y de su Madre. Mete también a San José. ¿Te imaginas su alegría, cuando viera subir al Cielo —en cuerpo y alma— a María Santísima, su esposa pura, siempre Virgen?»

«Háblenos de la Virgen».

«Hay que amarla. Nunca la amaremos bastante. Y ahora están repitiendo todas las grandes herejías contra los privilegios y contra el amor que debemos a Nuestra Señora. ¡Queredla mucho! Que no os baste tener imágenes suyas y saludarla, y decir jaculatorias, sino que sepáis ofrecer, en vuestra vida varonil y recia, algún pequeño sacrificio cada

día, para manifestarle el amor que le tenemos todos en el Opus Dei, y el que queremos que le tenga la humanidad entera»<sup>171</sup>

*b) Segunda y tercera catequesis en América (1974-1975)*

El 22 de mayo de 1974 iniciaba san Josemaría su segunda catequesis por tierras americanas, donde permanecería hasta el 31 de agosto. São Paulo, Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Quito y Caracas – con una breve escala en el aeropuerto de Bogotá – fueron las sucesivas etapas de este viaje por América del Sur, encomendado desde su principio a la *Regina Americae*<sup>172</sup>

En su enseñanza catequética de san Josemaría a lo largo de aquellos 100 días, destacará de nuevo la intensidad de la llamada a crecer en la devoción Santísima Eucaristía, y la constante y filial referencia a la Madre de Dios y de los cristianos (acompañada con frecuencia de una cariñosa alusión a San José). Recogemos, como en el caso anterior, unos cuantos ejemplos de diálogo catequético mariano.

En Brasil pudo ir al Santuario de Nuestra Señora Aparecida, Patrona del país, donde rezó el Santo Rosario rodeado de numerosas personas. Al día siguiente, decía: «¡Con qué alegría fui a la Aparecida! ¡Con qué fe rezabais todos! Yo le decía a la Madre de Dios, que es Madre vuestra y mía: Madre mía, Madre nuestra, yo rezo con toda esta fe de mis hijos. Te queremos mucho, mucho... Y me parecía escuchar, en el fondo del corazón: ¡con obras!»<sup>173</sup>

El día 7 de junio llegó a Buenos Aires, donde permaneció hasta el 28 del mismo mes para marchar luego a Chile. Tuvo ocasión de peregrinar al Santuario de Nuestra Señora de Luján, Patrona de Argentina, Paraguay

---

<sup>171</sup> AGP, P04 1972, p. 464.

<sup>172</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 694-731.

<sup>173</sup> AGP, P04 1974, Tomo I, p. 146.

y Uruguay. También en esta ocasión, como era habitual, rezó el Santo Rosario, acompañado de centenares de personas y al final se cantó la Salve. En las reuniones de catequesis que mantuvo en lugares diversos – en ocasiones, en locales llenos de miles de personas – se oían diálogos como éstos:

«¿Cómo hemos de querer a la Virgen?»

«Como la quieres tú. Como a una madre, y según el caso de tu alma, con un amor todavía más intenso, pero por lo menos como a una madre. ¿Tu mamá vive? – Sí, Padre. – Bueno, pues cuando la beses, con el corazón, le dices a la del Cielo: también para Ti, Madre»

«¿Cómo puedo hacer para conectar más con la Virgen cuando rezo el Rosario?»

«Procura poner la misma atención que cuando hablas con cualquier persona. Ahora charlas conmigo, y no tienes que esforzarte demasiado para no decir un disparate, sino que has pronunciado las palabras que naturalmente te han salido de la boca, para reflejar tu pensamiento. Me has dicho cosas razonables, nada escogidas ni literarias. Pues con la Virgen, hay que hacer lo mismo. Hablas con naturalidad y le repites esas oraciones tan encantadoras: el Padrenuestro, el Avemaría, el Gloria, y vas meditando un poquito, unos segundos, antes de cada misterio. Son diez minutos en total, poco más o menos. Y si te distraes, y no puedes, se lo dices: mira, Madre, yo querría, pero aquí ...; sin embargo seguiré rezando, hasta el final, y vale. Como un soldadito que está a la puerta del palacio del Jefe de Estado. Está allí con su fusil, haciendo la guardia. Y está distraído en cien mil cosas: ¿hace la guardia o no hace la guardia? ¡Vaya si la hace! Pues tú, si te distraes a pesar tuyo, rezas el Rosario y lo rezas bien. Haces la guardia a Santa María. Y Ella está muy contenta de su soldadito... »<sup>174</sup>.

San Josemaría pisó tierra chilena el 28 de junio, y permaneció en ella hasta el día 9 de julio. En Santiago mantuvo numerosos encuentros

---

<sup>174</sup> AGP, P04 1974, Tomo I. p. 446.



pastorales, que le ofrecieron la ocasión de retomar sin cansancio los grandes temas de la fe cristiana, y de convertir las reuniones en diálogo evangelizador. De allí proceden estas palabras:

«¿Podría hablarnos del papel que debe jugar María Santísima en nuestras vidas y en nuestro apostolado?»

«Hijo mío, en el Opus Dei ... ¡cómo no te lo voy a decir yo, si en el Opus Dei se tropieza siempre con la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra, a todas horas! Hemos puesto no miles, sino millones —sin exageración— de imágenes por el mundo, y las seguiremos colocando, con tanto amor. A Ella la ponemos en toda nuestra vida: preside todos nuestros Centros, todas nuestra habitaciones, todos nuestros corazones. Se enseña a la gente que tiene un amor humano a colocar, junto a la fotografía de aquella mujer que ama —¿por qué no?—, una fotografía de una imagen de la Madre de Dios, porque son perfectamente compatibles los dos amores. ¿Quieres que te meta todavía más este amor en el corazón?, ¿es posible?»<sup>175</sup>.

«¿Cómo puedo querer a la Virgen tanto como la quiere usted?»

«Y tú, ¿qué sabes cómo la quiero yo? —Sé que la quiere mucho. —Sí, la quiero mucho. Pero la quiero tanto como los chilenos. Esta tierra es tierra de María también. De manera que la queremos todos, por eso estamos aquí: ¡todos! Y también, cuando tenemos la desgracia de apartarnos un poquito de Nuestro Señor, es Ella la que nos hace volver. Todos queremos mucho a la Virgen»<sup>176</sup>.

---

<sup>175</sup> AGP, P04 1974, Tomo II, p. 73.

<sup>176</sup> AGP, P04 1974, Tomo II, p. 83. En Santiago de Chile, desde cualquier punto de la ciudad se divisa con facilidad la Virgen del Cerro. Es una imagen grande, de unos catorce metros de altura sin considerar el pedestal, que domina la ciudad desde lo alto del cerro de San Cristóbal, destacando con su color blanco sobre la vegetación de los alrededores. La imagen, que fue erigida a principios del siglo pasado, representa a la Virgen, con los brazos abiertos, en actitud de permanente protección a la ciudad. Cuando san Josemaría acudió a rezar a esa imagen, llovía bastante y el agua hizo intransitable el camino hasta la imagen de la Virgen; rezó el Santo Rosario desde el coche. También hizo

La catequesis continuó en Perú, del 9 de julio al 1 de agosto, y se prolongó luego un mes más por Ecuador y Venezuela —bajo duras condiciones de salud de san Josemaría—, con testimonios semejantes a los ya recogidos, que no es preciso repetir. El día 31 de agosto, regresaba a Roma, con la intención de volver a emprender una nueva catequesis cuanto antes por el continente americano. Este viaje postrero tuvo, en efecto, lugar en febrero de 1975<sup>177</sup>, pocos meses antes del fallecimiento de san Josemaría, y se extendió por tierras de Venezuela y Guatemala<sup>178</sup>.

## 5. TORRECIUDAD Y CAVABIANCA: ÚLTIMOS TESTIMONIOS MATERIALES DE UNA EXISTENCIA MARIANA

### *a) El Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad*

La construcción del Santuario mariano de Torreciudad se llevó a cabo entre los años 1970 y 1975, siguiendo el impulso y la voluntad de san

---

una romería a la Inmaculada de Lo Vásquez, centro de numerosas peregrinaciones y foco de una intensa devoción mariana de toda esa región chilena.

<sup>177</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 747-753.

<sup>178</sup> En Caracas mantuvo encuentros con más de veinte mil personas, venezolanos y de otros países, como Puerto Rico, Trinidad-Tobago, Colombia, Estados Unidos y Ecuador. En una de aquellas catequesis, uno le dice: «Padre. Yo soy hebreo». —«¡Hebreo! Yo amo mucho a los hebreos, porque amo mucho —con locura— a Jesucristo, que es hebreo. No digo «era» sino «es»: *Jesus Christus heri et hodie. Ipse et in saecula*; Jesucristo sigue viviendo, y es hebreo como tú. Y el segundo amor de mi vida es una hebrea, María Santísima, Madre de Jesucristo. De modo que te miro con cariño» El 15 de febrero partió de Venezuela hacia Guatemala, donde continuaría durante una semana su predicación (SASTRE, A. *Tiempo de Caminar*, o.c., p. 586).

Josemaría<sup>179</sup>. Eran, como es bien sabido, años difíciles desde el punto de vista doctrinal y pastoral. La misma construcción de un Santuario mariano en aquellos años podía ser objeto de duras críticas, como reflejan estas palabras del fundador: «En estos momentos, cuando se niegan en tantos sitios los privilegios de la Madre de Dios; cuando quienes deberían dar luz, están en la oscuridad y no dan más que sombra; cuando los que deberían ser fortaleza, son debilidad (...). Pues, en estos momentos, estamos levantando entre todos ese Santuario maravilloso, donde habrá tanta piedad y tantas obras sociales, y donde esperamos que la Virgen Santísima derroche las gracias de su Hijo directamente en las almas, calladamente. Y, de paso, damos testimonio de que la devoción a la Virgen no se ha superado. Un cristiano tiene que amarla sobre todas las cosas de la tierra, después de Dios; porque más que Ella, sólo Dios»<sup>180</sup>.

A san Josemaría le urgían dos cosas: promover aún más intensamente la piedad mariana del pueblo de Dios, e inseparablemente agradecer a Santa María de Torreciudad con un gesto filial –largamente deseado y esperado–, la gracia que Ella le concedió cuando aún era un niño de poca edad. Cuando apenas habían comenzado las obras del Santuario decía: «Me da mucha alegría la devoción que se tiene a la Virgen en Fátima y en Lourdes; me llena de gozo que se honre con tanto amor a nuestra Madre del Cielo. También contribuiremos nosotros a que aumente ese amor, con lo que vamos a construir en Torreciudad»<sup>181</sup>. Se cumplía, en efecto, así aquella antigua ilusión, como confirma Mons. Álvaro del Portillo: «Desde 1940, o quizá antes, ya soñaba nuestro Padre con grandes santuarios marianos en diversas partes del mundo. Deseaba que fuesen polos de atracción a la Santísima Virgen, donde se fomentase el amor humano limpio y noble, y se fortaleciese la unidad de la familia. Después pasaron los años, y Dios Nuestro Señor le pidió este

---

<sup>179</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 669-674.

<sup>180</sup> AGP, P04 1972, p.424.

<sup>181</sup> AGP, P01 1970, pp. 511-512.

monumento de amor y de fe que es Torreciudad, que se terminó en poco tiempo gracias a su constante impulso, y a la fe y al amor de sus hijos de España»<sup>182</sup>.

En una carta fechada en 1967, el fundador aludió a esas y otras finalidades, puestas bajo el patrocinio de la Virgen, con las que se comenzaría a edificar el Santuario: «Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios, para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y –renovadas las almas– confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande, usando noblemente del amor matrimonial, que les hace participar del poder creador de Dios: y Dios no fracasará en esos hogares, cuando Él les honre escogiendo almas que se dediquen, con sus personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos.

»¿Otros milagros? Por muchos y grandes que puedan ser, si el Señor quiere así honrar a su Madre Santísima, no me parecen más grandes que los que acabo de indicar antes, que serán muchos, frecuentísimos y pasarán escondidos, sin que puedan hacerse estadísticas.

»Os digo esto, recordando cuánto me gusta beber con devoción de hijo de Santa María el agua, que mana abundante en Lourdes, en Einsiedeln, en Fátima. Pero en Torreciudad, dondequiera que pongamos agua para saciar la sed de los fieles, irá una cartel que diga clara y terminantemente: *agua natural potable*.

»La de esa Madre mía, Nuestra, que nos aguarda en aquellos riscos, será agua como un manantial fresco y vivo que manará sin cesar hasta la vida eterna.

---

<sup>182</sup> AGP, P01 1976, p. 823.

»Y a Nuestro Señor Sacramentado le haremos, con nuestra pobreza y con el amor de todos, un buen trono en el Sagrario rico y *acompañado*, que ha de presidir desde lo alto del retablo de la iglesia todas las actividades apostólicas que entre aquellas peñas aragonesas se realicen, para honra de su Madre, para bien de todas las almas y para el servicio de la Iglesia Santa»<sup>183</sup>.

Gracias al aliento de san Josemaría, que desde Roma siguió con ilusión y cariño la marcha de las obras, salió adelante un proyecto que entrañaba muchas dificultades. Entre otras, la realización del gran retablo esculpido en alabastro, que pesa ciento treinta toneladas. De nuevo lo atestigua Mons. Álvaro del Portillo: «Torreciudad es un milagro del amor de Dios y de la fe que tenía nuestro Padre. Desde hace siglos, en ninguna parte del mundo se ha hecho un retablo como el de allá, con alabastro, con tantos metros cuadrados, con tanta escultura. Hacer esto ahora, en el siglo XX, es un milagro. Hace falta tener la fe gigantesca y el amor de Dios gigantesco que tenía nuestro Padre, para mandar hacerlo y para que se hiciese, porque es comparable a los de las catedrales que se hacían en el siglo XVI y XVII; y entonces tardaban cien años en construirlas...»<sup>184</sup>.

Las obras de Torreciudad comenzaron el 2 de febrero de 1970, y estaban prácticamente concluidas un mes antes del tránsito del fundador al Cielo. Dios le concedió la dicha de contemplar el Santuario prácticamente terminado en los días finales de mayo de 1975<sup>185</sup>.

*b) La impronta mariana de Cavabianca, seminario internacional de la Prelatura del Opus Dei*

---

<sup>183</sup> AGP, P03 1971, pp. 129-131; cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 770-771.

<sup>184</sup> AGP, P01 1976, p. 693.

<sup>185</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 760-763.

El 29 de junio de 1948 había sido erigido por san Josemaría el Colegio Romano de la Santa Cruz, centro de formación al que vendrían miembros de la Obra de distintos países para seguir sus estudios eclesiásticos, y adquirir una formación más intensa junto al fundador. Durante años se ubicó en un edificio destinado a otros fines, hasta que se pudo construir, entre 1971 y 1975, la sede definitiva de Cavabianca, actual seminario internacional de la prelatura, en las afueras de Roma. La construcción de Cavabianca fue seguida paso a paso por san Josemaría. Todo debía manifestar en aquel lugar el espíritu del Opus Dei, que consiste en la santificación en la vida cotidiana cumpliendo con la máxima perfección humana posible —por amor de Dios y para su gloria— los deberes ordinarios del cristiano. Hasta el último rincón de la casa debía expresar dicho espíritu, pero de modo especial debían mostrarlo los lugares destinados al culto.

En Cavabianca existen diversos oratorios, y un cierto número de ellos están dedicados a distintas advocaciones marianas. Los dos primeros altares que san Josemaría consagró allí —. el 5 de abril de 1974, conmemoración del antiguo viernes de Dolores— se encuentran, en efecto, en un oratorio dedicado a Nuestra Señora del Buen Consejo y en otro dedicado a Santa María Reina. En el primero se colocó un cuadro de la Virgen del Buen Consejo: una amable representación de Nuestra Madre, acariciada por su Hijo. En el acta de consagración del altar, rogaba el consagrante: «Que la Santísima Virgen María, cuyos Dolores, se conmemoran hoy piadosamente, atraiga suavemente a sus hijas al amor de Jesucristo y las custodie bajo su protección. En este día que se dedicaba a la Bienaventurada Virgen María, mi queridísima madre, que los socios de la Obra llaman con tanto afecto la Abuela, celebraba con alegría su santo junto a mi padre y a sus hijos. Hoy, en el aniversario de su santo, la he recordado de modo muy especial, porque, con mi hermana Carmen, cooperó esforzadamente para que se llevara a efecto el amabilísimo designio de la divina Bondad con la Obra de Dios. Como pocos días antes había comenzado el año cincuenta de mi sacerdocio, di también con este motivo gracias de todo corazón a la Trinidad

Beatísima, y recordé con gran afecto a mi amadísimo padre, a quien debo no pequeña parte de mi correspondencia a la llamada divina al sacerdocio; e invoqué confiadamente a la Bienaventurada María siempre Virgen, a San José nuestro Padre y Señor, y a todos nuestros Patronos e Intercesores, para que me conservaran fiel, alegre y bueno por la eternidad»<sup>186</sup>.

El oratorio de Santa María Reina tiene una imagen con una larga y entrañable historia, de la que vale la pena relatar algunos detalles. El 22 de diciembre de 1971, llegó a Roma una preciosa imagen de la Virgen, regalo a san Josemaría de los fieles del Opus Dei de Italia. Se trataba de una talla en madera de tamaño natural, entronizada en un sitial dorado y cubierta por un manto azul cuajado de estrellas. El Niño, sentado sobre el brazo derecho de su Madre, está en actitud de abrazarla. La talla se había obtenido en Suiza, a través de una señora que se dedicaba a recuperar imágenes para devolverlas al culto. La escultura de madera estofada, mostraba evidentes señales de abandono.

San Josemaría la contempló con alegría y agrado, y cuando supo su procedencia, conmovido exclamó: «¿De dónde te habrán echado, Madre nuestra? ¡Eres muy hermosa! Quizá estabas en una catedral o en una iglesia muy grande y a ti acudían miles de almas a rezarte. ¡Bienvenida a nuestra casa, Madre nuestra! Te queremos mucho, y procuraremos demostrártelo con obras»<sup>187</sup>. Varios meses después, él mismo recordaba

---

<sup>186</sup> AGP, P02 1979, pp. 640-641.

<sup>187</sup> AGP, P01 1972, p. 57. Mandó que se colocara en un sitio digno de la casa, mientras llegaba el momento de restaurarla. Desde entonces, a sus pies hubo siempre — por indicación suya— un florero de plata con rosas frescas. Dispuso también que se buscara un especialista que restaurase la madera y el policromado. Posteriormente se pondría en uno de los oratorios que entonces se proyectaban para Cavabianca. El 2 de octubre de 1973 estuvo terminada la restauración. El fundador la vio, se quedó mirándola con cariñoso detenimiento, y rezó un avemaría, un gloria y la jaculatoria *Sancta Maria, Spes nostra, Sedes Sapientiae*. En la imagen, a sus pies, alrededor del pedestal, se colocó la jaculatoria: *adeamus cum fiducia ad Thronum Gloriam, ut misericordiam consequamur!* El fundador quiso que en el pedestal del altar, por el lado que mira a la imagen, se pusiera la invocación: SANCTA MARIA MATER NOSTRA REFUGIUM ET VIRTUS! En un

aquel primer momento: «Cuando la vi, me emocioné y le dije: Señora, ¿de qué catedral te habrán echado? Aquí estarás bien. Mandé ponerle unas flores y, mientras ha permanecido en esta casa, ha tenido siempre a los pies flores frescas (...). Un hermano vuestro sacerdote, mexicano, muy artista, la restauró. Como además de ser artista es un hombre de amor, de corazón, como vosotros y como yo — es un enamorado porque la vida nuestra es vida de amor; si no, no vale la pena —, en varios sitios del vestido de la imagen — y casi invisible — escribió: *amo-te, amo-te*.

»Hijos míos, en nuestra vida, cuando sea necesario hacer alguna «restauración», cuando haya que rectificar, cuando tengamos que avergonzarnos, cuando se nos salten las lágrimas por no haber sabido amar a Dios con el amor puro, limpísimo, que Jesucristo y su Madre bendita — que es también Madre nuestra — nos exigen; en esos momentos de compunción, hemos de decir lo mismo que San Pedro, después de haber negado por tres veces a Cristo: *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te!* Ya casi se me ha olvidado el acto de contrición que aprendí en el catecismo, siendo niño. Cuando me confieso, cada semana y a veces más de una vez por semana, porque me hace falta, mi acto de contrición es así de breve.

»*Domine, tu omnia nosti!*... A pesar de mis miserias, te amo, Señor, con toda mi alma. Y si quiero a mis hijos, es por Amor tuyo: en tu corazón y a través del Corazón Dulcísimo de tu Madre; y si amo a todas las almas, es por el mismo motivo; y si estoy corredimiendo contigo, y me abrazo con todas mis fuerzas a tu Cruz redentora, es porque me encuentro chiflado de Ti, de tu Amor, de tu cariño»<sup>188</sup>.

---

principio, se había escrito en el dibujo: *Sancta Maria, refugium et virtus!*, pero san Josemaría, con un bolígrafo rojo, intercaló *Mater nostra* y tachó *nostrum*, mientras comentaba que «al poner *Mater nostra* se llena la boca de sabores de miel: *Sancta Maria, Mater nostra, refugium et virtus!*». El día de la consagración del nuevo altar en el oratorio de Santa María Reina, san Josemaría vio aquella imagen completamente restaurada. Estando ya revestido, mientras los maestros de ceremonias ultimaban los preparativos para la ocasión, se acercó a la Virgen y permaneció un rato contemplándola en oración, con las manos cruzadas sobre el pecho.

<sup>188</sup> AGP, P01 1974, pp. 502-503.



Hay también en Cavabianca un oratorio dedicado a Nuestra Señora de los Ángeles. La imagen de la Virgen, situada en el centro del retablo, bajo el óculo de la Capilla del Santísimo, es un relieve de tamaño natural y está esculpida en mármol de Carrara. Nuestra Señora sostiene en su brazo izquierdo al Hijo y lleva en una mano un libro, mientras que en la otra tiene una rosa dorada. Viste una túnica color oro, y un manto azul con orla también dorada. Un velo cubre su cabeza y sus hombros. Alrededor de la Virgen se apiña un grupo de ángeles: dos tocan unas panderetas, uno un xilófono, otro un pequeño órgano, y un quinto ángel suena las palmas. Los demás contemplan a Nuestra Señora y al Niño. En la parte inferior del relieve, se lee la jaculatoria: *Sta Maria, filios tuos adiuva!*

Si san Josemaría siguió con atención y cariño toda la construcción de Cavabianca, en las obras de este oratorio de Nuestra Señora de los Ángeles, sus indicaciones fueron constantes, de principio a fin. Según el proyecto inicial, la imagen central del retablo iba a ser la Asunción de la Virgen. Pero luego indicó que prefería una representación de Nuestra Señora con su Hijo en brazos. Tanto los ángeles que la rodean, como las demás figuras angélicas –veintiséis músicos y cantores que ocupan las hornacinas situadas en las pilastras del retablo–, fueron esculpidos y situados en el retablo por deseo expreso del fundador, que quiso materializar así su gratitud a Santa María, Reina de los Ángeles, que había querido cobijar la Obra bajo su manto desde el primer momento. No pudo, sin embargo, verlo acabado, pues el Señor lo llamó antes a su presencia.

## 6. LA ÚLTIMA JORNADA EN LA TIERRA DE SAN JOSEMARÍA: DOS DETALLES MARIANOS

Las últimas horas del fundador del Opus Dei en la tierra<sup>189</sup>, las de la mañana del día 26 de junio de 1975, estuvieron también acompañadas, como toda su existencia, por la maternal presencia de Santa María. Dos detalles significativos son suficientes para dejar testimonio de esa realidad.

El primero se refiere a su Misa de aquel día, que sería la última de su vida. Como en tantas otras ocasiones —cuando lo permitía la liturgia—, aquel día pudo celebrar la Misa votiva de la Virgen, a la cual tenía particular devoción. El segundo detalle mariano, se refiere al instante mismo de su imprevisible tránsito, en el momento de entrar al cuarto en el que habitualmente trabajaba junto a Mons. Álvaro del Portillo. Sólo tuvo tiempo de dirigir la mirada, como era su costumbre, a la imagen de la Virgen que presidía aquella estancia: en este caso, una imagen de la Virgen de Guadalupe. Se cumplía así, providencialmente, como una delicadeza materna de María aquel deseo formulado por san Josemaría en Jaltepec, en una mañana de junio de 1970. El deseo había sido el de poder morir contemplando la imagen de la Virgen. Mons. Álvaro del Portillo ha señalado: «Volvía el Padre de Castelgandolfo, de hablar con un grupo de hijas suyas; entró en la habitación, miró a la imagen de la Virgen de Guadalupe (...) y se ve que Nuestra Señora del Cielo, Madre de Dios y Madre nuestra, le dijo: ya has trabajado bastante; le dio una rosa, que fue un beso en la frente, y se lo llevó al Cielo!»<sup>190</sup>. Finalizaba así una vida enteramente mariana, enteramente filial.

Termina aquí también nuestra descripción del itinerario mariano del fundador del Opus Dei, que nos abre y nos muestra el camino por el que ha de proseguir nuestra investigación, centrada a partir de ahora en su

---

<sup>189</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, III, pp. 770-773.

<sup>190</sup> AGP, P01 1976, p. 692.

pensamiento mariológico. Las palabras con las que san Josemaría concluía su oración personal, el 27 de marzo de 1975, víspera de sus Bodas de Oro sacerdotales pueden servir como colofón a estas páginas:

«Que la Madre de Dios sea para nosotros *Turris Civitatis*, la torre que vigila la ciudad: la ciudad que es cada uno, con tantas cosas que van y vienen dentro de nosotros, con tanto movimiento y a la vez con tanta quietud; con tanto desorden y con tanto orden; con tanto ruido y con tanto silencio; con tanta guerra y tanta paz»<sup>191</sup>.

---

<sup>191</sup> *Meditación*, 27-III-1975. AGP, P01 1975, p. 813.



**SEGUNDA PARTE: LA DOCTRINA  
MARIOLÓGICA DE S. JOSEMARÍA:  
CONTEXTO, FUNDAMENTOS Y  
CONTENIDOS**



## CAPÍTULO IV: CONTEXTO GENERAL

Es obvio que san Josemaría no fue un mariólogo, si se considera este término en un sentido científico o académico. Sin embargo, fue un sacerdote de gran preparación cultural, de preclara inteligencia y de profundo y fino conocimiento teológico. Además ha sido uno de los grandes maestros espirituales de nuestro tiempo. De ahí que, cuando escribe de María, lo hace indudablemente —conforme muestran sus textos— con el amor y la devoción de los hombres de Dios, pero también con la precisión teológica de quien posee una honda y amplia formación doctrinal. Aunque no estuviera «profesionalmente» presente como teólogo en los debates mariológicos pre y post-conciliares, sí estaba muy al tanto de las diversas corrientes doctrinales surgidas en esos momentos de cambio y transformación. En este sentido, nos ha parecido necesario introducir en el desarrollo de nuestro trabajo un capítulo como el presente, que ofrece una visión panorámica, un *status quaestionis* breve pero seriamente realizado, de la evolución del pensamiento mariológico y de la piedad mariana a lo largo del siglo XX, en el que se desarrollan la vida y las enseñanzas de san Josemaría<sup>192</sup>.

Como sugiere el título que hemos dado al capítulo, sólo se busca mostrar el «contexto general» mariológico y mariano, en el que, de manera

---

<sup>192</sup> Entre otros autores, que irán siendo citados a lo largo del capítulo, apoyaremos nuestro estudio en: BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, Madrid 2001.

natural, se insertan esa vida y esas enseñanzas. En los capítulos sucesivos seguiremos ese hilo, y ahondaremos, en la medida de nuestras posibilidades, en su significado. No obstante, ya desde ahora conviene señalar que, en el actual estado de la investigación histórica sobre san Josemaría, sólo cabe proponerse una primera e incompleta aproximación a dicho significado. En un autor espiritual como san Josemaría, que, desde su plena integración en la gran tradición espiritual y doctrinal de la Iglesia católica, se esfuerza en transmitir ante todo —al igual que otros maestros espirituales semejantes a él— su experiencia personal de Dios y de la santidad cristiana, el mensaje transmitido no será formalmente teológico sino, más bien, espiritual y pastoral. Predicará y escribirá acerca de un específico mensaje de santificación, totalmente integrado —esa es su misión eclesial— en una precisa actividad fundacional. Ante un Autor de estas características, suele resultar complejo y largo el proceso de situar perfectamente las claves de su pensamiento en relación con el contexto doctrinal en el que se ha desenvuelto. Se encuentra integrado en la tradición común de la Iglesia, y vive intensamente los acontecimientos eclesiales de su época; respira, en ese sentido, la atmósfera teológica, espiritual y pastoral de su tiempo, y todo eso está presente —como marco histórico y existencial indispensable— en lo que enseña y escribe. Pero en él, como en los demás hombres y mujeres que, movidos por el Espíritu, han sido llamados a abrir caminos de santificación y de evangelización en la Iglesia y en la sociedad, hay algo más que simple contexto eclesiológico general, y ese algo es quizás más determinante que dicho contexto en cuanto al contenido y el modo de exposición de su pensamiento y de su enseñanza.

San Josemaría es un hombre de su tiempo (tanto de su tiempo histórico como, si se permite hablar así, del tiempo eclesial que le toca vivir y, en algunos aspectos, protagonizar). Pero es también un hombre de Dios y un gran fundador: portador de unos dones carismáticos propios, que iluminan y configuran *a radice* su inteligencia y su voluntad, su pensamiento y su *intellectus fidei*. De ahí que, mirando más directamente



a nuestro argumento de tesis, el conocimiento del contexto mariológico y mariano general en el que se desarrollan su vida y sus enseñanzas en ese terreno, ha de hacerse compatible con la afirmación de que hoy no estamos todavía en condiciones de sacar todo el provecho a ese conocimiento. Tiene que pasar más tiempo y, sobre todo, tiene que haber un mayor desarrollo de los estudios histórico-críticos sobre nuestro Autor, para que se pueda perfilar con la debida exactitud la interrelación en sus escritos —que es lo que nosotros trabajamos, y limitándonos en este caso sólo a los ya publicados— entre contexto general y patrimonio carismático personal.

Con estos presupuestos, entramos a exponer los rasgos principales de la teología y el culto marianos en el siglo XX, como contexto general de la doctrina espiritual de san Josemaría sobre la Virgen. Tomando como punto de referencia el Concilio Vaticano II, hemos dividido el estudio en cuatro apartados: a) preámbulos: el movimiento mariano; b) el inmediato periodo preconiliar; c) la enseñanza del Concilio sobre María; d) la mariología después del Concilio. Detenemos nuestra exposición en torno al año 1975, fecha del fallecimiento de san Josemaría.

## 1. EL MOVIMIENTO MARIANO EN EL SIGLO XX

El movimiento mariano es un fenómeno en la Iglesia que se presenta con vitalidad exuberante en una línea siempre ascendente desde el final del siglo XIX hasta los días del Vaticano II. Resulta imposible asignarle unos orígenes con una exactitud matemática. De hecho, entre los mariólogos no hay una unanimidad sobre el comienzo. Laurentin ve sus inicios en los años alrededor de la primera guerra mundial<sup>193</sup>, pero otros piensan

---

<sup>193</sup> Cf. LAURENTIN, R., *La Question Mariale*, Paris 1963, p. 54.

que esa apreciación no es históricamente aceptable<sup>194</sup>. Quedarían así fuera del movimiento muchísimas manifestaciones de la piedad mariana que, por su línea constante y su significación destacada, pertenecen seguramente a un mismo movimiento histórico dentro de la vida de la Iglesia.

*a) Reflorecimiento de la piedad mariana*

Línea central del movimiento es un nuevo florecimiento de la piedad mariana que impregna todos los niveles de la Iglesia, preparado muy especialmente por la enseñanza y la acción pastoral de dos grandes santos marianos, como san Luis María Grignion de Montfort (1673-1716)<sup>195</sup> y san Alfonso María de Ligorio (1696-1787)<sup>196</sup>, en la que armoniza una ciencia profunda con gran erudición, dogma y ascetismo, con un ardiente amor filial hacia la Madre de Dios y de los hombres.

Nacen así numerosas Congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, que, al señalarse con el nombre de María o con el de algunas de sus advocaciones, profesan una veneración especial a la Señora y marcan una espiritualidad particularmente mariana en sus miembros, así como en los cristianos que reciben el influjo de su acción apostólica. Como dato ilustrativo, desde 1800 hasta 1948, se crearon 27

---

<sup>194</sup> Cfr. ALDAMA, J.A. de, *El movimiento mariano desde Pío IX al Vaticano II*, en Sociedad Mariológica Española (ed.), *Enciclopedia Mariana Posconciliar*, Madrid 1975, p. 47.

<sup>195</sup> Cf., principalmente, sus obras: *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* y *El secreto de María o Carta sobre la esclavitud de la Santísima Virgen*, ambas con numerosas ediciones en diversas lenguas, en las que se fomenta la «esclavitud mariana», es decir la perfecta consagración a María en alma y en cuerpo, en calidad de esclavo considerándola como Reina, (cf. ROYO MARÍN, A., *La Virgen María. Teología y espiritualidad mariana*, Madrid 1968, p.392-409).

<sup>196</sup> A él se debe la clásica obra *Las glorias de María* (1750), cuyas ediciones habían alcanzado en 1950 la cifra de 800; en ella se armonizan admirablemente teología, erudición y un ardiente amor filial a la Madre de Dios y de los hombres (cf. CAROL, J. B., *Mariología*, Madrid 1964, p. 295).

congregaciones masculinas, clericales y laicales, de derecho pontificio<sup>197</sup>. A estas Congregaciones religiosas de raíz mariana habría que sumar otras, con particular influjo mariano en la Iglesia, como, por ejemplo, la Sociedad Salesiana (1859) por el culto de María Auxiliadora y los PP. Sacramentinos (1856) por el de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

Se han señalado únicamente las Congregaciones masculinas de derecho pontificio. Enumerar las femeninas sería tarea casi imposible. Por ejemplo, entre 1802 y 1898 no hubo ningún año en que no apareciese alguna nueva Congregación<sup>198</sup>. Estos datos de las Congregaciones marianas no agotan su influjo mariano en los siglos XIX y XX. Bajo su impulso surgieron innumerables Cofradías y Asociaciones que fomentaron el Rosario, el escapulario del Carmen, de la Inmaculada, la devoción a la Dolorosa, la de las Tres Aves Marías y tantas otras. No pueden ignorarse las Hijas de María, la Legión de María, etc., y el resurgimiento de las Congregaciones marianas.

#### *b) Apariciones marianas*

Al describir el movimiento mariano y su desarrollo no se puede silenciar el fenómeno absolutamente singular y decisivamente fecundo que constituyen las apariciones de la Santísima Virgen, multiplicadas a lo largo de los dos últimos siglos. Un conocido mariólogo afirma «que son el sello que ha puesto el cielo al movimiento mariano. Un sello no de pura aprobación, sino de positiva contribución a consolidarlo, fomentarlo y difundirlo en unas proporciones que superan con mucho

---

<sup>197</sup> Cf. MORINEAU, B.M., *Les Congrégations religieuses d'hommes du XVII siècle à nos jours*, en: DU MANOIR, H. (ed.), *Maria*, 3, 342-344.

<sup>198</sup> Cf. BERGH, E., *Les Congrégations féminines des XIXe et XXe siècles*, en: DU MANOIR, H. (ed.), *Maria*, 467-488; cfr. también GAMBARI, E., *Ordini e Congregazioni religiose di nome e di orientamento mariani*, en: SPIAZZI, R. (ed.), *Theotókos*, 599-561.

cualquier otra manifestación de la vida devocional de la Iglesia»<sup>199</sup>. Durante el periodo que estamos considerando, han sido, en efecto, muy numerosas las apariciones de la Santísima Virgen. Se comprende fácilmente, por la misma naturaleza de estos fenómenos, que al lado de algunas que muestran caracteres de seria credibilidad, hayan surgido otras muchas de características claramente falsas o extremadamente dudosas. Por eso, no es extraño que la acción pastoral del Magisterio eclesástico haya recomendado sobriedad y prudencia en el discernimiento de estos fenómenos.

Pero es imposible desconocer el influjo decisivo que en el movimiento mariano han tenido algunas apariciones de Nuestra Señora. Concretamente, la aparición a santa Catalina Labouré (1830) en la Rue du Bac (París), con su proyección en la devoción a la Medalla milagrosa; las apariciones de Lourdes a santa Bernardita Soubirous (1858); las de Fátima (1917); las de Banneux (1933); sin olvidar las de La Salette (1856), Philippsdorf (1858), Pontmain (1871), Pompei (1876), Beauraing (1933). La importancia histórica de estas apariciones en la vida de la Iglesia y muy especialmente en el movimiento mariano salta a la vista. El lugar de las apariciones ha sido meta de peregrinaciones cada vez más numerosas de todos los fieles<sup>200</sup>. La proyección histórica de esos centros de piedad mariana es amplísima en la vida de la Iglesia. Han sido uno de los focos de irradiación del movimiento mariano. Nuevas advocaciones marianas han surgido y nuevas imágenes de Nuestra Señora que se han difundido por toda la Iglesia, produciendo un refloreamiento de fervor y confianza en el pueblo cristiano.

---

<sup>199</sup> ALDAMA, J.A. de, *El movimiento mariano desde Pío IX al Vaticano II*, o.c., p. 50.

<sup>200</sup> Sobre los santuarios marianos puede consultarse BESUTTI, G.M., *I santuari mariani. Rassegna di alcune pubblicazioni*, en: «Marianum» 13 (1951) 477-485; 15 (1953) 384-400; ID., *Il culto alla Vergine*, en: «Marianum» 18 (1956) 363-412; ID., *Apparizioni e santuari mariani*, en: «Marianum» 24 (1962) 258-317; V. M. BUFFON, *Intorno all'origine dei santuari mariani*, en: «Marianum» 24 (1962) 183-243.

c) *Movimiento doctrinal mariano*

La teología ofrece una vertiente totalmente distinta del movimiento mariano. La creación del tratado teológico de Mariología, cuyo desarrollo ha tenido características singulares hasta crearse especiales cátedras mariológicas en los Centros Superiores de estudios eclesiásticos y aun Institutos Mariológicos, se remonta a los años posteriores a la primera guerra europea. Ese carácter científico del movimiento mariano ha dado origen a numerosas Sociedades Mariológicas en casi todos los países<sup>201</sup>. En 1946 se creó en Roma la Academia Mariana Internacional cuyo fin es «promover y fomentar los estudios sobre todo científicos, lo mismo especulativos que histórico-críticos sobre la Santísima Virgen María y mirar al mismo tiempo por el desarrollo de la piedad mariana<sup>202</sup>. La Academia ha iniciado diversas colecciones mariológicas que han tenido gran repercusión, además de las Actas de los Congresos mariológicos internacionales publicadas por este organismo.

Los Congresos mariológicos internacionales fueron una innovación introducida en la serie de los Congresos marianos, que como hemos mencionado antes se comenzaron a celebrar desde principios de siglo

---

<sup>201</sup> Las diversas Sociedades mariológicas poseen también sus órganos de expresión en anuarios propios en que publican los trabajos de sus sesiones de estudio: *Études Mariales*, *Estudios Marianos*, *Marian Studies*, *Mariologische Studien*. De gran influjo en el movimiento mariano son las revistas *Marianum*, publicada desde 1938 por los Siervos de María en Roma, y *Ephemerides Mariologicae*, editada en Madrid desde 1951. Para completar la serie de publicaciones mariológicas es preciso citar las grandes enciclopedias marianas: *María* (Du Manoir), *Katholische Marienkunde* (Straeter), *Mariology* (Carol), *Teotókos* (Spiazzi), *Dizionario di Mariologia* (Roschini), *Lexikon der Marienkunde* (iniciada en Ratisbona el año 1957). Habría que señalar otras muchas revistas que han influido mucho en su vertiente devocional en el movimiento mariano. Así por ejemplo: *Regina dei Cuori* (Italia), *Cahiers Marials* (Francia), *Standaard van Maria* (Holanda), *Marie* (Canadá), *Miriam* (España) y otras muchas. La literatura teológica de tema mariano ha crecido de modo extraordinario. Pueden verse los trabajos que desde 1958 publica en *Marianum* el P.G. Besutti.

<sup>202</sup> *Acta Pontificiae Academiae Mariana Internationalis* 1 (1961) 10.

XX. Con el florecimiento de una Mariología científica, los congresos se desdoblaron: los que tienen un carácter más teológico se han comenzado a llamar «Congresos mariológicos», conservando el nombre de «Congresos marianos» para los que tienen un carácter más devocional. Éstos últimos han sido los siguientes: Friburgo (1902), Roma (1904), Einsiedeln (Suiza) (1906), Zaragoza (1908), Salzburgo (1911), Tréveris (1912), Barcelona (1947), Roma (1950 y 1954), Lourdes (1958), Santo Domingo (1965), Fátima (1967), y Zagreb (1971).

*d) Intervenciones de los Papas*

Un elemento de capital importancia en el movimiento mariano es la intervención de los Romanos Pontífices, que reviste características singulares – incluso únicas – dentro de la acción del Magisterio y de la Jerarquía de la Iglesia. El movimiento mariano no sólo no está al margen de la vida de la Iglesia, sino que es expresamente sostenido y valiosamente impulsado por la acción magisterial y pastoral. Esta constatación sirve para considerar el movimiento mariano como un fenómeno que no se puede mirar como privado y accesorio en la vida de la Iglesia de los dos últimos siglos. De tal manera la ha impregnado, privada y públicamente, que cabría concebirlo como una de las manifestaciones más características de la providencia de Dios sobre su Iglesia. Nos vamos a detener sólo en la intervención de los Romanos Pontífices, no porque esta intervención sea la única acción del Magisterio y de la Jerarquía; al contrario, la complejidad del movimiento sería inexplicable sin la acción de los Obispos dispersos por todo el orbe católico, que lo han apoyado y fomentado en gran escala y con los medios más diversos.

Ante todo, los Papas son conscientes del movimiento mariano que se ha ido despertando en la Iglesia. Así habla Pío VII en 1806 de la creciente devoción de los fieles hacia nuestra amantísima Madre y dispensadora

de todas las gracias<sup>203</sup>. Para León XIII, los tiempos calamitosos para la Iglesia, el amor y la devoción a la Virgen se ha extendido poderosamente en todo el orbe de la tierra<sup>204</sup>. En 1950, Pío XII se consolaba al ver que la devoción mariana tomaba cada día más vigor<sup>205</sup>. El B. Juan XXIII declaraba que nuestro tiempo presenta evidentes indicios de tener un carácter mariano; poco después repetía que la piedad mariana crecía cada día<sup>206</sup>. Todos los Romanos Pontífices de esos años fueron activos propagadores de ese movimiento de renovación de la piedad mariana, por lo que expresamente se gloriaron de reconocerlo en público<sup>207</sup>. Por ejemplo, Pío XI puso su pontificado desde el principio bajo la protección de María, objeto de esperanza para la salvación de todos<sup>208</sup>. Igual declaración hizo Pío XII en 1950<sup>209</sup>; con mayor entusiasmo y expresiones más ardientes el B. Juan XXIII repitió idénticos sentimientos<sup>210</sup>, y del mismo modo Pablo VI se manifestó su piedad mariana y confianza en María en la homilía del día de su coronación<sup>211</sup>. En este contexto se comprende bien el hecho singular de que los Romanos Pontífices de este tiempo, con una constancia marcadísima, exhorten a los fieles y a los pastores a recurrir a Nuestra Señora en todas las dificultades que se originan para la Iglesia y en todas las situaciones adversas del mundo. Así, Pío XI manda que todos recurran a la Madre de Dios con redoblado

---

<sup>203</sup> Breve *Quod divino*. Bullarium Romanum, contin. 12, 416.

<sup>204</sup> Enc. *Laetitiae sanctae* Acta Leonis XIII, 13, 283; Enc. *Adiutricem populi*, Ib. 15, 300.

<sup>205</sup> Bula *Munificentissimus Deus*, AAS 42 (1950) 753.

<sup>206</sup> *Mensaje radiofónico a las Congregaciones Marianas*, AAS 51 (1959) 641; *Motu proprio Maiora in dies*, AAS 52 (1960) 24.

<sup>207</sup> LEÓN XIII: Enc. *Magnae Dei Matris*, Acta Leonis XIII, 12, 221-222; Enc. *Fidentem piumpque*, Ib. 16, 278-279; Enc. *Diuturni temporis*, Ib. 18, 154. SAN PÍO X: Enc. *Ad diem illum*, Acta Pii X, 1, 148. BENEDICTO XV: Carta *Maximus ille*, AAS 14 (1922) 38.

<sup>208</sup> Cartas *Petis tu quidem* y *Cum feliciter*, AAS 14 (1922) 274; 19 (1927) 410.

<sup>209</sup> Carta *Neminem profecto*, AAS 42 (1950) 390; Bula *Munificentissimus Deus*, AAS 42 (1950) 769.

<sup>210</sup> Enc. *Grata recordatio*, AAS 51 (1959) 673-674; *Alocución en la clausura del Sínodo Romano*, AAS 52 (1960) 296; *Alocución en la Basílica de Loreto*, AAS 54 (1963) 619.

<sup>211</sup> AAS 55 (1963) 619.

fervor en las necesidades del periodo de entre guerras<sup>212</sup>. Esa misma súplica la reitera Pío XII veinte años después, confiando la suerte de la familia humana al segurísimo patrocinio de Santa María, y en los momentos de mayor angustia vuelve sus ojos y su corazón a la Reina del cielo, no sólo con sus propios sentimientos privados, sino interpretando también los de toda la Iglesia<sup>213</sup>. Insiste de nuevo con especial fuerza y con acentos patéticos el B. Juan XXIII<sup>214</sup>.

Sobre el fondo de estos sentimientos pontificios hay que proyectar, como de especialísima influencia sobre el movimiento mariano, los repetidos documentos de León XIII acerca del Rosario casi todos los años en el periodo de su pontificado 1883-1898, durante el mes de octubre<sup>215</sup>. Para el mismo mes insistió del mismo modo el B. Juan XXIII<sup>216</sup>. Pío XII renovó iguales recomendaciones para el mes de mayo casi todos los años de 1939 a 1948<sup>217</sup>. Fuera de esa serie de documentos hay que citar

<sup>212</sup> Enc. *Lux veritatis*, AAS 23 (1931) 514.

<sup>213</sup> Enc. *Ingruentium malorum*, AAS 43 (1951) 577; Enc. *Ad Caeli Reginam*, ASS 46 (1954) 625-626.

<sup>214</sup> Mensaje radiofónico del 27 de abril 1959, AAS 51 (1959) 315; Carta *Oecumenicum Concilium*, ib. 54 (1962) 242; Alocución en la basílica de Loreto, ib. 54 (1962) 727.

<sup>215</sup> Enc. *Supremi Apostolatus* (1º septiembre 1883), Acta Leonis XIII, 3, 280; Carta *Salutaris ille* (24 diciembre 1883), Ib. 3, 299; Enc. *Superiore anno* (30 agosto 1884), Ib. 4, 123; Enc. *Quod auctoritatem* (22 diciembre 1885), Ib. 5, 169; Carta *Optimae quidem spei* (21 julio 1891), Ib. 11, 235; Enc. *Magnae Dei Matris* (8 septiembre 1892), Ib. 12, 221 ; Enc. *Laetitiae sanctae* (8 septiembre 1893), Ib. 13, 283; Enc. *Lucunda semper* (8 septiembre 1894), Ib. 14, 305; Enc. *Adiutricem populi* (5 septiembre 1895), Ib. 15, 300; Enc. *Fidentem piumque* (20 septiembre 1896), Ib. 16, 332 ; Enc. *Augustissimae Virginis* (12 septiembre 1897), Ib. 17, 291 ; Enc. *Diuturni temporis* (5 septiembre 1898), Ib. 18, 154.

<sup>216</sup> Enc. *Grata recordatio*, AAS 51 (1959) 673-678; Carta *L'Ottobre*, ib. 52 (1960) 814-817; Carta *Il religioso convegno*, ib. 53 (1961) 641-647.

<sup>217</sup> Carta *Quandoquidem in gubernanda*, AAS 31 (1939) 154; Carta *Superiore anno*, Ib. 32 (1940) 144; Carta *Quamvis plane*, Ib. 33 (1941) 110; Carta *Dum saeculum*, Ib. 34 (1942) 125; Carta *Singulis annis*, Ib. 35 (1943) 103; Carta *Quocumque oculos*, Ib. 36 (1944) 145 ; Carta *Communium interpres*, Ib. 37 (1945) 97; Enc. *Auspicia quaedam*, Ib. 40 (1948) 169. Véanse también Carta *Dum diffracta*, Ib. 35 (1943) 255-256; Carta *Quamvis immanis*, Ib. 35 (1943) 362-363.



las encíclicas de Pío XI *Ingravescentibus malis*<sup>218</sup>, de Pío XII *Ingruentium malorum*<sup>219</sup> y la Carta apostólica del B. Juan XXIII *Oecumenicum Concilium*<sup>220</sup>. Todas estas recomendaciones de los Papas encontraron en el pueblo cristiano un eco notable que ellos mismos reconocieron con profundo gozo<sup>221</sup>.

En general las exhortaciones de los Romanos Pontífices de esta época dirigidas a fomentar e incrementar fervorosamente el culto a María ofrecen una visión notabilísima que se destaca sobre cualquier otra recomendación pontificia, si consideramos su número y su insistencia. Sería difícil citar todos estos documentos<sup>222</sup>. A modo de ejemplo, Pío XII confiesa que sus exhortaciones continuas han sido para acrecentar en el pueblo cristiano la devoción mariana<sup>223</sup>; B. Juan XXIII invita, en los momentos difíciles en que pelagra la fe, a hacer más intensa en los hogares cristianos la devoción a María<sup>224</sup>. Todo ello porque, como dijo S. Pío X, a Jesús no se le encuentra sino con María y por María<sup>225</sup>. Si Benedicto XV afirmaba que el camino recto para el Hijo es la Madre<sup>226</sup>, Pío XII señalará que el culto a la Virgen es un elemento fundamental en

---

<sup>218</sup> AAS 29 (1937) 373-380.

<sup>219</sup> AAS 43 (1951) 577-582.

<sup>220</sup> AAS 54 (1962) 241.247.

<sup>221</sup> Por ejemplo, LEÓN XIII en su carta *Più volte*, Acta Leonis XIII, 6, 203, y en su encíclica *Laetitiae sanctae*, ib. 13, 284; PÍO XII en su alocución *Le testimonianze*, AAS 46 (1954) 662.

<sup>222</sup> Cf. ALDAMA, J.A. de, *El movimiento mariano desde Pío IX al Vaticano II*, o.c. , p. 53.

<sup>223</sup> Enc. *Ad Caeli Reginam*, AAS 46 (1954) 63.

<sup>224</sup> *Mensajes radiofónicos diversos*, AAS 51 (1959) 146-147; 52 (1960) 53 y 980-981.

<sup>225</sup> Enc. *Ad diem illum*, Acta Pii X, 1, 150; *Alocución a los franciscanos*, AAS 2 (1910) 909.

<sup>226</sup> Carta *Altero iam*, AAS 8 (1916) 172. Cf. AAS 6 (1914) 515.

la vida cristiana<sup>227</sup>; y el B. Juan XXIII que la devoción mariana lleva necesariamente a Jesucristo nuestro Señor<sup>228</sup>. Este conjunto de declaraciones pontificias pone de manifiesto el papel decisivo de los Romanos Pontífices en el desarrollo del movimiento mariano. Sobre todo si se tiene en cuenta que estamos en una época de una gran influencia de la Santa Sede en la vida de la Iglesia. Ante las incesantes declaraciones de los Papas sobre la solicitud maternal de María, se levanta en los fieles la confianza en la Señora y se acude a Ella cada vez con más fervor. De este modo, los Romanos Pontífices están dentro del movimiento mariano y desde dentro lo alientan y fomentan.

Para los Papas, María es, y así se lo enseñan a los fieles y a los pastores, por ejemplo: «el refugio seguro y la fidelísima auxiliadora de todos los que peligran» (B. Pío IX); «la salvadora, auxiliadora» (León XIII, S. Pío X, B. Juan XXIII); «la constante salvadora de los hombres» (Pío XII); «la omnipotencia suplicante» (Benedicto XV); «dispensadora de todas las gracias» (S. Pío X); «medianera de todas las gracias» (S. Pío X, Benedicto XV, Pío XII). Un aspecto muy importante de la enseñanza pontificia es el valor y excelencia de la intercesión de Nuestra Señora ante Dios. Por eso exhorta a acudir a Ella y a promover su culto. Para B. Pío IX esa intercesión maternal de María obtiene siempre lo que pide y no puede frustrarse jamás<sup>229</sup>; León XIII la ve muy superior a la de los demás santos, porque sus méritos y su dignidad exceden inmensamente a todos<sup>230</sup>; S. Pío X enseña la eficacia de la misión de María muy superior a cualquiera otra<sup>231</sup>; eficacia que, según Pío XI, supera a la de los santos

---

<sup>227</sup> *Alocución al Congreso Mariano de Sicilia*, AAS 46 (1954) 659; *Mensaje radiofónico al Congreso Mariano de Argentina*, ib. 39 (1947) 628; *Alocución después de la canonización de Santa Juana Reina de Francia*, ib. 42 (1950) 483.

<sup>228</sup> *Mensaje radiofónico "La Benedizione"*, *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, 1, 440.

<sup>229</sup> *Bula Ineffabilis Deus*, *Collectio Lacensis*, 6, 843.

<sup>230</sup> *Enc. Lucunda semper*, *Acta Leonis XIII*, 14, 302. Cf. *Enc. Augustissimae Dominae*, ib. 17, 291-292.

<sup>231</sup> *Enc. Ad diem illum*, *Acta Pii X*, 1, 151.

y ángeles todos, por ser intercesión de la Madre de Dios y Socia del Redentor<sup>232</sup>.

La iniciativa y acción de los Romanos Pontífices ha constituido también un factor importante para la promoción y continuidad de los Congresos marianos, antes mencionados. Desde León XIII<sup>233</sup> a Pablo VI, los Papas han intervenido en todas estas manifestaciones de gran importancia para el movimiento mariano. El B. Juan XXIII establecerá una Comisión oficial para organizar Congresos internacionales<sup>234</sup>. También el fenómeno de las apariciones de la Santísima Virgen, cuyo influjo hemos señalado más arriba, tiene una vinculación estrecha con la acción pastoral de los Obispos y de los Romanos Pontífices. A ellos les corresponde aprobarlas por su autoridad suprema dentro de la Iglesia local o de la Iglesia universal, respectivamente. Una decisión positiva en este sentido ha sido de gran importancia para favorecer la devoción mariana en el pueblo de Dios. Los Papas no han dejado de seguir fomentando de maneras muy diversas el impulso devocional a que las apariciones dieron origen. Se sitúan en esa perspectiva documentos pontificios como el de Pío XI en el centenario de la aparición mariana de la Medalla Milagrosa<sup>235</sup>; como los de S. Pío X en el cincuentenario de Lourdes<sup>236</sup>; de Benedicto XV al cumplirse los sesenta años<sup>237</sup>; de Pío XI al cumplirse los setenta y cinco años<sup>238</sup>; de Pío XII y el B. Juan XXIII al llegar al centenario<sup>239</sup>. El pontificado de Pío XII está particularmente unido a las apariciones de Fátima<sup>240</sup>; Pablo VI ha quedado vinculado a

---

<sup>232</sup> Carta *Ausplicatus profecto*, AAS 25 (1933) 80.

<sup>233</sup> Carta *Postquam eucharisticis*, Acta Leonis XIII, 15, 275-276.

<sup>234</sup> *Motu proprio Maiores in dies*, AAS 52 (1960) 26.

<sup>235</sup> Carta *Catholicis hominibus*, AAS 22 (1930) 515-516.

<sup>236</sup> Carta *Sacra solemnitas*, AAS 1 (1908-1909) 141-142.

<sup>237</sup> Carta *Cum annis*, AAS 11 (1919) 37-38.

<sup>238</sup> Carta *Ausplicatus profecto*, AAS 25 (1933) 80-81.

<sup>239</sup> Cf. AAS 49 (1957) 605-619; 741-745; 51 (1959) 135-139; 140-143; 144-148, etc.

<sup>240</sup> Cf. AAS 38 (1946) 264-267; 376-377; 43 (1951) 780-781; 800-802.

aquel Santuario mariano al visitarlo personalmente en el año del cincuentenario de las apariciones.

*e) Institución de fiestas marianas*

Este conjunto de actuaciones pontificias tan destacadas y tan repetidas, culmina en las dos definiciones dogmáticas, que por su misma naturaleza llevaron necesariamente a que el movimiento mariano tuviera un esplendor del todo singular. B. Pío IX, pocos días antes de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, se gozaba ya del aumento que con ella habían de obtener en la tierra el honor, el culto y la veneración a Nuestra Señora<sup>241</sup>. Que ésa fue de hecho la realidad lo testificaron S. Pío X en el cincuentenario de la definición<sup>242</sup> y Pío XII en su centenario, cuando quiso renovar esos frutos espirituales en la Iglesia con la celebración de un año mariano<sup>243</sup>. El hecho se repitió con la definición del dogma de la Asunción por el papa Pío XII<sup>244</sup>. También fue un acontecimiento notable la institución de la fiesta de la Realeza de María<sup>245</sup>. Más reciente es la proclamación de María Madre de la Iglesia<sup>246</sup> por el Papa Pablo VI<sup>247</sup>.

La institución de nuevas fiestas marianas, que acabamos de mencionar, tuvo también un gran influjo en el desarrollo del movimiento mariano. La actuación de los Romanos Pontífices al instituir nuevas fiestas en honor de María, o al elevar su rito, venía siempre a ser una respuesta a

---

<sup>241</sup> Alocución *Inter graves*, Acta Pii IX 1, 594.

<sup>242</sup> Enc. *Ad diem illum*, Acta Pii X, 1, 147. 165.

<sup>243</sup> Enc. *Fulgens corona*, AAS 45 (1953) 577-578, 584, 586-587.

<sup>244</sup> Bula *Munificentissimus Deus*, AAS 42 (1950) 769.

<sup>245</sup> Enc. *Ad Caeli Reginam*, AAS 46 (1954) 638.

<sup>246</sup> Cfr. RIESTRA, J.A., *El título «Mater Ecclesiae» en los manuales recientes de Mariología*, en: «*Annales Theologici*» 10 (1996) 450-453.

<sup>247</sup> *Discurso en la clausura del tercer periodo conciliar*, AAS 56 (1964) 1015.

los deseos repetidos que le habían expresado los Obispos que recogían a su vez los deseos de sus fieles. Por ejemplo, S. Pío X extendió a toda la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes «por su personal devoción a la Inmaculada y por su confianza de que al aumentarse el culto a María se haría más sensible su auxilio en los momentos difíciles de la Iglesia»<sup>248</sup>; el mismo Pontífice elevó de categoría la fiesta de los Dolores gloriosos de Nuestra Señora «para fomentar el culto de la Virgen Dolorosa y la devoción y la gratitud de los fieles hacia la misericordiosa Corredentora del género humano»<sup>249</sup>; Pío XI instituyó la fiesta de la Maternidad divina de María. «para reavivar la devoción del clero y del pueblo cristiano hacia la excelsa Madre de Dios»<sup>250</sup>; Pío XII extendió a la Iglesia universal la fiesta del Corazón Inmaculado de María «para perpetuar el recuerdo de su consagración y para que, con el auxilio de la Señora, volviera a los pueblos la paz, la libertad a la Iglesia, el perdón a los pecadores y a todos los fieles la firmeza en la caridad y en el ejercicio de las virtudes»<sup>251</sup>. El mismo Pontífice, pensando en los frutos que vendrían a la Iglesia al profundizar en la realidad de la Realeza de María, instituyó la fiesta de María Reina<sup>252</sup>.

Las fiestas marianas mencionadas hasta ahora son de carácter general en la Iglesia. Para determinadas diócesis, congregaciones religiosas o asociaciones las fiestas particulares se han multiplicado como fruto del movimiento mariano. Por citar sólo algunas, la del Perpetuo Socorro (1876), la de la Reina de todos los Santos y Madre del amor hermoso (1877), la de la Reina de los Apóstoles (1890), la de la Medalla Milagrosa (1894) y tantas otras. Otro índice de esta fiebre mariana son las nuevas advocaciones añadidas oficialmente a las Letanías Lauretanas: Reina concebida sin pecado original (1863), Reina del Santísimo Rosario (1886),

---

<sup>248</sup> Decreto *Immaculatae Mariae Virginis*, ASS 40 (1907) 747-748.

<sup>249</sup> Decreto *Dolores Virginis*, ASS 41 (1908) 409-410.

<sup>250</sup> Enc. *Lux veritatis*, AAS 23 (1931) 516-517.

<sup>251</sup> Decreto *Cultus liturgicus*, AAS 37 (1945) 50-51.

<sup>252</sup> Enc. *Ad Caeli Reginam*, ASS 46 (1954) 638.

Madre del Buen Consejo (1903), Reina de la paz (1916), Reina asunta al cielo (1950).

No pueden olvidarse los decretos de la Santa Sede dedicando el mes de octubre a la Reina del Rosario, aprobando y promoviendo el «Rosario perpetuo», el «Rosario viviente», el «Rosario en familia», el Escapulario o la Medalla que lo suple. Habría que recordar las exhortaciones a favor de las cofradías marianas del Rosario, del Carmen, de la Dolorosa, de las Hijas de María, de las Congregaciones marianas, de la Legión de María, de la Milicia de la Inmaculada. Tendríamos que añadir las numerosas oraciones indulgenciadas, las coronaciones de imágenes de la Virgen, la declaración de Patrona de diócesis, iglesias, regiones, naciones, la erección de Basílicas en honor de Nuestra Señora.

Se ve la imposibilidad de mencionar todo. Pero se comprende de modo claro la amplitud y profundidad de la múltiple acción pontificia sobre la Iglesia universal, secundando toda iniciativa en favor de Nuestra Señora, fomentando su culto, promoviendo por todos los medios la confianza en Ella. Los Romanos Pontífices, en definitiva, han contribuido de un modo singular y único al refloreamiento y a la vitalidad en la Iglesia del movimiento mariano.

*f) Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María*

El estudio mariológico y mariano que estamos realizando de esta época, merece destacar y detenerse en una actuación pontificia cuya eficacia es de importancia extraordinaria. Se trata del gesto de Pío XII de consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María. Es difícil valorar este hecho que suscitó algunas reservas. Pero fue un nuevo y valiosísimo exponente del movimiento mariano. El Papa se proponía excitar fuego del cielo frente a la frialdad de la piedad en el mundo<sup>253</sup>. Afirmaba Pío XII: «Y así como nuestro predecesor, de feliz recuerdo, León XIII, a principios del

---

<sup>253</sup> Carta *Novissimo universarum*, AAS 40 (1948) 492.

siglo XX, quiso consagrar el género humano universo al sacratísimo Corazón de Jesús, así, de modo parecido, Nos, como representante de la familia humana redimida por Dios, quisimos consagrarla solemnemente también al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios»<sup>254</sup>.

El hecho de la consagración no era del todo nuevo. Se había ido preparando ya desde fines del siglo XIX, cuando se manifestaron los primeros deseos de consagrar el mundo al Corazón de María, deseos bien recibidos por León XIII para su maduro estudio y consideración<sup>255</sup>. La Congregación de Ritos redactó una fórmula que podía servir de modelo para consagraciones particulares<sup>256</sup>; B. Pío IX había aprobado e indulgenciado otra fórmula<sup>257</sup>; San Pío X aceptó de nuevo el proyecto<sup>258</sup>. Con esos antecedentes históricos Pío XII realizó la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, primero en su mensaje radiofónico del 31 de octubre de 1942<sup>259</sup> (cuya fórmula fue

---

<sup>254</sup> Carta *Ex officiosis litteris*, AAS 40 (1948) 107. Cfr. Enc. *Auspicia quaedam*, ib. 171.

<sup>255</sup> Con ocasión del Congreso mariano que iba a celebrarse en Turín, escribió al arzobispo de esa ciudad: «Si determinase el Congreso que Italia se consagre de una manera especial a la gran Madre de Dios, y principalmente a su Corazón, no hay dificultad alguna que deis parte de ello a la Sede Apostólica, la cual verá la manera de determinarlo» (Carta *Mariani coetus*, 2 de agosto de 1898, Acta Leonis XIII, 18, 121-122; la traducción está tomada de Doctrina Pontificia. IV. *Documentos marianos*, Madrid, 1954, p.337).

<sup>256</sup> Decreto *Quo religio*, ASS 31 (1898) 438-440.

<sup>257</sup> *Enchiridion Indulgentiarum*, Roma 1950, n. 346. León XIII había aprobado una breve fórmula de consagración individual, que se puede verse allí mismo (n. 336), igual que la oración del P. Zucchi *O Domina mea* (n. 340), verdadera consagración personal.

<sup>258</sup> Cf. ROSCHINI, G.M., *La consacrazione del mondo al Cuore Immacolato di Maria*, Roma 1946, pp. 31-32.

<sup>259</sup> Mensaje radiofónico *Benedicite Deum*, AAS 34 (1942) 318. A los fieles portugueses reunidos en Fátima para las solemnidades religiosas en honor de Nuestra Señora de Fátima. El Santo Padre decía: «En vuestro Corazón Inmaculado, Nos, como Padre común de la gran familia cristiana, como vicario de Aquel a quien fue dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18), y de quien recibimos la solicitud de cuantas almas rescatadas con su sangre pueblan el mundo universal, confiamos en esta hora trágica de la historia humana; entregamos y consagramos no sólo la santa Iglesia, el Cuerpo Místico de vuestro Jesús que pena y sangra en tantas partes de tantos modos atribulada, sino también

después enriquecida con indulgencias<sup>260</sup>), luego en la Basílica Vaticana el 8 de diciembre del mismo año<sup>261</sup>, finalmente, al renovarla en 1952, con especial mención del pueblo ruso<sup>262</sup>. La iniciativa pontificia tuvo eco amplísimo en toda la Iglesia; la consagración fue repetida por los obispos, los sacerdotes y todo el pueblo cristiano<sup>263</sup>, muchas veces dentro del ambiente de algunos Congresos nacionales del año mariano, por ejemplo en Bélgica y en España<sup>264</sup>.

g) *Alcance pastoral y valoración teológica del movimiento mariano*

Al reflexionar sobre el movimiento mariano, destaca la intervención múltiple del Pontificado. Como ese movimiento no es puramente un hecho histórico, sino que es una manifestación de la vida sobrenatural de la Iglesia, es evidente que la acción del Magisterio y de la Jerarquía son indispensables. Las dimensiones universales del movimiento mariano, que durante casi dos siglos ha empapado la vida de la Iglesia, explican que recayera sobre la Santa Sede la responsabilidad de darle un cauce adecuado. De ahí que hayamos analizado las diversas líneas en que se ha ejercitado esa múltiple acción, porque de otro modo es imposible

---

a todo el mundo dilacerado por discordias profundas, abrasado en incendios de odio, víctima de sus propias iniquidades» (Doctrina Pontificia. IV. *Documentos marianos*, p.553).

<sup>260</sup> AAS 34 (1942) 345-346. Cf. *Enchiridion Indulgentiarum*, n. 391.

<sup>261</sup> Cf. Carta *Quamvis immanis*, AAS 35 (1943) 363: «Y pues que desde el comienzo de esta guerra hemos puesto nuestra fe y esperanza en el socorredor patrocinio de la Virgen Santísima y va a cumplirse un año desde cuando en la majestad de la basílica vaticana, abarrotada de fieles, consagramos nuevamente el género humano al Inmaculado Corazón de la Virgen María» (cfr. Doctrina Pontificia. IV. *Documentos marianos*, pp. 567-568); Carta *Novissimo universarum*, AAS 40 (1947) 493: «Nos mismo, en la fiesta de la Concepción Inmaculada de la B. María Virgen, el año 1942, quisimos consagrar el mundo universo para siempre al mismo Inmaculado Corazón» (*ib.* p. 596).

<sup>262</sup> Carta *Sacro vergente anno.*, AAS 44 (1952) 505-511.

<sup>263</sup> Carta *Singulis annis*, AAS 44 (1952) 505-511.

<sup>264</sup> Mensajes radiofónicos *Depuis le 8 décembre*, AAS 46 (1954) 540-543; *Quién Nos pudiera*, *ib.*, 680-683.



obtener una idea verdadera del fenómeno histórico que estamos describiendo. Al tratar de abarcar los diferentes aspectos en su conjunto, se observará que no se trata de fenómenos dispersos: estamos ante un movimiento complejo, pero único, que se podría resumir en una realidad: la presencia singularmente sentida de la Santísima Virgen en la vida de la Iglesia<sup>265</sup>.

Es inútil el intento de explicar la complejidad y la amplitud del movimiento mariano por unas razones sociales o psicológicas. Hay que acudir a la providencia de Dios sobre su Iglesia, a su voluntad de llevarla en nuestros tiempos por esos caminos, en los que la figura de María, la Madre del Redentor y la Madre de los redimidos, aparece en todo su relieve en el plan divino. Es éste un hecho que manifiesta la acción vivificante del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Sin embargo, sin perder el sentido positivo que ha supuesto en la vida de la Iglesia el movimiento mariano, no sería objetivo dejar de señalar los abusos y defectos que se han dado, como puede suceder en cualquier fenómeno amplio de la vida de la Esposa de Cristo, suficientemente extendido en el tiempo y en el espacio. Esto no lleva a desconocer el gran bien que ha supuesto para toda la comunidad universal católica. Así lo han visto los Romanos Pontífices y en general la Jerarquía católica, que desde dentro lo ha juzgado, lo ha valorado, lo ha aprobado, lo ha fomentado y promovido, por reconocer en él las señales de la providencia y de la voluntad del Señor.

El Concilio Vaticano II, convocado en pleno movimiento mariano, no podía desligarse de ese fenómeno. Puede decirse que, por encima de todas las tendencias inevitables en un Concilio, el Capítulo VIII de la

---

<sup>265</sup> Como escribe Aldama: «Este fenómeno, lo hemos dicho, es singular en la historia de la Iglesia. Porque abarca un largo espacio de tiempo, porque se extiende por la Iglesia entera, porque encuentra confirmaciones del cielo que sirven para desencadenar sus manifestaciones con un vigor nuevo y sobrehumano, porque está no sólo amparado por la Jerarquía de la Iglesia, sino positivamente promovido por ella, fomentado poderosamente, alabado y ensalzado, como algo de capital importancia para la vida de la Iglesia» (ALDAMA, J.A. de, *El movimiento mariano desde Pío IX al Vaticano II*, o.c., p. 58).

constitución *Lumen gentium* es fruto de este movimiento en un momento decisivo e históricamente culminante. Cuando se quiere situar el Concilio desde un punto de vista mariológico, hay que pensar en la fuerza del movimiento mariano. Precisamente está ahí, según la opinión de muchos mariólogos, la razón profunda del hecho —singular y único en la historia de los concilios— de un documento conciliar que sintetiza una mariología completa.

Es imposible hacer una valoración teológica del movimiento mariano si se desconoce su integración en la Providencia divina. Las características de constancia, duración, universalidad en todos los niveles de la Iglesia, el apoyo continuo de la Jerarquía, el crecimiento de la vida de piedad mariana del pueblo cristiano, la aprobación del cielo por el hecho repetido de las apariciones de Nuestra Señora, imponen un juicio que no pueden bastar los elementos puramente naturales. Teológicamente puede decirse que hay una voluntad divina sobre la vida de la Iglesia, a la que ha querido dar un marcado carácter mariano. El Espíritu Santo ha querido enseñar de un modo singular a la Iglesia el papel decisivo que tiene la acción maternal de Nuestra Señora. Sólo así se puede explicar teológicamente la acción tan perseverante y tan destacada del Magisterio y de la Jerarquía.

El pueblo cristiano bajo la acción del Espíritu Santo y de la Jerarquía ha dado una respuesta fervorosa marcando de un matiz mariano la vida de la Iglesia, que ha de quedar en la historia como nota característica de nuestro tiempo. El movimiento mariano hay que recogerlo y reconocerlo como expresión auténtica de la vida de la Iglesia. Querer ver una contraposición con otros movimientos contemporáneos en la Iglesia —ecuménico, litúrgico, bíblico, etc.— es una equivocación. La acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia no puede contradecirse a sí misma; la diversidad de movimientos y carismas es un enriquecimiento para todos. Se trata de expresiones diferentes de la misma vida de la Iglesia, que en su riqueza divina no puede agotarse en una dirección única.

## 2. LA MARIOLOGÍA EN EL PERIODO ANTERIOR AL CONCILIO VATICANO II

### a) En las primeras décadas del s. XX

El inicio del siglo XX corresponde a un florecimiento de la mariología, debido, por una parte, a la Bula *Ineffabilis Deus*, con la proclamación de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Esa influencia se prolonga con el avanzar del siglo hasta Pío XII, que con la Bula *Munificentissimus Deus*, define dogmáticamente la Asunción de María al cielo. Este impulso dado por los Pontífices a la renovación de los estudios sobre Nuestra Señora ha ido dando fruto gradualmente. El beneficio de la definición de la Inmaculada Concepción se refleja en la teología, con la aparición de numerosos trabajos dados a la luz pública como preparación o como fruto de la *Ineffabilis Deus*<sup>266</sup>

En este periodo, la mariología se vio enriquecida, en cuanto a la parte especulativa, con la *Dogmatik* de Matias José Scheeben (+1888)<sup>267</sup>, quizá el más importante mariólogo del siglo XIX, cuyo genio especulativo estaba unido a un profundo conocimiento de los Padres de la Iglesia, de la Escolástica medieval y de la teología postridentina. Scheeben trabajó más que ningún otro teólogo moderno para conseguir hacer de la mariología un tratado completo, distinto del resto de la teología y, sin embargo, íntimamente unida a ella, en conexión con el tratado sobre la Iglesia. El profesor de Colonia considera que la nota más característica de la Santísima Virgen es la de ser al mismo tiempo Madre de Cristo según la carne y su Esposa sobrenatural. Otro de los grandes méritos de

---

<sup>266</sup> Autores: Perrone, Guéranger, Passaglia, Ballerini y Malou (cfr. ROSCHINI, M. A., *Mariología*, vol. 1, p. 301-302, 304-305).

<sup>267</sup> SCHEEBEN, M. J., *Handbuch der Katholischen Dogmatik*, t. III, Freiburg 1882.

Scheeben fue su defensa magistral de la devoción mariana de los católicos. Mostró de un modo excelente cómo la veneración a María está enraizada en lo más profundo de las creencias cristianas. Es muy importante su estudio de las raíces del antagonismo protestante hacia las doctrinas y culto mariano de la Iglesia católica, que considera la relación íntima entre María y la Iglesia.

Sabemos que esta elaboración teológica no encontró seguidores inmediatos. Fue en el siglo XX donde se hizo de las doctrinas marianas un tratado completo y unido, de modo que quedara clara la relación entre María y la Iglesia y la unión que existe entre mariología y eclesiología. Merece citarse también a J. H. Newman. Aunque no escribió ningún tratado de mariología, en sus diversos escritos trata con cierta frecuencia y profundidad sobre María. Se adelantó al pensamiento mariano de su época, aportando unos criterios e indicaciones que salen al paso de futuras deficiencias muy patentes en tratados posteriores. Para Newman, la persona de María está en íntima relación y conexión con la de su Hijo. «María se inscribe en el misterio de Cristo. (...) María muestra a Cristo»<sup>268</sup>. Newman revitaliza, sacándola de un cierto olvido, la doctrina patristica del paralelismo antitético Eva-María que tanto peso tuvo en el primer discurso mariano<sup>269</sup>.

Los teólogos marianos también prestaron atención a otras doctrinas y, entre ellas, principalmente a la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos, misterio que ocupa el primer lugar después de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción. Este misterio y su estudio pasaron a primer plano, especialmente después de que muchos obispos que estaban presentes en el Concilio Vaticano I pidieron que se definiera esta doctrina como dogma, del que hablaremos más adelante. La

---

<sup>268</sup> MORALES, J., *Religión, Hombre, Historia. Estudios newmanianos*, Pamplona 1989, p. 264.

<sup>269</sup> NEWMAN, J., *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, t.II, 31, 35, 45-46, etc.; cfr. MORALES, J., *Religión, Hombre, Historia. Estudios newmanianos*, p. 271. Cfr. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, Pamplona 1995, p. 63.

teología mariana tomó nuevo interés y un estudio más penetrante de las cuestiones que se refieren al papel de María como Mediadora universal.

Después de la publicación de las encíclicas de León XIII sobre el Rosario, se prestó más atención al papel que Nuestra Señora representa en la adquisición y distribución de las gracias y, por tanto, a la doctrina de su maternidad espiritual. Este tema recibió un impulso grande debido a la celebración del Congreso mariano dedicado a la Maternidad de gracia de María<sup>270</sup>, y al entusiasmo que el Cardenal Mercier sentía por la mediación universal. Quiso poner en marcha todo un movimiento mariano mediacionista<sup>271</sup> en 1913; pero, debido a la guerra, tuvo que retrasarlo a 1921. El Cardenal tenía mucho prestigio entre el episcopado mundial. Inició una corriente de estudios doctrinales, que desarrolló el movimiento mediacionista de una forma muy amplia. Se publicaron muchos libros y artículos y muchas comisiones trabajaron sobre el tema. Sin embargo, la fórmula que el Cardenal había escogido encontró dificultades en el Santo Oficio, por la cuestión de cómo conciliar la Mediación de la Virgen con la única Mediación de Cristo. Y, sobre todo: ¿en qué sentido hablar de Mediación universal? ¿Es que por María han venido las gracias en el Antiguo Testamento? ¿Es que por Ella nos llega la gracia habitual? ¿Y cómo esta última doctrina sería compatible con el hecho de que la gracia es fruto de la actuación inmediata de Dios en el alma? ¿Es que por Ella son conferidas las gracias sacramentales *ex opere operato*? Y en este caso; ¿cómo conciliar esta doctrina con el hecho de que los actos salvadores son realizados por Cristo mismo, allí donde su ministro pone el signo sacramental? Varios expertos oficiales de la Santa Sede quedaron perplejos y reticentes ante estas cuestiones<sup>272</sup>.

---

<sup>270</sup> Congreso Internacional de Friburgo, Suiza, 1902.

<sup>271</sup> LAURENTIN, R, *Intuitions du cardinal Mercier*, en: «*La Vie Spirituelle*» 84 (1951), 518-522. Los principales escritos marianos del Cardenal Mercier han sido reunidos por DEMOULIN, A., *Cardinal Mercier. La Vierge Marie. Pages choisies*, de 124 páginas, fuera de comercio, Liège, 1947.

<sup>272</sup> Cf. LAURENTIN, R., *Court Traité sur la Vierge Marie*, Paris 1967, pp. 88-89.

En cambio el movimiento asuncionista, que se inició en el Congreso mariano internacional de Lyon del 5-8 septiembre de 1900<sup>273</sup>, contribuyó a la futura definición dogmática de la Asunción de la Virgen. Ese movimiento tuvo sus seguidores, sus revistas, sus asociaciones. Recogió 8.036.393 firmas a favor de la definición dogmática y originó una cantidad considerable de peticiones dirigidas a los Papas. Pío XII, tras algunos años de estudio y una consulta al episcopado proclamará este dogma mariano<sup>274</sup>. El pontificado de Pío XII marca el apogeo oficial del movimiento mariano. Pasamos al periodo preconiliar.

*b) En los años inmediatos al Concilio Vaticano II*

Según Pozo<sup>275</sup>, el ambiente mariológico en los años anteriores al Vaticano II, constaba de dos componentes fundamentales, ante los que el Concilio tomará posición: una primera, intraeclesial, constituida por diversidad de tendencias existentes en la Mariología católica contemporánea; y otra, que podemos llamar extraeclesial, que se hace eco del problema ecuménico implicado en la Mariología católica, problema al que el Concilio tenía que prestar una seria atención para cumplir el tercero de los fines que Pablo VI había señalado en el importante discurso programático de 29-IX-1963: «el restablecimiento de la unidad entre todos los cristianos»<sup>276</sup>.

---

<sup>273</sup> *Congrès marial tenu à Lyon les 5-8 septembre 1900*, Lyon, 1900. Sobre la acción del congreso para la definición de la Asunción, ver HENTRICH, G., *Petitiones de Assumptione*, Rome, 1942, t. 2, p. 417, 936, 937.

<sup>274</sup> La definición fue preparada por la obra de JUGIE, M., *La mort et l'Assomption*, Rome 1944, que separa la Asunción corporal (presencia actual de la Virgen en el cielo) del hecho de la muerte que el autor tiene como dudosa. Este trabajo ha determinado la reserva de la definición de la muerte de la Virgen, y ha dado origen a una corriente inmaculista. La Bula *Munificentissimus Deus* que recoge la definición de la Asunción del 1 de noviembre de 1950 está recogida en AAS 42 (1950), p. 767 et ss. Cf. DENZINGER, 3900-3904 (2331-2333).

<sup>275</sup> POZO, C., *María en la obra de la salvación*, Madrid: BAC, 1990, pp. 20ss.

<sup>276</sup> *Alocución inaugural de la segunda etapa del Concilio Vaticano II*: AAS 55 (1963) 847.

Dentro del campo católico hay dos tendencias fundamentales en la Mariología contemporánea que se presentan como intentos de estructuración sistemática: una se suele llamar cristológica y la otra eclesiológica. El Congreso mariano-mariológico internacional de Lourdes en 1958<sup>277</sup> tuvo la importancia histórica de haber sido la ocasión de una toma de conciencia, muy viva, de esta situación. El movimiento mariológico católico contemporáneo se sintió como dividido en dos grandes bloques, que aparecían como excluyentes, no sólo en cuanto que cada uno de ellos aspiraba a aparecer como sistematización total de la Mariología, sino en el sentido de que había que optar por uno de los dos, como si no fueran posibles posiciones diversas.

El punto fundamental de diferenciación de estas dos tendencias estriba en el modo de concebir la cooperación de María a la obra de la redención. En términos muy generales, se puede decir que la tendencia cristológica insiste, ante todo, en la Maternidad divina de María, por la que la Virgen pertenece al orden hipostático relativo. De este principio fundamental se derivan los demás privilegios de María, los cuales se explican en un cierto paralelismo con los privilegios del mismo Cristo, al que María está íntimamente asociada; por otra parte, es obvio que sea Cristo el punto de referencia, pues perteneciendo María al orden hipostático relativo no se le puede asignar otro punto de referencia fuera de Cristo, en quien la unión hipostática tuvo lugar. La tendencia eclesiológica insiste en que el primer principio, del que todos los demás se derivan, es que María es tipo de la Iglesia<sup>278</sup>: existe un paralelismo entre María y la Iglesia, y ese paralelismo hace que los privilegios de María deban entenderse en analogía con las notas o propiedades de la

---

<sup>277</sup> Las Actas han sido editadas por la Academia Mariana Internationalis con el título *Maria et Ecclesia*, en 16 volúmenes (Roma 1959-1962).

<sup>278</sup> También los mariólogos cristológicos admiten cierta tipicidad entre María y la Iglesia, pero no la consideran principio fundamental de la Mariología ni la toman como clave de explicación de las cuestiones mariológicas. La tipicidad prácticamente no juega ningún papel en cuanto principio que influya en la sistematización.

Iglesia. En una palabra, los teólogos de la primera tendencia «conciben la Mariología a semejanza del tratado de Cristo; los otros a semejanza del tratado de la Iglesia»<sup>279</sup>. Un ejemplo de esta actitud de fondo puede ofrecerlo la controversia que tuvo lugar durante el Concilio Vaticano II en torno al título de «Madre de la Iglesia». Los cristológicos deseaban una proclamación del título: podían considerarlo como afirmación de la trascendencia de María sobre la Iglesia y, en este sentido, como una confirmación de la propia tendencia mariológica. Las reservas frente al título vinieron de la otra tendencia, la cual admitía, sin duda, que María es Madre nuestra, es decir, de todos los fieles, como es también Madre nuestra la Santa Iglesia; pero quería evitar un título que podía sugerir una trascendencia de María sobre la Iglesia.

Analizando esta problemática, vemos que la relación Maria-Iglesia no se agota en una relación paralela, porque hay una línea (la adquisición de la gracia), en la que a la cooperación de María no corresponde paralelo alguno en la Iglesia: el intento de explicar el misterio de María exclusivamente con la categoría paralela de prototipo de la Iglesia es insuficiente. Por ello, la tendencia eclesiológica no puede aspirar a ser una explicación completa del misterio de María, ya que existe una dimensión de este misterio por la que María trasciende a la Iglesia. Pero habrá que reconocer la existencia de un ancho espacio de paralelismo entre María y la Iglesia (el campo de la distribución de las gracias), y esta realidad deberá tener un peso determinante en la sistematización de la Mariología; un peso y una atención que la tendencia cristológica no parece haberle concedido. Por eso tampoco resulta completamente satisfactoria esta tendencia.

La insuficiencia de los dos sistemas invita a su superación en una síntesis superior, y al convencimiento de que el misterio de María es un misterio complejo, no agotable, por tanto, ni en el paralelismo eclesial ni en el cristológico. En esta situación se llega al Concilio Vaticano II, donde se manifiesta un decaimiento profundo del movimiento mariano que había

---

<sup>279</sup> LAURENTIN, R., *La question mariale*, Paris 1963, p.78s.



caracterizado la vida de la Iglesia durante más de tres siglos. Los movimientos pasan y la doctrina permanece: un movimiento no es la Iglesia, sino una corriente particular que la atraviesa. Como un rápido o una cascada son un episodio en la vida de un río, así los movimientos son fenómenos históricos destinados a reabsorberse en la vida de la Iglesia. La Virgen tendrá siempre su lugar en la doctrina y en la piedad católica, pero el movimiento mariano post-tridentino podría no ser eterno.

### 3. LA DOCTRINA MARIOLÓGICA EN EL CONCILIO VATICANO II

En el Concilio Vaticano II el texto dedicado a la Virgen (cap. VIII de *Lumen gentium*) fue objeto de particulares controversias. Se pudo presentir al final de la primera sesión cuando hubo un intento por promulgar precipitadamente el esquema sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y Madre de los hombres (diciembre 1962). Esta proposición fue rápida y elegantemente suprimida, sin que hubiese tiempo para que se entablara una discusión<sup>280</sup>. Al año siguiente, ante peticiones hechas oralmente o por escrito, la Comisión Central se planteó la cuestión de si el esquema sobre la Virgen debía reintegrarse o no en el esquema sobre la Iglesia, lo que puso de manifiesto la oposición de los puntos de vista. Unos eran partidarios de esta integración: querían situar a la Virgen en su lugar en la Comunión de los Santos y en la historia de la salvación, poner remedio así a las tendencias cerradas de la mariología. Los otros veían en esta reintegración un rebajar a la Virgen al nivel de los hombres, una tendencia minimalista.

---

<sup>280</sup> LAURENTIN, R., *La Vierge au concile*, Paris 1965, pp. 10-11.

La propaganda fue intensa en los días que precedieron al voto del 29 de octubre de 1963: actos individuales, conferencias, etc. Se propagaba, por ejemplo, que la doctrina tradicional de la Virgen corría un grave peligro porque se le consideraba igual que todos los hombres, se minimizaba los privilegios y disminuía la devoción a María, etc. La votación sobre la integración del esquema de la Virgen en el de la Iglesia tuvo como resultado: 1114 votos a favor, 1074 en contra y 5 nulos. Era la primera vez que el Concilio —ordinariamente las votaciones eran casi unánimes, al 90%, o 95%— se mostraba dividido en dos partes casi iguales: el desplazamiento de 20 votos entre más de 2000 padres sinodales hubiese cambiado el resultado de la votación. Resultaba paradójico que el esquema declaraba a la Virgen «*fauatrix unitatis*», artífice de la unidad. Esa fue la consternación. Ese día al salir de San Pedro, un testigo vio llorar a muchas personas<sup>281</sup>. Aceptado, por tanto, el esquema unitario, era patente que la redacción del nuevo esquema iba a ser muy complicada para los peritos, pues debía satisfacer a las dos tendencias.

Sobre el iter del texto aprobado hay numerosas publicaciones<sup>282</sup>, que cuentan con detalle todo lo acaecido, llegando a la solemne sesión de clausura del tercer periodo conciliar donde se votó globalmente la constitución *Lumen Gentium* con el siguiente resultado: votos emitidos 2.156; votos afirmativos: 2.151; votos negativos: 5<sup>283</sup>. En el discurso del 21 de noviembre de 1964, decía Pablo VI: «Con la promulgación de la actual constitución (*Lumen gentium*), que tiene como vértice y coronación un entero capítulo dedicado a la Señora, podemos afirmar con justicia que la presente sesión se concluye con un himno incomparable de alabanza en honor de María (...) es la primera vez que un concilio

---

<sup>281</sup> Sobre todo esto, ver LAURENTIN, R., *La Vierge au concile*, p. 12-21.

<sup>282</sup> BESUTTI, G.M., *Lo schema mariano al Concilio Vaticano II. Documentazione e note di cronaca*, Roma 1966. G. PHILIPS, *La Iglesia y su Misterio en el Concilio Vaticano II*, Barcelona 1969.

<sup>283</sup> Cfr. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, Pamplona 1995. p. 69-70.

ecuménico propone una síntesis de la doctrina católica acerca del lugar que María ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia»<sup>284</sup>.

No es nuestra intención hacer aquí una exposición completa del contenido del capítulo VIII de la Constitución conciliar sobre la Iglesia. Después de 1964 se han publicado numerosos comentarios<sup>285</sup>. Nuestro propósito se limita a señalar brevemente qué aporta el Concilio Vaticano II a la doctrina sobre Nuestra Señora. En el n. 54 de la *Lumen gentium* se declara expresamente que el Concilio no tiene «la intención de proponer una doctrina completa sobre María ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos. Así pues, siguen conservando sus derechos las opiniones que en las escuelas católicas se proponen libremente acerca de Aquella que, después de Cristo, ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros»<sup>286</sup>.

En el texto se encuentra, sustancialmente completa, la doctrina oficial de la Iglesia sobre María. Sin duda, en un espacio relativamente breve, como el del capítulo 8, no se contienen necesariamente todas las explicaciones, aun a veces indispensables, sobre el sentido en que esta doctrina obligatoria ha de ser entendida; en tales casos la interpretación ha de remitirse a los documentos anteriores<sup>287</sup>. La Comisión doctrinal

---

<sup>284</sup> AAS 56 (1964) 1014. Este hecho singular — un desarrollo sintético de la doctrina sobre María en un concilio — representa frente a las afirmaciones parciales, un claro avance de la doctrina del Magisterio acerca de Nuestra Señora. Cfr. ALDAMA, J.A. de, *¿Avances de la teología mariana en el concilio Vaticano II?*, en: «Estudios Marianos» 31 (1968) 30.

<sup>285</sup> Basta remitir a algunos estudios, en muchos de los cuales se encontrará ulterior bibliografía: ALDAMA, J.A. de, *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, Madrid 1967, p. 357-425; ALFARO, J., *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, en: *Estudios sobre el Concilio Vaticano II*, Bilbao 1966, pp.57-60; GALOT, J., en: BARAUNA, G., (ed.), *La Iglesia del Vaticano II*, t. 2, Barcelona 1966, pp.1163-1199; ESQUERDA, J., *La Virgen del Vaticano II*, Bilbao 1966; GUINDON, H. M., *Marie au Vatican II*, Paris 1971; LAURENTIN, R., *La Vierge au Concile* o.c.; etc.

<sup>286</sup> *Lumen gentium*, 54.

<sup>287</sup> Escribe Aldama: «El silencio del Concilio sobre cualquier punto concreto de la mariología no podrá interpretarse nunca en sentido peyorativo, ni siquiera en sentido de

declaraba oficialmente: «El intento del Concilio es exponer los principales dogmas sobre María en el contexto de Cristo y de la Iglesia, para promover su inteligencia más profunda; pero no explicar la doctrina completa de la Bienaventurada Virgen María de una manera amplia. Por ello, las cuestiones ulteriores, que todavía se investigan por los teólogos y, a veces, se discuten, no se dirimen aquí, sino que se dejan a su legítima libertad»<sup>288</sup>.

El tema de la fundamentación escriturística de la Mariología es del mayor interés. En esta línea el Concilio enseña: «La Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y la venerable Tradición, muestran en forma cada vez más clara el oficio de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y, por así decirlo, lo muestran ante los ojos. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la Salvación en la cual se prepara, paso a paso, el advenimiento de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como son leídos en la Iglesia y son entendidos bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, cada vez con mayor claridad, iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor; ella misma, bajo esta luz es insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres caídos en pecado (cf. Gen 3, 15). Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel (Is 7, 14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23)»<sup>289</sup>. El texto es importante porque se ocupa de los fundamentos veterotestamentarios de la Mariología, cuestión delicada y difícil. El Concilio enseña que los textos indicados se refieren a María en un sentido verdaderamente bíblico, y no sólo como acomodaciones

---

una posible discusión o duda (piénsese, por ejemplo, que del dogma de la virginidad perpetua sólo existe en el texto el título "siempre Virgen" del n. 52)» (cfr. Profesores de la Facultad de Teología de Granada, *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, Madrid 1967, p. 368).

<sup>288</sup> *Schema Constitutionis de Ecclesia* (1964), relatio de n. 52, olim n. 48: Proemium, C, p.210.

<sup>289</sup> *Lumen gentium*, 55.

marianas<sup>290</sup>. Es de capital importancia recordar los principios hermenéuticos establecidos por el Concilio para hallar el sentido mariológico. Los principios son dos: 1) es necesario entender los textos en el sentido con que son «leídos en la Iglesia»; 2) tal como se interpretan «bajo la luz de una ulterior y más plena revelación». De ello parece seguirse que una exégesis meramente científica de esos textos escriturísticos no nos da una plena certeza de su sentido mariológico. Sólo el recurso a los criterios extrínsecos puede aspirar a ofrecer una interpretación razonable. Se trata no sólo de dos criterios fundamentales para la interpretación mariológica del Antiguo Testamento, sino de criterios fundamentales en la exégesis católica del Antiguo Testamento<sup>291</sup>.

El Concilio subraya fuertemente la cooperación de María en la economía de la salvación<sup>292</sup>, sea con fórmulas generales<sup>293</sup>, sea con una referencia explícita al consentimiento que la Virgen prestó en la Anunciación<sup>294</sup>, sea, finalmente, mostrándola unida, junto a la cruz, a los dolores del Hijo<sup>295</sup>. Su doctrina no reduce la cooperación de María al consentimiento prestado en la Anunciación; María hizo algo junto a la Cruz; hay que interpretar ese algo por lo menos como renovación del

---

<sup>290</sup> « La Mariologie ne peut se contenter de considérer l'Ancien Testament comme un trésor d'images applicables à la Vierge au sens accommodait, très élastique. Il s'y trouve, sur la Mère du Messie, une révélation authentique, bien que seulement esquissée, que l'on découvrira dans le Nouveau Testament, "révéléteur" de l'Ancien, et dans l'interprétation traditionnelle de l'Eglise. Ce paragraphe répète en effet ce principe fondamental de l'exégèse catholique de l'Ancien Testament» (LE DEAUT, R., *Marie et l'écriture dans le chapitre VIII de Lumen gentium*, en: «Études Mariales» 22 (1965) 61).

<sup>291</sup> *Ibidem*.

<sup>292</sup> Sobre el tema cfr. LUIS, A., *La Mediación universal de María en el capítulo VIII de la «Lumen gentium»*, en: «Estudios Marianos» 31 (1968) 131-184. Cfr. también, ENRIQUE DEL SAGRADO CORAZÓN, *La cooperación de María a la obra de la Redención en la Teología posconciliar*, en «Estudios Marianos» 32 (1969) 149-230.

<sup>293</sup> Cf. *Lumen gentium*, 53.

<sup>294</sup> Cf. *Lumen gentium*, 56.

<sup>295</sup> Cf. *Lumen gentium*, 57-58.

consentimiento de la Anunciación. De esta cooperación se sigue la verdad de la maternidad espiritual de María. «Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras Él moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia»<sup>296</sup>.

Es importante este párrafo la conjunción causal «por tal motivo» («*quam ob causam*»): porque cooperó del modo indicado, es nuestra Madre en el orden de la gracia. A María «la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, [la] honra con filial afecto de piedad como a Madre amantísima»<sup>297</sup>. Se dice, por tanto, que la Iglesia considera a María como a su Madre. Este título fue bastante debatido; podemos decir que esa expresión es sinónima de «Madre de los fieles». La cooperación de María, de la que hasta ahora hablan el Concilio, se sitúa en el orden de la realización de la Redención, o sea en el plano de la adquisición de las gracias. También ha enseñado una cooperación de María en la distribución de las gracias: «Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz»<sup>298</sup>

En el Cap. VIII de la *Lumen gentium* hay una repetida insistencia en que la figura de María no obscurece la figura de Cristo: «Único es nuestro Mediador según la palabra del Apóstol: "Porque uno es Dios y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo como precio de rescate por todos" (1 Tim 2, 5-6)»<sup>299</sup>. Para mostrar la cooperación de María: «la misión maternal de María

---

<sup>296</sup> *Lumen gentium*, 61.

<sup>297</sup> *Lumen gentium*, 53.

<sup>298</sup> *Lumen gentium*, 62.

<sup>299</sup> *Lumen gentium*, 60.

hacia los hombres, de ninguna manera obscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del Divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo»<sup>300</sup>.

La mediación de María no añade valor alguno nuevo a la de Cristo. El hombre tiene que contar con María en su camino para la salvación. La devoción a la Virgen no es algo optativo, su papel no queda envuelto en la multitud de los santos, porque se encuentra en un plano singular. La singularidad de la acción intercesora de María está en conexión con que Ella —y sólo Ella (no los demás santos)— intercede sobre gracias en cuya adquisición colaboró. Su intercesión recae sobre gracias con respecto a las cuales tiene un título especial de adquisición<sup>301</sup>. En el culto que se presta a María es honrado Cristo: «Las diversas formas de la piedad hacia la Madre de Dios, que la Iglesia ha aprobado dentro de los límites de la doctrina santa y ortodoxa, según las condiciones de los tiempos y lugares y según la índole y modo de ser de los fieles, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (cf. Col. 1,15-16) y en quien tuvo a bien el Padre que morase toda la plenitud (Col. 1,19), sea mejor conocido, sea amado, sea glorificado y sean cumplidos sus mandamientos»<sup>302</sup>.

---

<sup>300</sup> *Lumen gentium*, 60.

<sup>301</sup> «E perciò ha stabilito giustamente il Signore, che, avendo Maria cooperato con tanto amore verso degli uomini, con tanta gloria divina, alla salvazione di tutti, tutti poi per mezzo della sua intercessione ottengano la salute» (S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO, *Glorie di Maria*, c.5 &2, Napoli 1776, p.148s).

<sup>302</sup> *Lumen gentium*, 66.

El Concilio desea que los teólogos y predicadores de tal manera «ilustren rectamente los dones y privilegios de la Bienaventurada Virgen»<sup>303</sup>, que aparezca su relación con Cristo. De modo más explícito se expresó Pablo VI el mismo día en que se aprobó definitivamente la constitución dogmática sobre la Iglesia: «Deseamos que se ponga en espléndida luz la realidad de que María, la humilde esclava del Señor, está toda entera relacionada con Dios y con Jesucristo, único Mediador y Redentor nuestro». La existencia de paralelismo entre María y la Iglesia ha sido afirmada por el Concilio<sup>304</sup>, sin tomar posición a favor de la tendencia eclesiológica en Mariología: nunca ha dicho el Concilio que la relación Iglesia-María se agote en el paralelismo. Los aspectos que se subrayan especialmente son: la Bienaventurada Virgen María es el modelo de la virgen y de la madre<sup>305</sup>; la Iglesia es virgen y madre<sup>306</sup>; la tipicidad de María con respecto a la Iglesia en el orden de las virtudes. Es especialmente interesante que también se propone a María como ejemplar de las virtudes apostólicas en cuanto que «la Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres»<sup>307</sup>.

El Concilio ha querido renovar el culto a la Santísima Virgen<sup>308</sup>, de modo que se fomente, sobre todo, el culto litúrgico, pero a la vez amonesta que se «estimen mucho las prácticas y ejercicios de piedad

---

<sup>303</sup> *Lumen gentium*, 67

<sup>304</sup> Cf. CASANOVAS R., *Ejemplaridad de María en la Iglesia*, en «Estudios Marianos» 30 (1968) 235-287; ESQUERDA, J., *María, tipo de la Iglesia*, en «Estudios Marianos» 31 (1968) 185-239; HERRÁN, L. M., *Visión conjunta de las relaciones María-Iglesia en la «Lumen gentium»*, en «Estudios Marianos» 28 (1966) 283-332.

<sup>305</sup> *Lumen gentium*, 63.

<sup>306</sup> *Lumen gentium*, 64.

<sup>307</sup> *Lumen gentium*, 65. En el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 18, el Concilio propone a los presbíteros la figura de María como ejemplo de docilidad a la propia misión.

<sup>308</sup> Cf. ALDAMA, J.A. de, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, Madrid 1966, pp.1048-1084. Cfr. RIVERA, A., *El culto mariano en la Constitución dogmática*, en «Estudios Marianos» 30 (1968) 289-314.



hacia Ella, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio»<sup>309</sup> y reafirma las normas sobre el culto de las imágenes. La devoción hacia María no ha de ser superficial, sino profunda. «Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes»<sup>310</sup>. El Concilio exhorta a los teólogos y a los predicadores de la divina palabra que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración, como también de una excesiva estrechez de espíritu, al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios. Conseguirán ese equilibrio si cultivan el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y doctores y de las liturgias de la Iglesia bajo la dirección de Magisterio.

Dentro del campo del ecumenismo, se expresa la alegría por los orientales separados «que corren parejos con nosotros por su impulso fervoroso y ánimo devoto en el culto de la siempre Virgen Madre de Dios»<sup>311</sup>. Finalmente el Concilio recomienda encarecidamente la oración a María por la unidad de todos en la única Iglesia: «Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que Ella, que asistió con sus oraciones a la naciente Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo para que las familias de todos los pueblos tanto los que se honran con el nombre de cristianos, como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individua Trinidad»<sup>312</sup>.

---

<sup>309</sup> *Lumen gentium*, 67.

<sup>310</sup> *Lumen gentium*, 67.

<sup>311</sup> *Lumen gentium*, 69.

<sup>312</sup> *Lumen gentium*, 69.

#### 4. LA CRISIS DE LA MARIOLOGÍA EN EL INMEDIATO POSTCONCILIO

El Cap.VIII de la Constitución *Lumen gentium* fue, por así decir, como un canto de cisne. La mariología entrará a continuación en un periodo de crisis profunda. Puede ser indicativo el título que W. Beinert da al periodo 1964-1974: "Il decenio senza Maria". Pero más significativo es el testimonio de Pablo VI, que denuncia el vacío mariológico, el recelo y el silencio sobre María<sup>313</sup>. S. De Fiores<sup>314</sup>, ha señalado tres síntomas de ese vacío mariológico, que trataremos de resumir. En primer lugar, la ausencia de referencias a María en los grandes obras de teología de carácter histórico y teorético y también en la teología de praxis. Hay muchos ejemplos; valga por todos el tomo M.Flick-Z. Alszeghy, "*Il peccato originale*" (Brescia 1972) que no cita a la Inmaculada Concepción. En segundo lugar, la influencia protestante en algunas teólogos y exegetas católicos sobre la concepción virginal: dicen que no es una verdad histórica, sino un «teologúmeno» o exposición narrativa de una idea simbólica. Este punto lo ampliaremos un poco más adelante. Por último, el prejuicio y la convicción de que el tema mariano es secundario, banal o insignificante, y que no aporta nada a la Teología. Como afirma un pensador de esta corriente: «María es un símbolo del antiguo esplendor, vacío de todo poder real actual para servir para algo o perjudicar, casi una reliquia al margen del sentido de la historia»<sup>315</sup>.

Las raíces y manifestaciones de la crisis postconciliar de la mariología son diversas. Hacemos un esbozo de las que, a nuestro entender, son más significativas.

---

<sup>313</sup> Cf. Enc. *Marialis cultus*, 2-II-1974, Introducción.

<sup>314</sup> S. DE FIORES, *La mariologia nel secolo XX: continuità e novità*, en D. Valentini (ed.) *La teologia. Aspetti innovatori e la loro incidenza sulla ecclesiologia e sulla mariologia*, Roma 1989, pp. 283-297.

<sup>315</sup> WARNER, M., *Sola fra le donne. Mito e culto di Maria Vergine*, Palermo 1980.

a) *Las llamadas «nuevas cristologías»*<sup>316</sup>

Es bien conocida la gravedad de la crisis teológica que después del Concilio, se padece incluso en el interior de la Iglesia católica. Uno de los aspectos más inquietantes es la aparición de una corriente teológica anticalcedoniana<sup>317</sup>, que incide indirectamente en el dogma de la maternidad divina de María. En el fondo las tesis de algunos autores de esta corriente teológica conducen a «una reproducción del error monofisita en su versión más peyorativa. Cristo no es solamente Dios, ni un complejo sustantivo de Dios y hombre. Es solo hombre, sustancial y personalmente: es sólo hombre. Está dotado de una gracia singular, creada, superior a la nuestra y en virtud de ella se le puede llamar hijo de Dios»<sup>318</sup>.

Uno de esos autores, P. Schoonenberg, ha llegado a escribir: «Jesucristo es una persona. Es una persona humana»<sup>319</sup>. Bajo esta perspectiva también podría decirse que se incide en un cierto adopcionismo: Cristo es un puro hombre que por su eminente gracia puede considerarse y titularse hijo de Dios<sup>320</sup>. Se comprende que desde esta perspectiva, se niegue, si no de palabra, sí de hecho, la maternidad de María en su dimensión ontológica — porque el Hijo de María es un mero hombre — y en su dimensión como gracia singular — pues mal se puede hablar de la

---

<sup>316</sup> Cf. BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, o.c., pp. 17-57.

<sup>317</sup> Cf. BASTERO, J. L., *Actualidad del símbolo de Calcedonia*, en: «Actas del IV Simposio de Teología Histórica», Valencia 1987, pp. 97-113.

<sup>318</sup> SAURAS, E., *Maternidad divina y nuevas cristologías*, en «Estudios Marianos» 42 (1978) 82; cf. ALONSO, J. M., *Maternidad divina y cristologías*, en «Ephemerides Mariologicae» 30 (1980) 7-68.

<sup>319</sup> *Un Dios de los hombres*, Barcelona 1972, p. 86.

<sup>320</sup> Cf. RENWART, L., «*Qui dites-vous que je suis?*» *La Christologie de P.J.A. Schoonenberg*, en: «Nouvelle Revue Théologique» 95 (1973) 1139.

gracia de la divina maternidad, si el término de esa generación no es el Hijo de Dios—<sup>321</sup>.

Todo esto es sumamente grave. La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe tuvo que tomar posición frente a estas ideas y salir en defensa de los dogmas más fundamentales del cristianismo: La Encarnación y la Trinidad<sup>322</sup>. Admitida esa cristología, como señalábamos antes, el dogma de la Maternidad divina comprendido como lo comprendió el Concilio de Efeso el año 431 carecería de sentido: María es la Madre de Dios, porque su acción generativa tiene como término personal la Persona divina del Verbo, preexistente y eterno, el cual asume en el seno de María una naturaleza humana perfecta como la nuestra, y la une a sí mismo en unión hipostática o personal. Es decir, desde el primer momento de su concepción en el seno de María el único sujeto último de responsabilidad en Cristo es la Persona eterna del Verbo.

*b) Dificultades en torno a la fe en la virginidad de María<sup>323</sup>*

Los racionalistas del siglo XIX y los modernistas de principios del XX afirmaron que la concepción virginal de Jesús es un mito cristiano surgido por influencias paganas: helenistas, egipcias o persas<sup>324</sup>. Otros pretendieron fundar esta teoría del mito de la concepción virginal de Jesús en el supuesto entusiasmo mitificador de los primeros cristianos, en su afán de «divinizar» a Cristo. La concepción virginal de Jesús, tal

---

<sup>321</sup> Cf. J. GALOT, *Marie dans la nouvelle théologie hollandaise*, en «Ephemerides Mariologicae» 30 (1980) 69-83.

<sup>322</sup> SACRA CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Declaratio ad fidem tuendam in mysteria Incarnationis et Sanctissimae Trinitatis a quibusdam recentibus erroribus*, en: «L'Osservatore Romano», 10 marzo 1972, p. 1.

<sup>323</sup> Cf. BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, o.c., pp. 58-112.

<sup>324</sup> Cf. POZO, C., *María en la obra de la salvación*, Madrid 1990, pp. 273-278.

como ha sido enseñada por la Iglesia, difiere diametralmente de todo mito pagano. En las mitologías paganas politeístas no se encuentra jamás la idea de una «concepción virginal», sino lo contrario: teogamías o nupcias de un dios con una mujer, que concibe por unión sexual con el dios mitológico. María, por el contrario, concibe en intacta e inviolada pureza. El monoteísmo y la trascendencia de Dios propios del cristianismo están en radical oposición a esos mitos paganos. El concepto mismo y el hecho de la concepción virginal son exclusivamente cristianos. La unánime creencia en la concepción virginal de Cristo no es una verdad que se haya creado progresivamente, sino que aparece clara, fija e inmutable desde el inicio mismo de la Iglesia, y pertenece al contenido de la primitiva fe cristiana<sup>325</sup>.

La problemática de la desmitologización en torno a la concepción virginal se introdujo también dentro de la teología católica, proveniente del campo protestante, y fue aceptada en sus planteamientos por algunos autores con diversas matizaciones<sup>326</sup>. El *Catecismo holandés*, aparecido en 1965, silencia por primera vez entre los católicos el tema de la concepción virginal como hecho biológico, es decir, en su realidad física, limitándose a presentar su sentido teológico. Los autores del catecismo sostenían que la cuestión biológica de la concepción virginal no forma parte de la fe de la Iglesia. Concretamente P. Schoonenberg, en su libro *Alianza y creación*<sup>327</sup>, desarrolla la tesis sostenidas en el diálogo sobre el Catecismo holandés: la concepción virginal, como hecho biológico, es hoy cuestión abierta; Jesús podría ser hijo físico de un hombre, ya que lo único cierto para la fe es el acontecimiento de la encarnación y su significado teológico-salvífico. La síntesis de su

---

<sup>325</sup> Cf. BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, o.c., p. 223.

<sup>326</sup> Cf. ALONSO, J.M., *La concepción virginal entre católicos*, en: «Ephemerides Mariologicae» 21 (1971) 257-302.

<sup>327</sup> SCHOONENBERG, P., *Alianza y creación*, Buenos Aires 1969. Cf. ALONSO, J.M., *La concepción virginal de Jesús ¿historia o leyenda? Un diálogo teológico*, en «Ephemerides Mariologicae» 21 (1971) 161-206.

pensamiento puede reducirse a los puntos siguientes: a) la Escritura no puede mostrar la historicidad de la concepción virginal; b) tampoco la tradición post-bíblica de un modo convincente; c) por eso la cuestión "historia o leyenda" permanece provisionalmente abierta; d) y tal vez tendrá que continuar siempre así por falta de argumentos decisivos; e) no obstante esta situación no constituye una pérdida decisiva para la fe cristiana. Aun entendida esta fe como una encarnación de la persona preexistente del Verbo, la filiación divina de Cristo es perfectamente conciliable, tanto con la cooperación de un padre humano como con la de una madre. E. Schillebeeckx repite el esquema de Harnack y explica el sentido de la concepción virginal no como una realidad biológica sino como la afirmación de que también desde su nacimiento, y no sólo a partir de la resurrección, la existencia de Jesús es totalmente obra del Espíritu<sup>328</sup>. La postura de H. Küng es neta y clara: la concepción virginal no debe sostenerse como fenómeno histórico y biológico, sino «como teologúmeno que se torna mitologúmeno»<sup>329</sup>.

Estas interpretaciones que, presentan la concepción de Cristo con un sentido meramente «simbólico-religioso» no niegan explícitamente la concepción virginal de Cristo, pero silencian su sentido más estricto y esencial: que Jesús fue concebido «sin semen y por obra del Espíritu Santo»<sup>330</sup>, y presentando la concepción virginal como una mera expresión simbólica de la gratuidad divina, parecen olvidar el realismo biológico que implica esta verdad<sup>331</sup>. Ante tales interpretaciones incorrectas, salió al paso Pablo VI quien, en una carta al cardenal Alfrink

---

<sup>328</sup> Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Jesús. Historia de un viviente*, Madrid 1981, pp. 519-521.

<sup>329</sup> Cf. KÜNG, H., *Ser cristiano*, Madrid 1977, pp. 576-581.

<sup>330</sup> Sínodo III de Letrán, D. 503.

<sup>331</sup> «Rechazar la virginidad biológica y dar el nombre de «virginidad moral» a lo que sería entonces la castidad conyugal de un matrimonio normal, como se ha propuesto, es abusar de las palabras dándoles sentido contrario. Vaciar la significación de su realidad histórica es cosa grave cuando se trata del misterio mismo de la Encarnación» (LAURENTIN, R., *Bulletin sur la Vierge Marie*, en: «Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques» 52 (1968) 509).

sobre los puntos en que el Catecismo holandés «no debe dejar lugar a ambigüedad alguna», cita en primer lugar «cuanto se refiere al nacimiento virginal de Cristo, dogma de fe católica»<sup>332</sup>.

Igualmente, a partir de los años cincuenta, algunos autores han intentado «reinterpretar» la virginidad en el parto de modo distinto al sentido mantenido por la tradición eclesial<sup>333</sup>. Como postulado de su teoría establecen el siguiente principio: parto virginal sería simplemente el parto normal de una mujer que ha concebido virginalmente; es decir, sin unión natural, sin concurso de varón. Si la concepción — dicen — ha sido virginal en su causa, también el parto — su efecto — será virginal, aunque dicho parto sea natural en su desarrollo y sus consecuencias (y, por tanto, modifique biológicamente a la madre). Esta madre, en tal hipótesis, podría llamarse «virgen», porque lo decisivo y determinante es la concepción. Apoyan su teoría con la idea de que la permanencia de la integridad orgánica al dar a luz no pertenece a la «esencia» de la virginidad; ésta consiste esencialmente en el firme propósito de excluir toda acción o pasión contraria deliberada y en la ausencia total de unión con el elemento viril. Concluyen, por tanto, que el nacimiento de Jesús pudo ser y llamarse «virginal», sin necesidad de creer ni afirmar

---

<sup>332</sup> Cf. POZO, C., *Correcciones al Catecismo Holandés*, Madrid 1969, p. 56. Unos años más tarde, Ratzinger afirma con gran agudeza: «l a generosa separazione tra biologia e teologia dimentica l'uomo; in questa sede essa è una contraddizione in se stessa, perché il punto saliente del tutto sta proprio nell'affermazione che nell'uomo anche il biologico è umano e, tanto più, nel teo-umano nulla è meramente 'biologico'. Di conseguenza, il relegare il corporale o il sessuale nella pura biologia, il parlare di 'solo biologico', è proprio l'antitesi di ciò che intende la fede che vuole parlare della spiritualità del biologico e della corporalità dello spirituale e divino. Qui o si ha tutto o niente; il tentativo diretto a conservare un distillato spirituale, dopo aver cacciato il biologico, è negazione di quello spirituale di cui parla la fede nel Dio fattosi carne» (RATZINGER, J., *La figlia di Sion*. Milano 1995, p. 51).

<sup>333</sup> Cf. MESSENGER, E. C., *Two in One Flesh*, London 1948, t. II, p. 101; MITTERER, A., *Dogma und Biologie der Heiligen Familie*, Viena 1952, pp. 98-132; CLIFORD, E. L. H., *A Doctor considers the Birth of Jesus*, en: «Homiletic and Pastoral Review», 54 (1953) 219-223; RAHNER, K., *Virginitas in partu*, en: *Schriften zur Theologie*, Einsiedeln 1960, t.IV p. 197; GALOT, J., *La virginité de Marie et la naissance de Jesus*, en: «Nouvelle Revue Théologique», 92 (1960) 449-461.

obligatoriamente que fuese milagroso: pudo ser un parto «natural-virginal». Ante la posible dificultad de que tal hipótesis pueda no estar en sintonía con los textos de la Tradición y del Magisterio sobre el nacimiento de Jesús, responden diciendo que estas fórmulas de la Tradición y del Magisterio podrían ser simples residuos de conceptos biológicos arcaicos ya superados; y que, en todo caso, la virginidad en el parto pertenece a las verdades «periféricas y secundarias de la fe». A estas teorías se pueden oponer diversas objeciones<sup>334</sup>, que podemos resumir en las ideas que siguen.

Según la tradición eclesial<sup>335</sup>, en efecto, así como la doctrina del Magisterio<sup>336</sup>, no basta admitir la sola concepción virginal de Jesús, sino también hay que admitir su virginal nacimiento. Esos autores parecen excluir del concepto de virginidad la integridad física, siendo éste un elemento esencial, como lo hemos afirmado con anterioridad; porque una mujer que da a luz con un parto natural no puede ser considerada estrictamente virgen aunque hubiera concebido virginalmente. Según las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, la permanencia de la integridad corporal de María al dar a luz a Jesús no es algo meramente somático, sino que se considera como signo de realidades sobrenaturales. Por eso afirman con frecuencia: *talis partus Deum decebat*: ése era el parto que convenía a Dios. Por otra parte, la integridad física, como constitutivo esencial de la virginidad está explícitamente indicada en el canon 36 del Concilio Lateranense: «La siempre Virgen María (...) concibió así sin semen por obra del Espíritu Santo (...) e incorruptiblemente lo dio a luz permaneciendo ella aun después del

---

<sup>334</sup> BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, Pamplona 1995, p. 225-226.

<sup>335</sup> Cf. S. AMBROSIO, *De institutione virginis*, 6, 45 (TMPM3, p.170-171); *Ib.*, 2, 7 (TMPM3, p.163); S. AGUSTÍN, *Sermo* 190, 2 (SACIII, n.2662); *Ib.* 186, 1 (SACIII, n.2653). (Nota: TMPM= Georges Gharib, Ermanno M.Toniolo, Luigi Gambero, Gerardo di Nola, *Testi Mariani del primo millennio*, Roma, Città Nuova 1996.SAC: Álvarez Campos S., *Corpus marianum patristicum*, 8vol., Burgos:Aldecoa 1970-1985).

<sup>336</sup> S. LEÓN MAGNO, *Tomo a Flaviano*: DS 294; S. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Evangelia* 26, 1 (SACVI, n. 6985); CONCILIO LATERANENSE año 649 bajo Martín I: DS 503. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 57.



parto en su virginidad indisoluble»<sup>337</sup>. Ahora bien, es forzar el sentido propio de las palabras, y hacer violencia al sentido primario de la frase, el que la expresión modal *incompactibiliter* no haga referencia a la integridad física como sostienen algunos autores. En el año 1961, el Santo Oficio salió al paso de las doctrinas de algunos autores modernos que tratan del dogma de la virginidad en el parto «(...) discordando claramente de la doctrina tradicional de la Iglesia y del sentir piadoso de los fieles»<sup>338</sup>.

También en estos años algunos autores, al escribir sobre la virginidad de María después del parto, han utilizado frases más o menos ambiguas, como que «es muy improbable que María tuviera otros hijos» o que «los evangelistas no dicen que Ella tuviera otros hijos» o que los «hermanos y hermanas de Jesús de los que hablan los evangelistas no son necesariamente hijos de José y de María», etc. Tales afirmaciones — que al menos relativizan la fe de la Iglesia — lejos de mostrar con claridad el dogma de la perpetua virginidad de María, la ponen en entredicho, presentándola sólo como probable. Lo que significa dejar en el orden de la probabilidad los hechos revelados y la verdad definida.

La Santa Sede en el año 1968, por medio de una Comisión de Cardenales, urgía y pedía «que el Catecismo holandés proclame abiertamente que la Santísima Madre del Verbo Encarnado gozó siempre del honor de la virginidad»<sup>339</sup>. El Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, ha reiterado la misma doctrina: María «creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo»<sup>340</sup>. «Y en la Natividad, cuando la Madre de Dios, llena de alegría, muestra a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que lejos de

---

<sup>337</sup> D. 533.

<sup>338</sup> Cf. «Ephemerides Mariologicae» 11 (1961) 137-138.

<sup>339</sup> Cf. AAS 60 (1968) 685-691.

<sup>340</sup> *Lumen gentium*, 63.

disminuir consagró su integridad virginal»<sup>341</sup>. Pablo VI en la Solemne profesión de fe (año 1968) proclama: «Creemos que María es la Madre, que permaneció siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo»<sup>342</sup>.

e) *Movimiento antiasuncionista y crisis en torno a la mediación mariana*<sup>343</sup>

A la conclusión del Concilio Vaticano II, por muchos y variados motivos se originó una crisis profunda en el quehacer teológico y en especial en la mariología, como hemos mencionado.<sup>344</sup> Con frase de Philips se puede afirmar que «el periodo postconciliar presenta para la teología católica y en particular para la mariología el aspecto de un paso a través de una cruda prueba»<sup>345</sup>. Un simposio promovido por la revista «*Ephemerides Mariologicae*» en 1970, describe el fenómeno e indica que las causas no están sólo en las posibles exageraciones doctrinales y devocionales, sino en el mismo Concilio en cuanto renovador de estructuras y método. De hecho el decenio siguiente a la promulgación de la Constitución *Lumen gentium* (1964-1974)<sup>346</sup> se ha denominado «el decenio sin María», como hemos mencionado arriba, por el evidente vacío de la Virgen tanto desde la perspectiva teológica como por la

---

<sup>341</sup> *Ib.*, 57.

<sup>342</sup> *Solemnis Professio fidei*, n. 14, AAS 60 (1968) 438.

<sup>343</sup> Cf. BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, o.c., pp. 171-205.

<sup>344</sup> Cf. DE FIORES, S., *María nella Teologia contemporanea*, Roma 1987, pp. 123-136.

<sup>345</sup> PHILIPS, G., *Mariologie et Théologie postconciliaires*, en: «*Ephemerides Mariologicae*» 20 (1970) 23.

<sup>346</sup> Fecha en la que Pablo VI publica la Exhortación *Marialis cultus*, AAS 66 (1974) 113-168.

inquietante disminución de la devoción mariana que se dio en ese periodo<sup>347</sup>.

Algunos teólogos católicos, influidos quizá por las opiniones formuladas precedentemente por autores protestantes, sostienen que la resurrección tiene lugar, para cada uno, en el momento de la muerte. Según esta teoría, el hombre entra en la eternidad como persona y no como alma separada<sup>348</sup>. Posteriormente, el cuerpo que, junto con el alma, está en el cielo, será glorificado en el momento de la resurrección de los muertos<sup>349</sup>. Esta doctrina es difícil de compaginar con las enseñanzas de la Iglesia y vacía la Asunción de la Virgen de su propio contenido dogmático. En efecto, si la resurrección se realizase para todos en el momento de morir, la Asunción corporal no sería ningún privilegio específico de la Virgen, distinto de los demás santos; la definición dogmática equivaldría a una simple «canonización» de María; la Asunción de la Virgen resultaría ininteligible como verdad de fe expresamente definida. Saliendo al paso de estas interpretaciones, Pablo VI sostiene en la «Profesión de fe» que «la Beatísima Virgen María, Inmaculada, terminado el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió "anticipadamente" (*in antecessum*) la suerte de todos los justos»<sup>350</sup>.

Respecto a la mediación mariana se puede decir que, al menos desde el punto de vista terminológico, viene puesta en sordina<sup>351</sup>. Se aprecia,

---

<sup>347</sup> Cf. BEINERT, W., *Devozione mariane: una chance pastorale*, en: «Communio» 7 (1978) 84-101. Cf. AMATO, A., *L'Enciclica mariana Redemptoris Mater di Giovanni Paolo II. Problemi e interpretazioni*, en: «Salesianum» 49 (1987) 816.

<sup>348</sup> Cf. BOFF, L., *La resurrección de Cristo. Nuestra resurrección a la muerte*, Santander 1980; FLANAGAN, D., *La escatología y la Asunción*, en: «Concilium» 41 (1969) 135-146.

<sup>349</sup> Cf. SCHOONENBERG, P., *Creo en la vida eterna*, en: «Concilium» 41 (1969) 97-113.

<sup>350</sup> PABLO VI, *Solemnis Professio fidei*, n. 28-29, AAS 60 (1968) 438.

<sup>351</sup> Las ideas de este apartado están tomadas de BASTERO, J. L., *Evolución de la mediación mariana después del C. Vaticano II*, en: «Scripta Theologica» 32 (2000) 135-159.

además, que la dimensión de «la maternidad espiritual» parece haber absorbido todo lo que anteriormente estaba presente bajo las etiquetas de «mediación» y «corredención», siguiendo en ello la «lenta transfusión temática» que se ha operado en la misma teología después de la última guerra»<sup>352</sup>. Bajo las expresiones «función materna», «maternidad espiritual», «misión materna», etc., se engloban todos los aspectos de la asociación de María en la Redención de los hombres. Muchos mariólogos piensan que el Concilio ha querido zanjar los temas controvertidos de la «mediación» y de la «corredención» y, por elevación, los ha asumido en un concepto más amplio, de fácil comprensión y carente de polémica: *la maternidad espiritual de María*<sup>353</sup>.

La doctrina mariana de Pablo VI sigue las pautas marcadas por el Concilio Vaticano II, para ello basta comprobar los contenidos y la

---

<sup>352</sup> SALGADO, J.M., *La Maternité spirituelle de la très sainte Vierge Marie. Bilan actuel*, Ciudad del Vaticano 1990, p. 95. Cfr. IBÁÑEZ, J.—MENDOZA, F., *La Madre del Redentor*, Madrid 1988, pp. 219-225; LLAMERA, M., *María Madre de los hombres y de la Iglesia*, en Enciclopedia Mariana Posconciliar, Madrid 1975, pp. 401-404. Sobre este tema se puede consultar el artículo de BASTERO, J. L., *La doctrina de la Maternidad Espiritual en el siglo XX*, en: AA. VV., *Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la Teología*, Pamplona 1998, pp.425-447.

<sup>353</sup> Tal es la opinión, por ejemplo, de Laurentin quien afirma que el título de Madre es más bíblico, está mejor fundado y es más adecuado que cualquier otro (cf. LAURENTIN, R., *Pétitions internationales pour une définition dogmatique de la médiation et la corédemption*, o.c., p. 441). Galot es de la misma opinión: «Mejor que la mediación, la maternidad espiritual expresa el significado del papel desempeñado actualmente por María en la vida de la humanidad. (...) Esta maternidad es una forma de mediación, pero tal mediación viene precisada, especificada. (...) La maternidad es un vocablo más concreto, lleno de significado para los hombres que tienen la experiencia del afecto y la proximidad de una madre» (GALOT, J., *María: Mediatrice o Madre universale?*. En: «La Civiltà Cattolica» 147 (1996), p. 241). De la misma opinión es la Pontificia Academia Internacional que, por boca de su presidente, el P. Gaspar Calvo, sostiene que «los que contra el sentir y la doctrina de la Iglesia, insisten en proponer la definición de esos otros dogmas sobre la Virgen como corredentora, mediadora y abogada, deben tener muy en cuenta el sentido pleno de la maternidad espiritual de María, en el que ya se incluyen. No necesitan ser formulados en expresiones ambiguas (...) cuando la Iglesia propone como doctrina de fe la maternidad espiritual de nuestra Señora sobre la Iglesia, y, por lo tanto su cooperación materna» (CALVO, G., *La maternidad espiritual de María*, en: «L'Osservatore Romano», 26.IX.1997, p.9).

metodología de la Encíclica *Christi matris*<sup>354</sup> y de las Exhortaciones apostólicas *Signum magnum*<sup>355</sup> y *Marialis cultus*<sup>356</sup>. Más tarde, sin que afecte a nuestro estudio, será Juan Pablo II quien desarrollará la doctrina teológica en perfecta continuidad con las directrices emanadas del Vaticano II. Recupera, aplicado a la misión de María, el término «mediación» desde una perspectiva bíblica, histórico-salvífica, antropológica y eclesial, y pone las bases para un desarrollo coherente y, en cierto modo, original de la doctrina mediacionista.

f) *A modo de síntesis*

Se puede sacar una impresión muy negativa de los últimos años que estamos considerando, teniendo en cuenta la crisis de la teología, en nuestro caso, de la mariología. Se han de aprender esas lecciones para hacer una teología mariana apoyada en bases firmes. Una característica que debe sobresalir, como señala el Concilio Vaticano II, es volver a la Sagrada Escritura y a los Padres. Como afirma un mariólogo: «La mariologia entra chiaramente più di qualsiasi altro trattato teologico nella sfera d'influenza d'un Movimento che s'ispiri al pensiero biblico e patristico; di qui l'aumento in questo campo delle pubblicazioni teologiche a sfondo biblico e patristico. La riflessione mariologica riceve una nuova impronta dal carattere di dato di fatto insito nella rivelazione che, unitamente al carattere di libertà proprio delle divine deliberazioni riguardanti la salvezza, esige un'accettazione rispettosa e umile rifiutando le congetture umane troppo presuntuose ed imprudenti (teologia delle conclusioni)»<sup>357</sup>.

---

<sup>354</sup> PABLO VI, Enc. *Christi matris*, AAS 58 (1966) 745-756.

<sup>355</sup> Exh. *Signum Magnum*, AAS 59 (1967) 465-475.

<sup>356</sup> Exh. *Marialis cultus*, AAS 66 (1974) 113-168.

<sup>357</sup> KOSTER, H-M., *Mariologia nel XX secolo*, en: R. VANDER GUCHT-VORGRIMLER, H. (edd), *Bilancio della teologia del XX secolo*, Roma 1972, p. 138.

Otra característica de la evolución mariológica de nuestra época es la orientación ecuménica; como también indica el autor recién citado: «Aumentano l'interesse e la comprensione tanto per le difficoltà quanto per i punti di contatto nel settore mariologico tra le varie confessioni. E non a caso. Una teologia orientata prevalentemente in senso biblico-patristico s'avvicina automaticamente alla Chiesa orientale, mentre un indirizzo più accentuatamente biblico la porta verso le Chiese riformate»<sup>358</sup>.

La moderna mariología debe realizarse en función de toda la teología. Este hecho no proviene del temor de atribuir a María una importancia desmesurada, sino con la idea de aclarar suficientemente la incomparable grandeza de su figura mediante la síntesis y las referencias a la Virgen en los diferentes tratados dogmáticos esenciales. La mariología deja de ser un catálogo de privilegios en favor de una persona singular centrada en sí misma, para poner en evidencia la existencia y el esencial contenido de otras importantes realidades de la fe. Por eso, habría que subrayar la referencia cristocéntrica de la persona de María, tanto de su misión como de sus dones, así como del culto mariano.

Otra orientación de la mariología es la relación de la Virgen con la Iglesia, que es un modo de expresar la eclesiología. El horizonte es muy amplio, inagotable y de perenne actualidad. La teología mariana, la reflexión creyente sobre María, al decir de San Bernardo, fue *negotium saeculorum*, asunto dignísimo y preocupación constante de los siglos<sup>359</sup>. La Virgen María es un mundo nuevo, singular, maravilloso, como decía el Cardenal De Bérulle, que se debe seguir explorando.

---

<sup>358</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>359</sup> Cf. PL 183, 328.

## CAPÍTULO V: FUNDAMENTOS

Si en el capítulo anterior hemos estudiado el desarrollo de la doctrina mariológica y de la piedad mariana en el siglo XX, como marco general de nuestro estudio sobre las enseñanzas de san Josemaría en esos mismos terrenos, ahora queremos dar un paso sucesivo, acercándonos a su formación teológica mariana. Seguimos, pues, dentro del ámbito contextual de su pensamiento, aunque ya en un entorno más cercano a su persona, y buscamos individuar algunos elementos en su formación, en sus estudios y en sus lecturas que puedan resultar significativos. De nuevo hemos de recordar que, en el momento actual, las fuentes para el estudio de estas cuestiones son muy limitadas, pero a ellas nos atenderemos. Citaremos en cada momento las que hemos manejado en nuestra investigación.

## 1. FORMACIÓN MARIOLÓGICA Y MARIANA PREVIA

### a) Introducción: la teología en los seminarios a comienzos del siglo XX

Los seminarios españoles desde principios del siglo XX hasta el nuevo Concordato de 1953, se vinieron rigiendo más o menos, conforme a las bases del anterior Concordato de 1851 y a la reglamentación de estudios de 1852. En el aspecto académico, se cursaba en todos ellos Latín y Humanidades, Filosofía, Teología y Derecho Canónico. No había un plan igualitario en todos, pero éste se fue regulando poco a poco según iban llegando las nuevas disposiciones de la Santa Sede.

Hasta 1931 funcionaron en España las diez Universidades Pontificias erigidas por la Santa Sede: Toledo, Granada, Valencia, Salamanca, Sevilla, Tarragona, Zaragoza, Santiago, Valladolid y Burgos. Se atenían a la instrucción y a las normas dadas por la Sagrada Congregación de Estudios en 1896 y 1898, donde se señalaban tres años para la Filosofía, los mismos para el Derecho Canónico y cinco para la Teología. Sin embargo, no se logró en un principio dar forma definida y con resultados completamente satisfactorios a estas primeras Universidades. No pasaban, a veces, de ser unos meros estudios de seminario, donde abundaban en demasía los grados académicos, y debido a la pobreza de medios pedagógicos, poco podía hacerse para el desenvolvimiento de las ciencias y de la investigación. Fueron suprimidas como consecuencia de la reforma de los estudios eclesiásticos, llevada a cabo por el Papa Pío XI en la Constitución *Deus Scientiarum Dominus*, de 24-V-1931<sup>360</sup>.

La teología y la formación teológica en los seminarios estuvo muy condicionada por los sucesos políticos de esos años. Predominó la posición antiliberal en el pensamiento teológico, lo que quiere decir que

---

<sup>360</sup> Cf. *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, Madrid 1975, pp. 2428-2429.



se hizo quizá demasiado conservadora preocupándose más de defender que de iluminar. Como consecuencia, fue una teología más bien tradicional, menos constructiva y creadora, y eso se nota en los manuales<sup>361</sup>, más preocupada por transmitir y conservar las verdades, aunque hay algunas excepciones de manuales creadores. Dominaba el escolasticismo y era mirado con escepticismo y recelo el progreso científico<sup>362</sup>.

b) *La formación teológica en el Seminario de Logroño*<sup>363</sup>

La formación académica del Seminario de Logroño comprendía tres niveles: a) *Latinidad*, también llamado a menudo Gramática y Humanidades, que equivalía a la enseñanza primaria y primeros cursos de bachillerato; b) *Filosofía*, que normalmente tenía una duración de tres años y venía a equivaler al resto del bachillerato; y c) *Teología*, inicialmente planteada con una duración de siete años, pero que, desde la Reforma de 1896, duraba cuatro o cinco, según los planes de cada

---

<sup>361</sup> TINEO, P., *La formación teológica en los seminarios españoles (1890-1936)*, en: «Anuario de Historia de la Iglesia» 2 (1993) 45-96. En este trabajo, en las pp. 64-67, se presenta un cuadro de los manuales teológicos manejados en los distintos seminarios. Como resumen, se puede decir cuáles han sido los autores más utilizados. En Dogma aparece PERRONE casi en exclusiva, BILLUART, SANTO TOMÁS; entre los españoles se cuentan, ALIBERCH, CASAJOANA, PUIG y XARRI. En Escritura, JANSSENS y SCHOUPE, WONTERS y algún otro aislado; el español CAMINERO sólo en algunos seminarios. La Moral se estudiaba por GURY, DEL VECCHIO y SCAVINI; en cuanto a los españoles, ALSINA, GALÁN, DÍEZ MARCH. En Historia de la Iglesia, WONTERS, BERTI, ALZOG, POSTET, y entre los españoles, AGUILAR, RIVAS Y PALMA. Como puede verse, la mayoría de los manuales utilizados son extranjeros y la colaboración española es más bien escasa (Cf. CÁRCEL ORTÍ, V., *Estado material, académico y moral de los seminarios españoles durante el siglo XIX*, en: «Seminarios» 26 (1980) 267-275).

<sup>362</sup> VAN STEENBERGHEN, F., *La filosofía neo-escolástica*, en «La teología del siglo XIX», I, Madrid 1973.

<sup>363</sup> Cf. TOLDRÁ, J., *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 6 (1997) 607-674, y la biografía de VÁZQUEZ de PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, vol I, Madrid 1997, pp. 103-120.

seminario. En Logroño fue variable, al compás de las necesidades y según se hiciera más o menos esfuerzo en la formación académica.

El plan de estudios vigente había sido establecido por el Obispo de la diócesis en septiembre de 1914, concretando las directrices generales aconsejadas por la Santa Sede<sup>364</sup>. Era un plan general que admitía diversas variantes, según las circunstancias de cada alumno<sup>365</sup>. Respecto a los profesores, en Logroño ocurría lo que en toda España. Había dos corrientes de opinión entre los formadores sobre el modo de dirigir un seminario: los que hacían más hincapié en una formación científica y doctrinal, y quienes daban prioridad a una sólida disciplina. Ambas opiniones se mezclaban e interrelacionaban y, a menudo, convivían juntas. En estos años, se insistía especialmente en el aspecto disciplinar<sup>366</sup>. Más preocupados por enseñar a vivir las virtudes propias del sacerdote, dentro de un ambiente de solidez doctrinal, los profesores del Seminario no tenían grandes aspiraciones científicas<sup>367</sup>, salvo excepciones como la de Francisco Santamaría Rubio, profesor de Teología Fundamental<sup>368</sup>.

---

<sup>364</sup> Puede encontrarse en el Boletín Ecclo. de 1914, pp.382-387, fechado el 30 de septiembre de este año. Cf. también *Anuario Eclesiástico*, Barcelona 1917, pp. 91-94.

<sup>365</sup> Se aceptaba que muchachos de más edad hicieran la carrera eclesiástica acelerada, con planes de estudios propios y resumidos: era lo que se llamaba la carrera corta o carrera breve. Además de proporcionar una formación académica mediocre, ese tipo de estudios obligaba a introducir distorsiones y variantes en el plan general del propio seminario (cf. BUJANDA, F., *Historia del viejo Seminario de Logroño*, Logroño 1948, p. 158).

<sup>366</sup> Ya el famoso informe de Mons. Antonio Vico, auditor de la Nunciatura, realizado en 1891, había denunciado algunas deficiencias en el estado de personal, además del material, de los seminarios españoles. Cf. «Seminarios», 26 (1980) 277-432. El texto correspondiente a la diócesis de Calahorra se encuentra en las pp. 294-296.

<sup>367</sup> Cf. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, tomo IV, voz *Seminarios*, p. 2428.

<sup>368</sup> Nació en diciembre de 1888. Cursó sus estudios eclesiásticos en Logroño y Comillas, donde alcanzó la Licenciatura en Teología. Después de ordenarse sacerdote en 1912, obtuvo plaza de profesor del Seminario, por oposición, en la asignatura de Lugares Teológicos (Teología Fundamental) en 1915. También enseñaba Retórica, Poética, Historia Universal y Geografía en los cursos de Latinidad.

La enseñanza se centraba en el estudio repetido de un texto o manual, basándose mucho en el empleo y ejercicio de la memoria. Se citaba, a veces, un aforismo latino que resumía muy bien lo que se pretendía: *timeo hominem unius libri*, el hombre de un solo libro es terrible; y la explicación era clara: porque si ese único libro lo había estudiado bien, tenía una mente sólidamente formada y sería difícil hacerle vacilar. Sin embargo, ese aforismo y esa mentalidad indican no muy largos alcances, y su eficacia puede ser demoledora si llegara a dominar dentro de una institución educativa.

San Josemaría inició a finales de noviembre de 1918 sus estudios teológicos en el Seminario de Logroño. Tuvo que realizar un examen para convalidar los estudios de bachillerato y acceder directamente a 1º de Teología, práctica que era bastante corriente en otros casos similares, y que de esa forma, evitaba que el candidato se inscribiera en un curso con alumnos más jóvenes<sup>369</sup>. Durante dos cursos permaneció en régimen de alumno externo del Seminario y completó todas las asignaturas correspondientes al primer año de Teología. En ese curso la enseñanza era impartida fundamentalmente, aunque no de modo exclusivo, por tres profesores —Gregorio Lanz Alvarez<sup>370</sup>, Pablo Lorente Ibáñez<sup>371</sup> y Francisco Santamaría Rubio—, que se repartían las explicaciones de las siete asignaturas<sup>372</sup>, con un total de 23 horas

---

<sup>369</sup> TOLDRÁ, J., *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, o.c., 645-647.

<sup>370</sup> Nacido en 1871, ordenado sacerdote en 1895. Doctor en Teología, enseñaban Historia Eclesiástica, Francés y Sociología. Durante años fue profesor de Latín, Griego y Hebreo.

<sup>371</sup> Profesor de Arqueología, Derecho Español y Teología Pastoral. Nació el 1860. Tenía el Doctorado en Teología. Había sido capellán del colegio de los Maristas. Era canónigo en La Redonda y vocal de la Junta de Caridad Logroñesa. Cf. BUJANDA, F., o.c., p. 160. Boletín Ecclo. 1911, p. 478, 1918.p.12. A su larga experiencia como profesor —lo era desde noviembre de 1887— y había enseñado diversas asignaturas de Teología. Como docente, tenía fama de ser un fiel cumplidor de su deber, con mayor preocupación por la pedagogía y claridad en sus explicaciones que por la investigación.

<sup>372</sup> La Historia Eclesiástica, con seis horas semanales; Sociología (lecciones y comentarios acerca de la Doctrina Social de la Iglesia, ciencia que resultaba novedosa y se encontraba en sus inicios), con tres horas de clases semanales; Francés, con otras tres horas

semanales de clase. Al finalizar ese primer curso de estancia en el Seminario (junio 1919), Josemaría se presentó a examen de seis asignaturas de las siete antes indicadas. Obtuvo sobresaliente (*meritissimus*) en cinco de ellas, y en Teología Pastoral consiguió un *benemeritus*.

En el segundo año de su estancia en el Seminario, Josemaría obtuvo sobresaliente (*meritissimus*) en la Teología Fundamental de Francisco Santamaría, que es la única asignatura con validez académica que realizó ese curso. Para terminar este apartado sobre la estancia de san Josemaría en el Seminario de Logroño, menciono dos libros, que han podido enriquecer la formación doctrinal y espiritual del Santo. Uno, *Meditaciones espirituales* del Padre Garzón<sup>373</sup>, que se leía normalmente en la oración en la capilla con la que comenzaba la jornada en el seminario. Otra era el clásico *Ejercicio de Perfección* de Alonso Rodríguez, S.J.<sup>374</sup>, con la que se hacía la lectura espiritual en común.

Según Toldrá, para Josemaría Escrivá, estos «dos años en el Seminario de Logroño, además de iniciarle en el estudio de la Teología y de ayudarle a consolidar su vida espiritual, debieron de convencerle de haber escogido bien el camino, al menos en sus líneas generales. Simultáneamente debió de sentir la necesidad de poner en práctica el

---

semanales; Arqueología, a la que también se dedicaban tres horas semanales; Teología Pastoral y Ascética, con una hora a la semana; Derecho Español en sus relaciones con la Iglesia con dos horas semanales; y Teología Fundamental, o Lugares Teológicos, con cinco horas.

<sup>373</sup> GARZÓN S.J., F. P., (Granada 1850-Madrid 1919), fue muy conocido por su obra en tres volúmenes, *Meditaciones espirituales*, publicada en Madrid, en 1900, como una adaptación de las del P. La Puente. Fundó en Madrid el Apostolado de la Prensa. (Cf. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, tomo II, voz *Garzón*, p. 979).

<sup>374</sup> RODRÍGUEZ, S.J., A., *Ejercicio de Perfección y virtudes cristianas* (1609), 3 vols. Se han hecho 424 ediciones en 23 idiomas (cfr. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, tomo IV, pp. 2101-2102).

consejo de su padre de estudiar Derecho: de esta manera estaría aún mejor preparado, para lo que Dios le pudiera pedir»<sup>375</sup>.

c) *La formación recibida en el Seminario de Zaragoza*<sup>376</sup>

El Seminario Conciliar de Zaragoza fue fundado por el arzobispo D. Agustín de Lezo y Palomeque el 1 de mayo de 1788. Desde esa fecha, estaba establecido, por expreso deseo del Rey, que los alumnos del Seminario que cursarán estudios de Filosofía, Teología y Derecho Canónico quedaran incorporados a la Universidad y pudieran obtener los grados académicos propios de cada Facultad. Así funcionó hasta el día que la Universidad de Zaragoza se despojó de sus estudios eclesiásticos, en 1845. En 1897, el Seminario de Zaragoza fue elevado al rango de Universidad Pontificia: se erigieron las Facultades de Teología, Derecho Canónico y Filosofía. Desde ese año los planes de estudios están perfectamente detallados, especificándose, además de las materias, el número de clases para cada una, y los libros de texto. Así continuarán, sin modificaciones sustanciales, excepto en los libros de texto, hasta la supresión de las Universidades Pontificias españolas en 1933.

Desde el punto de vista metodológico y de nivel de exigencia en el Seminario Conciliar de Zaragoza, puede decirse que los manuales de estudio eran bastante buenos, pero que en cambio, por parte de los profesores era escasa su aportación en las explicaciones. La praxis habitual era explicar poco, señalar capítulos o lecciones para que los

---

<sup>375</sup> TOLDRÁ, J. *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, o.c., pp. 673-674.

<sup>376</sup> Cf. HERRANDO, R., *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Madrid 2002; VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, vol I, Madrid 1997, p. 121-188; TINEO, P., *La formación teológica en los seminarios españoles (1890-1936)*, o.c., p. 80-92. SANZ, J., *El Seminario de Zaragoza. Ayer. Hoy. Mañana. Notas históricas*, Zaragoza 1945; MARTÍN HERNÁNDEZ, F., *El Seminario de Zaragoza, 200 años de historia (1788-1988)*, Zaragoza 1988.

alumnos los estudiaran, y hicieran preguntas en la clase siguiente. En esas preguntas solían intervenir uno o dos alumnos por clase y, a veces, con ocasión de la intervención del alumno, añadía el profesor alguna explicación o ponía alguna objeción que el alumno debía replicar y resolver. Tanto la exposición de los profesores como las intervenciones de los alumnos se hacían en latín para las asignaturas de Teología Fundamental y Dogmática; en el resto de las materias, se hacían en castellano.

En 1920, Josemaría Escrivá trasladó su matrícula a la Universidad Pontificia de Zaragoza, a la que se incorporó el 28 de septiembre para estudiar el 2º curso de Teología. Además de la razón fundamental de poder estudiar Derecho, había otros motivos que influyeron en Josemaría para su traslado a la capital aragonesa: Zaragoza era la ciudad universitaria más cercana a Logroño y podría realizar los estudios de Teología en una Universidad Pontificia, con un mayor nivel académico<sup>377</sup>. La autoridad eclesiástica puso dificultades para que estudiara Derecho en la universidad civil al mismo tiempo que cursaba Sagrada Teología. Hay que tener en cuenta que, en el anterior mes de marzo, se había publicado en el Boletín Eclesiástico Oficial de la Archidiócesis un decreto de la Sagrada Congregación Consistorial — promulgado dos años antes—, en el que se establecían los criterios y normas por lo cuales se determinaba la asistencia de los clérigos a las universidades civiles<sup>378</sup>. El requisito principal era la licencia o beneplácito del Ordinario, al cual se le recomendaba que sólo autorizase a hacer estudios civiles a aquellos clérigos que hubieran recibido ya la ordenación presbiteral. Probablemente debieron aconsejar a Josemaría en este sentido, o él consideró mejor no pedir un permiso que supusiese una excepción o privilegio. Si no se podían simultanear los estudios eclesiásticos con la carrera civil, era más lógico matricularse en la

---

<sup>377</sup> HERRANDO, R., *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, o.c., p.28.

<sup>378</sup> *Boletín Eclesiástico Oficial de la Archidiócesis de Zaragoza*, núm. 5, 11-III-1920, pp. 134-135.

Universidad Pontificia en la condición de alumno interno de uno de los Seminarios que la Archidiócesis tenía en Zaragoza. Optó por el Seminario de San Francisco de Paula. Desde allí se dirigiría cada día al Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio para cursar sus estudios.

Josemaría Escrivá en su primer año de Seminario en Zaragoza, cursó nueve asignaturas: cinco correspondían al 2º año de Teología, dos que correspondían a 1º de Teología, y otras dos eran de Humanidades<sup>379</sup>. En el curso siguiente 1921-1922, Josemaría estaba matriculado ya únicamente en las asignaturas correspondientes a 3º Teología<sup>380</sup>. En el curso 1922-1923, Josemaría estaba matriculado en 4º de Teología<sup>381</sup>. Y en el curso 1923-1924, Josemaría realizó sus últimos exámenes el día 4 de junio de 1924<sup>382</sup>. Esa misma noche empezó los Ejercicios Espirituales previos al Subdiaconado.

En la época a que nos referimos, la Mariología no era considerada como una asignatura *a se*. Se estudiaba dentro del tratado «*De Incarnatione et Gratia*», disciplina incluida dentro de la Teología Dogmática. En el Seminario Conciliar, el profesor de Teología Dogmática era Manuel

---

<sup>379</sup> Los resultados fueron los siguientes: 1º de Teología: Introductio in S. Scripturam: Meritissimus; Exegesis Novi Testamenti: Meritissimus; 2º de Teología: De Incarnatione et Gratia: Meritissimus; De Actibus et Virtutibus: Benemeritus; Oratoria Sagrada: Meritissimus; Patrología: Meritissimus; Liturgia: Meritissimus; 4º de Latín: Lingua Graeca: Meritus; Lingua Hebraica: Meritus.

<sup>380</sup> Los resultados fueron: De Deo Creante: Meritissimus; Theologia Moralis (Praecep.): Meritissimus; De re sacramentaria: Benemeritus; Theologia Pastoralis: Meritissimus.

<sup>381</sup> Obtuvo los siguientes resultados: Exegesis Veteris Testam: Meritissimus; De Deo Uno et Trino: Meritissimus; Theol. Moralis Sacramentalis: Meritissimus; Paedagogia Catechetica: Meritissimus.

<sup>382</sup> Calificaciones: Disquisitiones Theologicae: Meritissimus; Institutiones Canonicae: Meritissimus; Casus Conscientiae: Meritissimus.

Pérez Aznar<sup>383</sup>. Para sus explicaciones, seguía el tratado de Aloisius-Adolfus Paquet *Disputationes Theologicae seu Commentaria in Summam Theologicam D. Thomae De Incarnatione Verbi (III QQ.I-LIX)*<sup>384</sup>. El libro seguía un esquema mariológico que dividía en ocho *quaestiones*: De B.V. Mariae sanctificatione; De virginitate et desponsatione B. Mariae; De B.M. Virginis annuntiatione; De maternitate divina; De summa B. Virginis perfectione; De assumptione et gloria B.M. Virginis; De mediatione B.M. Virginis; De cultu B. Virginis Mariae<sup>385</sup>. Explicó la asignatura *De Verbo Incarnato et Gratia* a Josemaría Escrivá, concediéndole un *Meritissimus* al concluir los exámenes<sup>386</sup>.

Josemaría realizó los estudios de Teología de acuerdo con la metodología de la época y con brillantez. A la par del crecimiento espiritual se produjo una paralela maduración cultural e intelectual. A través del estudio de las asignaturas de Teología y de Derecho, daba cauce a sus inquietudes intelectuales por medio de la lectura y de la creación literaria. Leía mucho, sobre todo, autores clásicos de literatura o espiritualidad. Señala Ocáriz que «en la documentación conservada en el Seminario Metropolitano de Zaragoza, tenemos noticia precisa y detallada de su aprovechamiento en los estudios: prácticamente en todas las materias. Sin descender a detalles, pienso que puede afirmarse que la enseñanza de la Teología, en aquel lugar y en aquellos años, era de buen

---

<sup>383</sup> Tendría unos 60 años. Doctor en Teología por Zaragoza; profesor de Teología Dogmática. Sus alumnos recuerdan que sus explicaciones eran densas y buenas. Muy tomista.

<sup>384</sup> El ejemplar que he consultado está editado en 1906. Como en algunos años el Paquet escaseó, se utilizó en su lugar como texto el de Horatius MAZZELA, *Praelectiones Scholastico-dogmaticae*, Torino: SEI, 1914. No se ha podido precisar cuál de los dos utilizó Josemaría. (cf. R. HERRANDO, o.c., p. 148, nota 101).

<sup>385</sup> El método de exposición es el clásico en las "*Summae*", hay una presentación del tema, con una conclusión, que trata de probar con la Sagrada Escritura, la Tradición (Litúrgica y Padres), algunos autores, razones, luego viene las objeciones y las soluciones. El libro de Mazella sigue un esquema semejante.

<sup>386</sup> Cf. RIESTRA, J.A., *La Maternità spirituale di Maria nell'esperienza mariana di San Josemaria Escrivá*, «Annales teologici» 16 (2002) 475-476.



nivel, sobre todo en razón de la bibliografía en uso, que permitía a los alumnos más aplicados alcanzar un buen conocimiento de las instituciones teológicas. Por otra parte, ya en esos años, Josemaría Escrivá se interesó muy especialmente por la lectura directa y la meditación asidua de los grandes autores de la Teología espiritual, sobre todo los del Siglo de Oro de la mística española (...). Sin embargo, nunca concibió la Teología como materia de una simple preparación académica, que se comienza, se termina y quizá se actualiza después más o menos, sino como una dimensión de la existencia cristiana. A partir de su propia experiencia personal, podía decir dirigiéndose a los fieles cristianos en general, y no sólo a los sacerdotes: «cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología»<sup>387</sup>.

## 2. ESTUDIO Y MEDITACIÓN PERSONAL DE LA DOCTRINA REVELADA

El pensamiento de san Josemaría se sitúa dentro de la gran tradición cristiana. Sólo desde esta óptica se puede comprender en profundidad su mensaje, en cuanto representa la continuidad y la originalidad de toda nueva lectura del misterio cristiano. Como le gustaba repetir, su propuesta es «antigua como el Evangelio, y como el Evangelio nueva».

Siguiendo nuestra investigación sobre el *humus* mariológico y mariano presente en sus obras y enseñanzas, tenemos que detenernos en la fuente más importante de su doctrina, que es lógicamente la Sagrada Escritura. Como ha escrito Garofalo, «fuera de la Sagrada Escritura, frecuentemente citada, no nos parece posible en absoluto hablar de

---

<sup>387</sup> OCÁRIZ, F., *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y la Teología*, en: «Scripta Theologica» 26 (1994/3) 978. La cita de San Josemaría corresponde a *Es Cristo que pasa*, 10.

verdaderas y propias fuentes de esta espiritualidad»<sup>388</sup>. Nos fijaremos ahora someramente<sup>389</sup> en este aspecto, para pasar luego al uso de los textos patrísticos y litúrgicos, y terminaremos el parágrafo hipotizando sobre algunos autores espirituales que san Josemaría hubiera podido leer.

El profesor Casciaro se inclina a pensar que Josemaría Escrivá aprendió a leer la Escritura fundamentalmente en la Escritura misma<sup>390</sup>. Parece que no se puede especificar sus verdaderas y propias «fuentes», si bien esta afirmación necesita ser matizada en estudios posteriores, ya que, al mismo tiempo, se mueve dentro de toda la Tradición cristiana. En cualquier caso, es notoria la originalidad con que el Santo se introduce en el texto sagrado, apropiandoselo y aplicándolo a sus propias circunstancias personales y a las de sus oyentes. Es evidente que el género homilético y de predicación, que es el de los escritos de san Josemaría, no es el lugar adecuado para hipótesis científicas, sino para estimular la vida espiritual, la práctica de las virtudes cristianas y el ejercicio de las obligaciones profesionales o familiares de las personas que le escuchaban. Por esta razón, en sus homilías y otros escritos espirituales no se encuentran referencias a estudios científicos acerca de la Sagrada Escritura, sino a los Padres y escritores espirituales clásicos y recientes en su tiempo<sup>391</sup>.

Fomentó la lectura de la Sagrada Escritura como medio eficaz para conocer a Jesucristo. Ya desde el inicio de su labor pastoral distribuía

---

<sup>388</sup> Cf. FABRO, C.—GAROFALO, S.—RASCHINI, M. A., *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1993, p. 142.

<sup>389</sup> En el último capítulo de la tesis será tratado este aspecto con más profundidad.

<sup>390</sup> CASCIARO, J. M., *La «lectura» de la Biblia en los escritos y en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: «Scripta Theologica» 34 (2002) 133-167.

<sup>391</sup> Aparte de las referencias de Santos Padres y Liturgia, en los escritos de Escrivá hay alusiones, por ejemplo, a SAN IGNACIO DE LOYOLA (*Ejercicios espirituales*), J.B. CHAUTARD (*El alma de todo apostolado*), SANTA TERESA DE LISIEUX (*Historia de un alma*), etc. Sabemos que leyó con asiduidad *La Imitación de Cristo*, de T. KEMPIS; o la *Historia de la Pasión* del P. LUIS DE LA PALMA.

ejemplares del Nuevo Testamento<sup>392</sup>. Con su palabra y su ejemplo exhorta a amar y a venerar la Sagrada Escritura. Gran parte de su predicación se basaba en la lectura y en el comentario del Santo Evangelio. Desde el principio, en las reuniones de formación que tenía con toda clase de personas, comenzaba, tras una invocación al Espíritu Santo, leyendo un texto bíblico, normalmente de la liturgia del día y comentándolo brevemente con palabras incisivas<sup>393</sup>. Cualquiera de las Homilias —y del resto de las obras— del Santo está cuajada de citas bíblicas, más frecuentes las del Nuevo Testamento. Este dato que salta a la vista, manifiesta que el autor leía con asiduidad la Sagrada Escritura y procuraba alimentar en ella el bagaje de su enseñanza.

Característica de la predicación del Santo es la «inmersión» en el texto sagrado, como señala Garofalo, al decir que: «Mons. Escrivá 'entra' y 'hace entrar' en el Evangelio, que adquiere así la necesaria y convincente dimensión formativa, al mismo tiempo que introduce al conocimiento del misterio de Cristo y a la comunión con Él»<sup>394</sup>. Lee la Biblia desde las coordenadas que proporcionan los carismas fundacionales de la Obra que el Señor le ha encomendado. Lo que busca en la Sagrada Escritura es «beber las palabras del Maestro», conocer más a Dios y a su Hijo Jesucristo, entrar en conversación con Él, amarle y poner por obra, en su vida y en las de quienes le sigan, el camino concreto de santificación cristiana que le ha sido mostrado. No sólo los Evangelios y el Nuevo Testamento, sino también el Antiguo es con frecuencia el punto de partida de su oración y su predicación.

Si en la lectura que hace de los textos bíblicos quisiéramos encontrar un «método», éste sería el que él mismo condensa en el sintagma «como un personaje más»<sup>395</sup>. En esa expresión se sintetiza lo que podríamos

---

<sup>392</sup> Cf., por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, 14 y 107; *Camino*, 2 y 382.

<sup>393</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, I, p. 139.

<sup>394</sup> Cf. FABRO-GAROFALO-RASCHINI, *Santos en el mundo*, o.c., p. 142.

<sup>395</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 31.

llamar la clave de lectura del Evangelio, y aun de toda la S. Escritura<sup>396</sup>. Una cosa queda clara en su enseñanza: lo más importante en los textos sagrados es la búsqueda, a través de ellos, del mismo Cristo Jesús, hasta encontrarlo<sup>397</sup>. Jesucristo es lo único verdaderamente importante, vivir cerca de Él, para ir transformando la existencia de cada uno en un trasunto de su vida<sup>398</sup>. La lectura meditada del texto sagrado, enseñará, va guiándonos en la búsqueda del Hijo del hombre, nos facilita conocerle mejor y nos acerca a amarle con fuerzas renovadas. La razón teológica es patente: Jesucristo es el camino hacia el Padre, el acercamiento al insondable misterio de Dios<sup>399</sup>. El detenimiento en la vida oculta de Nuestro Señor es un elemento peculiar de su espíritu.

Pasando a otro aspecto, si ya en escritos de primera hora es posible percibir la estima del Santo por los primitivos escritores cristianos, será sobre todo en sus homilías donde se puede apreciar su conocimiento de la doctrina patristica. No sólo se trata de una estima por los Padres, que se traduzca en simple admiración de sus escritos, sino que les concede una autoridad y actualidad que supera los límites de la época patristica. La palabra de un Padre de la Iglesia es la de un maestro, ante la que se debe adoptar una actitud de discípulo, deseoso de acoger plenamente el mensaje que ella nos transmite<sup>400</sup>.

La Iglesia, y en ella lo aprende san Josemaría, lee también la Escritura en la tradición litúrgica. Todo acto litúrgico es celebración de la Palabra de Dios y todo texto litúrgico —fruto de la tradición que le precede— está henchido también de referencias bíblicas. Al leer las Homilías de san Josemaría inmediatamente se percibe el detenimiento con que utiliza los textos del Misal y de la Liturgia de las horas. Asiduo lector de la

---

<sup>396</sup> GAROFALO, S., en *Santos en el mundo*, o.c., p. 143.

<sup>397</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 107.

<sup>398</sup> Cf. *Amigos de Dios*, 300.

<sup>399</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 299.

<sup>400</sup> Cf. RAMOS-LISSÓN, D., *El uso de los loci patristicos en las Homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: «Anuario de Historia de la Iglesia» 2 (1993) 17-28.

Escritura, de los Santos Padres y de los teólogos eminentes, sus Homilias –basadas muchas veces en los textos litúrgicos del día– reflejan también el uso de la Liturgia de las horas y del Misal<sup>401</sup>.

San Josemaría –y con estas ideas esbozamos otro interesante tema, complementario con los anteriores– aconsejaba a las personas que dirigía, con la seguridad de una experiencia espiritual viva, la eficacia práctica de la lectura espiritual. Dejó escrito en Camino: *No dejes tu lección espiritual. –La lectura ha hecho muchos santos*<sup>402</sup>. Como refiere Mons. Álvaro del Portillo: «Leía a diario algunas páginas –un capítulo– de la Escritura, en particular del Nuevo Testamento, y hacía la lectura espiritual preferentemente con obras de los Padres y Doctores de la Iglesia. Era raro el día en que no se detuviese al terminar para anotar expresiones o ideas que le habían impresionado: signo no sólo de la atención con que hacía esta práctica de piedad, sino sobre todo de la importancia que le concedía»<sup>403</sup>. También Mons. Javier Echevarría recuerda que: «Muchas veces perdiendo sueño, y otras, aprovechando retazos de tiempo –por ejemplo, esos diez minutos que median quizá entre una ocupación y la siguiente–, no abandonó la lectura de los autores clásicos y de los libros de ciencias religiosas. Fue un gran apasionado de los tratados de Teología dogmática. También le atraía la

---

<sup>401</sup> Siendo la Biblia esencialmente un libro religioso, un libro apto para el culto, es evidente que la liturgia sea el vehículo más apto de transmisión, entendiendo la liturgia más como momento de oración que como simples ritos externos. En alguna ocasión el Santo expresó cómo la liturgia era el medio de contemplación de la Escritura (cf. *Es Cristo que pasa*, 163). Del registro de la memoria, de la inteligencia y del corazón del san Josemaría brotan sus citas de los Padres y de la Liturgia, no como referencias eruditas, sino con la connaturalidad de alimentarse de la misma fuente para darla a beber a sus oyentes o lectores. Cf. AUSÍN, S., *La lectura de la Biblia en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: «Scripta Theologica» 15 (1993) 191-219.

<sup>402</sup> Camino, n. 116.

<sup>403</sup> DEL PORTILLO, A., *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1993, p.53.

Patrística, que conocía desde muy joven y que tanto empleaba en sus enseñanzas»<sup>404</sup>.

Resulta difícil, sin embargo, precisar en el actual estado de las investigaciones históricas sobre san Josemaría, qué libros de lectura espiritual han supuesto una aportación a su saber mariológico. Para él la doctrina teológica sobre la Virgen estaba íntimamente relacionada con la cristología, la soteriología, la eclesiología, etc., que contribuyen a perfilar el papel de María en la obra de la salvación. El tema queda abierto a futuras investigaciones históricas, que ahora están comenzando a florecer.

### 3. CONOCIMIENTO Y USO DE LA SAGRADA ESCRITURA

Como hemos indicado, san Josemaría mostró desde los años de estudiante en los Seminarios de Logroño y Zaragoza, un interés especial por el estudio de la Sagrada Escritura<sup>405</sup>. Cursó las asignaturas de Sagrada Escritura con excelente aprovechamiento. En su expediente académico en el Seminario Metropolitano de Zaragoza constan la notas de *Meritissimus* —la máxima calificación— en las tres asignaturas que

---

<sup>404</sup> ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000, p. 95. Se refiere asimismo Mons. Echevarría a la actitud activa de san Josemaría en las ratos de lectura, que luego alimentaban su predicación oral y escrita: «Además, se repetía frecuentemente esta escena: al terminar, anotaba los versículos o textos que más le habían removido durante la lectura. Nos aconsejaba que procediésemos así, cuando alguna frase nos llamara la atención; que no nos dejásemos llevar por la comodidad o por una falsa interpretación del aprovechamiento del tiempo, retrasando tomar esas notas. Y puntualizaba que era mejor hacerlo inmediatamente, para conservar aquello que el Señor había puesto en nuestras almas: además de servir a la propia vida interior, podía ser una luz para la predicación o la actividad sacerdotal» (*ibid.*, p. 245).

<sup>405</sup> Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, I, Apéndice IX, pp. 610-611.

entonces se impartían en el dicho Centro<sup>406</sup>: Introducción a la Sagrada Escritura, Exégesis del Nuevo Testamento y Exégesis del Antiguo Testamento, cursadas entre los años 1920-1923. Se requeriría una indagación para saber cómo se enseñaban, dato que se desconoce.

Por aquellos años, en la Iglesia Católica se aspiraba a una renovación general de los estudios bíblicos, iniciada con la Encíclica *Providentissimus Deus*, del Papa León XIII (1893) y con la creación de la Pontificia Comisión Bíblica (1902). A estas iniciativas habían seguido las cartas apostólicas *Quoniam in re biblica*, de San Pío X sobre la enseñanza de la Sagrada Escritura en los Seminarios (1906), y *Vinea electa*, por la que se funda el Pontificio Instituto Bíblico de Roma (1909). San Josemaría, en el periodo de seminario, conoce la publicación de la Encíclica *Spiritus Paraclitus* de Benedicto XV (1920). Pero el movimiento bíblico llegó a España con retraso; los manuales de aquellos años tienen poco que ver con el modo de leer la Escritura que presenta el joven sacerdote ya desde sus primeras predicaciones. A partir de 1925 se comienza a apreciar un despliegue de los estudios bíblicos en España. Se refleja desde luego en la bibliografía, cada vez más abundante y especializada, y en la aparición del «movimiento bíblico». Entre el clero se fue extendiendo la afición por el estudio científico de la Biblia. Este punto bien requeriría una valoración de cómo y en qué medida se llevó a la práctica, y una indagación específica de las lecturas y estudios de san Josemaría en los años que precedieron y siguieron a su ordenación sacerdotal, en 1925.

Los dones sobrenaturales que durante años le fueron preparando para la misión divina que se le manifestó el 2 de octubre de 1928, impulsaron a Josemaría Escrivá a buscar en la Sagrada Escritura el fundamento de lo que Dios le pedía. Observa Garofalo que: «el Fundador se ha apresurado a comprobar directamente en el Evangelio la autenticidad de su

---

<sup>406</sup> Las clases para los alumnos del Seminario eran impartidas en la Universidad Pontificia de Zaragoza, que existió de 1897 a 1933.

inspiración»<sup>407</sup>. San Josemaría no cita los pasajes bíblicos como meras referencias en apoyo de lo que dice, como 'argumento de Escritura'. Los textos sagrados son para él punto de partida. Sólo los cita después de haberlos meditado, y haberlos incorporado a su vida<sup>408</sup>. La Biblia le resulta familiar. Viene a ser, de este modo, un testimonio de que el lenguaje de la Biblia está, como diría Pablo VI, en la base del lenguaje de la Iglesia<sup>409</sup>. Con ese bagaje de cultura bíblico-ecclesial, el Fundador del Opus Dei aborda el texto sacro, que venera con devoción. La Palabra de Dios constituye el lugar de referencia preferido en su piedad personal y el camino privilegiado —junto con el trato entrañable de la Sagrada Eucaristía—, para acceder a Jesucristo, a María y a José<sup>410</sup>.

La lectura meditada de los Libros sagrados constituyen para él una cuestión de vida interior y de celo apostólico. Precisamente su vida de fe, o vida en la fe, le hace de alguna manera connatural con el texto sagrado, le acerca al acontecimiento narrado en la Escritura y, a través de ésta, a su mismo Autor principal. Su clave hermenéutica —ya lo hemos indicado— es ser «como un personaje más» en esos relatos. Aunque esa disposición tenga raíces en la literatura exegética cristiana, ofrece en él trazos característicos como fruto de su personal vida de oración, de su meditación, de su actitud de escucha —obediencia— a la Palabra de Dios. Cabría aplicarle lo que ha escrito la Pontificia Comisión Bíblica: «Ya en la Biblia misma (...) se puede constatar la práctica de la actualización: textos más antiguos son releídos a la luz de circunstancias nuevas y aplicados a la situación presente del Pueblo de Dios (...). La actualización es necesaria porque, aunque el mensaje de la Biblia tenga su valor duradero, sus textos han sido elaborados en función de circunstancias pasadas y en un lenguaje condicionado por diversas

---

<sup>407</sup> Cf. FABRO-GAROFALO-RASCHINI, *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, o.c., p. 141-142.

<sup>408</sup> Cf. DEL PORTILLO, A., *Presentación*, en *Es Cristo que pasa*, pp. 12-13.

<sup>409</sup> Cf. PABLO VI, *Discursus traductoribus e libris liturgicis in vernacula lingua*, 10.XI.1965, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. 3, 1965.

<sup>410</sup> Cf. *Camino*, n. 87.



épocas. Para manifestar el alcance que ellos tienen para los hombres y las mujeres de hoy, es necesario aplicar su mensaje a las circunstancias presentes y expresarlo en un lenguaje adaptado a la época actual»<sup>411</sup>.

Si, como ha enseñado el Concilio Vaticano II, para hallar el verdadero sentido de la Sagrada Escritura hay que leerla con el mismo Espíritu con que se escribió<sup>412</sup>, el lector debe poner empeño en alcanzar la sintonía con el Espíritu de la Verdad que inspiró a los hagiógrafos y que le ayudará a encontrar «la verdad que Dios quiso consignar en las Sagradas Letras para nuestra salvación»<sup>413</sup>. Es entonces cuando el escrito sagrado deja de ser un documento meramente histórico, para interpelarnos como Palabra viva de Dios, que sugiere o manda, prohíbe o reprocha, hace gozar y sufrir, exige y tranquiliza<sup>414</sup>. De este modo, la Escritura se hace vida nuestra, porque percibimos en ella la voz de Dios, que se dirige personalmente a nosotros.

San Josemaría se inserta en este dinamismo de inmersión y de actualización del texto sagrado. Lo muestra con claridad, por mencionar un ejemplo, lo que escribe en *Santo Rosario*:

«No olvides, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración.

Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... —Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena:

El Arcángel dice su embajada... *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* — ¿De qué modo se hará esto si no conozco varón? (Luc., I, 34.)

---

<sup>411</sup> PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Roma: Libreria Editrice Vaticana, 1993. pp. 106-107.

<sup>412</sup> Cf. Const. dog. *Dei Verbum*, 12.

<sup>413</sup> Cf. *Ibidem*, 11.

<sup>414</sup> Cf. CASCIARO, J. M., *La 'lectura' de la Biblia en los escritos y en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: «Scripta Theologica» 34 (2002) 143.

La voz de nuestra Madre agolpa en mi memoria, por contraste, todas las impurezas de los hombres..., las mías también.

Y ¡cómo odio entonces esas bajas miserias de la tierra!... ¡Qué propósitos!

*Fiat mihi secundum verbum tuum.* —Hágase en mí según tu palabra. (Luc., I, 38.) Al encanto de estas palabras virginales el Verbo se hizo carne.

Va a terminar la primera decena... Aún tengo tiempo de decir a mi Dios, antes que mortal alguno: Jesús, te amo»<sup>415</sup>.

Estamos, como hemos indicado, ante una inmersión en el relato evangélico. La lectura no se para en el recuerdo meramente histórico, sino que se presencializa: invita al oyente a entrar en el texto sagrado. San Josemaría invita a ser «un personaje más»; la escena no es vista desde fuera, sino que se ha producido una verdadera entrada en ella; ya no se contempla, sino que se está «dentro», se experimenta de algún modo, se participa, se vive. Como éste, se podrían poner tantos otros ejemplos.

Aunque a san Josemaría no le interesaba ser tenido como un autor de espiritualidad, pues se sentía sencillamente como un pastor de almas, entregado a su misión eclesial<sup>416</sup>, no obstante, su obra escrita contribuye a fortalecer el empeño de la Iglesia durante el siglo XX por abrir el Libro sagrado a todos los cristianos, conectando con la gran tradición patrística. A continuación presentamos unas tablas que ofrecen el análisis escriturístico de los principales escritos marianos de San Josemaría, con un breve comentario. Relacionamos las citas bíblicas, indicando con un número con asterisco el texto del que se ha sido tomado:

1*	<i>Santo Rosario</i> , Rialp, Madrid 1977 (1 edic., 1934).
2*	<i>Por María hacia Jesús</i> , en <i>Es Cristo que pasa</i> , Rialp, Madrid 1973, nn. 139-149. Fecha: 4-V-1957.

<sup>415</sup> *Santo Rosario*, primer Misterio gozoso.

<sup>416</sup> Cf. DEL PORTILLO, A., *Presentación*, en *Amigos de Dios*, p. 12.

3*	<i>La Virgen, causa de nuestra alegría</i> , en <i>Es Cristo que pasa</i> , Rialp, Madrid 1973, nn. 171-178. Fecha: 15-VIII-1961.
4*	<i>Madre Dios, Madre nuestra</i> , en <i>Amigos de Dios</i> , Rialp, Madrid 1977, nn. 274-293. Fecha: 11-X-1964.
5*	La Virgen del Pilar, en <i>Libro de Aragón</i> , Zaragoza 1976.

Hemos recogido todas las citas y las referencias de citas (cfr.), aunque en algún caso se repitan porque pueden servir para señalar algún aspecto importante.

Textos del Antiguo Testamento:

	1*	2*	3*	4*	5*
Génesis					<i>Gen III, 15</i>
I Reyes			<i>1 Reg III, 5</i>		
Salmos	<i>Ps CXLII, 8</i>	<i>Ps XXII, 1-4</i>	<i>Ps XLII, 2</i> <i>Ps XLIV, 12-14</i> <i>Ps XCIX, 2</i>		
Cantar de los de Cantares	<i>Cant IV, 7, 12 y 8</i>			<i>Cant III, 1</i> <i>Cant III, 4</i>	
Eclesiástico				<i>Ecclo XXIV, 23</i> <i>Ecclo XXIV, 24</i> <i>Ecclo XXIV, 25</i>	
Isaías	<i>Is LIII, 12</i>	Cf. <i>Is XLIII</i>			<i>Is VII, 14</i>
Jeremías	<i>Jer IX, 8</i>				

La contemplación de la figura de María en el Antiguo Testamento es una cuestión erizada de dificultades, como lo muestra la diversidad de opiniones existentes entre los exégetas<sup>417</sup>. San Josemaría utiliza *Gen III, 15*<sup>418</sup> e *Is VII, 14*<sup>419</sup>, a los que se les concede un sentido mariológico cierto porque contienen una revelación auténtica —aunque solamente bosquejada— sobre la Madre de Dios. El Magisterio de la Iglesia se ha pronunciado por el sentido mariano de esas perícopas del Antiguo Testamento<sup>420</sup>. Utiliza además el Santo textos con sentido mariológico discutido: *Ps XLIV, 12-14*<sup>421</sup>. La liturgia ha aplicado y continua aplicando a María las palabras de este salmo, pero este hecho no es decisivo pues la liturgia utiliza con frecuencia un procedimiento de acomodación. No se puede aplicar a la Virgen este salmo con un sentido verdaderamente bíblico, sino sólo acomodaticio<sup>422</sup>. También utiliza otro texto escriturístico (*Cant III, 1 y 4*) bastante discutido<sup>423</sup>. No se pueden

<sup>417</sup> Cf. POZO, C., *María, en la obra de la Salvación*, Madrid 1990, pp. 126.

<sup>418</sup> Cf. POZO, C., *María, en la obra de la Salvación*, o.c., pp. 147-175; BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, Pamplona, 1995, pp. 82-87; cfr. PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995, pp.37-42.

<sup>419</sup> Cf. POZO, o.c. pp. 175-201; BASTERO, o.c. pp. 87-92; PONCE, o.c. pp. 42-44.

<sup>420</sup> Cf. *Lumen gentium*, 55.

<sup>421</sup> *El rey se ha enamorado de tu belleza. ¡Cómo resplandece la hija del rey, con su vestido tejido en oro!* Se compuso probablemente para cantar las bodas de un rey de Israel. Aunque el salmo se haya escrito con ocasión de las bodas de un rey histórico, detrás de la figura de este rey está la figura del Mesías. El rey es Cristo, pero no parece que la reina esposa sea María. (cf. POZO, C., *María, en la obra de la Salvación*, o.c., pp. 138-139).

<sup>422</sup> Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c. pp.96-97.

<sup>423</sup> La interpretación mariológica del Cantar de los Cantares tiene tras de sí una notable tradición, sobre todo medieval, cuya valoración es necesario analizar de cerca; se impone discernir, si es una tradición realmente exegética o se trata más bien de una acomodación tradicionalmente frecuente. En todo caso, un eventual sentido mariológico del Cantar de los Cantares no es primario en la tradición cristiana. Desde el comienzo la tradición cristiana, lo ha interpretado como un epitalamio de las bodas místicas de Cristo con la Iglesia o bien de Cristo con el alma fiel. A partir de este significado original nada tiene de extraño que los Padres hayan prolongado la temática a las relaciones de amor de Cristo con el nuevo Israel, la Iglesia, que es una comunidad viva, o sea el amor de Cristo con cada alma, por eso se piensa que el amor de Cristo con María, miembro

«aplicar» esos textos a la Santísima Virgen ni en sentido literal, ni en sentido *plenior*, ni en sentido típico, sino sólo en sentido acomodaticio<sup>424</sup>. Dentro de este libro sagrado, el *Cantar de los Cantares*, se podría añadir un breve comentario a la cita *Cant IV, 7, 12 y 8*<sup>425</sup>. En la lectura alegórica, las diversas cualidades de la amada se han aplicado a la Iglesia<sup>426</sup>; pero quien posee las cualidades de la esposa de manera eminente es la Virgen María<sup>427</sup>. El texto de *Ecclo XXIV, 23-25*, entra en la categoría de textos mariológicos por acomodación.

Una cita muy interesante, aunque sólo sea de referencia, es la de *Is XLIII, 1*, que muestra cómo san Josemaría accede al texto sagrado. En las homilias viene citado cinco veces, en contextos diferentes y en años lejanos unos de otros<sup>428</sup>. El Santo anima a imitar a la Virgen en su amor al Señor, hablando de «hacerse niños en el Amor de Dios». La cita es implícita pero la actualización es de gran interés: la Alianza

---

supereminente de la Iglesia, alcanza una plenitud incomparablemente superior a los demás, por ello comenzaron a aplicarse a María determinados pasajes del Cantar. (cf. POZO, o.c., pp. 141-146; cf. BASTERO, o.c., pp. 95-96).

<sup>424</sup> Cf. ROBERT, A., *La Sainte Vierge dans l'Ancien Testament*, en DU MANOIR, H., (ed.), *Maria*, Paris 1949, t. I, p.25.

<sup>425</sup> *Eres toda hermosa, y no hay en ti mancha. – Huerto cerrado eres, hermana mía, Esposa, huerto cerrado, fuente sellada – Ven: serás coronada.*

<sup>426</sup> Cf. FRAY LUIS DE LEÓN, *In Canticum Canticorum triplex explanatio* 4,3.

<sup>427</sup> No es extraño que la Tradición de la Iglesia haya leído los vv. 7 y 12 como anuncios de su ausencia de pecado –la Inmaculada– y su integridad: la Virginitad perpetua. «Huerto cerrado y Fuente sellada te denominó con antelación en los Cánticos el esposo que de ti proviene. Huerto cerrado, porque sin haber tocado la hoz de la corrupción, ni haber conocido la vendimia, con toda pureza germinaste para el género humano la flor de la raíz de Jesé, cultivada en ti solamente por el puro e incontaminado Espíritu. Fuente sellada, porque el río de la vida, que de ti manó, inundó toda la tierra, pero en tu manantial no se vio ningún ramo de esposa» (HESIQUIO, *De Sancta Maria Deipara*; cf. CASAGRANDE, D., *Enchiridium Marianum Biblicum Patristicum*, Roma 1974, 1278).

<sup>428</sup> Pertenece a un oráculo de salvación pronunciado muy probablemente en el siglo VI antes de Cristo, en el que el profeta pretende dar ánimos a los israelitas desterrados en Babilonia (Cfr. S. AUSÍN, *La lectura de la Biblia en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, o.c., 197).

personalizada ilumina la realidad circundante, que permaneciendo idéntica, adquiere una nueva dimensión. El profeta con su oráculo pretendía infundir nuevos ánimos a sus oyentes. San Josemaría, en su lectura del texto, descubre que «todo es expresión del amor de Dios», es decir, todo está impregnado e iluminado por la Alianza divina. La novedad de Isaías es novedad actual<sup>429</sup>. La cita de 1 Reg III, 5 refleja cómo la meditación sobre la elección divina aflora una y otra vez en los escritos de San Josemaría. Se ve la capacidad de actualización e inmersión en el texto sagrado de que hablamos anteriormente. El llamamiento divino suscita en el Santo una generosa y pronta respuesta: en este tipo de textos ha aprendido a responder a Dios. Meditando en la historia de la salvación la ha incorporado a su propia existencia.

El resto de los textos veterotestamentarios citados, no tienen un enfoque mariológico directo. Tienden a distintas finalidades: fomentar la fe y la esperanza en Dios: *Ps XXII*, 1-4<sup>430</sup>; confianza en el Espíritu Santo, que no abandona: *Ps XLII*, 2<sup>431</sup>; alegría como contrapunto del camino: *Ps XCIX*, 2<sup>432</sup>; de petición de ayuda: *Ps CXLII*, 8<sup>433</sup>. El texto de *Is LIII*, 12<sup>434</sup>, es

---

<sup>429</sup> Cf. *ibidem*, p.203.

<sup>430</sup> La imagen del pastor se aplica en el Antiguo Testamento al rey y también a Dios como protector y guía de su pueblo. La novedad de este salmo está en afirmar de manera personal: «El Señor es mi pastor», y en expresar con la imagen de las acciones propias del pastor, la relación de Dios con el hombre que busca la justicia y la santidad. La seguridad que ofrece el Señor, aun en medio de las tribulaciones, lleva a dirigirse directamente a Él y a reconocer su protección frente a los enemigos y su autoridad y firmeza.

<sup>431</sup> El salmista sabe que Dios es su fuerza. San Josemaría dice: «La ascética del cristiano exige fortaleza; y esa fortaleza la encuentra en el Creador. Somos la oscuridad, y Él es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y Él es salud robusta; somos la escasez, y Él la infinita riqueza; somos la debilidad, y El nos sustenta, *quia tu es, Deus, fortitudo mea* (*Ps XLII*, 2) porque siempre eres, oh Dios mío, nuestra fortaleza» (*Es Cristo que pasa*, 80).

<sup>432</sup> Este salmo, situado tras los que cantan la realeza del Señor, es como una conclusión lógica: el Señor merece la alabanza de toda la tierra. Como si siguiera la invitación de este salmo, la Santísima Virgen elevó al Señor su canto de alabanza manifestando al mismo tiempo su alegría (cf. *Lc 1,46-47*). A Ella, en la Anunciación, se le ha revelado la bondad del Señor y todas las generaciones lo proclamarán llamándola bienaventurada (cf. *Lc 1, 48*) y reconociendo a Dios como santo (cf. *Lc 1, 49*).

utilizado para la contemplación del 4º Misterio Doloroso, pues resulta muy adecuado para ese momento de la vida del Señor. El último texto que analizamos, *Jer IX, 7*<sup>435</sup>, se halla en la introducción del libro *Santo Rosario* para presentar la situación del mundo: enemigos de Dios, que hay que combatir con el "arma" de la oración y, concretamente, con la devoción mariana del Rosario.

Textos del Nuevo Testamento:

---

<sup>433</sup> Es un salmo en que se pone de manifiesto que el espíritu del salmista desfallece: se ve solo y perseguido a muerte por sus enemigos. Quizá por resaltar estos aspectos, en los Setenta es atribuido a David cuando era perseguido por su hijo Absalón. Pide al Señor que le guíe al hombre por el camino del bien.

<sup>434</sup> Está situado dentro del cuarto canto del Siervo del Señor. El Poema del Siervo doliente contiene una descripción en la que se pueden identificar, en cierto sentido, los momentos de la Pasión de Cristo.

<sup>435</sup> Está dentro de una serie de oráculos que hace el profeta para exponer las razones por las que es inminente el castigo de Dios. Jeremías quería encontrar el modo de hacerles reaccionar, pero no sabe qué hacer con ellos, en quienes se acumulan toda clase de pecados de la lengua contra el prójimo y contra Dios.

Mateo	1*	2*	3*	4*	5*
	<i>Mt</i> XXVII, 17 <i>Mt</i> XXVII, 22 <i>Mt</i> XXVII, 34	<i>Mt</i> XIII, 25	<i>Mt</i> VII, 21	<i>Mt</i> XXVII, 39-40  <i>Mt</i> XXVII, 46	<i>Mt</i> II, 11
	<i>Mt</i> XXVIII, 5	<i>Mt</i> XVIII, 3	<i>Mt</i> XI, 28-30	Cfr. <i>Mt</i> XIX, 14	
		Cfr. <i>Mt</i> V, 13-14 Cfr. <i>Mt</i> V, 15-16			
		Cfr. <i>Mt</i> XV, 32			
		Cfr. <i>Mt</i> XXVIII, 19			
Marcos	1*	2*	3*	4*	5*
	<i>Mc</i> XIV, 48	<i>Mc</i> VI, 34	<i>Mc</i> I, 16-17		
	<i>Mc</i> XV, 14		Cfr. <i>Mc</i> XVI, 15		
	<i>Mc</i> XV, 14 <i>Mc</i> XV, 16 <i>Mc</i> XV, 18				
	<i>Mc</i> XVI, 1-2				
Lucas	1*	2	3*	4*	5*
	<i>Lc</i> I, 34 <i>Lc</i> I, 38 <i>Lc</i> I, 39 <i>Lc</i> I, 41 <i>Lc</i> I, 42-43	<i>Lc</i> I 46-49	<i>Lc</i> I, 38 <i>Lc</i> I, 38 <i>Lc</i> I, 48-49 <i>Lc</i> I, 49 Cfr. <i>Lc</i> I, 48	<i>Lc</i> I, 45 <i>Lc</i> I, 48 <i>Lc</i> I, 48-50	
	<i>Lc</i> II, 1-5 <i>Lc</i> II, 7 <i>Lc</i> II, 22 <i>Lc</i> II, 25-30 <i>Lc</i> II, 46		<i>Lc</i> II, 35 <i>Lc</i> II, 51	<i>Lc</i> II, 19 <i>Lc</i> II, 34-35 <i>Lc</i> II, 44-45	
	<i>Lc</i> XXII, 42	Cfr. <i>Lc</i> VII, 11-17	<i>Lc</i> IX, 23		
	<i>Lc</i> XXII, 46				
	<i>Lc</i> XXIII, 18 <i>Lc</i> XXIII, 22 <i>Lc</i> XXIII, 26 <i>Lc</i> XXIII, 32		<i>Lc</i> XI, 27-28		
	<i>Lc</i> XXIV, 45 <i>Lc</i> XXIV, 48 <i>Lc</i> XXIV, 50 <i>Lc</i> XXIV, 52		<i>Lc</i> XV, 32		



Juan	1*	2*	3*	4*	5*
	<i>Jn XIV, 16</i>	<i>Jn II, 5</i>	<i>Jn I, 14</i>	<i>Jn II, 11</i>	<i>Jn II, 5</i>
	<i>Jn XIX, 5-6</i>	<i>Jn IV, 35</i>	<i>Jn XIX, 27</i>	<i>Jn XV, 13</i>	<i>Jn XIX, 26-27</i>
	<i>Jn XIX, 17</i>	<i>Jn XIX, 25-27</i>		<i>Jn XIX, 25</i>	
	<i>Jn XIX 23-24</i>			<i>Jn XIX, 26-27</i>	
	<i>Jn XIX, 27 (sin citar)</i>				
	<i>Jn XIX, 30</i>	Cfr. <i>Jn II, 3</i> Cfr. <i>Jn IV, 10</i> Cfr. <i>Jn XI, 35</i>			

	1*	2*	3*	5*
Hechos	<i>Act I, 9</i> <i>Act I, 11</i>	<i>Act IX, 6</i>		<i>Act I, 14</i>
	<i>Act II, 1-3</i>	Cfr. <i>Act I, 14</i>		
Romanos		<i>Rom VIII, 29</i>	<i>Rom VIII, 31-32</i> Cfr. <i>Rom VIII, 21</i>	
1 Corintios			Cfr. <i>1 Cor I, 27-29</i>	<i>1 Cor XII, 27</i>
2 Corintios			<i>2 Cor IX, 7</i>	
Efesios		<i>Eph II, 19</i>		
Filipenses		Cfr. <i>Phil II, 6-7</i>	Cfr. <i>Phil I, 6</i>	
1 Timoteo			<i>I Tim II, 4</i>	
1 Pedro		Cfr. <i>I Pet II, 10</i>		

La doctrina mariológica del Nuevo Testamento es de una riqueza incomparablemente mayor que la del Antiguo. Es la diferencia lógica entre la realización y el anuncio, entre la realidad y las sombras. De ahí que exista una bibliografía muy extensa sobre la presencia de María en los textos del Nuevo Testamento<sup>436</sup>. Los primeros datos

<sup>436</sup> Cf., entre otras obras, BROWN, K.P. – DONFRIED, R., (ed.), *María en el Nuevo Testamento*, Salamanca 1982; CANTINAT, J., *La Madonna nella Bibbia*, Torino 1987; DA SPINETOLLI, O., *María nella Bibbia*, Bologna 1988; DEISS, L., *María, Hija de Sion, figura de la Iglesia*, Madrid 1964; DE LA POTTERIE, L., *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993; GALOT, J., *Marie dans l'Evangile*, Rome 1985; GICHTER, P., *María en el Evangelio*, Bilbao 1959; GEORGE, A., *Marie dans le Nouveau Testament*, Paris 1981; KNOCH, O., *Maria in der Heiligen Schrift*, en BEINERT, W. – PETRI, H., *Handbuch der Marienkunde*, Regensburg 1984,

neotestamentarios se centran en una afirmación fundamental: Jesús, el Hijo de Dios, ha nacido de una mujer, María. Así lo afirma san Pablo<sup>437</sup>, sin nombrarla, y así lo dice san Marcos, según el cual la gente llama a Jesús *hijo de María*<sup>438</sup>, mientras que en los pasajes paralelos de san Mateo<sup>439</sup> y san Lucas<sup>440</sup> Jesús es *hijo de José* o *hijo del carpintero*. A este *hijo de María*, Marcos lo presenta como *Hijo de Dios*<sup>441</sup>. En los textos marianos que estamos analizando no aparecen estas citas evangélicas; pero han sido utilizadas en otros escritos de san Josemaría.

La mayor parte de las noticias que el Nuevo Testamento ofrece sobre María se encuentran en los «evangelios de la infancia», es decir en los dos primeros capítulos de Mateo y Lucas. Ascienden a millares los libros y artículos publicados en torno a este tema, sujeto de investigación especial en el último siglo. Esos dos capítulos de Mateo y de Lucas son narraciones sustancialmente históricas y en modo alguno caen bajo el epígrafe de leyendas<sup>442</sup>. Utilizan una forma de narrar, un género literario básicamente histórico, aunque con una finalidad catequética y un contenido teológico. San Mateo coloca a la Virgen en un contexto lleno de reminiscencias mesiánicas, puesto que la esperanza del Antiguo Testamento en el Mesías no está ligada al padre, sino a la madre. San Lucas no sólo está interesado por la persona de María, sino que concede una atención especial a su papel en la historia de la salvación y en relación con la Iglesia. Este evangelista tiene buen cuidado de eliminar aquellos trazos que pudieran empañar el cuadro de María en relación a

---

pag. 15-92; THURIAN, M., *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Zaragoza 1966; DIEZ MERINO, L., *Fundamentación bíblica de la Mariología*, en: «Estudios Marianos» 57 (1992) 53-100; MCHUGH, J., *La Madre de Jesús en el Nuevo Testamento*, Bilbao 1978; MICHAUD, J. P., *María de los evangelios*, Estella 1992.

<sup>437</sup> *Gal* IV, 4-5.

<sup>438</sup> Cf. *Mc* VI, 3.

<sup>439</sup> Cf. *Mt* XIII, 55.

<sup>440</sup> Cf. *Lc* IV, 22

<sup>441</sup> Cf. *Mc* I, 1; XII, 6-8.

<sup>442</sup> Cf. LAURENTIN, R., *Les Evangiles de l'Enfance du Christ*, Paris 1982.

su respuesta a la llamada de Dios y a su identificación con la misión de su Hijo. En el evangelio de San Lucas aparece una veneración teológica a la Madre de Jesús tal como se profesaba en la Iglesia primitiva. El episodio de la mujer que da un grito de alabanza, y la misma respuesta de Jesús, es una clara alabanza a su Madre (cf. *Lc* 11, 27-28)<sup>443</sup>. Podemos concluir que las noticias que nos transmite Lucas sobre la Virgen María no solamente sirven para clarificar el anuncio de Cristo, sino también el anuncio de su Madre<sup>444</sup>

Analizando de un modo general las citas de los primeros capítulos de Mateo y de Lucas que utiliza san Josemaría, vemos que sólo acude en una ocasión a Mateo (*Mt* II, 11); en cambio, de Lucas vemos que cita prácticamente toda la narración de la infancia. ¿Razones que se podrían apuntar? Por una parte, San Lucas es más teológico, menos bíblico; por otra, conforme a una extendida tradición eclesial, recoge el testimonio de María<sup>445</sup>, y puede tener más riqueza espiritual. También se podría señalar que el Fundador del Opus Dei ha visto en estos pasajes lucanos un fundamento de su vida espiritual y de su enseñanza. Varios textos son citados en más de una ocasión: *Lc* I, 28<sup>446</sup>: 2 veces; *Lc* I, 38<sup>447</sup>: 3 veces; *Lc* I, 45<sup>448</sup>: 2 veces; *Lc* I, 48<sup>449</sup>: 5 veces; *Lc* I, 49<sup>450</sup>: 4 veces; *Lc* II,

---

<sup>443</sup> Cf. PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, o.c., p. 65.

<sup>444</sup> Cf. DIEZ MERINO, L., *Fundamentación bíblica de la Mariología*, en «Estudios Marianos» 57 (1992) 94.

<sup>445</sup> Sólo la Virgen fue testigo de la concepción, y con San José, del nacimiento y años de infancia de Cristo. La Iglesia primitiva tomó conciencia de que María era el trámite obligado para llegar a conocer los albores de la encarnación, porque «sólo Ella tuvo una experiencia directa de los hechos y los recordó asiduamente hasta conseguir la plena inteligencia de los mismos, gracias sobre todo a la revelación pascual» (cf. SERRA, A., *Biblia*, en: *Nuevo Diccionario de Mariología*, p. 333).

<sup>446</sup> «Y entró donde ella estaba y le dijo: —Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo»

<sup>447</sup> «Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel se retiró de su presencia».

<sup>448</sup> «Y bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor».

35<sup>451</sup>: 2 veces. Mirando a María se descubre la plenitud de gracia de una criatura, su respuesta a la vocación, su humildad, su fe, su capacidad para sufrir.

Otros textos de los Evangelios con referencias a María proceden de San Juan. Las características propias del texto joaneo, con tantos niveles interpretativos, explican las diferentes exégesis de los textos marianos de este evangelista; pocos, pero fundamentales. María, para San Juan, es la *madre de Jesús*, ligada totalmente a su obra, que se prolonga en la Iglesia y de la que ella es claro signo. Del prólogo encontramos una cita (*Jn I, 14*) para explicar que María es una criatura privilegiada de la historia de la salvación<sup>452</sup>. El relato de las bodas de Caná (*Jn 2, 1-12*) está muy presente en los textos de san Josemaría. De la Virgen, hemos de imitar su oración, seguir su consejo de hacer lo que diga Cristo; el fruto es no sólo el milagro, sino un aumento de fe de los discípulos del Maestro<sup>453</sup>. Sólo Juan señala la presencia de María en el Calvario. La escena de la cruz ha

<sup>449</sup> «Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

<sup>450</sup> «Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo».

<sup>451</sup> «Y a tu misma alma la traspasará una espada, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones».

<sup>452</sup> Desde una perspectiva mariana tenemos que afirmar que el Prólogo no da ningún relato histórico ni de la concepción ni del nacimiento de Jesús. No obstante, se advierte que el evangelista comunica a los lectores que el Logos, el Hijo unigénito del Padre, asume una naturaleza humana mediante una concepción y un parto virginales. A pesar de no citar la palabra «madre», de un forma implícita, está presente la «mujer» que concibe y da a luz virginalmente al Verbo Encarnado (Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c. p. 177)

<sup>453</sup> El significado mariológico se enclava dentro del simbolismo cristológico — manifestación mesiánica de Cristo—, porque es ahí donde encontramos el sentido teológico profundo de María en el amplio contexto de la historia de la salvación. San Juan presenta el papel específico de la Virgen en esta escena paradigmática mediante el valor significante del título *mujer*, así como por su función. El término *mujer* ha sido muy estudiado y discutido; podemos decir que es una profundización del título de *madre*. La función de María es de mediadora, con solicitud materna, donde juega un papel fundamental la fe (cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n. 21).

sido objeto de diversas interpretaciones a lo largo de la historia<sup>454</sup>. Un estudio detenido del texto y del contexto revela un simbolismo muy rico. De hecho, ya en la Edad Media se descubre en esta perícopa la doctrina de la Maternidad espiritual de Nuestra Señora, interpretación que puede ser confirmada actualmente con la ayuda de una exégesis más rica en recursos<sup>455</sup>.

Se puede decir que hay una doble dimensión mariana, en la escena que estamos estudiando. En primer lugar, de una forma inmediata e individual, Jesús entrega María –como madre– al discípulo amado. Pero el misterio se amplía, porque la función materna de María se extiende a todos los discípulos de Cristo que han sido representados por el «discípulo amado» en el Calvario. En segundo lugar, de esta escena emerge una dimensión eclesiológica. En efecto, el hecho de que Jesús se dirija a María llamándola «Mujer», supone que la Virgen asume la realización histórica de la «Hija de Sión», figura simbólica de Israel sobre la que los profetas proyectaban las esperanzas mesiánicas de salvación. A Ella se le atribuye la maternidad espiritual y metafórica que los profetas predijeron de Sión<sup>456</sup>. De esta manera, María se convierte a la vez en madre e imagen de la Iglesia<sup>457</sup>; San Josemaría cita cinco veces

---

<sup>454</sup> Cf. R. SCHNAKENBURG, *El Evangelio según S. Juan I y II*, Barcelona 1980, pp. 344-347.

<sup>455</sup> Sin lugar a dudas se percibe en este hecho una expresión de la particular atención del Hijo por la Madre, que dejaba con tan grande dolor. Sin embargo, sobre el significado de esta atención el «testamento de la Cruz» de Cristo dice aún más. Jesús ponía en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo, del que confirma solemnemente toda la verdad y realidad. Se puede decir que si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella emerge de la definitiva maduración del misterio pascual del Redentor» (JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n. 23)

<sup>456</sup> Cf. FEUILLET, A., *L'heure de la femme (Jn 16,21) et l'heure de la mère de Jésus (Jn 19,25-27)*, en: «Biblica» 47 (1966) 370.

<sup>457</sup> «No hay contradicción alguna al decir que María es, al mismo tiempo, *imagen* de la Iglesia y *madre* de la Iglesia. Como persona individual, ella es la madre de Jesús, y se hace madre de todos nosotros, la madre de la Iglesia. Pero su maternidad corporal con respecto a Jesús se prolonga en una maternidad espiritual hacia los creyentes y hacia la

esta escena del Calvario, contemplando el ejemplo de María, su amor, su fe, su fortaleza. En la Cruz se proclama a María como nuestra Madre: el Hijo nos da a la Hija predilecta de Dios como Madre. Otro aspecto importante es la consideración de la Virgen como Corredentora, por su unión estrechísima a su Hijo en el momento culminante de nuestra Redención.

En el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, concretamente en *Act I, 14*, es mencionada la presencia de María en el Cenáculo. Este versículo es considerado por los exégetas como una exposición sumaria, de la que se vale Lucas para concatenar las sucesivas escenas recogidas en este libro. Es significativo que haya reseñado sólo en aquel momento la presencia de María en la primera comunidad cristiana. Según algunos, la razón sería que, para San Lucas, esta presencia condensa y resume el ser y la vida de María<sup>458</sup>. En efecto, para el evangelista María es, ante todo, la Madre que cree y ora. Desea que quede patente que ya en los albores de la Iglesia, María está presente ejercitando su misión materna, prolongando así el misterio de la Encarnación en el misterio de la Iglesia. Para san Josemaría, la presencia de María en la Iglesia naciente, que cita en dos ocasiones, encierra una gran riqueza teológica, pues muestra la importante función de la Virgen en la Iglesia: al ejercitar su maternidad espiritual y como aglutinadora de la unidad del Pueblo de Dios. También ve en María el paradigma de la oración llena de esperanza, en la espera del Espíritu Santo.

El pasaje de *Apoc XII, 1*, es utilizado por san Josemaría dos ocasiones: para la contemplación del quinto misterio glorioso y para poner en evidencia la grandeza de María. El género apocalíptico ofrece dificultades especiales para la exégesis; y no causan extrañeza las diversas interpretaciones a través de la historia. Parece que se impone esta conclusión: la doctrina mariológica –o mejor, los apuntes

---

Iglesia. Y esta maternidad espiritual de María es la imagen y forma de la maternidad de la Iglesia» (cf. DE LA POTTERIE, I., *María en el misterio de la Alianza*, o.c., p.238).

<sup>458</sup> Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c. p. 168.

sugestivos— de Apocalipsis XII está ensamblada en un contexto cristológico y eclesial. La mujer «vestida de sol» representa primariamente a la Iglesia de los dos Testamentos; es decir, al Pueblo de Dios que a través de María nos ha dado al Mesías y a la Asamblea de la Nueva Ley, que lucha contra el Dragón. Pero en un sentido más profundo emerge también la figura de María, que, como excelsa Hija de Sión, representa al antiguo Israel y como modelo de fe es la más perfecta realización de la Iglesia<sup>459</sup>. Para el Fundador del Opus Dei, la Mujer vestida de sol es figura de María, ensalzada por Dios después de haber sufrido en este camino terreno.

Dejamos, en fin, constancia de cómo san Josemaría se apoyaba en la Sagrada Escritura para su oración de contemplación, especialmente del Santo Rosario. A continuación mostramos los misterios del Rosario con las citas del Nuevo Testamento; hemos respetado el orden de aparición en cada relato:

---

<sup>459</sup> Cf. POZO, C., *María, en la obra de la Salvación*, o.c., pp. 243-246.

## Misterios gozosos:

La Anunciación	Lc I, 34; Lc I, 38
Visitación de Nuestra Señora	Lc I, 39; Lc I, 41; Lc I, 42 y 43
Nacimiento de Jesús	Lc II, 1-5; Lc II, 7.
Purificación de la Virgen	Lc II, 22; Lc II, 25-30
El Niño perdido	Lc II, 46

## Misterios dolorosos:

Oración en el Huerto	Lc XXII, 42; Lc XXII,46; Mc XIV, 48
Flagelación del Señor	Mt XXVII, 17; Lc XXIII, 18; Mt XXVII, 22; Mc XV, 14; Lc XXIII, 22; Mc XV, 14
Coronación de espinas	Mc XV, 16; Mc XV, 18; Jn XIX, 5 y 6
La Cruz auestas	Jn XIX, 17; Lc XXIII, 26; Lc XXIII, 32
Muerte de Jesus	Jn XIX, 23 y 24; Mt XXVII, 34; Jn XIX, 30

## Misterios gloriosos:

Resurrección del Señor	Mc XVI, 1 y 2; Mt XXVIII, 5
La Ascensión del Señor	Lc XXIV, 45 y 48; Lc XXIV, 50; Act I, 9; Act I,11; Lc XXIV,52
Pentecostés	Jn XIV,16; Act II, 1-3; Act II, 13
Asunción de la Virgen	ninguna cita
Coronación de la Virgen	Apoc XII, 1



#### 4. REFERENCIA A PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

Como ya hemos señalado, san Josemaría tiene en gran estima a los Padres y les concede, con toda la tradición cristiana, una autoridad que traspasa los límites de la época. Pero además de la autoridad propiamente doctrinal que reconoce a los Padres de la Iglesia, considerados *in genere*, se observa en nuestro Autor una preferencia explícita por algunos, como acontece con San Agustín y San Juan Crisóstomo. Este hecho preferencial se justifica por el enorme legado doctrinal que nos han transmitido estos dos colosos de la predicación cristiana antigua<sup>460</sup>. Los Padres de la Iglesia han sido grandes comentaristas de la Sagrada Escritura<sup>461</sup> y además, como es bien sabido, dada su condición de pastores, sus comentarios nacían casi siempre al hilo de su predicación homilética<sup>462</sup>. Por eso no puede extrañarnos que san Josemaría coincida con algunos Padres de la Iglesia en la selección de pasajes escriturísticos, que son especialmente idóneos para exponer algunos rasgos más relevantes del mensaje cristiano.

Por lo que se refiere a los modos, propiamente dichos, de insertar las citas patrísticas en las homilías, tal vez convenga señalar, aunque por otra parte sea obvio, que se da en san Josemaría una asunción del pensamiento patrístico en el punto que aparece citado, sin reservas de ningún tipo. Aunque lógicamente, si lo estima oportuno, hace un breve *excursus* introductorio o aclaratorio, que facilita una mejor inteligencia del texto en cuestión. Por lo general, las glosas que hace nuestro autor a los testimonios de los Padres suelen ser más bien breves, y aunque en algún caso tengan más extensión, esto suele ser lo excepcional. El número de comentarios bíblicos de los Padres que utiliza el Santo es

---

<sup>460</sup> Cf. OLIVAR, A., *La predicación cristiana antigua*, Barcelona 1991, p. 970.

<sup>461</sup> Cf. BARDY, G., *Commentaires patristiques de la Bible*, en DBS, 2, 73-103; DE MARGERIE, B., *Introduction a l'histoire de l'exégèse*, Paris 1980-1990; SIMONETTI, M., *Profilo storico dell'esegesi patristica*, Roma 1981.

<sup>462</sup> Cf. OLIVAR, A., *La predicación cristiana antigua*, o.c., pp. 39-44.

muy superior al resto de los comentaristas posteriores, especialmente de los medievales<sup>463</sup>.

Sobre la forma concreta de incorporar los comentarios bíblicos de los Padres se puede decir que, por lo general, san Josemaría hace suya la exégesis de un Padre de la Iglesia citando expresamente el comentario patrístico a continuación del texto escriturístico. Por ejemplo: «*Venid — glosa San Juan Crisóstomo —, no para rendir cuentas, sino para ser librados de vuestros pecados; venid, porque yo no tengo necesidad de la gloria que podáis procurarme: tengo necesidad de vuestra salvación... No temáis al oír hablar de yugo, porque es suave; no temáis si hablo de carga, porque es ligera*»<sup>464</sup>. En otras ocasiones simplemente reproduce el lugar patrístico en el que el exégeta cita textualmente el paso bíblico con el comentario correspondiente, tal vez porque pensara que el testimonio aducido tenía en sí una claridad que hacía ocioso cualquier comentario ulterior: «*Esas palabras recogen el final maravilloso de la parábola del hijo pródigo, que nunca nos cansaremos de meditar: he aquí que el Padre viene a tu encuentro; se inclinará sobre tu espalda, te dará un beso prenda de amor y de ternura; hará que te entreguen un vestido, un anillo, calzado. Tú temes todavía una reprensión, y él te devuelve tu dignidad; temes un castigo, y te da un beso; tienes miedo de una palabra airada, y prepara para ti un banquete*»<sup>465</sup>. Los modos de introducir los textos de los Padres por san Josemaría son, pues, muy variados, como estamos viendo.

En ocasiones, el testimonio no sólo sirve para dar solidez a la línea argumental que va a desarrollar, sino que le ayuda a hacer una aplicación concreta. Por ejemplo: «*La Virgen Santísima puede llamarse con verdad madre de todos los cristianos. San Agustín lo decía con palabras claras: cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella cabeza, de la que es efectivamente madre según el*

---

<sup>463</sup> Así, por ejemplo, en *Es Cristo que pasa* encontramos 41 citas patrísticas, mientras que de otros autores sólo hemos hallado siete.

<sup>464</sup> S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaicum homiliae*, 37, 2: PG 57, 414.

<sup>465</sup> S. AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 7: PL 15, 1540.

cuerpo»<sup>466</sup>. O también: «En la medida en que progresáis, atraed a los demás con vosotros, escribe San Gregorio Magno; desead tener compañeros en el camino hacia el Señor»<sup>467</sup>. La mayoría de las veces las palabras de un Padre de la Iglesia se introducen sin mencionar siquiera su nombre, aunque sí aparezca indicado a nota a pie de página. También utiliza la cita patristica con una finalidad corroborativa de lo dicho: «Convenía — escribe San Juan Damasceno — que aquella que en el parto había conservado íntegra su virginidad, conservase sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Convenía que aquella que había llevado en su seno al Creador hecho niño, habitara en la morada divina. Convenía que la Esposa de Dios entrara en la casa celestial. Convenía que aquellas que había visto a su Hijo en la Cruz, recibiendo así en su corazón el dolor de que había estado libre en el parto, lo contemplase sentado a la diestra del Padre. Convenía que la Madre de Dios poseyera lo que corresponde a su Hijo, y que fuera honrada como Madre y Esclava de Dios por todas las criaturas»<sup>468</sup>. Otra manera de introducir la cita patristica es el recurso a la fórmula sintáctica del paréntesis, situándola a modo de explicación o aclaración incidental.

En otras ocasiones, el texto patristico presentado requiere una mayor explicación, por tener una especial dificultad, para que pueda ser captado por los destinatarios de la homilía. Así, por ejemplo: «Que en cada uno de vosotros, escribía San Ambrosio, esté el alma de María, para alabar al Señor; que en cada uno esté el espíritu de María, para gozarse en Dios. Y este Padre de la Iglesia añade unas consideraciones que a primera vista resultan atrevidas, pero que tienen un sentido espiritual claro para la vida del cristiano. Según la carne, una sola es la Madre de Cristo; según la fe, Cristo es fruto de todos nosotros»<sup>469</sup>. Por contraste, vemos cómo señala la claridad del pensamiento de un testimonio patristico: «Desde el primer momento de la vida de la Iglesia, todos los cristianos que han buscado el

---

<sup>466</sup> S. AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6: PL 40, 399.

<sup>467</sup> S. GREGORIO MAGNO, *In Evangelia homiliae*, 6, 6: PL 76, 1098.

<sup>468</sup> S. JUAN DAMASCENO, *Homilia II in dormitionem B. V. Mariae*, 14: PG 96, 742.

<sup>469</sup> S. AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 2, 26: PL 15, 1561.

amor de Dios, ese amor que se nos revela y se hace carne en Jesucristo, se han encontrado con la Virgen, y han experimentado de maneras muy diversas su maternal solicitud. La Virgen Santísima puede llamarse con verdad madre de todos los cristianos. San Agustín lo decía con palabras claras: *cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella cabeza, de la que es efectivamente madre según el cuerpo*»<sup>470</sup>.

También cita de modo no textual, sino simplemente reflejando ideas. Por ejemplo: «Un antiguo Padre de la Iglesia escribe que hemos de procurar conservar en nuestra mente y en nuestra memoria un ordenado resumen de la vida de la Madre de Dios»<sup>471</sup>. San Josemaría, que tenía un gran afecto a los primeros cristianos, recurre a los Padres como testimonios históricos de primera mano sobre los hechos importantes de la historia del cristianismo. «La historia nos ha conservado testimonios de la alegría de los cristianos ante estas decisiones claras, netas, que reafirmaban lo que todos creían: *el pueblo entero de la ciudad de Efeso, desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, permaneció ansioso en espera de la resolución... Cuando se supo que el autor de las blasfemias había sido depuesto, todos a una voz comenzaron a glorificar a Dios y a aclamar al Sínodo, porque había caído el enemigo de la fe. Apenas salidos de la iglesia, fuimos acompañados con antorchas a nuestras casas. Era de noche: toda la ciudad estaba alegre e iluminada*»<sup>472</sup>. Una última cita patristica, en fin, es la utilizada para apoyar un argumento: «Como el primer Adán no nació de hombre y de mujer, sino que fue plasmado en la tierra, así también el último Adán, que había de curar la herida del primero, tomó un cuerpo plasmado en el seno de Virgen, para ser, en cuanto a la carne, igual a la carne de los que pecaron»<sup>473</sup>.

<sup>470</sup> S. AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6: PL 40, 399.

<sup>471</sup> Cf. S. JUAN DAMASCENO, *Homilia in dormitionem B. V. Mariae*, 2, 19: PG 96, 751.

<sup>472</sup> S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Epistolae*, 24: PG 77, 138.

<sup>473</sup> S. BASILIO, *Commentarius in Isaiam*, 7, 201: PG 30, 466. Quedan por transcribir las citas de dos escritores medievales, que no exigen ninguna explicación por su claridad: «Más que Ella, sólo Dios. *La Santísima Virgen, por ser Madre de Dios, posee una dignidad en cierto modo infinita, del bien infinito que es Dios*» (S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.

## 5. LAS ENSEÑANZAS DEL MAGISTERIO

Al Magisterio eclesial compete interpretar auténticamente la Palabra de Dios, tanto la escrita (Sagrada Escritura) como la no escrita (Tradicición). Le compete también definir la doctrina cristiana y valorar la experiencia creyente en cuanto a su carácter evangélico, como expresión de fe cristiana y su contribución a la edificación de la Iglesia. El decisivo papel que la teología desempeña en la vida de la Iglesia hace que los teólogos deban mantener una estrecha relación con el Magisterio. El Magisterio y la teología poseen una raíz y una finalidad comunes. Ambos se originan a partir de la Revelación recibida y conservada en la Iglesia por el influjo del Espíritu Santo. Ambos tienen el mismo fin, que es penetrar más profundamente, exponer, enseñar y defender el depósito de la fe revelada.

En algunas ocasiones, encontramos párrafos de san Josemaría contruidos a partir de textos magisteriales, pues la doctrina espiritual que propone es intelectual y afectiva al mismo tiempo. Cuando habla, por ejemplo, de la Maternidad divina de María, hace uso de un conocido texto conciliar: «Esa ha sido siempre la fe segura. Contra los que la negaron, el Concilio de Efeso proclamó que *si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santísima Virgen es Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al Verbo de Dios encarnado, sea anatema*»<sup>474</sup>. Y hablando de la Asunción de Nuestra Señora citará literalmente el pasaje en que la define Pío XII: «*terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial*»<sup>475</sup>.

---

25, a. 6); y «Los teólogos han formulado con frecuencia un argumento semejante, destinado a comprender de algún modo el sentido de ese cúmulo de gracias de que se encuentra revestida María, y que culmina con la Asunción a los cielos. Dicen: *convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo*» (cfr. Juan Duns Scoto, *In III Sententiarum*, dist. III, q. 1).

<sup>474</sup> Concilio de Efeso, can. 1, Denzinger-Sch. 252.

<sup>475</sup> PIO XII, Bula *Munificentissimus Deus* 1-XI-1950, n. 10.

Cita la encíclica que escribió San Pío X<sup>476</sup>, en preparación del 50 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, para hablar de la Mediación de María: «*Distamos mucho, escribía San Pío X, de atribuir a la Madre de Dios una virtud productora de la gracia sobrenatural, virtud que sólo pertenece a Dios. Sin embargo, puesto que María sobresale por encima de todos en santidad y en unión con Jesucristo, y ha sido asociada por Jesucristo a la obra de la Redención, Ella nos merece de congruo, como dicen los teólogos, lo que Jesucristo nos ha merecido de condigno, y ella es el ministro supremo de la dispensación de las gracias*»<sup>477</sup>. Y para razonar que la Virgen pueda ser llamada Corredentora, acude a una Carta de Benedicto XV: «*Con razón los Romanos Pontífices han llamado a María Corredentora: de tal modo, juntamente con su Hijo paciente y muriente, padeció y casi murió; y de tal modo, por la salvación de los hombres, abdicó de los derechos maternos sobre su Hijo, y le inmoló, en cuanto de Ella dependía, para aplacar la justicia de Dios, que puede con razón decirse que Ella redimió al género humano juntamente con Cristo*»<sup>478</sup>. Entre los textos del Vaticano II que utiliza, se encuentra éste: «*Mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, y allí, no sin designio divino, permaneció en pie, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su*

---

<sup>476</sup> S. PIO X, Enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904, n. 13.

<sup>477</sup> Las ideas de ese documento son las siguientes: Tesoros de gracias que recibe la Iglesia por la intercesión de la Inmaculada. María, vínculo de unión entre los miembros de la Iglesia. Jesús y María en la fe cristiana. María es guía segura para conocer a Jesús. María, madre de Jesús y madre de los fieles. Participación de la Virgen en la pasión de Jesús. Motivos teológicos de la mediación de María. Conocer a Jesús es el fin principal de las solemnidades en honor de la Virgen. El dogma de la Inmaculada y la huida del pecado. La verdadera devoción a la Virgen y la imitación de sus ejemplos. La Virgen y las virtudes teologales. El pecado original y la Inmaculada en la doctrina católica. El racionalismo y la verdad de la Inmaculada Concepción. La Inmaculada, estímulo del amor de Dios. La Virgen contra las herejías de los tiempos modernos. Indulgencias extraordinarias a modo de jubileo. Privilegios a los confesores para la adquisición de las indulgencias. Limitación de los privilegios concedidos. María, aliento y esperanza de la Iglesia de Cristo.

<sup>478</sup> BENEDICTO XV, Carta *Inter sodalicia*, 22-III-1918, ASS 10 (1918), 182.

*Sacrificio, consintiendo amorosamente a la inmólación de la Víctima que Ella misma había engendrado»<sup>479</sup>.*

## 6. PRESENCIA DE LOS TEXTOS LITÚRGICOS

La liturgia y culto de la Iglesia poseen un valor doctrinal incomparable y constituyen un "lugar" de Tradición de extraordinaria importancia. El culto litúrgico, oración solemne y pública de la Iglesia, recibe su sentido del culto perfecto que Jesucristo tributa al Padre Eterno y tiene su centro en la Sagrada Eucaristía. Los fieles no sólo asisten a la liturgia, sino que la viven, y por eso constituye una de las manifestaciones más típicas y auténticas de la fe de la Iglesia. La liturgia es portadora de valores dogmáticos y nos facilita un medio excelente para descubrir lo que pertenece a la fe revelada. En este hecho encuentra su significación el principio *lex orandi, lex credendi*, es decir, la oración de la Iglesia es norma de fe. La oración litúrgica es el dogma vivido. Al usar estas expresiones, debe ponerse el acento sobre la primacía de la realidad dogmática que vive la liturgia, pues no quiere decir que ella conforme al dogma, sino lo contrario: el dogma es el que configura la liturgia. Las oraciones litúrgicas no están formuladas, como es lógico, con tanta precisión como las definiciones dogmáticas; y los razonamientos teológicos apoyados en la liturgia deben usarse con prudencia y sentido crítico.

San Josemaría se expresa así en una de sus homilías: «El temple del buen cristiano se adquiere, con la gracia, en la forja de la oración. Y este alimento de la plegaria, por ser vida, no se desarrolla en un cauce único. El corazón se desahogará habitualmente con palabras, en esas oraciones vocales que nos ha enseñado el mismo Dios, *Padre nuestro*, o sus ángeles,

---

<sup>479</sup> Concilio Vaticano II, Const. dog. *Lumen gentium*, 54.

*Ave María*. Otras veces utilizaremos oraciones acrisoladas por el tiempo, en las que se ha vertido la piedad de millones de hermanos en la fe: las de la liturgia —*lex orandi*—, las que han nacido de la pasión de un corazón enamorado, como tantas antífonas marianas: *Sub tuum praesidium...*, *Memorare...*, *Salve Regina...*»<sup>480</sup>. Aquí muestra cómo la liturgia era fuente de su oración y de su predicación. Además aconsejaba acudir a esa fuente como una tradición oral de la piedad.

Ateniéndonos a lo que ha escrito Mons. Echevarría, testigo excepcional de la vida de san Josemaría, se puede afirmar que: «Meditaba los textos de la liturgia y los llevaba a su predicación y a su vida de piedad. Por eso, muchas de esas frases se convertían en jaculatorias que le servían también para prolongar la Santa Misa, que no se acaba con la celebración: ha de continuarse durante el día, con la acción de gracias y con el ofrecimiento de lo que hagamos. Por este motivo, frecuentemente, después de celebrar, tomaba nota de pasajes de la Epístola, del Evangelio o de las oraciones. Otras veces me encargaba que, en cuanto tuviera un rato libre, le hiciera una copia de determinadas palabras de la Escritura, para darles más vueltas en su meditación y aprovecharlas en documentos que estaba redactando»<sup>481</sup>. Del registro de la memoria, de la inteligencia y del corazón de san Josemaría brotan sus referencias litúrgicas, no como citas eruditas, sino con la connaturalidad de quien se alimenta de una fuente para transmitirlo a sus oyentes o a sus lectores.

---

<sup>480</sup> *Es Cristo que pasa*, 119.

<sup>481</sup> ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría*, o.c., p. 236.



## EXCURSUS: LA DOCTRINA MARIOLÓGICA DE SAN JOSEMARÍA EN LOS AUTORES

Como último apartado del capítulo, aunque ya fuera de su contenido principal, y con objeto de establecer un puente hacia los contenidos del próximo capítulo, presentamos una síntesis del eco que la doctrina mariana de san Josemaría ha tenido en los autores. Aunque la decisión de incluir en este momento de la tesis este breve *excursus* sea discutible, hemos preferido hacerlo así por un doble motivo: en primer lugar, por la conveniencia de dar a conocer lo que otros han dicho sobre nuestro tema de estudio, es decir, sobre el pensamiento mariológico de san Josemaría, y en segundo lugar, por la necesidad de separar materialmente esas opiniones de las nuestras, que serán expuestas en páginas sucesivas.

Hemos estudiado, pues, toda la bibliografía directamente referida a nuestro tema con la intención de ofrecer una sencilla visión de conjunto. Hay que señalar que buena parte de esos textos no tienen un carácter estrictamente teológico, por lo que ha resultado más costoso realizar una presentación teológica sistemática. Hay un aspecto que puede resultar difícil de conceptualizar teológicamente, como es el del ejemplo de vida de María, tan frecuentemente utilizado por el Fundador del Opus Dei. Lo podríamos denominar su *ejemplaridad* o su *mediación ejemplar*, como una singularización de la *mediación materna* que tiene un consenso y significado teológico concreto y actual.

Hemos dividido la doctrina mariológica por temas, recogiendo las ideas más compartidas, y asimismo los aspectos más relevantes en algunos autores. Hemos añadido también algunas referencias a la doctrina josefina y a la doctrina espiritual mariana en *Camino*, por la singularidad de ese libro. En todo caso, reiteramos la intención básica de este párrafo: mostrar en una mirada panorámica la lectura que otros han hecho sobre los materiales que nos ocupan. Por esa razón, citamos sólo las afirmaciones más útiles, y sólo en algunos autores, pues en los demás son muy semejantes.

a) *María y la Trinidad*

Señalan los autores, a partir de los textos del Santo, que para tratar de comprender el misterio de María es importante tener muy en cuenta su relación con la Trinidad. La Segunda Persona de la Trinidad asumió una naturaleza humana en el seno purísimo de María, quien se convirtió en Madre del Hijo de Dios encarnado. Esto coloca a Nuestra Señora en una estrechísima relación con la Santísima Trinidad, que abre un horizonte teológico muy interesante para iluminar el misterio trinitario, por esa «familiaridad» de María con la Trinidad. Para san Josemaría, entre otras razones, María en la vida del cristiano es el camino para llegar a la intimidad trinitaria. Ella es, conforme a una terminología común, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo. Estas tres expresiones se encuentran a niveles distintos: la primera no se deriva directamente de la Encarnación, en cambio las otras dos hacen directa referencia. No obstante, el título de *Esposa del Espíritu Santo* se hizo frecuente a partir del siglo XIII y es utilizado por el Magisterio de la Iglesia<sup>482</sup>. La Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos,

---

<sup>482</sup> Con permiso del prof. Juan Luis BASTERO, tomamos algunos datos de su artículo: *Las advocaciones marianas en los escritos de Mons. Álvaro del Portillo*, (Pamplona 2004, en vías de publicación). En el *Oficio de la pasión del Señor* compuesto por San Francisco de Asís para meditar el misterio pascual, se lee una antífona que dice así: «Santa Virgen María, no ha nacido en el mundo ninguna mujer semejante a ti, hija y esclava del altísimo Rey y Padre celestial, Madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu Santo: ruega por nosotros, junto con el arcángel San Miguel y todas las virtudes del cielo y con todos los santos, ante tu santísimo Hijo amado, Señor y Maestro» (Rodríguez Herrera I. — Ortega Carmona, A., *Los Escritos de San Francisco de Asís*, Murcia 1985, pp. 133-135). Sin embargo, el título «Esposa de Dios Espíritu Santo» no debe tomarse de ninguna manera en sentido literal. No puede, pues, interpretarse como un modo de expresión de relación sexual, porque en el texto lucano de la Encarnación el Espíritu Santo no sustituye al varón en la concepción de Jesús, sino que es un poder creador. Dicho de otra forma, el Espíritu Santo que desciende sobre María no actúa como una potencia generadora, sino creadora. La dimensión sponsalicia del Espíritu Santo y María debe verse en el sentido veterotestamentario ya expuesto en el Cantar de los Cantares: es la forma de expresar las

representa para san Josemaría un misterio de amor, que la razón humana no alcanza a comprender, aunque la fe acierta a ilustrar cómo

---

relaciones de Dios con el pueblo elegido y en particular de María con Dios-Amor. Por tanto esta invocación debe tomarse en un sentido exclusivamente metafórico-espiritual; de aquí las reticencias que ha suscitado su uso a lo largo del tiempo. Se comprende que por los motivos aducidos —es decir, para evitar cualquier abuso interpretativo—, en la patristica se haya abstenido de su uso y que, por tanto, se encuentre pocas veces en los documentos anteriores a S. Francisco. En esa época se ha preferido denominar a María «Templo del Espíritu Santo», basándose en la doctrina paulina de la inhabitación del Espíritu en el cristiano como en su templo (Cf. S. Andrés de Creta, *Oratio 5, in Deiparæ Annuntiantione*, PG 97, 896; S. Juan Damasceno, *Oratio I, in Nativitate B. M. V.*, PG 96, 676; S. Pedro Damiani, *Carmina sacra et præces*, PL 145, 935). Se tiene constancia que el primero que utilizó la advocación «Esposa del Espíritu Santo» aplicado a María fue el poeta Prudencio (+ 405) (*Apoteosis*, 571, en *Obras Completas*, Madrid 1977, t. I, p. 276) y en el siglo IX Cosme Vestitor, en un sermón sobre los padres de María, afirma que Joaquín «engendró a la esposa del Espíritu Santo». En el Medioevo el peligro de una equivocada interpretación de este título era menor, pues el misterio de la Encarnación del Verbo estaba suficientemente precisado, aunque los grandes escolásticos no lo emplearon (Así, por ejemplo, Sto. Tomás (en su *Exposición del saludo del Ángel o Avemaría*) siguiendo la doctrina patristica menciona a María como «tabernáculo del Espíritu Santo, pues por obra del Espíritu Santo concibió» (cf. Sto. Tomás, *Obras Catequéticas*, Pamplona 1995, p. 135). En el Magisterio reciente León XIII reitera en la Encíclica *Divinum illud* que María es la esposa del Espíritu Santo (cf. León XIII, Enc. *Divinum illud*, ASS 29-1897-658)@ Pío XII en el mensaje de Pascua de 1957 llama a María «Esposa del Espíritu divino» (cf. Pío XII, *Radiomensaje*, «Información» 47 (1957) 28). Pablo VI en la Exhortación *Mariæ cultus*, cita el texto del poeta Prudencio y Juan Pablo II dice que «El Espíritu Santo ya ha descendido a ella (María), que se ha convertido en su esposa fiel en la anunciación, acogiendo al Verbo de Dios verdadero» (*Redemptoris Mater*, n. 26). Volviendo a la advocación ternaria de S. Francisco, se puede decir que empieza a utilizarse de una manera progresiva en la literatura mariana a partir del siglo XIII. Como afirma Amato «este título ha sido muy usado por la tradición posterior. S. Lorenzo de Brindisi, S. Roberto Belarmino, S. Luis María Grignon de Montfort, etc.» (Amato, A., *Espíritu Santo en Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, 1988, p. 689). Por otra parte, a la vez que se generalizaba su uso, ha ido recibiendo un matiz inmaculista y algunos santos ven en él un motivo de conveniencia para defender la pía sentencia. San Josemaría utilizó este título con mucha frecuencia, tanto en su modalidad extensa como resumida («Hija, Madre y Esposa de Dios». Cf. *Es Cristo que pasa*, , 145; *Forja*, cit., n. 227; *Santo Rosario*, cit., 4º y 5º misterio glorioso; etc.). He aquí un texto programático. «¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia! Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole: Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo. ¡Más que tú, sólo Dios!» (*Camino*, n. 496. Cf. también *Amigos de Dios*, 274; *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Zaragoza 1976; *Es Cristo que pasa*, 171 y 176; *Forja*, n. 555; *Surco*, n. 801; etc.).

una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso donde convergen las miradas de la Trinidad.

Con su experiencia espiritual, nos muestra que el trato filial con María y José nos conduce a Jesús, a vivir su vida, a identificarnos con Él. Y en Jesús tenemos acceso a la intimidad divina. Es el camino que el Fundador del Opus Dei denominaba de *la trinidad de la tierra, a la Trinidad del Cielo*. Para san Josemaría la maternidad divina es la raíz de todos sus perfecciones y privilegios que adornan a María<sup>483</sup>. Para ser Madre de Dios fue concebida inmaculada, fue llena de gracia y siempre virgen. Más que Ella, sólo Dios. La Santísima Virgen, por ser Madre de Dios, posee una dignidad en cierto modo infinita, del bien infinito que es Dios<sup>484</sup>.

*b) La existencia corriente de María*

Contemplando la vida de María, san Josemaría destaca que nace en una familia normal, que transcurre su infancia de un modo sencillo y natural. Es una criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, capaz de gozos y de alegrías, de sufrimientos y de lágrimas, que llevó una existencia ordinaria como la de millones de personas. Así como su esposo José, hombre corriente elegido por Dios para mostrar que la vida normal y ordinaria es un camino divino. La vida santa de María es contemplada por san Josemaría a la luz del misterio de Cristo y, al mismo tiempo, inseparablemente, comprendida a la luz del propio carisma fundacional: santidad en la vida ordinaria a través del trabajo y del cumplimiento de los propios deberes.

---

<sup>483</sup> Cf. DELCLAUX, F., *Santa María en los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992.

<sup>484</sup> Cf. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 25, a.6.

La mirada del Santo sobre el existir terreno de la Virgen alcanza gran profundidad. Es una vida santa de hija de Dios, divinizada en medio de los quehaceres cotidianos, permaneciendo en el lugar en el que Dios le llama, siempre en referencia a la misión encomendada e identificada continuamente con la voluntad de Dios. Toda esa sencillez y normalidad, para san Josemaría encierra una gran riqueza teológica de la que se derivan múltiples consecuencias para la humanidad. Considera que con el nacimiento de Jesús, se inaugura la plenitud de los tiempos, Dios nos entrega a su propio Hijo, y esta voluntad divina se cumple en medio de las circunstancias más normales y ordinarias: una mujer que da a luz, una familia, un hogar, etc. La Omnipotencia divina quiere actuar a través de lo humano, por lo que los cristianos, con la gracia de Dios, podemos y debemos santificar las realidades ordinarias de nuestra vida.

*c) María en la obra redentora*

San Josemaría, citando a Benedicto XV, escribe: «Los Romanos Pontífices han llamado a María Corredentora: de tal modo, juntamente con su Hijo paciente y muriente, padeció y casi murió; y de tal modo, por la salvación de los hombres, abdicó de los derechos maternos sobre su Hijo, y le inmoló, en cuanto de Ella dependía, para aplacar la justicia de Dios, que puede con razón decirse que Ella redimió al género humano juntamente con Cristo!»<sup>485</sup>. Apoyándose también en el Evangelio, deduce ese título mariano: la Virgen colabora con su Hijo en la Redención del mundo. Ser Corredentora es la razón más profunda de su intervención en la labor apostólica del cristiano<sup>486</sup>. Comenta que los

---

<sup>485</sup> BENEDICTO XV, Carta *Inter sodalicia*, 22-III-1918, ASS 10 (1919) 182.

<sup>486</sup> Cf. ALONSO, L., *La vocación apostólica del cristiano en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en RODRÍGUEZ, P., (et al., ed.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 506º aniversario de su Fundación*, Pamplona 1982, pp. 273-275.

textos de la Sagrada Escritura hacen ver cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora. El amor de María, afirma, se identifica con el mismo Amor divino. Santa María convive con Jesús, le quiere con solicitud materna, cuida los más pequeños detalles materiales en un hogar de familia normal. Durante la vida pública, cuando el Señor realiza los grandes milagros, y es aclamado por las masas, Ella pasa oculta y desaparece con sencillez; reaparece junto a la Cruz, cuando todos huyen.

Como toda la vida de Cristo se encamina hacia la Cruz, donde lleva a término el sacrificio de la Redención, también María ejerce principalmente su misión corredentora *iuxta crucem Iesu*: mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, se asoció con corazón maternal a su sacrificio, y colaboró con Cristo en la Redención del mundo. San Josemaría afirma que es querer de Dios, muestra de su Amor, que la Virgen sufriese cuando acompañó a Jesús en su Pasión. Cristo en la Cruz es el Sacerdote de su propia oblación como Víctima; su Madre, no sólo se une amorosamente a su Hijo y padece con Él, sino que con alma sacerdotal ofrece a Dios Padre a su Hijo y a sí misma, participando de ese modo en la Redención del género humano. Parece interesante la perspectiva de la colaboración de María en la Redención como una tarea sacerdotal, participando en el Sacerdocio de Cristo. María ejerció de algún modo una función sacerdotal, en unión con su Hijo, en sintonía con sus ansias redentoras. El Fundador del Opus Dei, nos muestra cómo nuestra Madre realiza esa tarea corredentora<sup>487</sup>. Las angustias humanas no pueden parangonarse con el dolor de María, ya que nadie, excepto su Hijo, ha sufrido tanto como Ella, que ha sido Corredentora. Por eso los cristianos hemos de ser corredentores con el deseo de unirmos al Salvador en la Cruz, y para lograrlo hemos de pedirlo a nuestra Madre, de este modo encontraremos la serenidad y la paz.

---

<sup>487</sup> Cf. OTERO, M. A., *El «alma sacerdotal» del cristiano*, en RODRÍGUEZ, P., (et al., ed.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, o.c., p. 301.

*d) Maternidad espiritual*

La Maternidad divina conlleva, entre otras consecuencias teológicas, el inefable misterio de la Maternidad espiritual de la Virgen con respecto a cada uno de nosotros. Santa María es nuestra Madre, porque la que es Madre de la Cabeza del Cuerpo Místico también lo es de su Cuerpo, la Iglesia. Por tanto, la Virgen es Madre de la Iglesia. Cristo desde la Cruz ha proclamado que Santa María es nuestra Madre, una verdad que ha sido vivida y afirmada por los cristianos a lo largo de la historia. La Madre de Dios es la Madre espiritual de todos los hombres; una realidad trascendental en nuestra existencia, que nos vincula estrechamente con la Virgen: somos sus hijos, según esa maternidad espiritual, superior y más efectiva que cualquier maternidad natural. María es verdaderamente Madre nuestra porque nos engendró a la vida sobrenatural.

San Josemaría afirma que María, fiel a la misión divina, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de la humanidad; por esto es la Madre de los hombres. Y tenía el convencimiento de que a María le interesaba toda su vida. También se refleja esa seguridad sin límites en la protección de María Santísima, que con todo su poder se ocupa de nosotros. Al considerar que la Virgen es nuestra Madre, san Josemaría afirma que la relación filial con nuestra propia madre puede servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con María, que reaccionará siempre como una madre buena: para Ella nunca dejamos de ser pequeños y jamás serán obstáculo nuestras miserias o nuestra fragilidad. Por eso, desde los inicios de la era cristiana, los fieles han acudido a la Virgen Santísima<sup>488</sup>.

Todas las gracias necesarias que Dios concedió al Fundador del Opus Dei para desarrollar esa institución de la Iglesia, proceden de María y

---

<sup>488</sup> Cf. LANTINI, M., *Tre Amori*, en: «Studi Cattolici» 173 (1975) 406-408.

bajo su protección cumplió su misión de hacer divinos todos los caminos de la tierra. La profunda visión de la Maternidad espiritual de la Virgen, que sorprende por su radicalidad, le lleva a afirmar que el camino necesario para llegar a Dios es María<sup>489</sup>. «La Virgen nos consigue ser hijos de Dios», manifestación de su maternidad espiritual<sup>490</sup>. Somos hijos de Dios porque somos *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo! Ella nos conduce a la identificación con su Hijo. Por eso, si podemos ser hijos de Dios es gracias a la acción redentora de Cristo, y ese influjo pasa de algún modo a través de María. La filiación divina se enriquece, por así decir, con la filiación mariana. Si intensificamos el trato filial con nuestra Madre, Ella nos ayudará a vivir con más profundidad y con más alegría la filiación divina<sup>491</sup>.

San Josemaría analiza con profundidad el papel de María en el comienzo y en la vida de la Iglesia. Así como la Virgen tuvo un papel de primer plano en la Encarnación del Verbo, de una manera análoga estuvo presente en los orígenes de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Desde los primeros momentos de la Iglesia, todos los cristianos que han buscado el amor de Dios, se han encontrado con la Virgen, y han experimentado de maneras muy diversas su maternal solicitud; por eso la pueden llamar con verdad Madre todos los cristianos. Manifestación de la Maternidad espiritual es que la Madre del Redentor conoce en su Hijo todas las necesidades de cada una de las criaturas y puede rogar ante Dios de continuo por todas ellas. Intercede, sobre todo, para que infunda en las almas los afanes de corredención que imprimió en la suya<sup>492</sup>. Ella será siempre la gran ayuda para vencer dificultades,

---

<sup>489</sup> Cf. ECHEVARRÍA, J., *La devozione mariana di mons. Escrivá. Un'eredità inestinguibile*, en: «Studi Cattolici», 212 (1978) 601-607.

<sup>490</sup> Cfr. OCÁRIZ, F., *La filiación divina realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en: RODRÍGUEZ, P., (et al.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, o.c., pp. 175-176.

<sup>491</sup> Cf. DEL PORTILLO, A., *Con María, por las sendas de la fe*, en ID., *Una vida para Dios*, Madrid: Rialp, 1992, pp. 253-257.

<sup>492</sup> Cf. OTERO, M. A., *El «alma sacerdotal» del cristiano*, o.c., p. 301.



tentaciones, la gran aliada en el apostolado, amparo y refugio de los pecadores, donde acudimos a protegernos, etc.

Santa María nos ama de un modo inimaginable a cada uno personalmente. Su acción materna es efficacísima, se anticipa en ocasiones, acude a nuestra ayuda de inmediato, y cuando actuamos mal, remueve el alma para que se arrepienta. Por todo esto, san Josemaría, con su rica experiencia de pastor de almas, afirma que muchas conversiones, muchas decisiones de entrega, han sido precedidas de un encuentro con María<sup>493</sup>. Una consecuencia clara, muy conforme a la Maternidad espiritual, es que la Virgen nos ama y nos quiere santos; por tanto, nos lleva a la Cruz, nos confronta con el ejemplo de su Hijo y favorece la reconciliación con Él.

*e) Medianera universal de la gracia*

El contenido de la Maternidad espiritual es tan rico y variado, que podemos resumirlo diciendo que María es Medianera de todas las gracias. Conviene aclarar ese término, que ha tenido encendidas polémicas en la historia de la Mariología. Jesucristo, el Hijo de Dios, es el Mediador único y perfecto entre Dios y los hombres. Pero esto no impide que los santos, los cristianos y, de modo todo singular, Nuestra Señora, ejerzan la función de mediadores. María hace de mediadora en su papel de madre: esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma maternidad divina. Dios es la única causa principal de la gracia y de la adopción sobrenatural, pero ha dispuesto que todas las gracias vengan por María. Medianera, en íntima unión y dependencia de su Hijo, único Mediador, de quien recibimos el ser hijo de Dios. De Ella nacemos místicamente como hijos de Dios. *Ser ipse Christus* es ser

---

<sup>493</sup> Cfr. *Ibidem*.

hijo de María. Por tanto, es Medianera universal de todas las gracias, de modo secundario y subordinado a Cristo<sup>494</sup>.

María como Medianera nos ayuda en lo más cotidiano de nuestra vida; nos va conduciendo, con afecto materno, a la santidad. Para san Josemaría la lucha por alcanzar la santidad consiste en crecer en el trato personal con Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Santa María es el camino que lleva a la Santísima Trinidad. Resumía así su programa de vida: «*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*», todos con Pedro, a Jesús por María. Muchas consecuencias se pueden sacar de ese '*per Mariam*'; no sólo la concesión de las gracias necesarias para llegar a Jesús, sino que, como se indica en ese mismo texto homilético: «sé tú misma nuestro camino, porque tu conoces el sendero más directo y seguro que conduce, por tu amor, al amor de Jesucristo»<sup>495</sup>.

Santa María, en cuyo seno se realizó la paz entre Dios y los hombres, ejerce su Mediación contribuyendo a restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por Ella llega la ayuda para que las gentes se purifiquen en la confesión sacramental. Ella, la *Tota Pulchra*, nos prepara y nos conduce al sacramento de la Penitencia, y además nos impulsa a detestar cualquier ofensa, aunque sea pequeña, contra su Hijo<sup>496</sup>. Enseña San Alfonso M<sup>a</sup> de Ligorio que el principal oficio que el Señor encomendó a María es ejercitar la misericordia. San Josemaría afirma que «a Jesús siempre se va y se «vuelve» siempre por María». La misión de Nuestra Señora es la de disponer nuestro corazón para que podamos recibir las gracias que el Señor nos tiene preparadas<sup>497</sup>.

---

<sup>494</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>495</sup> *Es Cristo que pasa*, 178.

<sup>496</sup> Cf. DEL PORTILLO, A., *Bajo el manto de María*, en: ID., *Una vida para Dios*, o.c., pp. 193-197.

<sup>497</sup> Cf. FERNÁNDEZ CARVAJAL, F. – BETETA P., *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995, pp. 99-112.

*f) María, maestra, modelo y ejemplo*

San Josemaría, al contemplar la vida de María, saca lecciones prácticas para el cristiano. De Ella aprendió a vivir algunos rasgos fundamentales de su doctrina de la santificación en medio del mundo. Considera que nuestra Madre no sólo es escuela de todas las virtudes, sino también es modelo y ayuda. Por tanto hemos de imitarla, para que también en nosotros —criaturas de Dios— el Señor obre cosas grandes. María imparte lecciones fundamentales sobre el trato con Jesucristo. La primera consiste, para san Josemaría, en aprender a ser contemplativos en medio del mundo. Lección esencial, de la que se siguen otras, que son como su natural desarrollo y complemento. Maestra en el trato con Jesucristo, nos da lecciones de vida santificada, de existencia filial y, al mismo tiempo, maternal. Lecciones de sentido apostólico, de empeño evangelizador, de sincero compromiso con la misión de la Iglesia. Rasgos todos del espíritu que san Josemaría enseñará sin cansancio. En el cumplimiento de esa misión el cristiano encontrará siempre apoyo y ejemplo. Las lecciones de Santa María nos han sido dadas por Dios, en quien «adquieren realidad todos los ideales»<sup>498</sup>.

San Josemaría afirma que María no es sólo modelo sino también prueba del valor trascendente que puede alcanzar una vida en apariencia sin relieve, una existencia ordinaria, corriente, y plenamente filial respecto de Dios. Destaca el valor santificador del sacrificio escondido y silencioso, uniendo esa conducta a la lógica de Dios, entendida como la lógica de la filiación divina: es la lógica de un amar con obras que da a conocer sobre la tierra la misericordia de Dios. La Madre de Dios ejerce su Mediación maternal de una forma clara con el ejemplo de su vida. Es tal su comportamiento, que fuerza a los cristianos a imitarla con la seguridad de encontrarse en el camino seguro. Para el Fundador del

---

<sup>498</sup> Cf. *Amigos de Dios*, 292.

Opus Dei, Santa María es el *modelo eminente* que hay que imitar desde los momentos más trascendentes hasta los detalles más triviales, pues en todo tenía la misma disposición del alma, el mismo amor a Dios, la misma entrega<sup>499</sup>. San Josemaría saca muchas consecuencias para la vida cristiana. Al ver el dolor de María, se descubre la riqueza del sacrificio generoso. Al contemplar el amor de la Madre de Dios en el Calvario, que se funde con el amor redentor de su Hijo del que brota su fortaleza heroica, los cristianos hemos de imitarla en todas las circunstancias y en todos los ambientes. El amor a la Cruz, símbolo del cristianismo, es la lección más soberana que nos enseña la Virgen Santísima: no hay santidad sin Cruz. También señala que la Virgen, con gran sencillez, es ejemplo para realizar el apostolado en las circunstancias del trato ordinario entre las personas, como en las bodas de Caná.

g) *Culto y devoción mariana*

Mons. Javier Echevarría, refiriéndose a la devoción a la Virgen de san Josemaría, escribe: «La meta que se propuso el Padre era llegar a una intimidad muy grande con el Señor en medio de las ocupaciones ordinarias, para después gozar eternamente de Él. En ese empeño de santidad emerge con fuerza un rasgo que es como la regla de oro de su camino: la devoción a María Santísima»<sup>500</sup>. En otro momento, señala: «El Padre decía que si en algo quisiéramos imitarle fuese en el amor a María, fue la única excepción en que se propuso como ejemplo»<sup>501</sup>. Describe también, en fin, cómo era su devoción mariana: «Tierna y

---

<sup>499</sup> Cf. CASCIARO, J. M., *La santificación del cristiano en medio del mundo*, en RODRÍGUEZ, P., (et. al.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, o.c., p. 157.

<sup>500</sup> ECHEVARRÍA, J., *La devozione mariana di mons. Escrivá. Un'eredità inestinguibile*, o.c., p. 602.

<sup>501</sup> *Ibidem*, p. 607.

fuerte, profunda y sincera, alegre y serena, entusiasta y piadosa, siempre con renovado amor, como un ardiente enamorado»<sup>502</sup>.

La razón del culto a la Virgen deriva de su Maternidad divina y de su participación en el misterio redentor. Esta es la doctrina católica. Para san Josemaría, el amor a la Virgen es prueba de buen espíritu cristiano en las obras y en las personas singulares. También afirma que el cariño del pueblo cristiano a la Virgen es un modo de amar a Jesucristo, su Hijo, a quien no podemos separar de su Madre. Para fomentar el culto a la Virgen, la Iglesia utiliza especialmente la Liturgia eucarística, donde incluye de manera orgánica la conmemoración de María en el ciclo anual de los misterios de Cristo, sin disminuir la adoración que se debe a Dios. El culto de la Iglesia a María es una prolongación del que en todos los tiempos le han tributado en Oriente y en Occidente. Las más elevadas expresiones de piedad mariana se han dado en el ámbito de la liturgia; entre ellas destaca la conmemoración de su Maternidad divina. Desde muy antiguo se ha vinculado a la Virgen con la Eucaristía, por lo que no resulta extraño que para san Josemaría la primera devoción mariana sea la Santa Misa, en la que de algún modo interviene la Virgen. Esta es una consideración de la doctrina tradicional y del Magisterio actual.

San Josemaría afirma que la piedad mariana no consiste en un cúmulo de devociones, sino que ha de tener la hondura y naturalidad del amor, que lleva a que el trato con nuestra Madre sea sencillo y confiado. La devoción a María tiene resonancias de una completa intimidad personal, porque la maternidad determina siempre una relación única e irrepetible de la madre con el hijo y viceversa. Cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible. Esta realidad del orden de la naturaleza, se verifica también en el orden de la gracia. San Josemaría indica que debemos comportarnos con la máxima confianza y con el mayor cariño con María. Una consecuencia clara es tratarla como si cada uno fuera su hijo único en este mundo. El Santo Rosario es la devoción mariana que

---

<sup>502</sup> *Ibidem*, p. 604.

los Romanos Pontífices más han aconsejado. Su gran amor al Rosario llevó al Fundador del Opus Dei a escribir un pequeño y piadoso libro sobre esta devoción; aconsejaba ese camino mariano para alcanzar la plenitud de vida cristiana<sup>503</sup>.

#### *h) San José*

Muy directamente relacionada con la doctrina mariológica está la doctrina josefina. Como decía san Josemaría, junto a María está, por querer de Dios, San José, del que podemos aprender muchas lecciones de vida cristiana<sup>504</sup>. Le llamaba Padre y Señor, Maestro de vida interior por su trato delicado y su cuidado del Niño Dios. Con el Santo Patriarca se aprende lo que es ser de Dios y estar plenamente entre los hombres, santificando el mundo<sup>505</sup>.

Los Evangelios dan a San José el nombre de padre de Jesús. Era el nombre que habitualmente utilizaba Jesús en la intimidad del hogar de Nazaret. Ejerció el oficio de padre dentro de la Sagrada Familia: al imponer a Jesús el nombre, en la huida a Egipto, etc. y Jesús le obedeció como a un padre. De la misma manera que Dios escogió a María para que fuese su Madre, escogió también a José para que hiciera de padre a su Hijo en la tierra. José tuvo para Jesús, verdaderos sentimientos paternos, cuidó de Él, le amó como a su hijo, le adoró como a su Dios<sup>506</sup>. El patrocinio de San José sobre toda la Iglesia y sobre cada

---

<sup>503</sup> Cf. COSME DO AMARAL, A., *Monseñor Escrivá peregrino de Fátima*, en: SERRANO, R., (ed.), *Así le vieron: testimonios sobre monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992, pp.57-60.

<sup>504</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 56.

<sup>505</sup> Cf. OCÁRIZ, F., *La filiación divina realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en: RODRÍGUEZ, P. (et. al.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, o.c., pp. 175-176.

<sup>506</sup> Cf. FERNÁNDEZ CARVAJAL, F. – BETETA, P., *Hijos de Dios*, o.c., pp. 99-112.

cristiano es la prolongación del que ejerció sobre Jesucristo y sobre María. Por esta razón fue declarado Patrón universal de la Iglesia. Su paternidad alcanza a cada uno los cristianos. Como hizo las veces de padre de Jesús, hace también de padre de los hijos de Dios<sup>507</sup>.

El Fundador del Opus Dei hablaba de unirse a la *trinidad de la tierra* – Jesús, María y José – para vivir plena y auténticamente la vocación cristiana y dar a conocer a Cristo. Nuestra santificación depende de la redención de Cristo, a la que se une la corredención de María y la singular intercesión y mérito de San José<sup>508</sup>. Todo el misterio de amor mutuo entre las personas de la Sagrada Familia se encerraba en una casa y en un taller de artesano de una pequeña aldea. Sus días eran semejantes a la de tantos hogares de ese mismo pueblo y del mundo entero. San Josemaría saca muchas lecciones de esa realidad humana y sobrenatural, de esa comunidad familiar, para tantos hogares cristianos que deben seguir ese ejemplo.

*i) Trazos de espiritualidad mariana en Camino*

En *Camino*, publicado muchos años antes del Concilio Vaticano II, hay un capítulo dedicado a la Virgen, además de algunos otros puntos, en los que se presentan diversos aspectos de la devoción a María. Algunos de ellos son reafirmados más tarde en la doctrina conciliar. Puede decirse que lo que el Concilio enseña en el plano doctrinal, *Camino* lo presentaba como una invitación práctica a amar a la Madre de Dios: un amor que se manifiesta como súplica, como culto, como imitación de Santa María. San Josemaría alienta en este libro a un encuentro personal con Jesús y con su Madre; fruto de ese encuentro es un cambio de vida, un compromiso en la fe, un seguimiento más fiel del Evangelio. No trata

---

<sup>507</sup> *Ibidem*.

<sup>508</sup> Cf. CASCIARO, J. M., *La santificación del cristiano en medio del mundo*, en RODRÍGUEZ, P. (et. al.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, o.c., p. 157.

de enumerar las verdades de fe sobre Santa María: no es ése su objetivo. Desea provocar en el alma un deseo eficaz de rendir homenaje a la Madre de Dios; afán de petición, de alegría, de seguir sus pasos tras su Hijo Jesús. En una palabra: llevar a amar a la que es Señora nuestra y Madre, Hija y Esposa de Dios.

En *Camino*, haciendo un resumen, podríamos decir que desde el punto de vista de la madre, se considera a María en su condición de medianera, de intercesora. De parte de los hijos, se pone de relieve la incesante petición, la confianza, la intimidad y el trato, la gratitud, los distintos modos de exponer la filiación. Por último, esa relación de filiación mariana se concreta no sólo en tratar a María Santísima, sino en imitarla, en parecerse a Ella, para imitar mejor a Jesús, único Modelo. Resulta novedosa la insistencia, la amplitud y la profundidad de la imitación a la Santísima Virgen. La Mediación maternal de María se nos aparece como Mediación ejemplar, porque se ofrece como paradigma accesible, cercano, animante, por parte del cristiano corriente que se santifica en medio de las realidades seculares.

San Josemaría busca siempre afianzar la piedad doctrinal, fundar sólidamente en la verdad el trato filial con Dios Padre y con María. A la vez, al exponer las verdades de la fe, urge la práctica de la vida cristiana. Los puntos de *Camino* que hablan de María, fundados en la doctrina católica, están empapados de una fuerza que fomenta el trato con la Madre, la firme decisión de imitarla, el deseo nunca del todo cumplido de aprender a quererla.

En *Camino* todo es profundamente teológico: meditación y estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, del Magisterio de la Iglesia, de los grandes y mejores teólogos. Por ejemplo, recuerda los rasgos fundamentales del camino cristiano: «*omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*». En este punto, n. 833, San Josemaría presenta su fórmula eclesiológica para expresar el Reinado de Cristo. El reinado de Cristo, según lo que leemos en este punto, es una realidad eclesial —no una realidad política—, vinculada a la convergencia sobrenatural de 'todos'



en la 'unidad católica' (*omnes cum Petro*), entendida ésta —la unidad eclesial— no como fin en sí misma, sino de manera dinámica (*ad lesum*: para la íntima comunión con Dios, para la misión) y, siempre, mariológica (*per Mariam*)<sup>509</sup>. El Santo explica condensadamente que esa dinámica es la de la santidad: «con tu santificación personal, obtendrás la de los demás»<sup>510</sup>.

«El capítulo sobre la Virgen guarda una gran afinidad teológica con el siguiente, 'La Iglesia'. A los ojos del Autor, la Virgen María —y la Iglesia con ella— aparece, ante todo, como Madre. La maternidad mariana y la maternidad eclesial vienen propuestas por el Autor una a continuación de la otra: ambas llenas de teología y de ternura. Por eso, la situación en el 'ordo' del capítulo sobre la Iglesia (...) parece claramente intencionado: María y la Iglesia»<sup>511</sup>. Es interesante la comparación entre la maternidad eclesial y la maternidad mariana. Años más tarde, se hablará de la Virgen como «tipo» de la Iglesia, expresión que procede de San Ambrosio.

En *Camino* se destaca la participación de María en la Redención, colaborando con su Hijo, especialmente en el momento de su crucifixión, y cómo la Madre de Dios quiere que seamos corredentores<sup>512</sup>. Otra apreciación fundamental es que la mayoría de las consideraciones de *Camino* sobre María son consecuencias derivadas de la Maternidad

---

<sup>509</sup> Como señala el prof. Pedro Rodríguez en su edición crítico-histórica de *Camino* (Madrid 2002), (cf. pp. 897-898), la consecuencia de ese desaparecer personalmente, para que sea sólo de Dios la gloria, es ésta: «con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo, es decir, 'omnes cum Petro ad Jesum per Mariam' » (p/833). La gloria de Dios, según el Autor, consiste: en clave cristológica, en que Cristo reine ('regnare Christum volumus'; (...), y en clave eclesiológica, en la realización de la unidad de los cristianos y de la misión 'que todos vayan con Pedro a Jesús por María'. San Josemaría considera estos tres lemas, desde sus primeros escritos, como los fines últimos del *Opus Dei*, que entendía vinculados a la luz fundacional del 2 de octubre de 1928.

<sup>510</sup> Cfr. *Ibidem*.

<sup>511</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 186-187.

<sup>512</sup> Cf. OROZCO, A., *Aprender en "Camino" el amor a la Virgen*, en: MORALES, J. (ed), *Estudios sobre Camino*, Madrid 1988, pp. 339-358.

espiritual. Esta realidad sobrenatural está en el origen de las demás, y a todas abraza y justifica. Hay diversos puntos donde se consideran distintas consecuencias de esta mediación maternal de María, pero es el n. 495: 'A Jesús siempre se va y se "vuelve" por María'; con esa breve frase, se nos muestra a María como medianera y como camino que conduce y reconduce a Cristo. Mediación para pedir y recibir de su Hijo Jesús las gracias, y mediación para recibir y atender nuestras peticiones y para animarnos a ser constantes<sup>513</sup>.

Este amor materno, como señala san Josemaría, está lleno de ternura y se afina e intensifica más, si cabe, por ir dirigido a hijos necesitados, llenos de limitaciones. Este modo de querer es el propio de una buena madre, que sabe adaptar el cariño a las necesidades de sus hijos. Todo el libro es una continua invitación a seguir de cerca los pasos de Cristo. Se subraya que de la mano de Santa María se hará más ligero el camino de la Cruz. La conclusión resulta inmediata: vamos como Ella y vamos con Ella. Invita también, indirectamente, a poner en sus manos afanes, intereses y esperanzas: a pedir como Ella y a pedirle a Ella, que es "Omnipotencia Suplicante".

Otra de las lecciones más importantes que se aprenden en *Camino* es precisamente el amor a María. La 'clave' para comprender a fondo la calidad específica de ese amor a la Virgen, que en el libro se descubre y se adivina, se encuentra en lo más hondo del sentido de la filiación divina, vivida como infancia espiritual. Hay que ser niños en la vida espiritual para descubrir el amor a la Madre de Dios y, al mismo tiempo, el amor maternal de María. San Josemaría quiere despertar la confianza filial en María; una confianza honda, sobrenatural y comprometedora, con un matiz: la Madre de Dios atiende, en primer lugar, las necesidades de sus hijos de cara a la santidad.

En *Camino*, se manifiesta la respuesta al amor enorme de María: los hijos se sienten movidos a quererla, y así su devoción es acicate para la vida

---

<sup>513</sup> Cf. ESCARTÍN, J. M., *Devoción y amor a María en Camino*, en J. MORALES (ed), *Estudios sobre Camino*, o.c., pp. 319-337.

cristiana. El amor a la Virgen es presentado como un viento que ahuyenta indiferencias y tibiezas. En otra ocasión, como fortaleza que hace llevadero el sacrificio. Por último, como criterio de catolicidad, como signo y garantía de buen espíritu cristiano, en las personas y en las instituciones católicas.

El ejemplo y el modelo de María es muy resaltado en *Camino*. La vida sobrenatural de un cristiano tiende a la identificación con Cristo, participando en su modo de ser y de obrar, y en sus méritos. Mirándola desde otra perspectiva, se descubre una progresiva semejanza con María en la medida en que, como Ella, el cristiano, por su esfuerzo personal y su fidelidad a la gracia, se acerca más y más al cumplimiento de la voluntad divina. Sin embargo, de ordinario, al cristiano no le ha sido propuesta la imitación de la Virgen.

Por eso, reviste una cierta novedad la explícita y subrayada llamada a la imitación de María como elemento constitutivo del verdadero y adecuado culto que, como Madre de Dios y Madre de los hombres, se le debe. La imitación a María es algo que fluye espontáneamente de las relaciones materno-filiales entre Ella y los hombres. La Virgen es la criatura humana que se nos presenta como paradigma de la completa fidelidad y colaboración a los planes de Dios, que ha ejercitado con tanta sencillez y discreción que resulta amable pretender seguirla y parecerse a Ella.

San Josemaría no aspira a ofrecer un cuadro completo de las virtudes de la Virgen; propone modos de comportamiento y actitudes, reacciones de nuestra Madre, para incorporar a la propia vida. Sin embargo, en su conjunto forman el armazón fundamental de la vida cristiana. Veamos algunos rasgos de la vida de la Virgen: disponibilidad en manos de Dios; fidelidad a la vocación personal; obediencia a los planes de Dios, valor del espíritu de servicio. Se subrayan también con especial énfasis la humildad, así como la fortaleza, como capacidad de entereza ante el sufrimiento.

San Josemaría vertió en *Camino* la experiencia personal de su vida heroica, gracias a la ayuda de María. Le gustaba contemplarla en el hogar de Nazaret, escondida, oculta. La Madre de Dios, en todos los momentos de su vida, tuvo un comportamiento ejemplar; así vemos que nunca habló para defender su honor. También resalta un rasgo de la vida de Santa María, 'maestra del sacrificio escondido y silencioso', no sólo como experiencia personal, sino como camino hondo y fructífero del cristiano en medio del mundo. Hemos de imitar el alma sacerdotal de María. Como rasgo específico es Maestra de oración<sup>514</sup>. No podía faltar en *Camino* un canto a la virtud que la Virgen vive, posee, encarna y difunde de un modo particular: la santa pureza. De esa virtud depende no sólo la vida sobrenatural sino también la salud espiritual y física de personas y sociedades<sup>515</sup>. Por eso el Autor propone un programa: «una cruzada de virilidad y de pureza».

---

<sup>514</sup> En el Consulado de Honduras en Madrid, donde se hallaba refugiado durante la guerra civil española, san Josemaría predicó una meditación sobre las bodas de Caná. De ella es este texto : «Et erat Mater Iesu ibi (Jn 2, 1). En esas bodas se hallaba presente la Madre de Jesús (...) ¡Y cómo se reafirma nuestra confianza en ti, al contemplar tu conducta en esta ocasión! ¿Quién te llamó 'Omnipotencia suplicante' ? Es poco, para lo que tu intercesión logra. En realidad, no es suplicante, porque tú misma eres la que ordenas, conociendo que tu Hijo está siempre dispuesto a atender todos tus deseos» (cf. RODRÍGUEZ, P., *Camino. Edición Crítico-Histórica*, o.c., p. 636).

<sup>515</sup> Cf. OROZCO, A., *Aprender en "Camino" el amor a la Virgen*, o.c., pp. 339-358.

## CAPÍTULO VI: CONTENIDOS

Antes de entrar en el desarrollo de este capítulo final de nuestro trabajo, en el que buscamos ofrecer un análisis de los principales contenidos de la doctrina mariológica-mariana de san Josemaría, nos parece necesario señalar que su pensamiento en este terreno, ateniéndonos a los textos marianos publicados, que son los que personalmente hemos estudiado, se mueve principalmente en el ámbito de la corriente teológica y espiritual mariana más común en su época (al menos hasta el Concilio Vaticano II). Tal corriente, de firme orientación cristocéntrica, es la que ha venido en llamarse «cristotípica» para distinguirla de la «eclesiotópica», que adquirirá un mayor relieve a partir de la doctrina mariológica conciliar.

La primera de esas corrientes, que consiste esencialmente en la consideración de la figura de María desde una perspectiva cristológica, es decir, uniendo siempre su tratamiento teológico y espiritual al que se hace sobre el Verbo encarnado, fue la más usual en el campo de la mariología científica y en el de la piedad mariana desde mediados del siglo XIX, aunque sus raíces se remontan a épocas anteriores. Ligada al fenómeno aparicionista y a las enseñanzas del magisterio de la época, y muy fortalecida por el movimiento mariano que se extiende entre el final de la primera guerra mundial y el Concilio Vaticano II, se caracteriza desde el punto de vista de la sistemática teológica por un fuerte acento

en el estudio de los privilegios marianos y la exaltación de la persona de María, en su singularidad respecto del resto de las criaturas. Como señala Bastero, «este movimiento alcanzó su clímax en el pontificado de Pío XII»<sup>516</sup>.

La otra tendencia mariológica y mariana, que hemos denominado, como es habitual, corriente «eclesiotípica», se caracteriza por un enfoque de corte eclesiológico de la contemplación y la reflexión teológica sobre María, Madre y figura de la Iglesia. Nacida principalmente a partir del movimiento litúrgico, y desarrollada al calor del fuerte impulso recibido en el periodo entreguerras por los estudios bíblicos y patrísticos, así como por el desarrollo del diálogo ecuménico, esa corriente fue en cierto modo reforzada a partir del Concilio. Conviene señalar, no obstante, que la doctrina mariológica conciliar (reflejada básicamente en el cap. VIII de *Lumen gentium*), manifiesta un exquisito equilibrio entre ambas tendencias, como se advierte en el propio título del capítulo: «La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

El pensamiento mariológico de san Josemaría puede ser situado, al menos hasta la época conciliar, dentro de los esquemas «cristotípicos» comunes entonces, sobre todo en España, que son los que encuadran también el pensamiento de los autores espirituales contemporáneos suyos, así como de buena parte de los teólogos. San Josemaría, como hombre de su tiempo, se mueve dentro de los planteamientos teológicos y espirituales comunes, es decir, dentro de la corriente magisterial y doctrinal tradicional, sin pretensiones de mantener una postura mariológica determinada. Su doctrina espiritual global está marcada, sin duda, por un intenso cristocentrismo, como han puesto de relieve los estudios especializados<sup>517</sup>, pero eso no obsta, antes al contrario, para

---

<sup>516</sup> BASTERO, J. L., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, o.c., p. 12.

<sup>517</sup> Cf., por ejemplo, ARANDA, A., «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, o.c.

que, al desarrollar su enseñanza sobre los distintos privilegios marianos, se adviertan en ella – tanto antes del Concilio, como también después – fuertes matices espirituales de naturaleza eclesiológica. Al estar marcada su contemplación del misterio de Cristo por un vivo sentido de la acción redentora del Salvador, que se continúa realizando en y a través de la Iglesia hasta el final de los tiempos, toda su doctrina espiritual – radicalmente cristocéntrica – se beneficia de un acento eclesiocéntrico evidente: amor a la Iglesia e intenso compromiso de servicio a su misión evangelizadora universal.

Pasamos ya a exponer los elementos centrales de la doctrina espiritual mariana que se encierra en los textos de san Josemaría<sup>518</sup>.

## 1. MARÍA, MADRE DE DIOS

### *a) Introducción: la verdad de fe y las líneas teológicas de fondo*

El dogma de la Maternidad divina es el tema central de toda la Mariología. Aunque en otra época no haya habido unanimidad sobre este punto, ahora son pocos los que lo ponen en duda. La Maternidad divina puede definirse como «la relación real y permanente que la Virgen María tiene con la persona divina del Verbo, a causa de la comunicación de la propia naturaleza, por medio de la concepción

---

<sup>518</sup> En nuestra exposición, muy centrada en los textos, iremos señalando por medio de las notas a pie de página, cuando sea conveniente, algunas referencias a posiciones doctrinales y teológicas, relacionadas o subyacentes. Indicaremos también, cuando nos parezca útil, como dato puramente ilustrativo, sin peso en el hilo discursivo de la tesis, algunas líneas mariológicas del magisterio posterior (concretamente de Juan Pablo II), que dicen cierta relación de ideas con lo que leemos en los textos de san Josemaría.

(virginal), de la gestación y del parto (virginal)»<sup>519</sup>. Al mismo tiempo, además de ser una relación singularísima con el Hijo de Dios, la Maternidad divina supera la persona individual de María porque constituye el fundamento histórico que posibilita la obra salvífica de Cristo, como acción del Hombre-Dios.

Para captar con mayor profundidad este dogma es necesario situarlo en el marco del desarrollo de la economía de salvación. La Maternidad divina de María es el medio del que Dios se sirve para iniciar la obra redentora: la vocación-misión de la Virgen es unir el Salvador a la raza humana, una tarea fundamental para el bien de la humanidad, que se encontraba sin posibilidad de volver a Dios. Sin embargo, el dogma de la Maternidad divina no limita la figura de Santa María a ser un simple objeto-instrumento de Dios: aunque el Verbo se podría haber encarnado de otro modo, de hecho quiso escoger a María, criatura amada y, a la vez, libre. De aquí la importancia de la respuesta sin condicionamientos de la Virgen al anuncio de Gabriel.

Otra consideración conviene hacer: en el misterio de la Maternidad divina se manifiesta la Trinidad de Personas en la identidad relacional de cada una y en la intensidad de la unidad absoluta del Ser divino. Así el Hijo aparece como el Engendrado que, entrando en el tiempo gracias a la generación de María, vive la vida eterna en la historia de los hombres, haciéndoles participar de su propia vida divina como hijos adoptivos de Dios. Al Hijo que María recibe corresponde el misterio del Padre Donante, de modo que la doble generación sea toda relativa al Padre, inicio eterno del Amor. Por último, el Espíritu Santo une la generación eterna a la temporal, al relacionar en su amor al Engendrante y al Engendrado y a éste con la historia de los hombres. En el misterio de la Maternidad divina se desvela el misterio de la vida trinitaria como amor eterno que se comunica a la historia de los hombres<sup>520</sup>.

---

<sup>519</sup> PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, o.c., p. 224.

<sup>520</sup> Cf. LAURENTIN, R., *Court Traité sur la Vierge Marie*, Paris 1967, p. 122s.



La Maternidad de María puede ser considerada como divina según un triple sentido: a) en cuanto tiene a Dios por modelo, ya que se asimila a la generación eterna del Verbo por el Padre (causa ejemplar); b) en cuanto tiene a Dios por principio, puesto que proviene del Espíritu Santo (causa eficiente); y c) en cuanto tiene a Dios por término, porque el Engendrado es el mismo Hijo de Dios (causa final). La Maternidad de María es divina en su término porque la Virgen no es sólo Madre según la imagen de Dios o por la acción de Dios, sino que lo es, sobre todo, porque es Madre del mismo Hijo de Dios, en su naturaleza humana. De los tres sentidos mencionados, el más determinante del carácter divino de la Maternidad de María es precisamente éste, el de la divinidad en cuanto al término. La Virgen, en definitiva, es Madre de Dios en sentido propio<sup>521</sup>.

La Maternidad divina implica en María una relación personal única, singular, con Dios, que por una parte la acerca al Padre Eterno y, por otra, la eleva por encima de todo lo que no es Dios, sin dejar por eso de ser criatura. Por causa de esa Maternidad, María alcanza una dignidad quasi infinita, porque la Maternidad es una relación real (al menos, por parte de María) especificada por su término<sup>522</sup>, que en este caso es infinito (la persona del Verbo encarnado): la dignidad de María, por tanto, es en cierto sentido infinita. Para comprender adecuadamente cuál es la grandeza de la Madre sería necesario comprender la del Hijo, algo que es imposible. También por fuerza de la Maternidad divina, María pertenece al supremo de los órdenes creados, esto es, al orden hipostático: al orden de la comunicación personal de la divinidad, en el que se encuentra, en primer lugar, la Humanidad de Cristo<sup>523</sup>.

La expresión Madre de Dios no es bíblica, pero su contenido sí. Más aún, hay expresiones que son hasta formalmente equivalentes, por ejemplo, *Mater Domini* (Lc 1.43), ya que el término Señor, absolutamente aislado,

---

<sup>521</sup> Cf. PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, o.c., p. 239.

<sup>522</sup> Cf. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 2, a. 7 ad 2.

<sup>523</sup> ROSCHINI, G. M., *Dizionario di Mariologia*, Roma, 1960, p. 294s.

indica un título mesiánico en el contexto lucano en que aparece. En el ambiente de las tradiciones neotestamentarias, significa y se aplica a Cristo precisamente como Dios. Esta expresión pues, en boca de Isabel tiene una fuerza extraordinaria: *Mater Domini*, es el modo hebreo de decir: Madre de Dios<sup>524</sup>.

En este bosquejo del contenido de la Maternidad divina falta señalar la relación de la persona humana de la Virgen con la Persona del Verbo Encarnado, una relación iniciada por medio de la concepción, gestación y parto y que comporta también la relación materno-filial, personal y permanente, en la que se incluye la educación del hombre Jesús, tarea no menos importante que la generación (como en toda maternidad humana). Se debe reconocer en la Madre de Jesús a la educadora del Hijo de Dios en su infancia, y de esa labor de María pueden encontrarse vestigios en algunas manifestaciones verbales y en determinadas actuaciones de Cristo que recogen los Evangelios. El Espíritu Santo inspiró en María una pre-formación de las actitudes de Jesús, haciéndola apta para educar al niño y para favorecer su crecimiento según las exigencias propias de su persona y misión<sup>525</sup>.

---

<sup>524</sup> Santo Tomás se planteaba la objeción de que en la Sagrada Escritura no se encuentra el título de Madre de Dios; sólo las de Madre del Señor y Madre del Niño, y respondía: «ésta fue la objeción de Nestorio: que se resuelve porque, aunque no se encuentra expresamente en la Escritura que María sea Madre de Dios, sí que se encuentra expresamente que Jesucristo es verdadero Dios y que María es Madre de Jesucristo» (cf. *S.Th.*, III, q. 35, a. 4). En el Concilio de Efeso (a. 431) se consagró el término *Theotokos*, pero es una expresión que existía por lo menos un siglo antes. Así la oración *Sub tuum praesidium* se encuentra en el Papyrus n. 470 de la John Roylands Library, se data a finales del s. III; en ella se dice: «Bajo tu amparo nos acogemos, *Theotokos*...». Teodoreto en su *Historia eclesiástica* nos ha transmitido un texto en que dice: «Nuestro Señor Jesucristo llevó verdaderamente, y no en apariencia, un cuerpo tomado de la *Theotokos*» (I, 3: PG 82,908A). Utilizan este título: S. Atanasio, Dídimo el Ciego, Eusebio de Cesarea, S. Cirilo de Jerusalén, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio de Nisa, etc. Entre los latinos, S. Ambrosio es el primero que utiliza la correspondiente traducción latina *Mater Dei*: «*Quid nobilius Dei matre*» (*De Virg.* 1,2,7: PL 16, 209A).

<sup>525</sup> Cf. GALOT, J., *Dieu et la femme*, Louvain 1986, p. 108-110.

b) *María, Madre de Dios en San Josemaría*

Para san Josemaría, el dogma de la Maternidad divina constituye el centro de toda su comprensión del misterio de María. Así lo afirma en variadas ocasiones, especialmente en su homilía dedicada a meditar sobre dicho misterio en el día de la correspondiente fiesta litúrgica<sup>526</sup>. Ese texto servirá de base para el desarrollo de este apartado.

Volviendo al tema incoado, la expresión «Madre de Dios» —o expresiones semejantes, pero siempre referidas a la Maternidad divina de María— aparece en su literalidad, en los textos de san Josemaría, en doce ocasiones, que son las siguientes: «debe invocar al Señor, a la Madre de Dios»<sup>527</sup>; «deseo llegar a la santidad con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre»<sup>528</sup>; «el anuncio de que sería la Madre de Dios»<sup>529</sup>; «que es quien más íntimamente ha tratado en este mundo a la Madre de Dios»<sup>530</sup>; «Madre de Dios, omnipotencia suplicante»<sup>531</sup>; «su más alta dignidad: Madre de Dios»<sup>532</sup>; «Nuestra Señora es Madre del Verbo Encarnado»<sup>533</sup>; «al haber elegido a María como Madre de Cristo»<sup>534</sup>; «La Madre de Dios que buscó afanosamente a su Hijo»<sup>535</sup>; «un

---

<sup>526</sup> La homilía es la titulada: «*Madre de Dios, Madre nuestra*», fechada el 11 de octubre de 1964 —la fiesta se celebraba entonces en ese día del año—, y está recogida en el volumen: *Amigos de Dios*, 274-293.

<sup>527</sup> Cf. *Amigos de Dios*, 181.

<sup>528</sup> Cf. *ibidem*, 183.

<sup>529</sup> Cf. *ibidem*, 241.

<sup>530</sup> Cf. *Ibidem*, 255.

<sup>531</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 175.

<sup>532</sup> Cf. *Amigos de Dios*, 274.

<sup>533</sup> Cf. *ibidem*.

<sup>534</sup> Cf. *ibidem*, 275.

<sup>535</sup> Cf. *ibidem*, 278.

ordenado resumen de la vida de la Madre de Dios»<sup>536</sup>; «al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo divino»<sup>537</sup>; «con tu ayuda poderosa, oh Virgen Madre de Dios»<sup>538</sup>.

Los textos que encierran esas frases, como las frases mismas, tienen un trasfondo trinitario y una fuerte componente espiritual. «Porque la Trinidad Santísima, al haber elegido a María como Madre de Cristo, Hombre como nosotros, nos ha puesto a cada uno bajo su manto maternal. Es Madre de Dios y Madre nuestra»<sup>539</sup>. A pesar de que éramos pecadores y enemigos de Dios, la Redención no sólo nos libra del pecado y nos reconcilia con el Señor, sino que nos convierte en hijos, nos entrega una Madre, la misma que engendró al Verbo, según la Humanidad. San Josemaría manifiesta: «¿Cabe más derroche, más exceso de amor? Dios ansiaba redimirnos, disponía de muchos modos para ejecutar su Voluntad Santísima, según su infinita sabiduría. Escogió uno, que disipa todas las posibles dudas sobre nuestra salvación y glorificación. Como el primer Adán no nació de hombre y de mujer, sino que fue plasmado en la tierra, así también el último Adán, que había de curar la herida del primero, tomó un cuerpo plasmado en el seno de Virgen, para ser, en cuanto a la carne, igual a la carne de los que pecaron»<sup>540</sup>.

San Josemaría confiesa en unidad la realidad de la Encarnación y la verdad de la Maternidad divina, con palabras que ofrecen claridad doctrinal y seguridad en la fe a sus oyentes, y expone con precisión

---

<sup>536</sup> Cf. *ibidem*, 279.

<sup>537</sup> Cf. *ibidem*, 109.

<sup>538</sup> «Amar el mundo apasionadamente», homilía del 8-X-1967, en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 121.

<sup>539</sup> *Amigos de Dios*, 275.

<sup>540</sup> *Ibidem*, 276. La frase en cursiva pertenece a S. BASILIO, *Commentarius in Isaiam*, 7, 201: PG 30, 466.

calcedoniana<sup>541</sup> la verdad sobre la única Persona divina del Verbo encarnado y sus dos naturalezas. Nos parece que un texto suyo en ese sentido, particularmente significativo, sea éste: «Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, hijo verdadero de María: por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre –sin confusión– la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios»<sup>542</sup>.

El misterio inefable de la Maternidad divina, al igual que el de la Encarnación es *mysterium stricte dictum*: «un misterio en todo el rigor de la palabra, que, aun después de hecha la revelación, no puede ser descifrado»<sup>543</sup>. Al tratar de ilustrar su contenido, san Josemaría acude a la Sagrada Escritura, a los Padres y al Magisterio. «Esa ha sido siempre la fe segura. Contra los que la negaron, el Concilio de Éfeso proclamó que *si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santísima Virgen es Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al*

---

<sup>541</sup> Aunque se refiere a unos años más tarde, es emblemático que C. Pozo, en su libro *María, en la obra de la Salvación*, o. c., dedique un apartado a los peligros actuales para el dogma de la divina Maternidad. A su juicio, uno de los aspectos más inquietantes de la crisis teológica en la Iglesia es la crítica de la cristología calcedonense: es decir, la crítica de la afirmación según la cual en Cristo hay dos naturalezas unidas en la única Persona divina, tal y como definió el Concilio de Calcedonia en el año 451 (DS 302). Pozo critica a P. Schoonenberg por sus afirmaciones erróneas. Ante esta grave situación, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó en su momento la «*Declaratio ad fidem tuendam in mysteria Incarnationis et Sanctissimae Trinitatis a quibusdam recentibus erroribus*» (cfr. «L'Osservatore Romano», 10 marzo 1972, p.1).

<sup>542</sup> *Amigos de Dios*, 274.

<sup>543</sup> ADAM, K., *El Cristo de nuestra fe*, Barcelona 1958, 282-283.

*Verbo de Dios encarnado, sea anatema.* La historia nos ha conservado testimonios de la alegría de los cristianos ante estas decisiones claras, netas, que reafirmaban lo que todos creían: *el pueblo entero de la ciudad de Efeso, desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, permaneció ansioso en espera de la resolución... Cuando se supo que el autor de las blasfemias había sido depuesto, todos a una voz comenzaron a glorificar a Dios y a aclamar al Sínodo, porque había caído el enemigo de la fe. Apenas salidos de la iglesia, fuimos acompañados con antorchas a nuestras casas. Era de noche: toda la ciudad estaba alegre e iluminada. Así escribe San Cirilo, y no puedo negar que, aun a distancia de dieciséis siglos, aquella reacción de piedad me impresiona hondamente»*<sup>544</sup>.

La Maternidad de María es vista como el fundamento de las demás prerrogativas que acompañan su vida. «Raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan. Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por encima de los ángeles y de los santos. Más que Ella, sólo Dios. *La Santísima Virgen, por ser Madre de Dios, posee una dignidad en cierto modo infinita, del bien infinito que es Dios.* No hay peligro de exagerar. Nunca profundizaremos bastante en este misterio inefable; nunca podremos agradecer suficientemente a Nuestra Madre esta familiaridad que nos ha dado con la Trinidad Beatísima»<sup>545</sup>.

Siguiendo, pues, la doctrina mariológica tradicional, afirma san Josemaría que el misterio de María se ilumina desde su Maternidad divina, raíz de todas sus perfecciones y, por ello, punto de partida y base de cualquier consideración sobre la Virgen, desde el punto de vista espiritual, teológico o pastoral. Por este misterio inefable, sobre el que nunca podemos profundizar bastante —el misterio de una criatura

---

<sup>544</sup> *Amigos de Dios*, 275. Las citas internas corresponden, respectivamente, al Concilio de Efeso, can. 1 (DSch. 252) y a S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Epistola* 24: PG 77, 138.

<sup>545</sup> *Amigos de Dios*, 276. La cita interna pertenece a STO. Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, q. 25, a. 6.

humana en una situación de íntima familiaridad con la Trinidad, que nos permite acercarnos más a la intimidad de Dios—, María es Inmaculada, llena de gracia, siempre Virgen, asunta al Cielo y Reina de la creación. Más que Ella, sólo Dios. La Maternidad divina revela una singularísima relación entre María y cada una de las Personas de la Santísima Trinidad. En la gracia propia de la Maternidad, las Tres Personas «plenifican» el ser de María: el Padre enviando a su Hijo, el Hijo dejándose engendrar como hombre en Ella, y el Espíritu Santo obrando amorosamente en esa sobrenatural generación.

*c) Madre de Dios: designio divino y respuesta humana*

Para san Josemaría, con toda la tradición cristiana, el hecho de que María sea Madre de Dios responde a un eterno proyecto divino<sup>546</sup>. Dios se adelantó a salvarnos, porque nosotros por nuestras fuerzas no podíamos hacerlo. El plan divino de salvación, que nos ha sido plenamente revelado por la venida de Cristo, es universal y eterno. Y reserva un lugar particular a la Mujer que será la Madre de aquél, a quien el Padre ha confiado la obra de la salvación.

Consideremos ahora la respuesta de María, que libremente dijo un sí que la hizo Madre de Dios. Para san Josemaría, el adverbio libremente es muy importante: revela, por una parte, que Dios deja en libertad a las personas cuando solicita una respuesta, y por otra, que María, la llena de gracia, podía responder con plena libertad a la propuesta divina. «Considerad ahora el momento sublime en el que el Arcángel San Gabriel anuncia a Santa María el designio del Altísimo. Nuestra Madre

---

<sup>546</sup> Sobre la predestinación de María, cfr., por ejemplo, S. JUAN DAMASCENO, *Hom. in Nativitatem*, 7; 10: S. Ch. 80, 65; 73; *Hom. in Dormitionem* I, 3: S. Ch. 80, 85: «Es ella, en efecto, la que, elegida desde las generaciones antiguas, en virtud de la predestinación y de la benevolencia del Dios y Padre que te ha engendrado a ti (oh Verbo de Dios) fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin alteración alguna, es ella la que te ha dado a luz, alimentado con su carne, en los últimos tiempos ...».

escucha, y pregunta para comprender mejor lo que el Señor le pide; luego, la respuesta firme: fiat! (*Lc I, 38*). —¡hágase en mí según tu palabra! —, el fruto de la mejor libertad: la de decidirse por Dios»<sup>547</sup>.

Así, al estudiar la respuesta de María, expone cuál es el sentido de la libertad, y cómo la Virgen, con su grandeza de alma, poniendo en acto su libertad, elige lo más conveniente: «La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: la libertad de la gloria de los hijos de Dios! (*Rom VIII, 21*)»<sup>548</sup>. Al considerar esa actitud de la Virgen, que se deja guiar por el Amor de Dios, señala san Josemaría que la mejor libertad es la de decidirse por Dios. «La libertad más plena: la de no querer abandonar nunca, por toda la eternidad, el objeto de nuestros amores»<sup>549</sup>. Esa libertad que vivió Santa María a lo largo de su existencia terrena, tan bien reflejada en las páginas de los Evangelios, bastan para dar una idea de su altísima dignidad<sup>550</sup>.

---

<sup>547</sup> *Amigos de Dios*, 25.

<sup>548</sup> *Amigos de Dios*, 27.

<sup>549</sup> *Ibidem*, 38.

<sup>550</sup> Resulta iluminante transcribir unos párrafos de san Josemaría sobre el sentido de la libertad en los hombres para descubrir de nuevo la grandeza de alma de María: «Nunca podremos acabar de entender esa libertad de Jesucristo, inmensa —infinita— como su amor. Pero el tesoro preciosísimo de su generoso holocausto nos debe mover a pensar: ¿por qué me has dejado, Señor, este privilegio, con el que soy capaz de seguir tus pasos, pero también de ofenderte? (...) La libertad personal —que definiendo y defenderé siempre con todas mis fuerzas— me lleva a demandar con convencida seguridad, consciente también de mi propia flaqueza: ¿qué esperas de mí, Señor, para que yo voluntariamente lo cumpla? Nos responde el mismo Cristo: *veritas liberabit vos* (*Ioh VIII, 32*), la verdad os hará libres. ¿Qué verdad es ésta, que inicia y consuma en toda nuestra vida el camino de la libertad? Os la resumiré, con la alegría y con la certeza que provienen de la relación entre Dios y sus criaturas: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre» (*Amigos de Dios*, 26).



María sabe que ha salido de las manos de Dios, que es objeto de predilección divina, conoce su verdad más íntima, actúa con el dominio y el señorío propio de los que aman al Señor por encima de todas las cosas. La Virgen escucha con los oídos del cuerpo y del alma, pone esfuerzo para atender. Ha meditado la Escritura Santa y conoce la esperanza de su pueblo en el Salvador: «Nuestra Madre ha meditado largamente las palabras de las mujeres y de los hombres santos del Antiguo Testamento, que esperaban al Salvador, y los sucesos de que han sido protagonistas. Ha admirado aquel cúmulo de prodigios, el derroche de la misericordia de Dios con su pueblo, tantas veces ingrato»<sup>551</sup>. Moviada por la prudencia, pregunta para saber el contenido del mensaje, el querer de Dios, y se decide a responder. «En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (*Lc I, 38*)»<sup>552</sup>. Esa actitud de la Virgen que abarca toda su vida, esa entrega completa a la voluntad de Dios, es fidelidad. En los momentos decisivos se pone particularmente de manifiesto, y se traduce en su respuesta al Señor, propia de una criatura – hija de Dios – que ama a su Padre sobre todas las cosas<sup>553</sup>.

---

<sup>551</sup> *Amigos de Dios*, 241.

<sup>552</sup> *Es Cristo que pasa*, 173.

<sup>553</sup> Aunque sea en otro orden de reflexión, si bien dentro de la misma contemplación del misterio de la fidelidad de María, Juan Pablo II, comentando el pasaje de *Lc 1,34-38*, escribe: «*Virgo fidelis*, Virgen fiel. ¿Qué significa esta fidelidad de María? ¿Cuáles son las dimensiones de esa fidelidad? La primera dimensión se llama búsqueda. María fue fiel ante todo cuando con amor se puso a buscar el sentido profundo del designio de Dios en Ella y para el mundo. *Quomodo fiet?* ¿Cómo sucederá esto?, preguntaba Ella al ángel de la Anunciación (...). No habría fidelidad si no hubiera en la raíz esta ardiente, paciente y generosa búsqueda (...). La segunda dimensión de la fidelidad se llama acogida, aceptación. El *quomodo fiet* se transforma, en los labios de María, en un *fiat*. Que se haga, estoy pronta, acepto: éste es el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre percibe que jamás comprenderá totalmente el cómo; que hay en el designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia; que, por más que haga, jamás logrará

d) *Madre de Dios y Madre nuestra*

La referencia a María como «Madre de Dios y Madre nuestra» —o en otras expresiones semejantes— se encuentra literalmente veinte veces en los textos de san Josemaría. Como en el caso anterior, las ofrecemos en el siguiente elenco: «Y dirigimos también esta plegaria a Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra»<sup>554</sup>; «nuestro Hermano primogénito, el Hijo de María, Madre de Dios y Madre nuestra»<sup>555</sup>; «a la ayuda del Señor y de su Madre bendita, que es también Madre tuya»<sup>556</sup>; «sino el trono desde el que reina Cristo. Y a su lado, su Madre, Madre nuestra también»<sup>557</sup>; «Contemplemos ahora a su Madre bendita, Madre nuestra también»<sup>558</sup>; «Pidamos a la Madre de Dios, que es nuestra Madre, que nos prepare el camino que lleva al amor pleno»<sup>559</sup>; «Acude conmigo a la Madre de Cristo, Madre Nuestra»<sup>560</sup>; «Hemos de rogar al Señor —a

---

captarlo todo (...). Coherencia es la tercera dimensión de la fidelidad. Vivir de acuerdo con lo que se cree. Ajustar la propia vida al objeto de la propia adhesión. Aceptar incomprensiones, persecuciones antes que permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree: ésta es la coherencia (...). Pero toda fidelidad debe pasar por la prueba más exigente: la de la duración. Por eso la cuarta dimensión de la fidelidad es la constancia. Es fácil ser coherente por un día o algunos días. Difícil e importante es ser coherente toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El fiat de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el fiat silencioso que repite al pie de la cruz» (*Homilía en la Catedral de México*, en: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II, 1979, 145-146).

<sup>554</sup> *Amigos de Dios*, 204.

<sup>555</sup> *Amigos de Dios*, 175.

<sup>556</sup> *Ibidem*, 131.

<sup>557</sup> *Ibidem*, 141.

<sup>558</sup> *Ibidem*, 241.

<sup>559</sup> *Es Cristo que pasa*, 38.

<sup>560</sup> *Amigos de Dios*, 54.

través de su Madre y Madre nuestra — que nos aumente su amor»<sup>561</sup>; «Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres»<sup>562</sup>; «el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra»<sup>563</sup>; «hemos meditado sobre la devoción y el cariño a la Madre suya y nuestra»<sup>564</sup>; «Madre de Dios y Madre nuestra»<sup>565</sup>; «en Jesús, hijos de Dios, hermanos de Cristo: su Madre es nuestra Madre»<sup>566</sup>; «Es Madre de Dios y Madre nuestra»<sup>567</sup>; «la Madre de Dios y, por eso, Madre de todos los cristianos»<sup>568</sup>; «a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra»<sup>569</sup>; «la Madre de Dios y Madre nuestra nos proteja»<sup>570</sup>; «Además, la Madre de Dios, que es también Madre nuestra»<sup>571</sup>; «los méritos de Cristo y los de su Santa Madre, que es también Madre nuestra»<sup>572</sup>; «María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra».<sup>573</sup>

Al estudiar estas frases, en primer lugar cabe resaltar que san Josemaría siempre sigue el mismo orden: primero Madre de Dios y luego Madre nuestra. Es fácil deducir que el Santo estructura este binomio con un criterio de dignidad: primero Dios y luego el hombre. También cabe ver en esa disposición el orden ontológico de causalidad, porque, si no fuese Madre de Dios, María no sería tampoco Madre de los hombres. No es un

---

<sup>561</sup> *Ibidem*, 38.

<sup>562</sup> *Es Cristo que pasa*, 140.

<sup>563</sup> *Ibidem*, 142.

<sup>564</sup> *Ibidem*, 149.

<sup>565</sup> *Ibidem*, 94.

<sup>566</sup> *Ibidem*, 13.

<sup>567</sup> *Amigos de Dios*, 275.

<sup>568</sup> *Ibidem*, 282.

<sup>569</sup> *Ibidem*, 296.

<sup>570</sup> *Ibidem*, n. 316.

<sup>571</sup> *Ibidem*, 214.

<sup>572</sup> *Es Cristo que pasa*, 82.

<sup>573</sup> *El fin sobrenatural de la Iglesia*, homilía del 28-V-1972, n. 8.

orden rutinario de piedad, sino un detalle importante con el que nos da una pauta para acudir a Santa María: la considera en primer lugar con toda su dignidad, que la sitúa muy por encima de nosotros, pero luego viene el "Madre nuestra": la cercanía, la familiaridad.

Vemos también que la expresión «Madre de Dios y Madre nuestra» aparece literalmente ocho veces, y que en las otras doce frases hay algunas variaciones: «Madre bendita» (del Señor), «su Madre» (de Cristo), «Madre de Cristo», «su Madre» (del Señor), «Madre suya», «su Madre» (de Cristo), «su Madre» (de Dios), y «Santa Madre» (de Cristo), en cuanto a la Maternidad divina; y, en cuanto a la relación de maternidad con los hombres, «Madre tuya», «nuestra Madre», «Madre de los hombres», «nuestra Madre» y «Madre de los cristianos». Hay diferencias de matices entre unas frases y otras, pero en el fondo se está expresando siempre lo mismo.

Además, cabría hacer alguna consideración sobre el uso del adverbio también (« es también Madre nuestra»), que aparece siete veces, siempre para reafirmar la relación de semejanza o de conformidad. Es posible interpretar ese vocablo en un sentido duplicativo, como un recurso para dar mayor fuerza a la maternidad espiritual. El Santo utiliza en nueve casos este binomio en el contexto de una oración de petición; en otros ocho casos es el reconocimiento de un título; en los demás es un cauce abierto al trato – oración y contemplación – con la Virgen.

## **2. MARÍA: LA OBRA MAESTRA DE DIOS.**

El Fundador del Opus Dei, como fruto de la contemplación de los privilegios marianos, se refiere con términos inequívocos a la Virgen, llamándola: «la criatura más excelente que ha salido de las manos de

Dios»<sup>574</sup>, «la criatura más excelsa»<sup>575</sup>, «la criatura más excelsa de cuantas han existido y existirán sobre la tierra»<sup>576</sup>, «la obra maestra de Dios»<sup>577</sup>, y, «centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad»<sup>578</sup>. La Madre del Verbo Encarnado tiene, por querer de Dios, una excelsitud que resulta difícil describir pero que es un dato cierto de fe<sup>579</sup>.

Intentando explicar esta realidad maravillosa, el Santo se pregunta: «¿Cómo nos habríamos comportado, si hubiésemos podido escoger la madre nuestra? Pienso que hubiésemos elegido a la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Cristo: siendo Omnipotente, Sapientísimo y el mismo Amor (cf. 1 *Ioh* 4, 8), su poder realizó todo su querer»<sup>580</sup>. Aunque ese razonamiento lógico no puede explicar

---

<sup>574</sup> *Amigos de Dios*, 93.

<sup>575</sup> *Ibidem*, 241.

<sup>576</sup> *Ibidem*, 96.

<sup>577</sup> *Ibidem*, 292.

<sup>578</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 171.

<sup>579</sup> Santo Tomás afirma que la dignidad de María Santísima es eminentísima «por sus relaciones con Dios, bien infinito; y desde este punto de vista, no es posible nada mejor, como no es posible encontrar cosa alguna que sea mejor que Dios mismo» (cfr. *S.Th.*, I, q. 25, a. 6, ad4). Roschini afirma que Dios ha concedido a la Virgen «una dignidad tan admirable que Dios mismo, a pesar de su omnipotencia, no podría crear una más sublime. Para que pudiera haber una madre más grande y más perfecta que María, sería necesario un hijo más grande y más perfecto que Jesús: cosa imposible, porque no puede haber nada más grande que Dios. No sólo María viene de hecho, inmediatamente después de Dios en la escala de la grandeza, sino que su unión con Él es tan estrecha que no queda sitio para otra criatura inferior a Dios y superior a María» (cf. *La Madre de Dios*, Madrid 1962, t. I, p. 349). B. Pío IX, con ocasión de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, ensalzaba a María con estos términos: «...más hermosa, vistosa y santa que los mismos querubines y serafines y que todas las muchedumbres de los ángeles» (cfr. Bula *Ineffabilis Deus*, Acta Pii IX, t. I, p. 599). En el Concilio Vaticano II se afirma que la Virgen «está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo (...) y con el don de una gracia tan extraordinaria que aventaja con creces a todas las otras criaturas celestiales y terrenas» (*Lumen gentium*, 53). Juan Pablo II escribe: «La elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo» (Enc. *Redemptoris Mater*, 10).

<sup>580</sup> *Es Cristo que pasa*, 171.

totalmente el misterio del infinito Amor de Dios hacia los hombres, que se ha volcado en una criatura humana, nuestro amor filial a la Santísima Virgen, nos lleva —afirma san Josemaría—, en cuanto a Ella se refiere, a entender más que en otras verdades de fe. «Misterio de amor es éste. La razón humana no alcanza a comprender. Sólo la fe acierta a ilustrar cómo una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad. Sabemos que es un divino secreto. Pero, tratándose de Nuestra Madre, nos sentimos inclinados a entender más —si es posible hablar así— que en otras verdades de fe»<sup>581</sup>.

En ese intento de profundizar en ese divino secreto —elevación a una dignidad «quasi infinita»—, su argumento no es otro que el razonamiento teológico tradicional. «Los teólogos han formulado con frecuencia un argumento semejante, destinado a comprender de algún modo el sentido de ese cúmulo de gracias de que se encuentra revestida María, y que culmina con la Asunción a los cielos. Dicen: *convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo*. Es la explicación más clara de por qué el Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios. Estuvo libre del poder de Satanás; es hermosa —*tota pulchra!*—, limpia, pura en alma y cuerpo»<sup>582</sup>.

San Josemaría, hace uso de los textos litúrgicos marianos siguiendo una exégesis afirmada por diversos autores. Apoyándose en *Ecclo XXIV, 24*<sup>583</sup>, nos describe el amor que llenaba el Corazón de María: el Amor de

---

<sup>581</sup> *Ibidem*.

<sup>582</sup> *Ibidem*. La cita interna pertenece a DUNS SCOTO, *In III Sententiarum*, dist. III, q. 1.

<sup>583</sup> POZO, C., en su obra *María, en la obra de la Salvación*, o. c., 126-131, considera que *Ecclo XXIV, 24* es un texto mariológico sólo por acomodación. La Liturgia aplica este pasaje del libro sapiencial a María, pero en realidad habla de la Sabiduría divina y no de la Virgen. Según PIAZZA, A. C., aplicando estos textos por acomodación a María, la Iglesia «vuole solo mettere in rilievo le caratteristiche della Divina Sapienza, alla cui opera salvifica, quale Madre del Verbo Incarnato, è intimamente associata nell'eterno consiglio di Dio" (*Enciclopedia Mariana Theotócos*, p. 31). BASTERO, J. L., en su *María, Madre del Redentor*, o. c.,

Dios, es decir, el mismo Dios, principio y fin de su amor, pues no cabe otra posibilidad en la llena de gracia (Lc I, 28)<sup>584</sup>. «Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza (Eccló XXIV, 24). Lecciones que nos recuerda hoy Santa María. Lección de amor hermoso, de vida limpia, de un corazón sensible y apasionado, para que aprendamos a ser fieles al servicio de la Iglesia. No es un amor cualquiera éste: es el Amor. Aquí no se dan traiciones, ni cálculos, ni olvidos. Un amor hermoso, porque tiene como principio y como fin el Dios tres veces Santo, que es toda la Hermosura y toda la Bondad y toda la Grandeza»<sup>585</sup>. En ese Amor hermoso de María aprendemos las lecciones que la Virgen nos ha dado en su vida terrena. No hay traiciones, siempre ha sido fiel; no hay cálculos, siempre se ha dado con generosidad; y no hay olvidos, se ha acordado de todo, estaba en lo que debía estar, responsable en todo.

María es Madre de Dios Hijo: una tal perfección<sup>586</sup> expresa, de alguna forma, la riqueza inconmensurable de su corazón: Madre de la ciencia,

---

p. 99, afirma que este texto, acomodado a la Virgen, ofrece un cúmulo de ricas perspectivas: la heredad del Señor sobre la que María reina es el conjunto de las almas justas.

<sup>584</sup> I. DE LA POTTERIE (cf. *María en el misterio de la Alianza*, o. c., pp. 46-48) ofrece un estudio de esa perícopa de Lucas: *gratia plena*, siguiendo la exégesis de los Padres. La tradición bizantina en Oriente y la medieval en Occidente vieron en esa expresión (*kejaritomene*) la indicación de la perfecta santidad de María. Siguiendo un estudio filológico de ese verbo en griego, se afirma que María ha sido transformada por la gracia de Dios. Por tanto, la transformación de María por la gracia ya ha tenido lugar mucho antes del momento de la Anunciación. María ha sido transformada por la gracia porque ha sido santificada por la gracia de Dios. Esta es, por otra parte, la interpretación más frecuente de este versículo en la tradición de la Iglesia. Sofronio de Jerusalén, por ejemplo, interpreta la expresión «llena de gracia» de esta manera: «Nadie como tú ha sido plenamente santificado.; nadie ha sido previamente purificado como tú» (SOFRONIO, *Or. II, in Annunt.* 25: PG 87/3,3248). Además, se desprende de todo el contexto que María fue «transformada por la gracia» de Dios en consideración, precisamente, de la misión que había de cumplir: ser la Madre del Hijo de Dios, y serlo permaneciendo virgen.

<sup>585</sup> *Amigos de Dios*, 277.

<sup>586</sup> S. BUENAVENTURA escribe: "Dios puede hacer un mundo mayor, pero no puede hacer una madre más perfecta que la Madre de Dios" (*Speculum*, cap.8).

del buen obrar, del estar junto al Señor de la ciencia, poniendo en práctica las virtudes sobrenaturales en el actuar cotidiano<sup>587</sup>. «Madre de la ciencia es María, porque con Ella se aprende la lección que más importa: que nada vale la pena, si no estamos junto al Señor; que de nada sirven todas las maravillas de la tierra, todas las ambiciones colmadas, si en nuestro pecho no arde la llama de amor vivo, la luz de la santa esperanza que es un anticipo del amor interminable en nuestra definitiva Patria»<sup>588</sup>.

Acudiendo a la oración, camino de conocimiento del amor de Dios, san Josemaría considera esa maravilla de criatura que llevó en su seno al Dios Omnipotente. Un hecho sin precedentes y que no se repetirá jamás. La Liturgia le ayuda a ponderar la grandeza de María y, a la vez, el amor de Dios por los hombres, un amor que se humilla hasta el punto de aceptar el cauce ordinario por el que los hombres llegan al mundo.

---

<sup>587</sup> Comentando la salutación del ángel: «el Señor es contigo», DE LA POTTERIE (*María en el misterio de la Alianza*, pp. 49-50) señala que es una fórmula frecuente en el Antiguo Testamento, aunque en relación al caso que nos ocupa, es importante tener en cuenta que no es éste un saludo ordinario. La fórmula «El Señor es contigo» — en singular o en plural, según los casos —, no se utiliza prácticamente más que cuando se trata de un mandato difícil de cumplir, de un mandato que supera la capacidad del hombre cuando éste se halla reducido a sus propias fuerzas. Encontramos ese saludo, por ejemplo, cuando Dios dice a Moisés que deberá conducir a su pueblo fuera de Egipto (*Ex* 3,12), o cuando Josué recibe la misión de atravesar el Jordán con los israelitas (*Jos* 1,9), o también cuando el ángel anuncia a Gedeón que ha de liberar a su pueblo de manos de los madianitas, y le saluda con estas palabras: «Yahweh contigo, valiente héroe» (*Jue* 6,12). Con esta salutación se promete la ayuda y la asistencia de Dios para el cumplimiento de misiones particularmente difíciles. Se impone ahora la siguiente pregunta: ¿puede decirse lo mismo de la salutación del ángel a María? ¿Es la maternidad, para una mujer, una misión hasta tal punto difícil que supera sus fuerzas normales? Cada día innumerables mujeres dan a luz. Pertenece esto a la vocación ordinaria de la mujer. Pero lo que una mujer no puede ciertamente hacer es dar a luz un hijo sin la intervención del varón, es decir virginalmente. Esto es algo que supera sus posibilidades naturales. ¿Cuál es entonces el sentido de las palabras del ángel? De nuevo nos ilumina la estructura, pues el segundo miembro de la salutación («el Señor es contigo») introduce el segundo anuncio («El Espíritu Santo vendrá sobre ti»). Porque «la virtud del Altísimo» cubrirá a María con su sombra, para que ella pueda concebir y dar a luz virginalmente a aquel que «será llamado Hijo de Dios». Para que pueda esto realizarse es absolutamente indispensable que «el Señor sea con ella».

<sup>588</sup> *Amigos de Dios*, 278.



«Sigamos nosotros ahora considerando este misterio de la Maternidad divina de María, en una oración callada, afirmando desde el fondo del alma: *Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien los Cielos no pueden contener, se ha encerrado en tu seno para tomar la carne de hombre*»<sup>589</sup>

En esta mirada a María como criatura excelsa, san Josemaría destaca particularmente una virtud: la humildad, que da a la Virgen esa «capacidad de saber acoger el querer de Dios», hasta el límite de acoger al mismo Cristo en su seno. Esta es una forma profunda de considerar esta virtud, en relación directa con Dios, con su Voluntad. Pero en esa expresión hay un claro fundamento evangélico y ascético, en cuanto que la capacidad de acoger a Dios significa, entre otras cosas, la capacidad de aborrecer el propio yo, la propia voluntad. «Mirad a María. Jamás criatura alguna se ha entregado con más humildad a los designios de Dios. La humildad de la *ancilla Domini* (Lc I, 38), de la esclava del Señor, es el motivo de que la invoquemos como *causa nostrae laetitiae*, causa de nuestra alegría. Eva, después de pecar queriendo en su locura igualarse a Dios, se escondía del Señor y se avergonzaba: estaba triste. María, al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo divino, y se llena de gozo. Que este júbilo suyo, de Madre buena, se nos pegue a todos nosotros: que *salgamos* en esto a Ella —a Santa María—, y así nos pareceremos más a Cristo»<sup>590</sup>.

San Josemaría, al mirar a María, puede afirmar: jamás criatura alguna se ha entregado con más humildad a los designios de Dios. La Virgen vivió

---

<sup>589</sup> *Amigos de Dios*, 283. La cita interna pertenece al *Aleluya* de la Misa de la Maternidad divina de María. Como venimos señalando, la Liturgia es siempre terreno fértil para encontrar esos tesoros teológicos que nos ayudan a entender más el misterio de la Bienaventurada Virgen María. En dos citas del Evangelio (cf. Lc I, 42 y Lc XI, 27) se menciona a la Virgen precisamente con este título, *bienaventurada, bendita*, que la Liturgia también recoge. «Mirad lo que nos hace recitar hoy la liturgia: *bienaventuradas sean las entrañas de la Virgen María, que acogieron al Hijo del Padre eterno* (Antífona *ad Communionem* en la Misa común de la B. M. Virgen). Una exclamación vieja y nueva, humana y divina. Es decir al Señor, como se usa en algunos sitios para ensalzar a una persona: ¡bendita sea la madre que te trajo al mundo!» (*Amigos de Dios*, 283).

<sup>590</sup> *Amigos de Dios*, 109.

en grado sumo esa virtud, y no en vano en el Evangelio de San Lucas (Lc 1, 38 y 48) aparece María como esclava, expresión máxima de abajamiento desde el punto de vista humano. Las páginas del Nuevo Testamento muestran que en María esa expresión no era sólo lo que Ella decía de sí misma, sino lo que vivía. La humildad llena su alma de gozo, de alegría, y por su fe humilde será llamada bienaventurada por todas las generaciones. Además, como señala en otro texto: «María se muestra santamente transformada, en su corazón purísimo, ante la humildad de Dios: *el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios* (Lc I, 35) La humildad de la Virgen es consecuencia de ese abismo insondable de gracia, que se opera con la Encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima en las entrañas de su Madre siempre Inmaculada»<sup>591</sup>.

### 3. MARÍA INMACULADA

La misión materna de María —maternidad respecto del Verbo Encarnado y respecto de todos los hombres— es, como venimos repitiendo, para el pensamiento y la piedad cristiana la razón profunda de la santidad y plenitud de gracia de Nuestra Señora desde el primer instante de su concepción<sup>592</sup>. La teología ayuda a describir la estrecha conexión entre maternidad divina e Inmaculada concepción. «Un decreto divino que consiste en hacer de una persona la madre corporal del Redentor ha de ser el decreto de gracia y de redención por antonomasia y el más perfecto que pueda imaginarse, el que haga de

---

<sup>591</sup> *Amigos de Dios*, 96.

<sup>592</sup> Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c., p. 233.

María la llena de gracia y la redimida de la manera más perfecta»<sup>593</sup>. No es adecuado considerar la Concepción Inmaculada como un privilegio otorgado a Santa María en función exclusiva de su maternidad divina, como si se tratase de una gracia extrínseca a esta maternidad, como un don requerido simplemente como adorno de quien posee semejante dignidad. Más bien hay que considerar que la total santidad de María — y en consecuencia su Inmaculada Concepción — es un momento interno de esta maternidad. Esta santidad plena de María comporta dos aspectos inseparables: uno negativo, que es la preservación de todo pecado, tanto original como personal; y otro positivo, que es la plenitud de gracia recibida<sup>594</sup>.

Como se sabe, la doctrina sobre la Inmaculada Concepción de María ha sido el resultado de un largo proceso doctrinal y espiritual en el seno del pueblo de Dios, en el que se ha ido tomando conciencia cada vez más nítida de las implicaciones teológicas de la plenitud de gracia de la Madre de Cristo, su eximia santidad y su singular papel en la obra de la redención. El gran movimiento «inmaculista», que entre dificultades y entusiasmos se va fraguando en la Iglesia desde la época patristica, confluye triunfalmente en la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por B. Pío IX, el 8-XII-1854, mediante la Bula *Ineffabilis Deus*. A partir de la definición dogmática —y de las apariciones de la Virgen en Lourdes bajo esa advocación— el «fervor inmaculista» se extiende con gran intensidad por todo el orbe cristiano, y de su fuerza se beneficia toda la teología y la piedad marianas. Especialmente sucede así en el periodo que se extiende desde comienzos del siglo XX —y que podríamos fijar, a efectos de nuestro tema, en torno a la publicación por S. Pío X de la Encíclica *Ad diem illum* (2-II-1904), en el cincuentenario del dogma—, hasta mediados de dicho siglo —en torno al centenario del dogma, y a la publicación por Pío XII de la Encíclica *Fulgens corona* (8-IX-

---

<sup>593</sup> MÜLLER, A., *Puesto de María y su cooperación en el acontecimiento de Cristo*, en: «Mysterium salutis», Madrid 1969, t. III/II, p. 439.

<sup>594</sup> Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c., p. 234.

1953) —. El desarrollo de esa doctrina, y con ella de toda la teología de las prerrogativas marianas, se extiende, y es recogida por el Concilio Vaticano II y por el magisterio postconciliar, hasta nuestros días<sup>595</sup>.

El pensamiento de san Josemaría en relación con esta cuestión debe situarse en ese ámbito de fervor inmaculista, y está en profunda sintonía con los textos magisteriales citados. Nuestro Autor exulta ante este privilegio de nuestra Madre, se fija en que esa propiedad, la ausencia de toda mancha de pecado, es una realidad no sólo en el momento en que María lleva en su seno a la Segunda Persona de la Trinidad, sino a lo largo de toda su vida. Fue inmaculada en su concepción, lo fue también siempre vida diaria, siempre fiel, y como tal la honrará Dios. «El amor de Dios es insondable. Si procede así con el que le ha ofendido, ¿qué hará para honrar a su Madre, inmaculada, *Virgo fidelis*, Virgen Santísima, siempre fiel?»<sup>596</sup>.

María estuvo libre de todo pecado personal, por especial privilegio de Dios. No cometió pecado alguno, ni mortal ni venial<sup>597</sup>. Además san Josemaría, con ese sentido positivo que caracteriza su doctrina al hablar de la Inmaculada, no se fija en que no cometió pecado, sino en que buscó

---

<sup>595</sup> Puede verse una buena síntesis de la cuestión en BASTERO, J. L., *Virgen singular*, o.c., pp. 113-170.

<sup>596</sup> *Es Cristo que pasa*, 178.

<sup>597</sup> Enseña el Concilio de Trento: «Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado... podría evitar todos los pecados durante su vida entera, aun los veniales, sin especial privilegio, como de la Virgen lo sostiene la Iglesia, sea anatema» (D 1573). S. Pío V señala así mismo que en María no hubo pecado actual (Bula *Ex omnibus afflictionibus*, D 1973). B. Pío IX afirma que fue limpia de todo pecado y libre de toda mancha en el cuerpo, el alma y el entendimiento (Cf. Bula *Ineffabilis Deus*, D. M. 291). Pío XII subraya la misma idea: María es inmune de toda mancha, ya personal, ya hereditaria (Enc. *Mystici corporis*, AAS XXXV (1943) 247-248), y «jamás se alejó ni siquiera mínimamente de los preceptos y de los ejemplos de su divino Hijo» (Enc. *Fulgens Corona*, en «Ecclesia» 13 (1953) 397-402), de tal manera que «allí donde está María, no está Satanás» (Radiomensaje *Quando lasciate*, I, 2, en «Ecclesia» 13 (1953) 738). El Concilio Vaticano II ha reiterado la misma doctrina: María ha sido enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular (cf. *Lumen gentium*, 56). El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: «Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida» (n. 493).

ser siempre pura, inmaculada, fiel en todo instante: «nunca puso el más mínimo obstáculo» al querer de Dios. La fidelidad de la Virgen se traduce en el hecho de no poner el menor obstáculo a la Voluntad de Dios, algo de lo que el corazón humano, por sí mismo, estará siempre muy lejos. Si Dios se vuelca con su Amor en nuestros corazones, ¿qué no hará en el Corazón de María, lleno de una quasi-infinitud de amor de Dios? «Si el amor de Dios se muestra tan grande cuando la cabida del corazón humano —traidor, con frecuencia— es tan poca, ¿qué será en el Corazón de María, que nunca puso el más mínimo obstáculo a la Voluntad de Dios?»<sup>598</sup>. Por ser la Pureza Inmaculada, su devoción va unida al empeño de los cristianos por ser humildes, limpios, sinceros, alegres y generosos. «Se lo pedimos por intercesión de Santa María, que es la pureza inmaculada. Acudimos a Ella —*tota pulchra!*—, con un consejo que yo daba, ya hace muchos años, a los que se sentían intranquilos en su lucha diaria para ser humildes, limpios, sinceros, alegres, generosos. *Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. No desconfíes. Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma*»<sup>599</sup>.

De todas formas, en este retrato somero de la santidad plena de María no debemos olvidar que Ella vivió una existencia humana corriente y normal, semejante a la de los demás.

---

<sup>598</sup> *Es Cristo que pasa*, 178.

<sup>599</sup> *Amigos de Dios*, 189. La cita interna pertenece a *Consideraciones espirituales*, Cuenca 1934, p. 53.

## 4. MARÍA EN SU EXISTENCIA COTIDIANA

### *a) Introducción: descubrir a la Virgen como una de nosotros*

Nos adentramos ahora en la exposición de un tema que debe ser considerado como uno de los más singulares y característicos de la doctrina mariológica de san Josemaría, en íntima conexión con su enseñanza espiritual global. El Fundador del Opus Dei consideraba y hacía considerar a sus oyentes directos —como ahora a sus lectores— que la mayor parte de la vida de María consistió en santificar la aparente pequeñez de lo ordinario: lo de cada día. «Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal. María es una criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, capaz de gozos y de alegrías, de sufrimientos y de lágrimas. Antes de que Gabriel le comunique el querer de Dios, Nuestra Señora ignora que había sido escogida desde toda la eternidad para ser Madre del Mesías. Se considera a sí misma llena de bajeza (cf. *Lc I, 48*): por eso reconoce luego, con profunda humildad, que en Ella ha hecho cosas grandes el que es Todopoderoso (*Lc I, 49*)»<sup>600</sup>.

En el apartado precedente hemos tratado de estudiar los rasgos de María como criatura excelsa, con esa plenitud de gracia y de virtudes que la adornan. Ahora se trata de descubrir a la Virgen, en estos textos de san Josemaría, como mujer: una persona humana con su carácter, temperamento y cualidades; con un determinado grado de inteligencia, de sensibilidad, dentro de unas coordenadas históricas y geográficas

---

<sup>600</sup> *Es Cristo que pasa*, 172.

bien concretas. La figura de Nuestra Señora, presentada en clave antropológica, adquiere una nueva fuerza y, en ese campo, se subrayan hoy tales aspectos: los propios de la Virgen como mujer, que vive su concreta y personal biografía

No obstante, en el contexto del pensamiento contemporáneo sobre la mujer, la figura de la Madre de Dios a veces encuentra dificultades, porque se la representa o bien —por decirlo así— excesivamente doméstica, o quizás demasiado gloriosa. Esas dificultades —mencionadas por Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Marialis cultus*—, no implican unas conclusiones negativas respecto a la relación entre la mujer contemporánea y la Virgen, ya que el valor de María como signo no estriba en contingencias históricas sino en algo más hondo. «Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, sino porque en sus condiciones concretas de vida se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios; porque acogió la Palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; es decir porque fue la primera y más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente».<sup>601</sup>.

---

<sup>601</sup> PABLO VI, Exh. Apost. *Marialis cultus*, 35. A modo puramente ilustrativo, para continuar con las ideas señaladas, cabe citar unas palabras de la Encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II: «Esta dimensión mariana en la vida cristiana adquiere un acento peculiar respecto a la mujer y a su condición. En efecto, la feminidad tiene una relación singular con la Madre del Redentor, tema que podrá profundizarse en otro lugar. Aquí sólo deseo poner de relieve que la figura de María de Nazaret proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal por el mismo hecho de que Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por lo tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo» (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 46).

La Sagrada Escritura no aporta ningún dato explícito sobre la vida de Santa María hasta el momento de la Anunciación. Se ha de recurrir a la tradición para poder conocer, en la medida de lo posible, algún aspecto. La liturgia, desde tiempo inmemorial, celebra a Joaquín y a Ana como padres de la Virgen. San Epifanio es el primer Padre que lo menciona, aunque tomando esos nombres de tradiciones apócrifas anteriores<sup>602</sup>. Es muy posible que lo tomara del Protoevangelio de Santiago, porque en este libro se citan con dichos nombres a los progenitores de María, y en ese tiempo esa obra tenía un indiscutible peso en la piedad mariana. Posteriormente San Juan Damasceno, San Modesto de Jerusalén, y otros, los denominan de igual modo, y de aquí que Benedicto XIV pueda afirmar que, siendo una opinión generalizada en la Iglesia oriental y occidental, que los padres de la Santísima Virgen se habían llamado Joaquín y Ana, no hay razón alguna para ir en contra de esta sentencia<sup>603</sup>.

Se sabe con certeza que María nació en Palestina, carecemos de datos para saber el lugar. Igualmente, tampoco sabemos la fecha, aunque fue alrededor de los años 729 a 733 de la fundación de Roma, en base al dato de la Anunciación y de la edad usual en que las muchachas judías realizaban los esponsales. Con relación al linaje al que pertenecía María hay dos opiniones diversas. Una afirma que era originaria de la tribu de Judá y de la estirpe de David, mientras la otra, mantiene la opinión que pertenecía a la estirpe sacerdotal por su parentesco con Isabel<sup>604</sup>. María

---

<sup>602</sup> S. EPIFANIO, *Haer.*, 70: PG 42, 354.

<sup>603</sup> Cf. BASTERO, J.L., *María, Madre del Redentor*, o.c., p. 36.

<sup>604</sup> «Mientras la genealogía de Lucas (*Lc* 3, 28-38) indica la conexión de Jesús con la humanidad entera, la genealogía de Mateo (*Mt* 1, 1-17) pone en evidencia su pertenencia a la estirpe de Abraham. Es en cuanto hijo de Israel, pueblo elegido por Dios en la Antigua Alianza, al que directamente pertenece, como Jesús de Nazareth es con pleno título miembro de la gran familia humana» ( JUAN PABLO II, *Discurso*, 4-II-1987, n. 1: «*Insegnamenti*» X, 1 (1987) 258). No sabemos si Santa María pertenecía a la tribu de Judá y era también descendiente del rey David. Las tradiciones de la antigua cristiandad no nos ofrecen datos precisos. Lo que dice el Evangelio es que era pariente de Isabel. Después del destierro de Babilonia (año 586 a.C.) se tendió entre los hebreos a que los matrimonios se



fue desposada por un varón de la casa de David llamado José, hijo de Jacob, (cf. *Lc* 1, 27 y *Mt* 1, 18) y de profesión artesano. Según las costumbres palestinas de aquella época la edad de la Virgen oscilaría entre los 14 y 18 años. El lugar fue Nazaret, pueblo de pocos centenares de habitantes, situado en Galilea. El matrimonio se realizó siguiendo la tradición judía; en primer lugar los esponsales, que ya tenían valor jurídico y duraban aproximadamente un año y a continuación las nupcias, es decir, la introducción de la esposa en la casa del esposo.

Por los datos evangélicos sabemos que la Anunciación tuvo lugar cuando se habían realizado los esponsales y según la cronología más verosímil sucedió en el año 748 de la fundación de Roma. La huida a Egipto debió ser al año del nacimiento de Jesús, es decir a finales del 749, allí debieron estar unos dos años, por tanto, es muy probable que María volviera con el Hijo y su esposo José a Nazaret el año 751. Siguiendo la cronología, la pérdida del Niño en el Templo debió ser en la Pascua del 761, cuando Jesús había cumplido ya los doce años. A partir de esta fecha no tenemos ningún dato hasta el inicio de la vida pública de Cristo. Por los datos suministrados por San Lucas (cf. *Lc* 3, 1-2), sabemos que Juan Bautista comenzó a predicar hacia el año 780 de Roma y el 27 de la era cristiana. Jesús, en esa fecha, tenía unos 31 años y María de 46 a 50. A través del evangelio de San Juan y de la fecha de la muerte de Jesús, en el mes de abril del año 30 d.C., María entonces tendría de 49 a 53 años. En los Hechos, María aparece junto con los Apóstoles esperando la venida del Espíritu Santo, en el cenáculo de Jerusalén. Después de esta referencia no poseemos ningún dato fidedigno, excepto

---

realizaran entre personas de la misma tribu. Pero esto no quiere decir que se cumpliera siempre. Más tarde, en los tiempos cercanos al Nacimiento de Jesús, parece que había gran elasticidad a este respecto: el pueblo hebreo era fundamentalmente uno, de modo que los casamientos entre personas de distintas tribus no ofrecían mayor dificultad. Por ello, Santa María, al casarse con José, no debía pertenecer necesariamente a la tribu de Judá. En cualquier caso, la línea sucesoria iba preferentemente por la descendencia de los varones. Así Jesús recibía las prerrogativas de la ascendencia davídica por medio de la paternidad legal de José. (Cf. CASCIARO, J. M.—MONFORTE, J. M., *Jesucristo, Salvador de la Humanidad. Panorama Bíblico de la Salvación*, Pamplona 1996, p. 125).

que —finalizado el curso de la vida terrena—, Dios la llevó en cuerpo y alma al cielo. La tradición señala Éfeso o Jerusalén como la ciudad donde fue asunta<sup>605</sup>.

b) *La existencia llena de normalidad de la Madre de Dios*

«Ella vive y nos protege; está junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, en cuerpo y alma. Es la misma que nació en Palestina, que se entregó al Señor desde niña, que recibió el anuncio del Arcángel Gabriel, que dio a luz a Nuestro Salvador, que estuvo junto a Él al pie de la Cruz»<sup>606</sup>. San Josemaría describe con cuatro trazos la vida de María, señalando los jalones más importantes de su andar terreno: nació, se entregó, recibió el anuncio de ángel, dio a luz, estuvo al pie de la Cruz. Son los datos biográficos esenciales de la Madre de Dios<sup>607</sup>.

Nace en una familia hebrea, en Palestina, de la que conocemos pocos datos. En ese ambiente creció, se educó como una niña más, sin singularizarse. La mayor parte de lo que se ha escrito sobre su vida está basado en datos históricos y sociológicos de la época en que vivió, aplicados —con más o menos dosis de imaginación— a la Virgen. Nos movemos, por tanto, en el terreno de lo probable<sup>608</sup>. Epifanio el Monje,

<sup>605</sup> Cf. BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, o.c., pp. 36ss.

<sup>606</sup> *Amigos de Dios*, 292.

<sup>607</sup> Acerca de la vida de la Santísima Virgen abunda la bibliografía. En lengua castellana, se pueden consultar entre otras, por ejemplo, las obras de: FLORES DE LEMUS, I., *Esta es la Inmaculada. Vida de la Virgen María*, Madrid 1955; ITURBIDE, E., *El Evangelio de María, Vida de la Virgen*, Pamplona 1966, 3 edic.; PEMAN, J. M., *Lo que María conservaba en su corazón*, Madrid 1968; REY, J., *Retratos de la Virgen*, Santander 1954, 2 vol.; ROSCHINI, G. M., *Vida de la Virgen María*, Buenos Aires 1948; SANZ, L., *Vida de la Sma. Virgen*, Barcelona 1971; SCHROEDER, A., *Historia de María, la Virgen*, Madrid 1951; WILLAM, F. M., *Vida de María (La Madre de Jesús)*, Barcelona 1982.

<sup>608</sup> Véase un ejemplo imaginativo y algo peculiar: «La vida de la pequeña María, pues, evolucionaba según las leyes que sigue todo desarrollo humano. En aquella alma llena de gracia, limpia de todo pecado y de toda inclinación al pecado, hubo

clérigo bizantino que vivió entre finales del siglo VIII y principios del IX, escribió en su *Vida de María* —una de las más antiguas 'vidas' de la Virgen— en base a la literatura apócrifa, que: «Hubo, entre los Santos Padres, quienes celebraron a María con grandes alabanzas, pero ninguno de ellos escribió con exactitud acerca de su vida, del decurso de sus años, de su educación y de su tránsito. Mas, aun los que pusieron mano en ello y, en parte, tocaron el tema, se apartaron del recto camino y vinieron a contradecirse, cada uno a sí mismo»<sup>609</sup>.

No poder contar con documentos históricos sobre la Virgen sirve también, mirando las cosas desde otra perspectiva, como argumento sencillo e importante para mostrar que su existencia fue normal, como la de tantos hombres y mujeres que han pasado por la tierra sin dejar rastro histórico. Para hablar de Ella sólo cabe apoyar el discurso en las pocas noticias de su vida que ofrece la Escritura. En los Evangelios aparece como una joven que vive en Nazaret, minúsculo lugar de Galilea —tan pequeño y desconocido, que no hay ninguna referencia a esa aldea en los escritos del Antiguo Testamento—, donde conduce una vida corriente. A san Josemaría le gusta subrayar eso: que llevó una existencia normal. Es la normalidad de la vida cotidiana.

La existencia de Nuestra Señora, colmada de Dios como «la llena de gracia», alcanzó por esa altísima razón teológica un nivel de santidad inimaginable para la razón humana. Pero, al mismo tiempo, desarrollada siempre dentro de los parámetros de la cotidiana normalidad. Eso es lo que contempla en Ella san Josemaría: su santidad en la vida ordinaria. Es conocido que, en la tradición espiritual, se ha considerado también la existencia de María como ejemplo de vida apartada del mundo y, en cierto modo, paradigma de la consagración

---

comunicaciones divinas absolutamente imposibles de manifestar para ella, y es de suponer que ni siquiera se le ocurrió la pregunta de si debía o podía relatarlas. De ahí que pasase los años de su niñez en completa soledad. Para su vida interior era ésta de influencia decisiva» (F.M. WILLAM, *Vida de María*, o.c., p. 27).

<sup>609</sup> EPIFANIO el MONJE, *Vida de María*, Madrid 1990, pp. 18-19.

religiosa<sup>610</sup>. La concepción del Fundador del Opus Dei, en cambio, destaca más bien por su comprensión de la existencia de María como modelo para cualquier persona – mujer o varón, aunque especialmente para la mujer –, y no sólo para las vírgenes consagradas. Con esto, la figura de María se aproxima en gran medida al vivir de la gente corriente.

Señala san Josemaría, en efecto, que la mayor parte de la vida de María – su existir con su Hijo en Nazareth – consistió en santificar la aparente

---

<sup>610</sup> En cada época y en las variables circunstancias de los tiempos – señala H. GRAEF, *María: la mariología, el culto mariano a través de la historia*, Barcelona: Herder, 1968, pp. 54-59 – se ha visto en María el modelo ideal de la mujer cristiana y especialmente de las vírgenes. San Leandro de Sevilla dice que Ella es «madre y guía de vírgenes», a las cuales «ha dado a luz por su ejemplo» (*De institutione Virginum*, PL 72, 877). San Atanasio la propone a la imitación de las vírgenes de su tiempo, que no siempre estaban integradas en instituciones de vida en común, sino que, a veces, moraban en sus casas, tratando de llevar una vida retirada, pero expuestas al peligro de la disipación y la mediocridad. Les dice: «María fue una virgen pura, de dulce carácter. No quería ser vista de los hombres, pero rogaba a Dios que la probara. Permanecía constantemente en casa, vivía retirada e imitaba a la abeja. Lo que le sobraba del trabajo de sus manos, se lo daba a los pobres. Únicamente se preocupaba de dos cosas: no dejar que en su corazón arraigara ningún mal pensamiento y no ser soberbia ni dura de corazón. Su modo de expresarse era sobrio y hablaba en voz baja... Al levantarse por la mañana, trataba de hacer sus obras cada día más nuevas que las anteriores, si es que había descuidado las buenas obras o las había ejecutado apresuradamente. No temía a la muerte, sino que estaba triste y suspiraba cada día por no haber traspasado aún el umbral del cielo». Para poner a María como modelo, Atanasio no tiene reparo en suponer que hubiera en ella alguna pequeña imperfección, que se esforzaba en vencer. Esta idea no la comparten los Padres posteriores y expresamente la rechaza el monje Epifanio. El obispo Alejandro, predecesor de Atanasio en Alejandría, había dicho a las vírgenes: «Tenéis la conducta de María, que es modelo e imagen de la vida propia del cielo, es decir de la virginidad». Se trata de la visión antigua y siempre válida de la virginidad como anticipo del estado escatológico, que para la Virgen María será también anticipado en su plenitud, por su Asunción en cuerpo y alma a la Gloria celestial. Se suele presentar a María como modelo de vida espiritual: maestra de virtudes, con una intencionalidad ascética dentro del contexto monástico. A San Ambrosio se le debe, por ejemplo, esta recomendación: «Pongan sus ojos en este acabado modelo y escuela viva de todas las virtudes y a él sigan e imiten, si desean enderezar sus pasos por el camino de la Gloria eterna. Como flores en ameno jardín brillan en el alma de María las virtudes: en su pudor muéstrase el recato; en su fe, la firmeza y el valor; en su devoción, el amor obsequioso. Como virgen ama el retiro de su casa y no sale de ella sin compañía; como madre acude al Templo a ofrecer a su Hijo a Dios» (*De virginibus*, l.2, cap.2).

pequeñez de lo ordinario, lo de cada día. «Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal. María es una criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, capaz de gozos y de alegrías, de sufrimientos y de lágrimas. Antes de que Gabriel le comunique el querer de Dios, Nuestra Señora ignora que había sido escogida desde toda la eternidad para ser Madre del Mesías. Se considera a sí misma llena de bajeza (cf. *Lc I, 48*): por eso reconoce luego, con profunda humildad, que en Ella *ha hecho cosas grandes el que es Todopoderoso (Lc I, 49)*»<sup>611</sup>.

c) *El corazón humano de nuestra Madre*

Contempla nuestro Santo a la joven doncella de Nazareth como una criatura igual a nosotros, con un corazón humano, con capacidad de alegrarse y de sufrir, que reacciona ante las situaciones como una persona humana. Una persona que ama. Los Evangelios son parcos, en general, en reflejar los sentimientos del alma. Por eso hay que ponderar en todo su valor, como señala Willam<sup>612</sup>, lo poco que ofrecen sobre los personajes de «carne y hueso» que, junto a Cristo, los protagonizan. El Fundador del Opus Dei, que pone esfuerzo para introducirse en el Evangelio «como un personaje más», trata de desvelar los sentimientos

---

<sup>611</sup> *Es Cristo que pasa*, 172.

<sup>612</sup> «Es llamativo en el texto de San Lucas el detalle de que María partió aceleradamente a visitar a su prima Isabel en la montaña de Judea... La expresión indica, por consiguiente, inquietud interior que impulsa a comunicar algo. ¿Qué pensamientos fueron los que impulsaban a María a la 'prisa'? La alegría que embargaba su corazón consistía sin duda, en primer lugar, en que el Mesías estaba ya en el mundo» (WILLAM, F. M., *Vida de María*, o.c., p. 85).

del corazón de María, de imitarlos y de transmitirlos<sup>613</sup>. «Cristo es un niño. ¡Qué dolor el de su Madre y el de San José, porque — de vuelta de Jerusalén — no venía entre los parientes y amigos! ¡Y qué alegría la suya, cuando lo distinguen, ya de lejos, adoctrinando a los maestros de Israel! Pero mirad las palabras, duras en apariencia, que salen de la boca del Hijo, al contestar a su Madre: *¿por qué me buscabais? (Lc II, 49)*»<sup>614</sup>.

El 8 de diciembre de 1948 el papa Pío XII había consagrado la Iglesia y todo el género humano al Corazón Inmaculado de María, y había instituido la festividad litúrgica correspondiente. Esos hechos pontificios habían venido precedidos de un amplio movimiento en el pueblo cristiano, que enlaza con las apariciones de la Virgen Inmaculada a Sta. Catalina Labouré en 1830 (que dan origen a la devoción de la Medalla milagrosa), y tenía como precedente el favor demostrado hacia dichas consagración y festividad por B.Pío IX y S. Pío X, y están también necesariamente ligados a la devoción y consagración al Sagrado Corazón de Jesús, tan presentes en el magisterio de León XIII (Enc. *Annum Sanctum*, de 25-V-1899) y de Pío XI (Enc. *Miserentissimus Redemptor*, de 8-V-1927). Citamos estos aspectos del magisterio pontificio en torno a la devoción al Corazón de Jesús y al Corazón de María<sup>615</sup>, porque ese es el entorno doctrinal y espiritual básico en el que se debe situar la devoción de san Josemaría a esos Sagrados Corazones, que va a

---

<sup>613</sup> Comenta Garofalo: «Tiene gran interés el modo característico de Escrivá de utilizar los textos evangélicos, nunca citados *per transennam* o en el estado, me atrevo decir, de lugar común, resultando así evidente la honda meditación y la atenta exploración de los pliegues íntimos de la Palabra de Dios. Sin alardes de erudición libresca hace una correcta exégesis, prefiriendo moverse en el plano psicológico. Con devota y amorosa contemplación de las palabras y de los hechos de Cristo y de los personajes evangélicos, es siempre solícito para extraer el fruto íntimo y los estímulos operativos. Mons. Escrivá 'entra y hace entrar' en el Evangelio, que adquiere así su necesaria y convincente dimensión formativa, al mismo tiempo que introduce al conocimiento del misterio de Cristo y a la comunión con Él» (FABRO-GAROFALO-RASCHINI, *Santos en el mundo*, o.c., p. 142).

<sup>614</sup> *Amigos de Dios*, 53.

<sup>615</sup> Para un desarrollo de la cuestión, cfr. por ejemplo: ROSCHINI, G. M., *La Madre de Dios según la fe y la teología*, t. II, Madrid 1962, pp. 746-758.

manifestarse, por ejemplo, aunque de modo particularmente significativo, en las Consagraciones del Opus Dei al Corazón Inmaculado de María (15-VIII-1951) y al Corazón Sacratísimo de Jesús (26-X-1952).

Donde queda más en evidencia el corazón humano de una mujer y de una madre es en el dolor. Considerando la Pasión del Señor, san Josemaría descubre en el corazón de María esa gran compasión, que sabe hacer propio el inmenso sufrimiento de su Hijo. Ella sabe 'apropiarse' del dolor ajeno, haciéndolo suyo. «Apenas se ha levantado Jesús de su primera caída, cuando encuentra a su Madre Santísima, junto al camino por donde El pasa. Con inmenso amor mira María a Jesús, y Jesús mira a su Madre; sus ojos se encuentran, y cada corazón vierte en el otro su propio dolor. El alma de María queda anegada en amargura, en la amargura de Jesucristo. *¡Oh vosotros cuantos pasáis por el camino: mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor! (Lam I,12)*»<sup>616</sup>.

Hablando Tomás de Aquino del dolor de Cristo<sup>617</sup>, explica que sufrió el mayor de todos los dolores, apoyando su razonamiento precisamente en su perfección humana. Es fácil hacer una analogía con la Virgen, la criatura más excelsa, sería indecible su dolor, con un corazón sumamente apto para sufrir muy de veras. Así lo han visto también otros<sup>618</sup>. El momento culminante del sufrimiento de María tiene lugar en el Calvario: ver morir al Hijo como un criminal, junto a dos ladrones, insultado por los sacerdotes, los escribas... «Anegada en dolor, está María junto a la Cruz», escribe San Josemaría<sup>619</sup>. E invita a meditarlo: «Meditemos en el Señor herido de pies a cabeza por amor nuestro. Con frase que se acerca a la realidad, aunque no acaba de decirlo todo,

---

<sup>616</sup> ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Via Crucis*, Estación 4, párrafo 1.

<sup>617</sup> Cf. *S.Th.*, III, q. 46, a.6.

<sup>618</sup> «Ella no sufrió en el cuerpo, sino en su alma. Ella agonizó de verdad en la agonía de Él; Ella fue crucificada con Él; la lanza que atravesó el costado de Él atravesó también el alma de Ella» (J.H. NEWMAN, *Rosa mistica*, Madrid 1982, p. 101).

<sup>619</sup> *Via Crucis*, Estación 13, párrafo 1.

podemos repetir con un autor de hace siglos: El cuerpo de Jesús es un retablo de dolores. A la vista de Cristo hecho un guiñapo, convertido en un cuerpo inerte bajado de la Cruz y confiado a su Madre; a la vista de ese Jesús destrozado, se podría concluir que esa escena es la muestra más clara de una derrota. ¿Dónde están las masas que lo seguían, y el Reino cuyo advenimiento anunciaba? Sin embargo, no es derrota, es victoria: ahora se encuentra más cerca que nunca del momento de la Resurrección, de la manifestación de la gloria que ha conquistado con su obediencia»<sup>620</sup>.

María, como madre, no se aleja del lugar del sufrimiento del Hijo. Es difícil penetrar en la hondura de sus sentimientos al pie de la Cruz, pues es la llena de gracia y, por tanto, la llena de amor. Un amor, al mismo tiempo, de madre: de la Madre de Dios<sup>621</sup>. Se encuentra allí, como escribió León XIII: «muriendo con Él en su corazón, atravesada por la espada de dolor»<sup>622</sup>. Y san Josemaría comenta: «De este amor la Escritura canta también con palabras encendidas: *las aguas copiosas no pudieron extinguir la caridad, ni los ríos arrastrarla* (Cant VIII, 7). Este amor colmó siempre el Corazón de Santa María, hasta enriquecerla con entrañas de Madre para la humanidad entera. En la Virgen, el amor a Dios se confunde también con la solicitud por todos sus hijos. Debíó de sufrir mucho su Corazón dulcísimo, atento, hasta los menores detalles —no tienen vino (*Ioh* II, 3)—, al presenciar aquella crueldad colectiva, aquel ensañamiento que fue, de parte de los verdugos, la Pasión y Muerte de Jesús. Pero María no habla. Como su Hijo, ama, calla y perdona. Esa es la fuerza del amor»<sup>623</sup>.

Y esa es la fuerza que da plenitud a su entera existencia humana, traspasada por la gracia. Hablando en general, la personalidad humana y la sobrenatural no son como dos principios distintos, como dos centros

---

<sup>620</sup> *Es Cristo que pasa*, 95.

<sup>621</sup> Cf. OROZCO, A., *Mirar a María*, Madrid 1991, pp. 131-132.

<sup>622</sup> LEÓN XIII, Enc. *Jucunda semper* (8-IX-1894), *Acta Leonis* XIV, 305.

<sup>623</sup> *Amigos de Dios*, 237.



separados, sino que la humana, ha de ser absorbida, elevada y transformada en la otra. Nada de lo perfecto y positivo se perderá, porque se contiene eminentemente en la personalidad sobrenatural de hijos de Dios; no como dos fuerzas opuestas que difícilmente se toleran entre sí, sino como lo menos perfecto está en lo más perfecto, análogamente a como nuestra alma espiritual, siendo una, contiene también los principios de las perfecciones sensitivas y vegetativas. Y así, no se puede separar en María, como en ninguna criatura elevada al orden sobrenatural, la naturaleza de la gracia. El Fundador del Opus Dei sabe destacar en la Virgen esas virtudes humanas, base de las sobrenaturales, que inhiere naturalmente en el ideal de santidad de una persona corriente y que hacen atractiva la virtud: una «natural elegancia», en el convivir humano, que le hace estar en su sitio, en el lugar que le corresponde, no sólo por un innato *savoir faire*, sino por un deseo positivo de seguir la Voluntad de Dios en todo momento. Es prudencia envuelta en un gran sentido sobrenatural. Este modo de actuar hace a María excelsa, poseedora de una personalidad excepcional. «Hemos de imitar su natural y sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación: en María, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (*Ioh* I, 14). Fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria. María asiste a los misterios de la infancia de su Hijo, misterios, si cabe hablar así, normales: a la hora de los grandes milagros y de las aclamaciones de las masas, desaparece. En Jerusalén, cuando Cristo —cabalgando un borriquito— es vitoreado como Rey, no está María. Pero reaparece junto a la Cruz, cuando todos huyen. Este modo de comportarse tiene el sabor, no buscado, de la grandeza, de la profundidad, de la santidad de su alma»<sup>624</sup>.

Verá en esto san Josemaría un aspecto escondido, pero elocuente, de la santidad de María. Ese «desaparecer» en el momento de las aclamaciones, y ese «aparecer» en las horas dolorosas de Jesucristo, ese

---

<sup>624</sup> *Es Cristo que pasa*, 173.

comportamiento de la Madre, es fruto también de la prudencia sobrenatural de quien sólo quiere dar a Dios toda la gloria.

d) *María, esposa de José*

Al mostrar la normalidad de María, podemos fijarnos también, con san Josemaría, en la figura de José, «trayendo a la memoria lo que de él nos dice el Evangelio, para poder así descubrir mejor lo que, a través de la vida sencilla del Esposo de Santa María, nos transmite Dios»<sup>625</sup>.

Con la cercanía física y moral de María, José su esposo seguiría una vida corriente en aquella aldea de Galilea. Constituían una familia que no se distinguía de las demás: con su trabajo, con un hogar, con la atención del hijo, etc. José, de la casa de David, tiene puesta toda su confianza en Dios y lleva una existencia sencilla, ganándose el sustento mediante el trabajo de sus manos. Los Evangelios señalan muy pocos aspectos acerca de él, aunque lo nombran esposo de María y padre de Jesús según la Ley mosaica<sup>626</sup>. De esa carencia de datos históricos se hará eco san Josemaría: «Tanto San Mateo como San Lucas nos hablan de San José

---

<sup>625</sup> *Es Cristo que pasa*, 39. Sobre la teología josefina en San Josemaría, cfr. HERRÁN, L. M., *La devoción a San José en la vida y enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei (1902-1975)*, en: «Estudios Josefinos» 34 (1980) 147-189.

<sup>626</sup> *Es Cristo que pasa*, 40. Acerca de la paternidad de José, escribe Díaz-Macho: «Dios no parece haberse contentado con el entronque jurídico de la ley humana. Parece haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por patrimonio o adopción: paternidad que pudiéramos llamar "constitutiva" o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra (*Eph* 3,15), que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham "padre de las naciones gentiles" (*Rom* 4,17) (...). *Mt* 1, 18-25 pretende relatar, según parece, que Dios constituyó a José, precisamente cuando por una u otra razón intentaba declinar la paternidad legal, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino padre por constitución divina. La paternidad de José es, pues, singular. Por esta razón es también singular la filiación davídica de Jesús» (DIEZ MACHO, A., *Jesucristo «Único»*. *La singularidad de Jesucristo*, Ed. Fe Católica, Madrid 1976, p.10; cf. J.M. CASCIARO, J. M. – MONFORTE, J. M., *Jesucristo, Salvador de la Humanidad*, o. c., 126-127).

como de un varón que descendía de una estirpe ilustre: la de David y Salomón, reyes de Israel. Los detalles de esta ascendencia son históricamente algo confusos: no sabemos cuál de las dos genealogías, que traen los evangelistas, corresponde a María —Madre de Jesús según la carne— y cuál a San José, que era su padre según la ley judía. Ni sabemos si la ciudad natal de San José fue Belén, a donde se dirigió a empadronarse, o Nazaret, donde vivía y trabajaba». Aparece, pues, ante los demás como padre de familia, hombre creyente y justo, fiel cumplidor de la Ley, al igual que María es también conocida por sus conciudadanos como madre de familia, creyente y fiel cumplidora de la Ley (*Lc 2, 22-24*).

A san Josemaría le gusta contemplar a José como un hombre joven, con unos años más que la Virgen. «No estoy de acuerdo con la forma clásica de representar a San José como un hombre anciano, aunque se haya hecho con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María. Yo me lo imagino joven, fuerte, quizá con algunos años más que Nuestra Señora, pero en la plenitud de la edad y de la energía humana»<sup>627</sup>. No hay datos en las narraciones evangélicas sobre este punto, pero es más lógico pensarlo así<sup>628</sup>.

José era carpintero de una pequeña aldea, Nazaret; allí vivieron Jesús y María. El evangelista Mateo llama a Jesús «el hijo del carpintero», y Marcos lo designa como el carpintero, hijo de María»<sup>629</sup>. «Así vivió Jesús

---

<sup>627</sup> *Es Cristo que pasa*, 40.

<sup>628</sup> Como comenta GASNIER, M., *Les silences de Saint Joseph* (Paris, 1958, p.43): «Les coutumes du pays voulaient qu'un israélite fût marié à 18 ans. Rien ne nous oblige de croire que Joseph eût dépassé cet âge».

<sup>629</sup> Piensan algunos (cf. DE LA POTTERIE, I., *María en el misterio de la Alianza*, o.c., p. 108) que en el momento en que Marcos escribía su evangelio José había muerto hacía ya tiempo, de manera que hablar de Jesús como «hijo de José» no tenía mucho sentido. María, en cambio, aún vivía y era muy conocida de las gentes de Nazaret. Otros opinan —cosa que parece más verosímil— que Marcos habría cambiado el texto por decisión propia, porque no quería utilizar la expresión «hijo de José». Se trataría, pues, de una alusión indirecta de Marcos a la concepción virginal de Jesús. De hecho, vendría a decir: Jesús, hablando con propiedad, no es el «hijo de José», pero sí es el hijo de María.

durante seis lustros: era fabri filius (*Mt XIII, 55*), el hijo del carpintero. Después vendrán los tres años de vida pública, con el clamor de las muchedumbres. La gente se sorprende: ¿quién es éste?, ¿dónde ha aprendido tantas cosas? Porque había sido la suya, la vida común del pueblo de su tierra. Era el faber, filius Mariae (*Mc VI, 3*), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba atrayendo a sí todas las cosas (*Ioh XII, 32*)»<sup>630</sup>. La vida de María y José con el Niño se desarrolla en un ambiente rural propio de aquella región de Palestina y de aquella época. Muy pocos —Simón, Ana, los pastores y los magos— sabrán que el Mesías esperado habita ya sobre la tierra. Ante los ojos de los demás vecinos nada hay llamativo o chocante en esa pequeña familia.

*e) María, Madre de familia*

Nos detenemos ahora, al hilo de la predicación de san Josemaría, a contemplar a María desde un nuevo punto de vista, el de su condición de madre, siempre en el contexto de su existencia normal.

La Virgen, después de concebir por obra del Espíritu Santo, llevó a su hijo en su seno durante los meses previstos por la naturaleza, sin que se le ahorraran el cansancio, las limitaciones físicas de una gestación, que por ser la primera, tendría quizás una sobrecarga de inexperiencia, de restricciones y cambios fisiológicos. San Josemaría subraya cómo ese ser en gestación en el seno de María, es Dios, que no reivindica ningún privilegio: quiso ser hombre de verdad, pasar por todas las fases que experimenta cualquier criatura humana antes de salir a la luz. «Cristo fue humilde de corazón (cf. *Mt XI, 29*). A lo largo de su vida no quiso para Él ninguna cosa especial, ningún privilegio. Comienza estando en el seno de su Madre nueve meses, como todo hombre, con una naturalidad extrema. De sobra sabía el Señor que la humanidad padecía

---

<sup>630</sup> *Es Cristo que pasa*, 14.

una apremiante necesidad de Él. Tenía, por eso, hambre de venir a la tierra para salvar a todas las almas, y no precipita el tiempo. Vino a su hora, como llegan al mundo los demás hombres. Desde la concepción hasta el nacimiento, nadie –salvo San José y Santa Isabel– advierte esa maravilla: Dios que viene a habitar entre los hombres»<sup>631</sup>.

Durante el tiempo de la gestación, María se manifiesta como una madre corriente, que alimenta con su sangre al Niño que va a nacer, que piensa cómo atenderle lo mejor posible. Sabe que es el Hijo de Dios a quién lleva en su seno. Un tiempo de espera ansiosa, "complicado" con el silencio ante José por su situación, el viaje para atender a Isabel, el traslado de Nazaret a Belén, donde no conocen a nadie, en la inminencia del parto. En todo esto, san Josemaría quiere hacer comprender cómo la vida ordinaria con sus dificultades, sufrimientos, etc., puede convertirse en divina: la ha vivido el mismo Dios, Jesucristo, en el seno de una mujer.

Considerando esa espera de la Virgen antes del nacimiento de Cristo, san Josemaría gusta de contemplar la cooperación de María cooperando en la identificación espiritual del cristiano: «Pídelo conmigo a Nuestra Señora, imaginando cómo pasaría ella esos meses, en espera del Hijo que había de nacer. Y Nuestra Señora, Santa María, hará que seas *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, ¡el mismo Cristo!»<sup>632</sup>. Siguiendo en esta línea, resulta importante considerar las relaciones con el Hijo. Aunque al hablar de su vida, el único sentido para Ella es ser Madre de Dios –que abarca, sin confusión, la vertiente humana de la maternidad–, el Santo tiene muy en cuenta que la Virgen es en lo humano madre de su hijo. Nos describe cómo sería ese corazón

---

<sup>631</sup> *Es Cristo que pasa*, 18.

<sup>632</sup> *Es Cristo que pasa*, 11. Sobre el *alter Christus, ipse Christus*, se puede cf.: ARANDA, A., *Il cristiano alter Christus, ipse Christus*, en BELDA, M. (et al.), *Santità e mondo*, Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá, Roma 1994, pp.101-144.

materno: generoso hacia su hijo, entregándose en lo pequeño y en lo grande, como las madres buenas de la tierra.

*f) Santidad en la vida ordinaria*

«Fijaos: si Dios ha querido ensalzar a su Madre, es igualmente cierto que durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: *bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron*, el Señor responde: *bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica* (Lc XI, 27-28). Era el elogio de su Madre, de su *fiat* (Lc I, 38), del *hágase sincero, entregado, cumplido* hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada»<sup>633</sup>. No sólo subrayará san Josemaría esa realidad de la vida ordinaria de María, sino que hará ver el espíritu que empapó el cumplimiento de los deberes cotidianos: un «sacrificio escondido y silencioso»<sup>634</sup>, expresivo de aquel *fiat* que se ha convertido en la urdimbre de su existencia.

Durante el vivir terreno de su Hijo fue la vida de María una «callada presencia»: «Durante el resto de su existencia, hasta que subió en cuerpo y alma a los Cielos, es su callada presencia lo que nos impresiona»<sup>635</sup>. Callada, pero activísima, desempeñando sus deberes con entera fidelidad, cuidando de su Hijo, y cuando Él falta, de sus discípulos. «San Lucas, que la conocía bien, anota que está junto a los primeros

---

<sup>633</sup> *Es Cristo que pasa*, 172.

<sup>634</sup> «¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! – Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla» (*Camino*, 509).

<sup>635</sup> *Amigos de Dios*, 286.

discípulos, en oración. Así termina sus días terrenos, la que habría de ser alabada por las criaturas hasta la eternidad»<sup>636</sup>.

Profundizando en el significado y el valor de su vida corriente, dirige la atención san Josemaría a los pocos acontecimientos que se narran en la Escritura. Destaca su actitud de estar pendiente en todo de Dios al ocuparse del hogar y de las cosas habituales, convirtiendo el trabajo en oración. Esa existencia diaria santificada es la mejor preparación para que, en los momentos cruciales de la vida de María, sea su respuesta la respuesta adecuada, que Dios espera de Ella. «Contemplemos ahora a su Madre bendita, Madre nuestra también. En el Calvario, junto al patíbulo, reza. No es una actitud nueva de María. Así se ha conducido siempre, cumpliendo sus deberes, ocupándose de su hogar. Mientras estaba en las cosas de la tierra, permanecía pendiente de Dios. Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo*, quiso que también su Madre, la criatura más excelsa, la llena de gracia, nos confirmase en ese afán de elevar siempre la mirada al amor divino. Recordad la escena de la Anunciación: baja el Arcángel, para comunicar la divina embajada —el anuncio de que sería Madre de Dios—, y la encuentra retirada en oración. María está enteramente recogida en el Señor, cuando San Gabriel la saluda: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo (Lc I, 28)*. Días después rompe en la alegría del *Magnificat* —ese canto mariano, que nos ha transmitido el Espíritu Santo por la delicada fidelidad de San Lucas—, fruto del trato habitual de la Virgen Santísima con Dios»<sup>637</sup>.

La mayor parte de la vida de la Virgen transcurrió en Nazareth, como una más. San Josemaría verá en este hecho cómo la vida ordinaria puede convertirse en un encontrar a Dios, viviendo de fe<sup>638</sup>. Contempla devotamente, con la Liturgia de las horas, aquel hogar, testigo de la vida escondida de Jesús y de María, donde creció el Hijo de Dios, recibió los cuidados de su Madre, aprendió el oficio y trabajó como artesano. «No

---

<sup>636</sup> *Ibidem*.

<sup>637</sup> *Amigos de Dios*, 241.

<sup>638</sup> Cf. *Amigos de Dios*, 284.

es por eso extraño que la Iglesia se alegre, que se recree, contemplando la morada modesta de Jesús, María y José. *Es grato* —se reza en el Himno de maitines de esta fiesta— *recordar la pequeña casa de Nazaret y la existencia sencilla que allí se lleva, celebrar con cantos la ingenuidad humilde que rodea a Jesús, su vida escondida. Allí fue donde, siendo niño, aprendió el oficio de José; allí donde creció en edad y donde compartió el trabajo de artesano. Junto a El se sentaba su dulce Madre; junto a José vivía su esposa amadísima, feliz de poder ayudarle y de ofrecerle sus cuidados*»<sup>639</sup>. María, como ama de casa, cuida de la familia, educa a su Hijo, saca adelante las tareas del hogar. La Virgen es, pues, un modelo para la mujer y para el ama de casa, y su vida es una demostración del valor trascendente que pueden alcanzar las tareas del hogar, en apariencia carentes de relieve<sup>640</sup>. Para san Josemaría, esa actitud de la Madre de Dios, que llena de sentido sobrenatural el quehacer cotidiano, constituye una gran luz respecto al significado del trabajo —sea cual fuere— de la mujer cristiana.

En el espíritu de santificación que Dios inspira en san Josemaría, uno de los puntos doctrinales de mayor calado teológico es aquel que sostiene que Dios llama a los cristianos «a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»<sup>641</sup>. Insistirá, por tanto, dentro de ese mismo orden de ideas, en poner los ojos en María, siempre fiel a lo que Dios le ha pedido y en medio de la vida corriente que le ha correspondido vivir. «No olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar

---

<sup>639</sup> *Es Cristo que pasa*, 22.

<sup>640</sup> Cf. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 87.

<sup>641</sup> *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 114.



de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!»<sup>642</sup>.

En ese sentido, María es modelo de la santificación de la realidad diaria de un hogar de familia. Vive metida en Dios, pero sin dejar de estar pendiente del detalle pequeño, de las necesidades concretas de las personas. «Pensemos, por ejemplo, en el relato de las bodas de Caná. Entre tantos invitados de una de esas ruidosas bodas campesinas, a las que acuden personas de varios poblados, María advierte que falta el vino (Cf. *Ioh* II, 3). Se da cuenta Ella sola, y en seguida. ¡Qué familiares nos resultan las escenas de la vida de Cristo! Porque la grandeza de Dios, convive con lo ordinario, con lo corriente. Es propio de una mujer, y de un ama de casa atenta, advertir un descuido, estar en esos detalles pequeños que hacen agradable la existencia humana: y así actuó María»<sup>643</sup>.

El ambiente de la casa de Nazaret sería de alegría y de trabajo; era una familia pobre y todos trabajarían para sostenerse. Estas reflexiones llevan a pensar en lo que deben ser los hogares cristianos, donde se dan las mismas circunstancias que en Nazaret: pobreza, trabajo, dificultades, etc. Si están presididos por Cristo, toda la tarea se convertirá en obra de Dios, en obra de Amor. «Señor, concédenos tu gracia. Ábrenos la puerta del taller de Nazaret, con el fin de que aprendamos a contemplarte a Ti, con tu Madre Santa María, y con el Santo Patriarca José —a quien tanto quiero y venero—, dedicados los tres a una vida de trabajo santo. Se removerán nuestros pobres corazones, te buscaremos y te

---

<sup>642</sup> *Es Cristo que pasa*, 148.

<sup>643</sup> *Es Cristo que pasa*, 141.

encontraremos en la labor cotidiana, que Tú deseas que convirtamos en obra de Dios, obra de Amor»<sup>644</sup>.

## 5. MARIA, MADRE DE LOS HOMBRES

La maternidad espiritual de María ha sido ha sido objeto de particular atención para el magisterio pontificio a lo largo del siglo XX, y ha sido también una cuestión muy estudiada por los mariólogos, sea respecto a su contenido, como a su modo de realización. El camino recorrido por la Iglesia en este importante aspecto de la doctrina mariológica —camino en el que indudablemente se han de considerar insertadas las enseñanzas de san Josemaría— ha sido largo, y se ha ido desarrollando de manera tranquila y progresiva, primero en el ámbito devocional (María, Madre espiritual de los cristianos), y más tarde — desde los años 50— en el terreno teológico (misión maternal de María, Madre de los cristianos en el orden de la gracia, asociada al misterio salvífico de Cristo)<sup>645</sup>. La maternidad espiritual de María, está también necesariamente unida, para los autores espirituales, a su maternidad divina: es Madre de gracia en cuanto que es Madre de Cristo; así lo afirman, por ejemplo, San Juan Eudes<sup>646</sup> y San Luis Grignon de Monfort<sup>647</sup>.

---

<sup>644</sup> *Amigos de Dios*, 72.

<sup>645</sup> Para una síntesis de la cuestión, cfr. BASTERO, J. L., *Virgen singular*, o.c., pp. 206-231.

<sup>646</sup> «Dal momento in cui la beata Vergine diede il consenso all'incarnazione del Figlio di Dio in lei, contribuì alla salvezza di tutti gli eletti. Da quel momento in poi, ella li ha sempre custoditi come una vera madre, cioè nel profondo del suo cuore. Questo è vero, perchè come il Figlio di Dio è il Capo di tutti gli eletti, essi sono una sola cosa con lui, proprio come i membri sono una sola cosa con il capo. E proprio come Maria ha sempre portato questo adorabile capo nel suo cuore materno, così anche ella ha sempre custodito e

El Concilio Vaticano II, con toda la tradición doctrinal y espiritual de la Iglesia, enseña que María es verdadera Madre de los hombres en el orden de la gracia, porque coopera a la vida y al crecimiento espiritual de los fieles<sup>648</sup>. En efecto, la Virgen colabora con Cristo, en un plano subordinado y dependiente de Él, en el nacimiento de los miembros de la Iglesia, por lo cual María es verdadera y propia Madre espiritual de cada uno de los fieles. Es claro que la Virgen posee la prerrogativa de la dispensación de las gracias por su maternidad espiritual. El hecho de la maternidad supone la donación de la vida —en este caso espiritual, por medio de la gracia santificante— y juntamente debe suministrar los medios oportunos para la conservación y desarrollo de ella a través de las correspondientes gracias actuales. María, por tanto, ejerce su maternidad espiritual intercediendo ante el Hijo y dispensando «los dones de la salvación eterna»<sup>649</sup>. La maternidad espiritual de María, que se inicia en el momento de la Encarnación en Nazaret, ya no concluye jamás, pues María la sigue ejerciendo desde el cielo. Pero alcanza un

---

sempre custodirà in esso tutte le sue vere autentiche membra» (cit. por BERNARD, R., *The mystery of Mary*, St. Louis 1960, 9).

<sup>647</sup> «Se Gesù Cristo, capo degli uomini, è nato in lei, i predestinati, che sono i membri di questo capo, debbono pure, necessariamente, nascere da lei. Una medesima madre non dà alla luce il capo senza le membra, né le membra senza la testa; altrimenti questo sarebbe un mostro di natura; così nell'ordine della grazia, il capo e i membri nascono dalla stessa madre... Di più, essendo Gesù ora come sempre frutto di Maria, come il cielo e la terra ripetono mille e mille volte tutti i giorni: 'E benedetto è il frutto del suo seno Gesù', è certo che Gesù Cristo è il frutto e l'opera di Maria in particolare per ogni uomo che lo possiede e in generale per il mondo. Di modo che se qualche fedele ha Gesù Cristo formato nel suo cuore, può giustamente dire: 'Infinite grazie a Maria: ciò che possiedo è effetto e frutto suo, e senza di lei non potrei giammai averlo'. E si può applicare a lei, con maggior ragione, ciò che S. Paolo applica a se stesso con le parole: 'Figlioli miei, che io di nuovo partorisco nel dolore finché non sia formato Cristo in voi' (*Gal 4, 19*)» (*La vera devozione alla beata Vergine Maria*, Cinisello Balsamo 1987, 35-36).

<sup>648</sup> Cf. *Lumen gentium*, 53-54.

<sup>649</sup> Cf. *Ibidem*, 62.

momento importante en Belén y se consolida en el Calvario junto a la cruz de su Hijo<sup>650</sup>.

---

<sup>650</sup> Como escribe Bastero: «Sería insuficiente afirmar que María es nuestra Madre sólo metafóricamente, diciendo, por ejemplo, que es nuestra madre, porque nos ama como si fuera nuestra Madre. Igualmente no es del todo correcto sostener que la Virgen es nuestra Madre por adopción, como si nos hubiera adoptado al pie de la Cruz, pues María no es madre por un simple título legal, sino que nos comunica una verdadera vida en el orden sobrenatural» (BASTERO, J. L., *María, Madre del Redentor*, p. 282). En relación con el mismo tema, comentando la Encíclica *Redemptoris Mater*, afirma Pozo: «Juan Pablo II indica una pista teológica que puede ser sumamente fecunda para mantener con nitidez la singularidad de la mediación de María, comparada con la de los santos: «Efectivamente la mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue de las demás criaturas que, de modo diverso y siempre subordinado, participa de la única mediación de Cristo (RM, n. 38). María es Madre de Cristo y madre de los discípulos. Tanto con respecto a Cristo como con respecto a los discípulos tiene una relación materna. Por ello, en su intercesión María se pone 'en medio', o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede —más bien 'tiene el derecho de'— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres (RM, n. 21)» (POZO, C., *María en la obra de la salvación*, o.c., p. 372). El significado de la maternidad espiritual de María ha sido descrito como sigue por Juan Pablo II: «Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en la humanidad. Se puede afirmar que la maternidad 'en el orden de la gracia' mantiene la analogía con cuanto 'en el orden de la naturaleza' caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: 'Ahí tienes a tu hijo'. Se puede decir además que en estas mismas palabras está indicado plenamente el motivo de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano. El Redentor confía su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre. La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre. El Redentor confía María a Juan, en la medida en que confía Juan a María. A los pies de la Cruz comienza aquella especial entrega del hombre a la Madre de Cristo, que en la historia de la Iglesia se ha ejercido y expresado posteriormente de modos diversos. Cuando el mismo apóstol y evangelista, después de haber recogido las palabras dichas por Jesús en la Cruz a su Madre y a él mismo, añade: 'Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa' (Jn 19,27). Esta afirmación quiere decir

San Josemaría tiene muy presente la realidad de la maternidad espiritual de María, porque en su vida — como se ha estudiado en la primera parte de esta tesis— ha experimentado constantemente su protección maternal<sup>651</sup>. Sus escritos y su predicación lo ponen de manifiesto. Somos hijos de la Virgen por voluntad de Dios: «porque la Trinidad Santísima, al haber elegido a María como Madre de Cristo, Hombre como nosotros, nos ha puesto a cada uno bajo su manto maternal. Es Madre de Dios y Madre nuestra»<sup>652</sup>. Su maternidad espiritual fue singularmente proclamada en el Calvario, al dárnosla Cristo por Madre, y recibirla Juan en calidad de hijo, en representación de cada uno de los discípulos<sup>653</sup>. «Cristo, su Hijo santísimo, nuestro hermano, nos la dio por Madre en el Calvario, cuando dijo a San Juan: he aquí a tu Madre (*Ioh XIX, 27*). Y nosotros la recibimos, con el discípulo amado, en aquel momento de

---

con certeza que al discípulo se atribuye el papel de hijo y que él cuidó de la Madre del Maestro amado. Y ya que María fue dada como madre personalmente a él, la afirmación indica, aunque sea indirectamente, lo que expresa la relación íntima de un hijo con la madre. Y todo esto se encierra en la palabra 'entrega'. La entrega es la respuesta al amor de una persona y, en concreto, al amor de la madre» (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 45). Al tratar de la Encíclica de Juan Pablo II, señala Ponce que «este documento aclara más el tema de la mediación maternal de María en línea de continuidad con el concilio, pero profundizando su contenido en una meditación-contemplación. El Papa, aunque ofrece elementos en las dos primeras partes de este encíclica, se centra en esta cuestión sobre todo en la tercera, expresando la mediación mariana con el calificativo de 'materna'. Juan Pablo II retoma el título y contenido de la mediación de María, fundado en las afirmaciones claras del Vaticano II, pero alargándolas en una meditación-contemplación, en una rica profundización sin complejos de los datos conciliares» (PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, o.c., p. 357). Cf. también, RIESTRA, J. A., *María en la vida de la Iglesia y de los cristianos (Redemptoris Mater, nn. 25-49)*, en: «Scripta Theologica» 19 (1987) 681.

<sup>651</sup> Cf. RIESTRA, J.A., *La Maternità spirituale di Maria nell'esperienza mariana di San Josemaria Escrivá*, «Annales teologici» 16 (2002) 473-489.

<sup>652</sup> *Amigos de Dios*, 275.

<sup>653</sup> Como escribe DE LA POTTERIE, «la Madre de Jesús es acogida por el discípulo en el espacio interior que estaba ya constituido para él por su relación con Jesús; la acoge como a madre suya, en su fe; ella viene así a agregarse a sus bienes que le venían de Jesús y a perfeccionar su estado de discípulo a quien amaba Jesús. (Juan personifica a los creyentes, acoge a María como cosa propia y específica del discípulo: recibir a Jesús y recibir a la Madre de Jesús es todo uno» (*La verdad de Jesús*, Madrid 1979, p. 218).

inmenso desconsuelo. Santa María nos acogió en el dolor, cuando se cumplió la antigua profecía: y una espada traspasará tu alma (*Lc II, 35*). Todos somos sus hijos; ella es Madre de la humanidad entera»<sup>654</sup>. En ese momento, en el Gólgota, la palabra del Verbo Encarnado tiene su eficacia: la Virgen nos recibe como hijos suyos. No se trata de una aceptación pasiva, pues Ella quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos con la confianza de un hijo: «Juan, el discípulo amado de Jesús, recibe a María, la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre *Monstra te esse Matrem*»<sup>655</sup>.

La Virgen ha ejercitado su función de madre —su maternal solicitud—, para con todos los cristianos, desde el primer momento de la vida de la Iglesia. Pero esta maternidad no tiene su origen en la invocación de los cristianos, sino en la voluntad de Dios, que la ha establecido. San Josemaría ve una analogía entre la función de María en la Encarnación y su presencia activa en los orígenes de la Iglesia. «Esta vez quien nos transmite ese dato es San Lucas, el evangelista que ha narrado con más extensión la infancia de Jesús. Parece como si quisiera darnos a entender que, así como María tuvo un papel de primer plano en la Encarnación del Verbo, de una manera análoga estuvo presente también en los orígenes de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo»<sup>656</sup>.

El Concilio Vaticano II no utilizó el título de Madre de la Iglesia, aunque sus afirmaciones sobre la maternidad espiritual de María la reconocían implícitamente. De hecho, Pablo VI, al nombrar solemnemente a María,

---

<sup>654</sup> *Es Cristo que pasa*, 171.

<sup>655</sup> *Es Cristo que pasa*, 140.

<sup>656</sup> *Ibidem*, 141.

Madre de la Iglesia, en la clausura de la tercera sesión del concilio, puso fin a cierto malestar en amplios sectores de los Padres conciliares. Como respuesta a la discusión suscitada en el Concilio, el Papa afirma, por una parte, que este título "ni es nuevo ni indebido" en la Iglesia, "pues pertenece a la esencia genuina de la devoción a María", y por otra, que su fundamento es la Maternidad divina<sup>657</sup>. El Fundador del Opus Dei remarca que, «Desde el primer momento de la vida de la Iglesia, todos los cristianos que han buscado el amor de Dios, ese amor que se nos revela y se hace carne en Jesucristo, se han encontrado con la Virgen, y han experimentado de maneras muy diversas su maternal solicitud. La Virgen Santísima puede llamarse con verdad madre de todos los cristianos. San Agustín lo decía con palabras claras: *cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella cabeza, de la que es efectivamente madre según el cuerpo*»<sup>658</sup>.

San Josemaría, para expresar la realidad de que María, llena del Amor de Dios, supo amar sin medida, recurre al Cantar de los Cantares con una acomodación, que ayuda a comprender el amor encerrado en el Corazón de María, un amor que abarca a toda la humanidad de todos los tiempos<sup>659</sup>. «De este amor la Escritura canta también con palabras

---

<sup>657</sup> Cf. PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, pp. 361-362; cf. RIESTRA, J. A., *El título «Mater Ecclesiae» en los manuales recientes de Mariología*, en: «*Annales theologici*» 10 (1996) p. 450-453.

<sup>658</sup> *Es Cristo que pasa*, 141. La cita interna pertenece a S. AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6: PL 40, 399.

<sup>659</sup> Pozo apunta una idea interesante: la aplicación de ciertas expresiones del Cantar a María se hace en virtud de una acomodación para la que es necesario aislarlas de la idea central del libro, mediante el procedimiento que él llama de 'remoción', que implica, justamente, amputar el tema de la infidelidad (cf. *María, en la obra de la Salvación*, p. 143, nota 81). También afirma que la interpretación mariológica del Cantar de los Cantares tiene tras de sí una notable tradición, sobre todo medieval, cuya valoración es necesario analizar de cerca; en todos los casos se impone discernir, en primer lugar, si es una tradición realmente exegética o se trata más bien de una acomodación sólo tradicionalmente frecuente (cfr. *ibidem*, p. 141). Bastero afirma, por su parte, que ninguna obra del Antiguo Testamento ha tenido interpretaciones tan dispares. La opinión más común en la tradición judía y católica es la interpretación alegórica: en el amor esponsalicio se representa el amor sobrenatural de Dios hacia los hombres. Su significación originaria es

encendidas: 'las aguas copiosas no pudieron extinguir la caridad, ni los ríos arrastrarla' (*Cant VIII, 7*). Este amor colmó siempre el Corazón de Santa María, hasta enriquecerla con entrañas de Madre para la humanidad entera. En la Virgen, el amor a Dios se confunde también con la solicitud por todos sus hijos. Debió de sufrir mucho su Corazón dulcísimo, atento hasta los menores detalles —no tienen vino (*Ioh II, 3*)—, al presenciar aquella crueldad colectiva, aquel ensañamiento que fue, de parte de los verdugos, la Pasión y Muerte de Jesús. Pero María no habla. Como su Hijo, ama, calla y perdona. Esa es la fuerza del amor»<sup>660</sup>.

Aclara nuestro Autor que en María el amor a Dios se muestra —entre otras manifestaciones— en la solicitud por todos los hombres. Yendo a las páginas del Evangelio, metiéndose en el corazón de la Virgen, invita a experimentar sus mismos sentimientos para aprender del actuar de María, de su corazón atento a las necesidades de los demás, de su delicadeza extrema. María, que imita a su Hijo en esa caridad que lleva a amar lo que hace sufrir, sin decir una palabra y perdonando, es toda una lección de la verdadera caridad. Estas perfecciones y virtualidades de María no sólo enriquecen su propia personalidad, sino que son medios o cualidades que facilitan el cumplimiento del papel que Dios le ha asignado en la historia de la salvación. Parece lógico que a una criatura tan excelsa Dios le reservase en el Cielo un lugar privilegiado, de modo que pudiera estar en cuerpo y alma junto a la Trinidad Beatísima quien es Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo. Estos títulos tienen para san Josemaría un contenido real, expresan una relación teológica de María con la Trinidad, y ayudan al cristiano a tratar con una gran familiaridad a Dios Trino. Desde el cielo

---

el desposorio de Yahveh con Israel. Fue Ruperto de Deutz (cfr. *In Canticum de Incarnatione Domini libri septem*, PL 168, 839-962), quien propuso una interpretación alegórica mariana de todo el libro, pues hasta él los Padres habían aplicado diversos pasajes de esta obra a María, pero no habían hecho una interpretación global mariana (cfr. *María, Madre del Redentor*, pp. 95-96).

<sup>660</sup> *Amigos de Dios*, 237.



Santa María sigue ejerciendo su papel de Madre de los hombres. E invita a que, como hijos de Santa María, nos alegremos y exultemos por ese premio a nuestra Madre. «Hoy, en unión con toda la Iglesia, celebramos el triunfo de la Madre, Hija y Esposa de Dios. Y como nos gozábamos en el tiempo de la Pascua de Resurrección del Señor a los tres días de su muerte, ahora nos sentimos alegres porque María, después de acompañar a Jesús desde Belén hasta la Cruz, está junto a Él en cuerpo y alma, disfrutando de la gloria por toda la eternidad. Esta es la misteriosa economía divina: hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación, tenía que seguir de cerca los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, la vida oculta de trabajo ordinario en Nazaret, la manifestación de la divinidad en Caná de Galilea, las afrentas de la Pasión y el Sacrificio divino de la Cruz, la bienaventuranza eterna del Paraíso»<sup>661</sup>. San Josemaría afirma que la Virgen había de seguir de cerca los pasos de su Hijo, no sólo en su caminar terreno, sino también en la gloria del Cielo. Así fue la existencia de la Virgen: siempre junto a su Hijo, desde Belén a la Cruz, pasando por la vida oculta de trabajo ordinario que es el camino de tantas personas en la tierra: si Cristo lo santificó, también los cristianos lo pueden santificar.

Los hombres siempre nos quedamos cortos en honrar a María Santísima. Dios nos supera con su Amor infinito, como se comprueba en la Liturgia, que acomoda los textos de la Sagrada Escritura: *Apoc XII*, 1<sup>662</sup>y

---

<sup>661</sup> *Es Cristo que pasa*, 176.

<sup>662</sup> Ponce (*María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, p. 144) recoge la abundante bibliografía sobre estos versículos del Apocalipsis, y afirma que parece imponerse la conclusión de que la doctrina mariológica —o, mejor, los apuntes sugestivos— de Apocalipsis 12 está ensamblada en un contexto cristológico y eclesial. La reflexión teológica sobre el papel desempeñado por María en el plan divino, que tiene su culmen en la muerte-resurrección de Cristo, aparece ligada al desarrollo histórico del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento y su prolongación en la Iglesia. La Mujer del Apocalipsis no puede ser exclusivamente el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza; es también María — Madre de Jesús— y la Iglesia, contempladas ambas en planos superpuestos. Como san Lucas y san Juan, también el Apocalipsis acude a la Mujer-Sión —y a la mujer del Génesis— para pintarnos a Nuestra Señora (cfr. *ibidem*, pp. 156-157). Un texto de Feuillet aclara: «Extrañamente desconocido hasta un pasado reciente en cuanto texto mariano, el

Ps XLIV<sup>663</sup>. «Ved cómo la liturgia de la fiesta se hace eco de la imposibilidad de entender la misericordia infinita del Señor, con razonamientos humanos; más que explicar, canta; hiere la imaginación, para que cada uno ponga su entusiasmo en la alabanza. Porque todos nos quedaremos cortos: *apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer, vestida de sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas (Apoc XII, 1). El rey se ha enamorado de tu belleza. ¡Cómo resplandece la hija del rey, con su vestido tejido en oro! (Ps XLIV, 12-14)*»<sup>664</sup>.

---

capítulo 12 del Apocalipsis es, sin duda, el texto más asombroso y el más sugestivo de toda la Biblia en lo que concierne a la Virgen María. Subraya que por ella se realiza el gran signo del Protoevangelio (*Gen III, 15*). La contempla participando de la victoria de Cristo sobre los poderes del mal según un modelo totalmente superior, que no es el de la Iglesia, y menos aún el de cada miembro de ella. Nos hace ver en María no solamente la recapitulación del pueblo de Dios de la antigua alianza y la Madre del Mesías, hijo de Dios, sino también a la Madre de la Iglesia actual, al estar estas dos maternidades unidas entre sí» (A. FEUILLET, *Le chapitre XII de l'Apocalypse. Son caractère synthétique et sa richesse doctrinale*, en «*Esprit et Vie*» 99 (1978) 674-683). POZO (cfr. *María, en la obra de la Salvación*, pp. 238-246) escribe: «Todo esto nos hace pensar que Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis ha visto a la Iglesia (sentido primario del texto) con rasgos de María» (p. 245). «Por todo ello, el uso teológico del texto en su exégesis mariológica nos llevará a subrayar la dignidad de María expresada en el v. 1, su participación en los dolores de Jesús junto a la cruz y su maternidad espiritual con respecto a los fieles discípulos de Jesús» (p. 246).

J.L. BASTERO, en fin, (cfr. *María, Madre del Redentor*, pp. 188-193) dirá: «Actualmente la tesis más generalizada entre los estudiosos es que «la mujer vestida de sol» representa primariamente a la Iglesia de los dos Testamentos; es decir, al Pueblo de Dios que a través de María nos ha dado al Mesías y a la Asamblea de la Nueva Ley, protegida por Dios, que lucha contra el Dragón. Pero en un sentido más profundo emerge también la figura de María que, como 'excelsa Hija de Sión', representa al antiguo Israel y como modelo de fe es la más perfecta realización de la Iglesia» (p. 193).

<sup>663</sup> Según POZO (cfr. *María, en la obra de la Salvación*, pp. 138-139), a María sin duda ha aplicado y continúa aplicando la liturgia las palabras de este salmo. Pero este hecho no es decisivo ya que la liturgia utiliza con frecuencia un procedimiento de acomodación. Habrá que buscar la respuesta en un análisis del salmo mismo. Y concluye: «no nos parece posible interpretar la reina del salmo, como María, en un sentido verdaderamente bíblico» (p. 140). Según BASTERO (cfr. *María, Madre del Redentor*, p. 97): «Evidentemente, en *sensus plenior* no puede aplicarse esta perícopa a María, pues, al estar exenta de pecado original y al poseer la plenitud de gracia, nunca ha estado separada de Dios, ni con el afecto, ni con el deseo. La interpretación mariológica de este texto que se hace en la liturgia, se realiza en un sentido meramente acomodaticio».

<sup>664</sup> *Es Cristo que pasa*, 178.

«De una manera espontánea, natural, surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre Ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo»<sup>665</sup>. Por su experiencia personal y la de tantas personas, san Josemaría se da cuenta de que el trato con la Virgen Santísima, bajo el impulso de la gracia, surge con naturalidad, y arraiga sin necesidad de muchos razonamientos. La fe enseña que Santa María ha triunfado sobre la muerte. Es una consecuencia concreta del dogma de la Asunción: María es una persona viva, que está en cuerpo y alma en el cielo, junto a su Hijo<sup>666</sup>.

El Santo nos hace considerar cómo actúa una madre: no se hace rogar, conoce las necesidades de sus hijos y viene en su ayuda... Y predica esas

---

<sup>665</sup> *Es Cristo que pasa*, 142.

<sup>666</sup> Como dice Semmelroth, «este misterio se inserta armoniosamente en el conjunto de la Mariología, porque no es la imaginación humana quien ha inventado la Asunción de Nuestra Señora, sino la lógica divina que ha culminado armoniosamente la unidad de las funciones de María en la economía de la salvación» (*Marie, archétype de l'Eglise*, Paris 1965, p.140). El amor de Jesucristo a su Madre fundamenta dos argumentos muy queridos por los Padres en relación con la Asunción: la inseparabilidad de Jesús y María, y el 'honor' que Aquél debe a su Madre, ya que la maternidad ha hecho del cuerpo de la Virgen la morada del mismo Cristo, Hijo de Dios, creando unos lazos espirituales y corporales que deben prolongarse hasta el cielo. Por su parte, Cristo responde a María con un verdadero amor de Hijo, no sólo humano sino divino, lo cual significa plenitud y totalidad en el amor. Por eso la Asunción no puede entenderse solamente como un privilegio que corona un hecho aislado, aunque de gran trascendencia —la maternidad divina como realidad ontológica—, sino como la cumbre de todo un largo recorrido maternal en fe, esperanza y caridad hasta la consumación en el cielo... Junto a este aspecto, y en estrecha dependencia de él, se añade otra dimensión: la inseparabilidad de María con Cristo en la obra mesiánica. La Virgen, asociada de un modo eminente a la victoria de Cristo sobre el pecado, debe estar unida también a su conquista sobre la muerte. Como la unión en la victoria sobre el pecado fue de un modo extraordinario —Inmaculada Concepción— de modo semejante debe ser su participación en el triunfo sobre la muerte. Una vez más deducimos que la Asunción no es un privilegio aislado y pasivo, sino la coronación de todo un proceso o etapa final de un camino, responsable y comprometido, recorrido por María junto a su Hijo, como madre, discípula y asociada a los misterios de su vida muerte y resurrección. (cf. PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, pp. 331-332).

mismas características, en grado superlativo, de nuestra Madre del Cielo, invitando a acudir a su intercesión, sabiéndonos queridos y protegidos por la Madre. «Es una madre que no se hace rogar, que incluso se adelanta a nuestras súplicas, porque conoce nuestras necesidades y viene prontamente en nuestra ayuda, demostrando con obras que se acuerda constantemente de sus hijos. Cada uno de nosotros, al evocar su propia vida y ver cómo en ella se manifiesta la misericordia de Dios, puede descubrir mil motivos para sentirse de un modo muy especial hijo de María»<sup>667</sup>.

Describe, pues, el papel de la Madre de Dios fijándose en lo que hacen las madres de la tierra; como haría María con su Hijo Jesús mientras vivió en la tierra. De una forma clara, está mostrando que podemos ejercitarnos en la filiación a María en los detalles pequeños: muestras de cariño hacia la madre, que tanto le agradan. «No pretendo —ni para mí, ni para vosotros— que nuestra devoción a Santa María se limite a estas llamadas apremiantes. Pienso —sin embargo— que no debe humillarnos, si nos ocurre eso en algún momento. Las madres no contabilizan los detalles de cariño que sus hijos les demuestran; no pesan ni miden con criterios mezquinos. Una pequeña muestra de amor la saborean como miel, y se vuelcan concediendo mucho más de lo que reciben. Si así reaccionan las madres buenas de la tierra, imaginaos lo que podemos esperar de Nuestra Madre Santa María»<sup>668</sup>.

San Josemaría acude al Evangelio para aprender, en este caso, las lecciones de María. Como Madre, sabe estar en su sitio, con una presencia discreta y amorosa junto a su Hijo, en el momento conveniente. El texto joaneico lo describe con una palabra: *Stabat*, que tiene una riqueza de contenido enorme, pues expresa la actitud de una madre llena de amor por su Hijo, que está donde le corresponde. También se puede deducir que si María, durante su vida terrena, estuvo siempre en su sitio, la misma actitud tendrá para ejercer su maternidad espiritual

---

<sup>667</sup> *Es Cristo que pasa*, 140.

<sup>668</sup> *Ibidem*.

entre los hombres: estará en el lugar y en el momento que la necesitemos. «De nuevo Jesús se siente confortado, con esa presencia discreta y amorosa de su Madre. No grita María, no corre de un lado a otro. *Stabat*: está en pie, junto al Hijo. Es entonces cuando Jesús la mira, dirigiendo después la vista a Juan. *Y exclama: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre (Ioh XIX, 26-27)*. En Juan, Cristo confía a su Madre todos los hombres y especialmente sus discípulos: los que había de creer en El»<sup>669</sup>.

Hace considerar también que somos hijos de María *siempre*, porque la Madre de Dios no se 'cansa' de ser Madre: esa es su misión. Movida por el amor de Dios, es continua su solicitud maternal, que reclama una respuesta filial de los cristianos. «En las fiestas de Nuestra Señora no escatimemos las muestras de cariño; levantemos con más frecuencia el corazón pidiéndole lo que necesitemos, agradeciéndole su solicitud maternal y constante, encomendándole las personas que estimamos. Pero, si pretendemos comportarnos como hijos, todos los días serán ocasión propicia de amor a María, como lo son todos los días para los que se quieren de verdad»<sup>670</sup>. Es un gran don de Dios, sin merecimiento por parte de los hombres, tener como Madre a la Reina de cielos y tierra, Omnipotencia Suplicante, que todo lo puede. «Felix culpa, canta la Iglesia, feliz culpa, porque ha alcanzado tener tal y tan grande Redentor. Feliz culpa, podemos añadir también, que nos ha merecido recibir por Madre a Santa María. Ya estamos seguros, ya nada debe preocuparnos: porque Nuestra Señora, coronada Reina de cielos y tierra, es la omnipotencia suplicante delante de Dios»<sup>671</sup>. Jesús no puede negar nada a María, ni tampoco a nosotros, «hijos de su misma Madre»<sup>672</sup>.

«En Ella adquieren realidad todos los ideales; pero no debemos concluir que su sublimidad y grandeza nos la presentan inaccesible y distante. Es

---

<sup>669</sup> *Ibidem*, 288.

<sup>670</sup> *Ibidem*, 291.

<sup>671</sup> *Amigos de Dios*, 288.

<sup>672</sup> *Ibidem*.

la llena de gracia, la suma de todas las perfecciones: y es Madre. Con su poder delante de Dios, nos alcanzará lo que le pedimos; como Madre quiere concedérselo. Y también como Madre entiende y comprende nuestras flaquezas, alienta, excusa, facilita el camino, tiene siempre preparado el remedio, aun cuando parezca que ya nada es posible»<sup>673</sup>. Las relaciones del cristiano con la Madre del Cielo han de ser personales, las de un hijo con su propia madre, como la Madre considera a cada uno como su único hijo. Esta característica da mayor espacio al amor maternal y al amor filial abriendo un horizonte espiritual muy concreto: el de la experiencia del amor materno de María: «Te aconsejo ( que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que Ella es Madre, considerarla de este modo, hablar así de Ella. Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único suyo en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quiérela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces»<sup>674</sup>.

## 6. MARÍA, MAESTRA DE SEGUIMIENTO Y DE IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

Al explicar el modo de ejercer María su maternidad, san Josemaría se fija en algo que es muy propio de una madre: enseñar. Jesús aprendió en lo humano tantas cosas de su Madre, y así también han de aprender en Ella los cristianos. Las lecciones de María, por su delicadeza y finura, no son ruidosas, las imparte para hijos que quieren aprender; no son teóricas siempre son prácticas. «Como Madre, enseña; y, también como Madre, sus lecciones no son ruidosas. Es preciso tener en el alma una base de

---

<sup>673</sup> *Ibidem*, 292.

<sup>674</sup> *Ibidem*, 293.

finura, un toque de delicadeza, para comprender lo que nos manifiesta, más que con promesas, con obras»<sup>675</sup>.

Y la primera enseñanza de María es la que se refiere al trato con Dios en la vida cotidiana y a la santificación de la actividad ordinarias. «Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse de nuevo en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes. (...) A Cristo le interesa ese trabajo que debemos realizar —una y mil veces— en la oficina, en la fábrica, en el taller, en la escuela, en el campo, en el ejercicio de la profesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor. Repasad en la oración esos argumentos, tomad ocasión precisamente de ahí para decirle a Jesús que lo adoráis, y estaréis siendo contemplativos en medio del mundo, en el ruido de la calle: en todas partes. Esa es la primera lección, en la escuela del trato con Jesucristo. De esa escuela, María es la mejor maestra, porque la Virgen mantuvo siempre esa actitud de fe, de visión sobrenatural, ante todo lo que sucedía a su alrededor: *guardaba todas esas cosas en su corazón ponderándolas (Lc II, 51)*»<sup>676</sup>.

María es maestra de fe, de esperanza, de caridad. La tradición cristiana ha sabido descubrir en el caminar terreno de la Madre de Cristo una grandiosa experiencia de fe<sup>677</sup>. La Virgen mantuvo siempre esa actitud,

---

<sup>675</sup> *Ibidem*, 284.

<sup>676</sup> *Es Cristo que pasa*, 174.

<sup>677</sup> «Ciertamente la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su 'camino hacia Dios', todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico es mas, con un heroísmo de fe cada vez mayor se efectuará la «obediencia» profesada por ella a la palabra de la divina revelación» (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 14).

fruto en Ella de la plenitud de gracia pero también del deseo de corresponder a lo que el Señor le pedía. Y san Josemaría la contempla gustosamente así, como Maestra de fe. «Maestra de fe. *¡Bienaventurada tú, que has creído!* (Lc I, 45) así la saluda Isabel, su prima, cuando Nuestra Señora sube a la montaña para visitarla. Había sido maravilloso aquel acto de fe de Santa María: *he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc I, 38) En el Nacimiento de su Hijo contempla las grandezas de Dios en la tierra: hay un coro de ángeles, y tanto los pastores como los poderosos de la tierra vienen a adorar al Niño. Pero después la Sagrada Familia ha de huir a Egipto, para escapar de los intentos criminales de Herodes. Luego, el silencio: treinta largos años de vida sencilla, ordinaria, como la de un hogar más de un pequeño pueblo de Galilea»<sup>678</sup>.

Obediencia de fe. San Josemaría exhorta a poner esfuerzo por adquirir la medida divina de las cosas, no perdiendo nunca el punto de mira sobrenatural, con un sometimiento completo de la inteligencia y la voluntad a Dios. En su predicación se hace manifiesta la urgencia de cristianizar la sociedad, llevar a todos los estratos de la humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que todas las ocupaciones humanas se iluminen con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad.

María es también, para san Josemaría, Maestra de esperanza, en su entrega plena y confiada a Dios. «Maestra de esperanza. María proclama que *la llamarán bienaventurada todas las generaciones* (Lc I, 48) Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento —Judit, Ester, Débora— consiguieron ya en la tierra una gloria humana, fueron aclamadas por el pueblo, ensalzadas. El trono de María, como el de su Hijo, es la Cruz. Y durante el resto de su existencia, hasta que subió en cuerpo y alma a los Cielos, es su callada presencia lo que nos impresiona. San Lucas, que la conocía

---

<sup>678</sup> *Amigos de Dios*, 284.



bien, anota que está junto a los primeros discípulos, en oración. Así termina sus días terrenos, la que habría de ser alabada por las criaturas hasta la eternidad. ¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza. Porque nos falta fe: *¡bienaventurada tú, que has creído! Porque se cumplirán las cosas que se te han declarado de parte del Señor (Lc I, 45)»*<sup>679</sup>.

Es, así mismo, Maestra de caridad. En su corazón late la fuerza del Amor de Dios. Su entera existencia encierra lecciones de fidelidad, de generosidad, de amor activo. «Maestra de caridad. Recordad aquella escena de la presentación de Jesús en el templo. El anciano Simeón 'aseguró a María, su Madre: mira, este niño está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel y para ser el blanco de la contradicción; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos' (Lc II, 34-35) La inmensa caridad de María por la humanidad hace que se cumpla, también en Ella, la afirmación de Cristo: 'nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos' (Joh XV, 13)»<sup>680</sup>.

El vivir terreno de María fue una lección de amor activo, desde Nazareth al Calvario; y especialmente allí, junto a la Cruz de su Hijo: «Debió sufrir mucho su Corazón dulcísimo, (...) al presenciar aquella crueldad colectiva, aquel ensañamiento que fue, de parte de los verdugos, la Pasión y Muerte de Jesús. Pero María no habla. Como su Hijo, ama, calla y perdona. Esa es la fuerza del amor»<sup>681</sup>. Esta actitud de María, tan rica sobrenaturalmente, tan cercana a millones de personas, lleva a san Josemaría a exclamar: «¡María, Maestra del sacrificio escondido y

---

<sup>679</sup> *Ibidem*, 286.

<sup>680</sup> *Ibidem*, 287.

<sup>681</sup> *Ibidem*, 237.

silencioso! —Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla»<sup>682</sup>. No estará habitualmente con el Hijo en los años de vida pública, pero le acompaña estando cerca de su Corazón, permaneciendo en su sitio. «Pero, fijaos: si Dios ha querido ensalzar a su madre, es igualmente cierto que durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: 'bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron, el Señor responde: bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica' (Lc XI, 27-28) Era el elogio de su Madre, de su *fiat* (Lc I, 38) del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada»<sup>683</sup>. Cátedra de vida cristiana es, pues, para san Josemaría la entera vida de la Madre de Dios, como Maestra de fe, de esperanza, de caridad: «maestra de toda nuestra conducta»<sup>684</sup>.

Desde la Fundación del Opus Dei, san Josemaría no deja de enseñar que las personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, pueden santificarse en el lugar donde se desarrolla su existencia y realizan su trabajo, sin apartarse de ellos. Contempla la vida de María desde esa perspectiva de la santidad cristiana, y ve en Ella a la Maestra de la conducta de los hijos de Dios, un Modelo para imitar. «Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana. Considerémoslo una vez más, contemplando la vida de María»<sup>685</sup>.

---

<sup>682</sup> *Camino*, n. 509.

<sup>683</sup> *Es Cristo que pasa*, 172.

<sup>684</sup> *Ibidem*, 173.

<sup>685</sup> *Ibidem*, 148.

Esa vida fue muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. «María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!»<sup>686</sup>. Esa es la razón última y la fuente de significado de su existencia santa: lo que explica la vida de María: su amor. «Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, Nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino. Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos»<sup>687</sup>.

Desarrolló María una vida normalísima, sin grandes hazañas, y al mismo tiempo, por el amor, llena de contenido. De ahí la importancia de su ejemplo para la vida de los cristianos, llamados a dar testimonio de una vida sencilla y corriente, y sobre todo coherente. Se podrían repasar una por una las virtudes de María, los rasgos de su correspondencia fiel, para tomarlos como modelo: pureza, humildad, reciedumbre, generosidad, fidelidad, etc. San Josemaría se detiene en uno, que los envuelve a todos: la vida de oración. «Contemplemos ahora a su Madre bendita, Madre nuestra también. En el Calvario, junto al patíbulo, reza. No es una actitud nueva de María. Así se ha conducido siempre, cumpliendo sus deberes, ocupándose de su hogar. Mientras estaba en las cosas de la tierra, permanecía pendiente de Dios. Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo*, quiso que también su Madre, la criatura más excelsa, la llena de gracia, nos confirmase en ese afán de elevar siempre la mirada al amor divino. Recordad la escena de la Anunciación: baja el

---

<sup>686</sup> *Ibidem*.

<sup>687</sup> *Ibidem*.

Arcángel, para comunicar la divina embajada —el anuncio de que sería Madre de Dios—, y la encuentra retirada en oración. María está enteramente recogida en el Señor, cuando San Gabriel la saluda: *Dios te salve, ¡oh, llena de gracia!, el Señor es contigo* (Lc I, 28) Días después rompe en la alegría del *Magnificat* —ese canto mariano, que nos ha transmitido el Espíritu Santo por la delicada fidelidad de San Lucas—, fruto del trato habitual de la Virgen Santísima con Dios»<sup>688</sup>. San Josemaría tiene que exclamar: «¡no olvidéis el ejemplo de la Virgen!»<sup>689</sup>, y exhorta a fijarse en la natural y sobrenatural elegancia de María.

«Hemos de imitar su natural y sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación: en María, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Ioh I, 14) Fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria. María asiste a los misterios de la infancia de su Hijo, misterios, si cabe hablar así, normales: a la hora de los grandes milagros y de las aclamaciones de las masas, desaparece. En Jerusalén, cuando Cristo —cabalgando un borriquito— es vitoreado como Rey, no está María. Pero reaparece junto a la Cruz, cuando todos huyen. Este modo de comportarse tiene el sabor, no buscado, de la grandeza, de la profundidad, de la santidad de su alma»<sup>690</sup>.

De la identificación espiritual con María, vendrá ese nacer de Cristo en los suyos, esa misteriosa participación espiritual en su maternidad. «*Que en cada uno de vosotros, escribía San Ambrosio, esté el alma de María, para alabar al Señor; que en cada uno esté el espíritu de María, para gozarse en Dios.* Y este Padre de la Iglesia añade unas consideraciones que a primera vista resultan atrevidas, pero que tienen un sentido espiritual claro para la vida del cristiano. *Según la carne, una sola es la Madre de Cristo; según la fe, Cristo es fruto de todos nosotros.* Si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia,

---

<sup>688</sup> *Amigos de Dios*, 241.

<sup>689</sup> Cf. *Surco*, n. 481.

<sup>690</sup> *Es Cristo que pasa*, 173.

en el alma de muchos que se identificarán con Él por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin palabras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un *fiat* que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios»<sup>691</sup>.

El Fundador del Opus Dei siempre insiste en la necesidad de imitar a Jesucristo, de reflexionar sobre su vida, para aprender de sus virtudes, porque Él es el Modelo: «aprended de mí» (cf. *Mt* 11, 29). Para ejercitarlas, no sólo se necesita del esfuerzo personal, sino sobre todo de la gracia de Dios. En ese camino cristiano de la identificación con Cristo, siguiendo el itinerario espiritual descrito por san Josemaría, desempeña una función especial la Santísima Virgen.

La vida cristiana consiste, en efecto, en seguir a Cristo, imitarle, identificarse con Él. No es sólo un conjunto de mandamientos que hay que cumplir: se trata de seguir a una Persona, que es Dios y Hombre al mismo tiempo. Identificarse con Cristo es sinónimo de la santidad a la que han sido llamados todos los cristianos con el Bautismo. San Josemaría en su enseñanza y con su vida, ofrece una pauta para identificarse con Cristo en la vida espiritual, señalando como cuatro escalones o etapas. «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos (cf. *Phil* III, 20)»<sup>692</sup>.

En esa trayectoria de la vida interior, ¿cuál es el papel de la Virgen? Ella enseña a buscar a Cristo, a reconocerlo a nuestro lado y amarlo en el

---

<sup>691</sup> *Amigos de Dios*, 281. La cita interna es de S. AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 2, 26: PL 15, 1561.

<sup>692</sup> *Amigos de Dios*, 300.

discurrir de cada día. Tomando ocasión del suceso del Niño perdido y hallado en el Templo (cf. *Lc* 2, 41-50), que se contempla en el quinto misterio de gozo del Santo Rosario, san Josemaría anima a buscar a Cristo como lo buscaron María y José por las calles de Jerusalén. «¿Dónde está Jesús? —Señora: ¡el Niño!... ¿dónde está?

Llora María. —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana: no le han visto. —José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también... Y tú... Y yo.

Yo, como soy un criadito basto, lloro a moco tendido y clamo al cielo y a la tierra..., por cuando le perdí por mi culpa y no clamé. Jesús: que nunca más te pierda... Y entonces la desgracia y el dolor nos unen, como nos unió el pecado, y salen de todo nuestro ser gemidos de profunda contrición y frases ardientes, que la pluma no puede, no debe estampar.

Y, al consolarnos con el gozo de encontrar a Jesús —¡tres días de ausencia!— disputando con los Maestros de Israel (*Lc* II, 46), quedará muy grabada en tu alma y en la mía la obligación de dejar a los de nuestra casa por servir al Padre Celestial»<sup>693</sup>.

Y de ahí también el ejemplo: «La Madre de Dios, que buscó afanosamente a su hijo, perdido sin culpa de Ella, que experimentó la mayor alegría al encontrarle, nos ayudará a desandar lo andado, a rectificar lo que sea preciso cuando por nuestras ligerezas o pecados no acertemos a distinguir a Cristo. Alcanzaremos así la alegría de abrazarnos de nuevo a El, para decirle que no lo perderemos más»<sup>694</sup>. María ayuda a descubrir a Jesús que pasa a nuestro lado, en las cosas y circunstancias de cada día, haciéndose presente en las necesidades de los hombres<sup>695</sup>. Ella conduce directamente a Jesús. «Si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese

---

<sup>693</sup> *Santo Rosario*, quinto misterio gozoso.

<sup>694</sup> *Amigos de Dios*, 278.

<sup>695</sup> Cf. *Es Cristo que pasa*, 145.

corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y su majestad, para presentarse en forma de esclavo (cf. *Phil II, 6-7*)»<sup>696</sup>.

En definitiva, la Virgen se muestra como el camino seguro para ir a Cristo, para imitar su vida e identificarse con Él. Estar con Jesús significa haber sido traído hasta allí por Ella; tratarle de cerca es posible si se acude a Ella. «Me gusta volver con la imaginación a aquellos años en los que Jesús permaneció junto a su Madre, que abarcan casi toda la vida de Nuestro Señor en este mundo. Verle pequeño, cuando María lo cuida y lo besa y lo entretiene. Verle crecer, ante los ojos enamorados de su Madre y de José, su padre en la tierra. Con cuánta ternura y con cuánta delicadeza María y el Santo Patriarca se preocuparían de Jesús durante su infancia y, en silencio, aprenderían mucho y constantemente de El. Sus almas se irían haciendo al alma de aquel Hijo, Hombre y Dios. Por eso la Madre —y, después de Ella, José— conoce como nadie los sentimientos del Corazón de Cristo, y los dos son el camino mejor, afirmarían que el único, para llegar al Salvador»<sup>697</sup>.

María, en realidad, es el verdadero camino para llegar a Cristo, pues le conoce como nadie. Le ha seguido tan de cerca en los distintas etapas (misterios) de su vida terrena, que ir con Ella es alcanzar a estar siempre con Él. «Esta es la misteriosa economía divina: Nuestra Señora, hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación, tenía que seguir de cerca los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, la vida oculta de trabajo ordinario en Nazaret, la manifestación de la divinidad en Caná de Galilea, las afrentas de la Pasión y el Sacrificio divino de la Cruz, la bienaventuranza eterna del Paraíso. Todo esto nos afecta directamente, porque ese itinerario sobrenatural ha de ser también nuestro camino. María nos muestra que esa senda es hacедера, que es segura. Ella nos ha precedido por la vía de la imitación de Cristo, y la glorificación de Nuestra Madre es la firme esperanza de nuestra propia

---

<sup>696</sup> *Es Cristo que pasa*, 144.

<sup>697</sup> *Amigos de Dios*, 281.

salvación; por eso la llamamos *spes nostra* y *causa nostrae laetitiae*, nuestra esperanza y causa de nuestra felicidad»<sup>698</sup>.

Santa María acompaña ahora a su Hijo en la gloria. Su itinerario espiritual ha de ser el itinerario del cristiano. «*Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum*; Corazón Dulcísimo de María, da fuerza y seguridad a nuestro camino en la tierra: sé tú misma nuestro camino, porque tú conoces la senda y el atajo cierto que llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo»<sup>699</sup>. Ella conduce a los hijos de Dios a buscar, encontrar, tratar y a amar a Jesucristo, ayudándolos a ser verdaderamente discípulos suyos, para participar en su misión salvífica en bien de todos los hombres. «Pídelo conmigo a Nuestra Señora, imaginando cómo pasaría ella esos meses, en espera del Hijo que había de nacer. Y Nuestra Señora, Santa María, hará que seas *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, ¡el mismo Cristo!»<sup>700</sup>.

---

<sup>698</sup> *Es Cristo que pasa*, 176.

<sup>699</sup> *Ibidem*, 178.

<sup>700</sup> *Ibidem*, 11.



## CONCLUSIONES

1. El presente trabajo doctoral ha sido organizado, desde el punto de vista sistemático, en dos partes inseparables, aunque metodológicamente distintas: la primera de corte histórico-biográfico y la segunda de corte teológico-espiritual. La razón de tal distribución de la materia viene, en cierto modo, exigida *a priori* por razones internas al tema estudiado. En un Autor como San Josemaría Escrivá de Balaguer, cuya enseñanza espiritual está intrínsecamente unida a su experiencia personal de Dios y a su misión en la Iglesia, las aportaciones doctrinales van de la mano con el desarrollo de su vida espiritual y de su actividad pastoral, y como tales han de ser estudiadas.

2. No estamos, en efecto, ante un teólogo que se esfuerza en reflexionar sobre los contenidos de la doctrina de fe en sí mismos, sino ante un maestro espiritual que, primordialmente, expone los contenidos de un camino de santificación que él mismo, bajo el impulso de la gracia, ha recorrido con anterioridad y ha dejado abierto para los demás. En dicho camino, que proclama la llamada a la santidad de todos los cristianos a través de la santificación del trabajo diario y del cumplimiento de los propios deberes, ocupa un lugar central la referencia a la Santísima Virgen, Madre de Dios y de los hombres: el mismo que ocupa en la vida espiritual de San Josemaría, enteramente mariana.

3. Los escritos de San Josemaría, como los de tantos otros autores espirituales, más que de una doctrina teológica (o, en este caso, mariológica) propia, son portadores de una luz de fondo acerca del significado y el desarrollo de la existencia cristiana. Al mostrar más intensamente —bajo la fuerza de los propios dones carismáticos— aspectos centrales de la vida cristiana, ayudan a captar con más hondura sus raíces en la doctrina revelada y, en ese sentido, contribuyen a desarrollar el *intellectus fidei*. La teología mariana se ha enriquecido, en efecto, especialmente, a lo largo de los siglos, del amor de los santos a la Virgen y de su «experiencia personal» —con palabras de San Josemaría— «del amor materno de María». En el trabajo que presentamos hemos intentado poner de manifiesto esos aspectos.

4. A partir de los presupuestos indicados, el planteamiento sistemático de esta tesis doctoral estaba ya también, de algún modo, como hemos dicho, predeterminado. Si quería, en efecto, ofrecer una aproximación analítica a las enseñanzas de San Josemaría en sus textos marianos, debía comenzar por estudiar, ante todo, sus orígenes biográficos, espirituales y pastorales. Más tarde, debería situar dicha doctrina en el contexto teológico adecuado. De acuerdo con ese planteamiento, hemos dedicado los tres primeros capítulos de la tesis a exponer, de manera sobria pero completa, los perfiles biográficos marianos de nuestro Autor, acompañándolos de sus propias palabras explicativas, cuando eran necesarias. En estos capítulos hemos procurado dejar delineada —esa es la intencionalidad con que han sido pensados y desarrollados— la figura materna de la Santísima Virgen, que Josemaría Escrivá ama y contempla. Los tres últimos capítulos de la tesis, en cambio, quieren sencillamente reflejar los elementos teológicos y los rasgos espirituales —tanto los contextuales como los propios— de esa amorosa contemplación de María.

5. En el capítulo 1 se han analizado los principales hechos biográficos marianos referidos al periodo 1902-1936 (nacimiento de San Josemaría-comienzo de la guerra civil española). Constituyen un conjunto de acontecimientos personales, que van dando origen, desde la infancia del

protagonista y a través de las circunstancias establecidas por la Providencia, a una creciente disponibilidad ante la voluntad de Dios, y a una cada vez más profunda y confiada conciencia de filiación respecto de María. Del niño de Barbastro, que a través de los relatos familiares se sabe salvado por la Virgen de un peligro de muerte, y en cuya alma se graban como a fuego las escenas y costumbres marianas de la piedad familiar y de la liturgia de la Iglesia; pasando por el adolescente de Logroño y el seminarista de Zaragoza, que busca constantemente refugio y fortaleza en la Madre de Dios, hemos llegado al sacerdote y fundador, que, llamado por Dios a desarrollar una singular misión eclesial, se abandona a la materna protección de la Señora, en la que vive sostenido y confiado no obstante las graves dificultades de la fundación. Hemos procurado poner de manifiesto cómo esos acontecimientos muestran una línea de progreso de San Josemaría en su experiencia espiritual del amor materno de María, que le va conduciendo hacia un encuentro cada vez más intenso y fecundo con el Amor de Cristo en la Cruz.

6. En el capítulo 2, nos hemos atendido a los hechos biográficos que van desde 1936 a 1959: años en que la impronta de la Cruz de Cristo se hace siempre más viva en la existencia de San Josemaría, acompañada de la no menos intensa impronta de su filiación mariana. Son años que contemplan, en primer lugar, sus graves sufrimientos con motivo de la guerra civil de España, siempre acompañados y, por eso, en cierto modo suavizados, por el protagonismo en ese periodo de su vida de la Madre de Dios. Los años de este periodo biográfico, fueron también escenario de una actividad pastoral y fundacional llena de frutos, pero también muy poblada de episodios de particular dificultad: enfermedad, incomprensiones, persecución, graves obstáculos de carácter jurídico, etc. La misión eclesial de San Josemaría se va desarrollando también en esos años, de manera patente para el interesado, bajo la protección materna de Virgen. Ella va haciendo posible —esa es la seguridad del fundador— que la Obra de Dios se abra camino en la Iglesia y en la sociedad, aun pasando necesariamente a través de la Cruz. San

Josemaría va conformando durante esos años, con firmes trazos marianos, su enseñanza espiritual, y va llenando de huellas marianas todo cuanto hace: hasta en las construcciones materiales que promueve se expresan con vigor dichas huellas. Son la consecuencia de un creciente sentido filial respecto de María, que se expresa a través de firmísimas certezas de fe, luces espirituales, experiencia del poder de la gracia, un profundo sentido del misterio de la Iglesia y de la misión del Opus Dei a su servicio, etc. Todo lo pone en las manos de Santa María, «Omnipotencia Suplicante». Hasta los frecuentes viajes pastorales y fundacionales por Europa de aquellos años, son realizados al amparo de la Madre. San Josemaría, como él mismo gustaba de recordar, fue llenando de avemarías y canciones durante aquellos años las carreteras de Europa.

7. En el capítulo 3 hemos prestado atención a los quince últimos años de esta singular biografía mariana: los que van de 1960 a 1975. En ellos — junto a la alegría por la celebración y la doctrina del Concilio Vaticano II, que, por otra parte, confirmará ampliamente su propia enseñanza espiritual y pastoral—, San Josemaría experimenta también el dolor lacerante de la Iglesia, que sufre las graves dificultades del postconcilio, tan subrayadas entonces por el Magisterio. Son también, sin embargo, los años en los que mejor se advierte el esplendor mariano y filial de su vida espiritual. Como hemos visto en las páginas correspondientes de la tesis, San Josemaría propaga en este periodo, por toda Europa y buena parte de América, su devoción y amor por María. Toma con firmeza la Cruz y se lanza a los caminos proclamando el amor y el amparo de la Virgen a la Iglesia, sostenido en ese mismo amor. Acude como un fiel devoto, y como un hijo necesitado, a muchos lugares de culto mariano; promueve él mismo nuevos lugares de devoción a la Madre de Dios. Y al final de su vida se encuentra, como había sucedido también al inicio, muy cercano a la Virgen de Torreciudad. La profunda alegría de ver prácticamente acabado un Santuario mariano, que él mismo promovió en honor de la Señora en aquel lugar de Aragón, puede servir, en cierto modo, como una clave final del significado de una existencia, marcada

desde el origen por la maternal providencia de la Madre, y enteramente recorrida de su mano. Al final de su vida, llena de acontecimientos marianos, todo le parece poco a San Josemaría para honrar a su Madre. El Santuario de Torreciudad es un signo de gratitud filial, en el que parecen confluir muchos hechos biográficos y marianos desarrollados en tantos lugares: Barbastro, Logroño, Zaragoza, Madrid, España entera, Roma, el mundo entero... Hechos, todos ellos, referidos en un modo u otro —con anterioridad o posterioridad— a la misión de fundar el Opus Dei, es decir, al cumplimiento de la voluntad explícita de Dios, que llenó de sentido la vida y la enseñanza de San Josemaría. En torno a la Virgen se desarrollaron los momentos más felices —incluso en el dolor— y profundos de su existencia personal, que finalizó en esta tierra con su mirada dirigida a una imagen de la Señora de Guadalupe.

8. Los hechos analizados han estado acompañados por el desarrollo de una profunda doctrina espiritual y pastoral, que abarca todos aspectos de la vida cristiana. En la tesis sólo nos interesaba estudiar los rasgos fundamentales de la doctrina mariana de San Josemaría, inseparable y dependiente de su contemplación del misterio de Cristo. Los textos de nuestro Autor sobre la Virgen ayudan a descubrir, con mirada profunda, las dimensiones marianas de la economía de la salvación, y a captar con matices singulares la grandeza y la ejemplaridad de la figura y la misión de la Madre, Hija y Esposa de Dios, modelo máximo —siempre a la luz de su Hijo— de la santidad del cristiano en la vida cotidiana. Eso es lo que hemos procurado analizar en la segunda parte de la tesis, presentándolo como una personal aproximación teológica a un tema de envergadura, que necesitará del paso del tiempo para contar con el aparato crítico adecuado. Pero ya ahora, con los textos y los recursos bibliográficos que hay a disposición, cabe hacer una síntesis válida de ese pensamiento. Como se ha visto en las páginas correspondientes de la tesis, hemos dividido esta segunda parte de la tesis en tres grandes apartados dedicados a estudiar el contexto general (capítulo 4), los fundamentos (capítulo 5) y los contenidos (capítulo 6) de las enseñanzas analizadas.

9. El contexto general lo constituyen los importantes fermentos mariológicos presentes en la Iglesia y en la teología del siglo pasado, así como sus formulaciones magisteriales y devocionales. En esa gran fragua de piedad y doctrina marianas, que se extiende por toda la Iglesia desde mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, y que, en cierto modo, culmina en la doctrina del cap. VIII de la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, se insertan de manera lógica y natural la vida y las enseñanzas marianas de nuestro Autor. Su pensamiento mariano es solidario con el pensamiento teológico general del tiempo en que vive, y en particular con las aportaciones del Magisterio, que encuentran en él un atento lector. Su doctrina mariológico-mariana se mueve, principalmente, en el ámbito de la tendencia cristológica («cristotípica») dominante en la mariología durante esos años. Hemos procurado poner de manifiesto que la enseñanza de San Josemaría, hombre de su tiempo, y sobre todo sacerdote culto y lleno de celo pastoral, con un profundo conocimiento de la realidad viva de la Iglesia, ha de ser implícitamente leída desde las claves propias del tiempo. No hemos querido, sin embargo, entrar en mayores exposiciones y comparaciones con la teología contemporánea, porque la doctrina que estudiamos no está concebida en esa perspectiva. Aparte de lo dicho, y como presupuesto también importante de nuestro tema, es preciso no perder de vista, como hemos señalado, que, junto a esos elementos de base, en la vida espiritual de San Josemaría y en su doctrina global —y, en consecuencia, en su enseñanza mariana—, tendrán un influjo determinante —más aún, configurador— la misión fundacional que le fue encomendada, y los dones sobrenaturales recibidos para llevarla a cabo. Así, pues, el contexto general analizado en el capítulo 4 de la tesis, necesitaba el complemento de ese otro contexto personal más inmediato constituido por los recursos teológicos y espirituales personales de San Josemaría, conseguidos a través de la formación sacerdotal y del trabajo intelectual personal.

10. Eso es lo que hemos estudiado en el capítulo 5 de la tesis, apoyándonos en las aportaciones historiográficas disponibles, que

siendo valiosas son también por ahora escasas. Hemos analizado los datos de la formación seminarística de San Josemaría en Logroño y Zaragoza, típica en sus aspectos intelectuales y espirituales de la que se impartía en España en los años posteriores a la primera guerra mundial. En la tesis se ha dejado constancia de los libros que estudió y del empeño con que realizó sus estudios. Así mismo, hemos procurado señalar, en base a los autores que han publicado investigaciones sobre esos argumentos, pero también en base a nuestro propio trabajo, el conocimiento que San Josemaría tenía de la Sagrada Escritura y de la tradición patristica, del magisterio de la Iglesia y de los textos litúrgicos, y que se desprende de la utilización —implícita o explícita— de esas fuentes en sus escritos. En todo caso, es preciso señalar que estamos ante un campo de investigación todavía poco roturado, especialmente en todo cuanto se refiere al conocimiento por parte de San Josemaría de la literatura teológica y espiritual de su tiempo y de épocas anteriores. Será necesario un trabajo de investigación amplio, para ir estableciendo, como se ha hecho con otros autores, las lógicas consonancias, paralelismos, etc. La mariología general subyacente a los textos que hemos trabajado manifiestan, como ya hemos indicado, una situación teológica y devocional típica de la época, semejante a la que se advierte en otros autores espirituales contemporáneos a San Josemaría a lo largo de la primera mitad de siglo XX, es decir: cristotípica, inmaculista, centrada en el estudio de los privilegios y prerrogativas marianas, muy apoyada en las enseñanzas —tan frecuentes— del magisterio mariano de la época, con un fuerte acento devocional, etc. Ese es un *humus* común, en el que siendo fácil advertir el trasfondo católico tradicional, resulta sin embargo difícil advertir ilaciones claras, indicios fehacientes de la presencia en estos textos del pensamiento de otros autores, que no sean los incluidos en las fuentes arriba mencionadas. Sí hay, en cambio, firme constancia en base a los textos, de la impronta que en ese trasfondo común ha dejado el espíritu fundacional propio de San Josemaría. Su «lectura» de la mariología católica tradicional y de la piedad mariana, testimonia una perfecta y natural integración de la doctrina recibida con

las luces que proceden de la misión recibida. Esto nos conduce a los contenidos del capítulo 6.

11. En cuanto integrada en la piedad mariana tradicional y en la doctrina magisterial —y en dependencia de ellas—, la enseñanza de San Josemaría en torno a la Virgen muestra una estructura de fondo forjada en torno a la maternidad divina de María, a su maternidad espiritual y a su mediación universal. En todos esos aspectos, la clave teológica de fondo es la íntima dependencia del misterio de María respecto del misterio de Cristo, y la clave espiritual es, principalmente, la vida contemplativa de San Josemaría. Él mira a María (su figura materna, su fidelidad a los designios de Dios, su misión dentro de la economía salvífica) desde la luz que procede de su contemplación amorosa del misterio de salvación realizado en la historia por Jesucristo, Hijo de Dios hecho Hombre, Único Redentor del mundo. De ahí la centralidad, en sus textos marianos, de la maternidad y de la mediación de María en relación al desarrollo de la obra redentora en la historia, es decir, de la presencia salvífica de Cristo a través de la santificación y de la acción apostólica de los cristianos en la sociedad. María, Madre de Dios y Madre nuestra; María mediadora y singularmente corredentora, son verdades de fe siempre presentes en estos escritos. Pero la intensidad de la referencia a esas verdades es paralela a la reiterada exhortación a contemplar a la Virgen en su existencia cotidiana, orientada siempre como la de su Hijo al cumplimiento de los designios de Dios, y santificada día a día a través de la fidelidad a la vocación recibida. La consideración del trabajo de María en el hogar de Nazaret, la perfecta realización de sus obligaciones familiares y sociales, su atención solícita en el cuidado de las cosas más pequeñas, su espíritu de servicio con todos, su amparo a la Iglesia naciente constituyen en los textos de San Josemaría algo más que exhortaciones espirituales. Han de entenderse, más bien, a la luz de su espíritu, como verdaderas páginas mariológicas, aunque habitualmente no sean vistas así por la teología de su tiempo. Son contemplación del misterio teológico latente en la vida santa de María, primera imitadora de su Hijo en todos esos aspectos de la



cotidianidad santificada. Hoy empieza a abrirse camino esta perspectiva de fondo en el magisterio y, en menor medida, en el pensamiento teológico; de ahí la importancia de captar y resaltar esos sugestivos puntos de luz en las enseñanzas de San Josemaría, como hemos procurado hacer en este último capítulo de nuestra tesis.



## BIBLIOGRAFÍA <sup>\*701</sup>

### I. TEXTOS MARIANOS DE SAN JOSEMARÍA

Consideraciones Espirituales, Cuenca 1934.

*Camino*, Rialp, Madrid 571992, nn. 492-516 (1ª edic., 1939).

*Santo Rosario*, Rialp, Madrid 361990 (1ª edic., 1934).

*Por María, hacia Jesús*, en: "Es Cristo que pasa", Rialp, Madrid 1973, nn. 139-149 (el texto citado está datado el día 4-V-1957).

*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*, en: *ibidem*, nn. 171-178 (el texto citado está datado el 15-VIII-1961).

*Madre de Dios, Madre nuestra*, en: "Amigos de Dios", Rialp, Madrid 1977, nn. 274-293 (el texto citado está datado el 11-X-1964).

---

<sup>701</sup> \*Hemos utilizado en nuestro trabajo numerosos documentos pertenecientes al Archivo General de la Prelatura del Opus Dei. se encuentran citados, como ha sido advertido en la tesis desde el principio, con la sigla AGP, y la referencia al documento concreto. Se ha hecho también uso abundante de los «*Apuntes íntimos*» de San Josemaría, anotaciones de índole espiritual, fruto de su oración, de su experiencia espiritual y apostólica, de su vida mística, escritas entre 1930 y 1940. Los pasajes que citamos de esa obra han sido tomados de la biografía en tres tomos de A. Vázquez de Prada, que se encuentra citada más abajo.

Recuerdos del Pilar, en: "El Noticiero" (Zaragoza, 11-X-1970)

La Virgen del Pilar, en: AA.VV., Libro de Aragón, Zaragoza 1976.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, Rialp, Madrid 171989 (passim).

*Via Crucis*, Madrid, 1981. Estaciones IV, XII-XIV.

*Carta*, 17.6.1967 (Esta reproducida fotográficamente en el libro Barbastro y el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, de M. GARRIDO, Barbastro 1995, pp. 209-212).

## II. TEXTOS EN RELACIÓN CON EL TEMA DE LA TESIS

### *Monografías*

AA.VV. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 Aniversario de su Fundación, Pamplona: Eunsa, 1985.

AA.VV., Testimonios sobre el fundador del Opus Dei, Madrid:Palabra, 1991.

AA.VV., *Torreciudad*, Madrid 1988.

A.ARANDA, "El bullir de la sangre de Cristo". Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá, Madrid 2001, 2ªed.

ID., La lógica de la unidad de vida. Identidad cristiana en una sociedad pluralista, Pamplona:Eunsa, 2000.

H.DE AZEVEDO, Uma Luz no Mundo. Vida do servo de Deus Monsenhor Josemaria Escrivá de Balaguer, Fundador do Opus Dei, Lisboa 1988.

P.BERGLAR, Opus Dei: vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer, Madrid 1987, 2ªed.

S.BERNAL, Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, Madrid 1980, 6ªed.

ID., Recuerdo de Alvaro del Portillo. Prelado del Opus Dei, Madrid 1997.

F.BUJANDA, Historia del Viejo Seminario de Logroño, Logroño 1948.

V.CÁRCEL ORTI, La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-39), Madrid 1990.

P. CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994.

- J. M. CEJAS, *Vida del Beato Josemaría*, Madrid 1992, 2ªed.
- F.DELCLAUX, *Santa María en los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1993, 2ªed.
- Á.DEL PORTILLO, *Una vida para Dios: reflexiones en torno a la figura de monseñor Escrivá de Balaguer: discursos, homilías y otros escritos*, Madrid 1992 (pp. 193-197: Bajo el manto de María; pp. 247-252: Lecciones de amor a la Virgen ; pp. 253-257: Con María, por las sendas de la fe ).
- ID., *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1993.
- ID., *Cartas pastorales* del 9-I-1978; 2-II-1979; 1-IX-1988.
- ID., *Rendere amabile la verità* Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo. Pontificio Ateneo della Santa Croce – Libreria Editrice Vaticana, Roma 1995.
- J.ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000.
- C.FABRO,S.GAROFALO, M.A.RASCHINI, M.A., *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano 1992; (ed. esp. Madrid 1993)
- A.DE FUENMAYOR, V.GÓMEZ IGLESIAS, J. LILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989.
- M.GARRIDO, *Barbastro y el beato Josemaría Escrivá*, Barbastro 1995.
- F.GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984.

- D.M.HELMING, Huellas en la nieve. Biografía ilustrada de Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, Madrid 1987.
- R.HERRANDO PRAT DE LA RIBA, Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925), Madrid 2002.
- J.L.ILLANES, La santificación del trabajo, Madrid 1980
- F.MARTÍN HERNÁNDEZ, *El Seminario de Zaragoza, 200 años de historia (1788-1988)*, Zaragoza 1988.
- F.OCÁRIZ-I.DE CELAYA, Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el Beato Josemaría Escrivá, Pamplona 1993.
- J.ORLANDIS, La Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo XX, Madrid 1998.
- P. RODRIGUEZ, Vocación. Trabajo. Contemplación, Pamplona 1986.
- ID., Camino. Edición Crítico-Histórica, Madrid 2002.
- P.RODRIGUEZ,F.OCÁRIZ,J.L.ILLANES, El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei, Madrid 1993.
- J.SANZ, El Seminario de Zaragoza. Ayer. Hoy. Mañana. Notas históricas, Zaragoza 1945.
- A.SASTRE, Tiempo de caminar. Semblanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Madrid 1989.

C.SORGI, *Il Padre. Josemaria Escrivá de Balaguer*, Casale Monferrato 1992.

P.URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Madrid 1995, 7ªed.

A.VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*. Madrid, 1983.

ID., *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaria Escrivá de Balaguer*, vol I: "Señor, que vea!", Madrid 1997.

ID., *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaria Escrivá de Balaguer*, vol II: "Dios y audacia", Madrid 2002.

ID., *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaria Escrivá de Balaguer*, vol III: "Los caminos divinos de la tierra", Madrid 2003.

#### *Artículos*

A.ARANDA, *María, Madre virginal de Jesús*, en "*Maria, Evangelio vivido*", Ed. Conferencia Episcopal Española, Madrid 1999, pp. 409-424.

ID., *María, Hija predilecta del Padre*, en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá, en "*Estudios Marianos*" 66 (2000) 313-342.



ID., La propuesta mariológica de Mons. Álvaro del Portillo, en "Scripta Theologica" 33 (2001/1) 193-211.

S.AUSÍN, La lectura de la Biblia en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer en "Scripta Theologica" 15 (1993/1) 191-219.

J.BURGGRAF, *Il senso della filiazione divina*, en J.L. Illanes (et al.), *Santità e mondo*, Roma:Libreria Editrice Vaticana, 1994., pp. 85-99.

V.CÁRCEL ORTÍ, Estado material, académico y moral de los seminarios españoles durante el siglo XIX, en "Seminarios" 26 (1980) 267-275.

J.M. CASCIARO, La «lectura» de la Biblia en los escritos y en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en "Scripta Theologica" 34 (2002/1) 133-167.

A.COSME DO AMARAL, Monseñor Escrivá, peregrino de Fátima, en Rafael Serrano (ed.), *Así le vieron: testimonios sobre monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992, pp. 57-60.

D.DE PABLO MAROTO, La Teología en España desde 1850 a 1936, en la obra de Melquiades ANDRÉS, *La supresión de las facultades de Teología en las universidades españolas*, Burgos 1976, p. 598 .

Á.DEL PORTILLO, «Presentación» a *Es Cristo que pasa*, Madrid 1979, 16ªed., pp. 12-13.

ID., «Presentación» a *Amigos de Dios*, Madrid 1977, pp. 9-28.

ID., *Palabras de clausura* en el "Convegno sugl'insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá", Roma 1993, en: J.L. Illanes (et al.), *Santità e mondo*, Roma: Libreria Editrice Vaticana, 1994, pp. 228ss.

J.ECHEVARRÍA, La devozione mariana di mons. Escrivá. Un'eredità inestinguibile, en "Studi Cattolici", 212 (1978) 601-607.

ID., El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá, en "Cuadernos Mundo Cristiano" 19 (1978)

ID., El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en "Palabra" 156-157 (1978) 341-345.

J.M.ESCARTÍN, Devoción y amor a María en Camino, en José Morales (ed.), *Estudios sobre Camino: colección de estudios*, Madrid 1988, pp. 319-337.

F.FERNÁNDEZ CARVAJAL-P.BETETA LÓPEZ, *Hijos de Dios: la filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995.

J.GALÁN, Cincuenta años de una romería inolvidable: Santuario de Nuestra Señora de Sonsoles, en "Mundo Cristiano" 220 (1985) 41-43.

S.GAROFALO, *El valor perenne del Evangelio*, en "Scripta Theologica" 24 (1992) 31ss.

L.M.HERRÁN, La devoción a San José en la vida y enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei (1902-1975), en "Estudios Josefinos" 34 (1980) 147-189.

J.L.ILLANES, Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha, en "Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei", Pamplona 1985.

ID., *Los cristianos en la historia*, en "Nueva Revista" 24 (1992) 13 ss.

ID., El cristiano "alter Christus-ipse Christus"; Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en G. Aranda (et al.), *Biblia, exégesis, cultura. Estudios en honor del Prof. José María Casciaro*, Pamplona 1994, pp. 605-622.

M.LANTINI, *Tre amori*, en "Studi Cattolici" 173 (1975) 406-408.

M.MARTÍNEZ, Josemaría Escrivá – Fundador del Opus Dei, peregrino de Fátima, Madrid 2002.

V.MATTIOLI, *Josemaría Escrivá de Balaguer: un regalo di Dio*, en "Palestra del Clero" 70 (1991) 203-235.

J.MORA-FIGUEROA, Dios Padre y María en la pastoral del Santuario de Torreciudad, en "Estudios Marianos" 66 (2000) 431-451.

F.OCÁRIZ, La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, pp. 173-214.

ID., *María y la Trinidad*, en: "Scripta Theologica" 20 (1988) 771-792.

ID., El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y la Teología, en: "Scripta Theologica" 26 (1994) 977-991.

J.ORLANDIS ROVIRA, *El Fundador del Opus Dei y Nuestra Señora de Torreciudad*, en M.Gómez-M.Garrido (ed.), *Torreciudad*, Madrid 1988, pp. 55-67.

A.OROZCO, *Aprender en Camino el amor a la Virgen*, en J.Morales (ed.), *Estudios sobre Camino: colección de estudios*, Madrid 1988, pp. 339-357.

D.RAMOS-LISSÓN, *El uso de los loci patrísticos en las Homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en "Anuario de Historia de la Iglesia" 2 (1993) 17-28.

J.A.RIESTRA, *La Maternità spirituale di Maria nell'esperienza mariana di San Josemaria Escrivá*, «Annales teologici» 16 (2002) 473-489.

P.RODRÍGUEZ, *Omnia traham ad meipsum. El sentido de Juan 12,32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, en "Romana" 13 (1991) 331-352.

ID., *Santità nella vita quotidiana: "Amare il mondo appassionatamente"*, en: "Studi Cattolici" 381 (1992) 717-729.

P.TINEO, *La formación teológica en los seminarios españoles (1890-1936)* "Anuario de Historia de la Iglesia" 2 (1993) 45-96.

J. TOLDRÁ PARÉS, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, "Anuario de Historia de la Iglesia" 6 (1997) 607-674.

### III.TEXTOS MARIOLÓGICOS CONSULTADOS

#### *Monografías*

J.ALFARO, *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, en "Estudios sobre el Concilio Vaticano II", Bilbao 1966.

J.L. BASTERO, *María, Madre del Redentor*, Pamplona 1995.

ID., *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, Madrid 2001.

R.BERNARD, *The mystery of Mary*, St. Louis 1960.

G.M.BESUTTI, *Lo schema mariano al Concilio VaticanoII. Documentazione e note di cronaca*. Roma 1966.

R.BROWN-K.P.DONFRIED, *María en el Nuevo Testamento*, Salamanca 1982.

J.CANTINAT, *La Madonna nella Bibbia*, Torino 1987.

J.B.CAROL, *Mariología*, Madrid 1964.

O.DA SPINETOLI, *Maria nella Tradizione biblica*, Bologna 1967.

ID., *Maria nella Bibbia*, Bologna 1988.

- L.DEISS, *María, Hija de Sion, figura de la Iglesia*, Madrid 1964.
- I.DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993.
- S.DE FIORES, *Maria nella Teologia contemporanea*, Roma 1987.
- F.DELCLAUX, *Vida y gracia de la Virgen María*, Madrid 1978.
- A.DEMOULIN, Cardinal Mercier. *La Vierge Marie. Pages choisies*, Liège 1947.
- EPIFANIO el MONJE, *Vida de María*, Madrid 1990.
- J.ESQUERDA, *La Virgen del Vaticano II*, Bilbao 1966.
- I.FLORES DE LEMUS, *Esta es la Inmaculada. Vida de la Virgen María*, Madrid 1955.
- J.GALOT, *Maria nel Vangelo*, Milano 1964.
- ID., *Dieu et la femme*, Louvain 1986.
- ID., *Marie dans l'Évangile*, Rome 1985.
- P.GÄCHTER, *María en el Evangelio*, Bilbao 1959.
- M.GASNIER, *Les silences de Saint Joseph*, Paris 1958.
- A.GEORGE, *Marie dans le Nouveau Testament*, Paris 1981.
- S. LUIGI M. GRIGNION DE MONTFORT, *La vera devozione alla beata Vergine Maria, e il segreto di Maria*, Cinisello Balsamo 1987.
- H.M.GUINDON, *Marie de Vatican II*, Paris 1971.

- J.IBÁÑEZ-F.MENDOZA, *La Madre del Redentor*, Madrid 1988.
- E.ITURBIDE, *El Evangelio de María. Vida de la Virgen*, Pamplona 1966.
- M.JUGIE, *La mort et l'Assomption*, Rome 1944.
- O.KNOCH, *Maria in der Heiligen Schrift*, en W.Beinert-H.Petri, *Handbuch der Marienkunde*, Regensburg 1984.
- T. KOEHLER, *Maria nella vita della Chiesa nel sec. XX dal 1914 fino al 1974. Storia della mariologia (vol. V)*, Vercelli 1976.
- R.LAURENTIN, *La question mariale* Paris 1963.
- ID., *La Vierge au concile*, Paris 1965.
- ID., *Court Traité sur la Vierge Marie*, Paris 1967.
- ID., *Les Evangiles de l'Enfance du Christ*, Paris 1982.
- J.McHUGH, *La Madre de Jesús en el Nuevo Testamento*, Bilbao 1978.
- J.P.MICHAUD, *María de los evangelios*, Estella 1992.
- J.H.NEWMAN, *Rosa mistica*, Madrid 1982.
- A.OROZCO, *Mirar a María*, Madrid 1991.
- J.M.PEMAN, *Lo que María conservaba en su corazón*, Madrid 1968.
- G. PHILIPS, *L'Eglise et son mystère au II<sup>o</sup> Concile Vatican. Histoire, texte et commentaire de la Constitution «Lumen gentium», t.2*, Tournai 1968.

- M.PONCE, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995.
- C.POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1990.
- J.RATZINGER, *La figlia di Sion* Milano 1995.
- J.REY, *Retratos de la Virgen*, Santander 1954.
- G.M.ROSCHINI, *Vida de la Virgen María*, Buenos Aires 1948.
- ID., *La Madre de Dios*, Madrid 1962.
- ID., *La consacrazione del mondo al Cuore Immacolato di Maria*, Roma 1946.
- A.ROYO MARÍN, *La Virgen María. Teología y espiritualidad mariana*, Madrid 1968.
- J.M.SALGADO, *La Maternité spirituelle de la très sainte Vierge Marie. Bilan actuel*, Ciudad del Vaticano 1990.
- L.SANZ BURATA, *Vida de la Sma. Virgen*, Barcelona 1971.
- A.SCHROEDER, *Historia de María, la Virgen María*, Madrid 1951.
- O.SEMMELROTH, *Marie, archétype de l'Eglise*, Paris 1965.
- A. SERRA, *Sapienza e contemplazione di Maria secondo Luca 2,19,51*, Roma 1982.
- M.THURIAN, *Marie, Mère du Seigneur et Figure de l'Eglise*, Taizé 1962.



M.WARNER, *Sola fra le donne. Mito e culto di Maria Vergine*, Palermo 1980.

F.M.WILLAM, *Vida de María (La Madre de Jesús)*, Barcelona 1982.

*Artículos*

J.A.DE ALDAMA, *Mariologia seu de Matre Redemptoris*, en: "Sacrae Theologiae Summa", III, Matriti 1953, p. 342.

ID., *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, Madrid 1966, pp.1048-1084,

ID., *¿Avances de la teología mariana en el concilio Vaticano II?* en: "Estudios Marianos" 31 (1968) 30-42.

ID., *El movimiento mariano desde Pío IX al Vaticano II*, en Sociedad Mariológica Española (ed.) *Enciclopedia Mariana Posconciliar*, Madrid 1975, pp. 47-50.

J.M.ALONSO, *Mariología y biología*, en: "Ephemerides Mariologicae" 6 (1956) 217-230.

ID., *Cuestiones actuales II. La concepción virginal entre católicos*, en: "Ephemerides Mariologicae" 21 (1971) 257-302.

ID., La concepción virginal de Jesús ¿historia o leyenda? Un diálogo teológico, en: "Ephemerides Mariologicae" 21 (1971) 161-206.

ID., *Maternidad divina y cristologías*, en: "Ephemerides Mariologicae" 30 (1980) 7-68.

A.AMATO, L'Enciclica mariana Redemptoris Mater di Giovanni Paolo II. Problemi e interpretazioni, en: "Salesianum" 49 (1987) 816-832.

G. BARAÚNA y J. GALOT, en G.BARAÚNA, *La Iglesia del Vaticano II*, ed.esp. t.2 (Barcelona 1966) p.1163-1199;

J.L.BASTERO, *Actualidad del símbolo de Calcedonia*, en "Actas del IV Simposio de Teología Histórica", Valencia 1987, pp. 97-113.

ID., *La doctrina dela Maternidad Espiritual en el siglo XX*, en "Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la Teología", Pamplona 1998, pp.425-447.

ID., Evolución de la mediación mariana despues del C.Vaticano II, en: "Scripta Theologica" 32 (2000) 135-159.

W.BEINERT, *Devozione mariane: una chance pastorale*, en: "Communio" 7 (1978) 84-101.

G.M.BESUTTI, *I santuari mariani. Rassegna di alcune pubblicazioni*, en: "Marianum" 13 (1951) 477-485; 15 (1953) 384-400.

ID., *Il culto alla Vergine*, en: "Marianum" 18 (1956) 363-412.

ID., *Apparizioni e santuari mariani*, en: "Marianum" 24 (1962) 258-317.

- V.M.BUFFON, *Intorno all'origine dei santuari mariani*, en: "Marianum" 24 (1962) 183-243.
- G.CALVO, *La maternidad espiritual de María*, en L'Osservatore Romano, 26.IX.1997, p.9.
- R.CASANOVAS, *Ejemplaridad de María en la Iglesia*, en: "Estudios Marianos" 30 (1968) 235-287.
- S.DE FIORES, *La mariologia nel secolo XX: continuità e novità*, en D. Valentini (ed.) *La teologia. Aspetti innovatori e la loro incidenza sulla ecclesiologia e sulla mariologia*, Roma 1989, pp. 283-297.
- B.DE MARGERIE, *Peut-on définir la maternité spirituelle de Marie?*, en: "Maria" 43 (1981) 394-418.
- L.DIEZ MERINO, *Fundamentación bíblica de la Mariología*, en: "Estudios Marianos" 57 (1992) 53-100.
- J. ESQUERDA, *María, tipo de la Iglesia*, en: "Estudios Marianos" 31 (1968) 185-239.
- A.FEUILLET, *L'heure de la femme (Jn 16,21) et l'heure de la mère de Jésus (Jn 19,25-27)*, en: "Biblica" 47 (1966) 370-378.
- ID., *Le chapitre XII de l'Apocalypse. Son caractère synthétique et sa richesse doctrinale*, en "Esprit et Vie" 99 (1978) 674-683.
- J.GALOT, *La virginité de Marie et la naissance de Jésus*, en: "Nouvelle Revue Théologique" 92 (1960) 449-461.

ID., *Marie dans la nouvelle Theologie Hollandaise*, en: "Ephemerides Mariologicae" 30 (1980) 69-83.

ID., *Maria: Mediatrice o Madre universale?*, en "La Civiltà Cattolica" 147 (1996) 241-246.

E. GAMBARI, *Ordini e Congregazioni religiose di nome e di orientamento mariani*, Enciclopedia Mariana «Theotócos», Genova-Milano 1954, 599-610.

M.GARRIDO BONAÑO, Culto y veneración a la Madre de Jesús en la primitiva Iglesia , en: "Estudios Marianos" 36 (1972) 43-60.

ID., Aportación de la liturgia al estudio y a la estructura de la Mariología, en: "Estudios Marianos" 36 (1972) 57 (1992) 121-142.

L. HERRÁN, Visión conjunta de las relaciones María-Iglesia en la «Lumen gentium»: en: "Estudios Marianos" 28 (1966) 283-332.

H.M.KÖSTER, *Mariologia nel XX secolo*, en R.Vander Gucht-H.Vorgrimler (ed.), *Bilancio della teologia del XX secolo*, Roma, 1972, pp. 136-160.

T.KOEHLER, "Storia della Mariologia", en S.De Fiores-S.Meo (ed.), *Nuovo Dizionario di Mariologia*, Cinisello Balsamo 1985, pp. 1385-1405.

M.KRÄMER, Die Menschwerdung Jesu Christi nach Mattäus (Mt 1). Sein Anliegen und sein literarisches Verfahren, en: "Biblica" 45 (1964) 48-60.

- R.LAURENTIN, *Intuitions du cardinal Mercier*, en: "La Vie Spirituelle", 84 (1951) 518-522.
- ID., *Bulletin sur la Vierge Marie*, en: "Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques" 52 (1968) 509-520.
- M.LLAMERA, *María Madre de los hombres y de la Iglesia*, en: "Enciclopedia Mariana Posconciliar", Madrid 1975, pp. 401-404.
- A.LUIS, La Mediación universal de María en el capítulo VIII de la «Lumen gentium», en: "Estudios Marianos" 31 (1968) 131-184.
- S. MEO, *Mediatrice*, en "Nuovo Dizionario di Mariologia", Cinisello Balsamo 1985, pp. 1313-1315
- ID., *La mediazione materna di Maria nell'Enciclica 'Redemptoris Mater*, en PAMI, "Redemptoris Mater. Contenuti e prospettive dottrinali e pastorali", Roma 1988, p. 131-137.
- B.M. MORINEAU, Les Congrégations religieuses d'hommes du XVII siècle à nos jours, en: "Maria" 3, 342-344.
- J.ORDOÑEZ MARQUEZ, *Hacia una visión integral de la mediación de María*, en: "Estudios Marianos" 54 (1989) 51-85.
- G.PHILIPS, *Mariologie et Theologie postconciliaires*, en: "Ephemerides Mariologicae" 20 (1970) 23-34.
- J.POLO, *María, Sagrario viviente del Espíritu Santo*, en: "Scripta Theologica" 19 (1987) 683-727.

L.RENWART, «*Qui dites-vous que je suis?*» *La Christologie de P.J.A. Schoonenberg*, en: "Nouvelle Revue Théologique" 95 (1973) 1139-1152.

J.A.RIESTRA, *María en la vida de la Iglesia y de los cristianos (Redemptoris Mater, nn. 25-49)*, en: "Scripta Theologica" 19 (1987) 661-681.

ID., *El título «Mater Ecclesiae» en los manuales recientes de Mariología*, en: "Annales theologici" 10 (1996) 450-453.

A.RIVERA, *El culto mariano en la Constitución dogmática*, en: "Estudios Marianos" 30 (1968) 289-314.

A.ROBERT, *La Sainte Vierge dans l'Ancien Testament*, en: "Maria", Paris 1949, t. I.

E.DEL SAGRADO CORAZÓN, *La cooperación de María a la obra de la Redención en la Teología posconciliar*, en: "Estudios Marianos" 32 (1969) 149-230.

E.SAURAS, *Maternidad divina y nuevas cristologías*, en: "Estudios Marianos" 42 (1978) 82-105.

#### IV. OTRAS OBRAS TEOLÓGICAS CONSULTADAS

J.M.CASCIARO-J.M. MONFORTE, *Jesucristo, Salvador de la Humanidad. Panorama Bíblico de la Salvación*, Pamplona 1996.

B.DE MARGERIE, *Introduction a l'histoire de l'exégèse*, 4 vols., Paris 1980-1990.

A.DIEZ MACHO, *Jesucristo «Único». La singularidad de Jesucristo*, Madrid 1976.

H.MAZZELLA, *Praelectiones Scholastico-Dogmaticae*, t.3, Roma 1910.

E.C.MESSENGER, *Two in One Flesh*, t.2, London 1948.

A.MITTERER, *Dogma und Biologie der Heiligen Familie*, Viena 1952.

J.MORALES, *Religión, Hombre, Historia, Estudios newmanianos*, Pamplona 1989.

F.OCÁRIZ,L.F.MATEO SECO,J.A.RIESTRA, *El Misterio de Jesucristo*, Pamplona 1991, 2ªed.

A.OLIVAR, *La predicación cristiana antigua*, Barcelona 1991.

M.M.PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Madrid 1989.

J.PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Bogotá 1988.

M.J.SCHEEBEN, *Handbuch der Katholischen Dogmatik*, t. III, Freiburg 1882.

R.SCHNAKENBURG, *El Evangelio según S. Juan I y II*, Barcelona 1980

JUAN DUNS SCOTO, *In III Sententiarum*.

M. SIMONETTI, *Profilo storico dell'esegesi patristica*, Roma 1981.

S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, I; II-II; III.

R.YEPES, *Fundamentos de la Antropología*, Pamplona 1996.

## V. TEXTOS CITADOS DEL MAGISTERIO

**SAN PÍO V**, Bula *Ex omnibus afflictionibus* (1-X-1567), D 1073.

**B. PÍO IX**, Aloc. *Inter graves* (1-XII-1854), Acta Pii IX, I, 594; Bula *Ineffabilis Deus* (8-XII-1854), Acta Pii IX, I, 597; Decreto *Quemadmodum Deus* (8-XII-1870), ASS VI 193-194; Epist. apost. *Inclytum Patriarcam* (7-VII-1871), ASS VI 324-327.

**LEÓN XIII**, Epist. enc. *Supremi Apostolatus* (1-IX-1883), Acta Leonis III, 280; Epist. apost. *Salutaris ille* (24-XII-1883), Acta Leonis III, 299; Epist. enc. *Superiore anno* (30-VIII-1884), Acta Leonis IV, 123; Epist. enc. *Quod auctoritatem* (22-XII-1885), Acta Leonis V, 169; ASS XVIII 257ss.; Epist. *Più volte* (31-X-1886), Acta Leonis VI, 203; ASS XIX 216; Epist. apost. *Optimae quidem spei* (21-VII-1891), Acta Leonis XI, 235; ASS XXIV 129; Epist. enc.



*Magnae Dei Matris* (8-IX-1892), Acta Leonis XII, 221; Epist. enc. *Laetitia sanctae* (8-IX-1893), Acta Leonis XIII, 283; Enc. *Providentissimus* (18-XI-1893), ASS XXVI 269-292: Ench.Bibl 114; Enc. *Iucunda semper* (8-IX-1894), Acta Leonis XIV, 305; Epist. *Postquam eucharisticis* (30-VII-1895), Acta Leonis XV, 275; Epist. enc. *Adiutricem populi* (5-IX-1895), Acta Leonis XV, 300; Epist. enc. *Fidentem piumque* (20-IX-1896), Acta Leonis XVI, 332; Epist. enc. *Augustissimae Virginis* (12-IX-1897), Acta Leonis XVII, 291; ASS XXX 129; Epist. *Mariani coetus* (2-VIII-1898), Acta Leonis XVIII, 121-122; Epist. enc. *Diuturni temporis* (5-IX-1898), Acta Leonis XVIII, 154; Decreto *Quo religio* (12-XII-1898) ASS XXXI (1898) 538-540.

**SAN PÍO X**, Enc. *Ad diem illum* (2-II-1904), Acta Pii X, I, 147-151; Decreto *Immaculatae Mariae Virginis* (13-XI-1907), ASS XL (1907) 747; Decreto *Dolores Virginis* (12-V-1908), ASS XLI (1908) 409-410; Epist. *Sacra solemnina* (23-XII-1908), AAS 1 (1908-1909) 141-142; Aloc. a los franciscanos (12-XI-1910), AAS 2 (1910) 909.

**BENEDICTO XV**, Epist. *Altero iam* (19-IV-1916), AAS 8 (1916) 172; Epist. apost. *Inter sodalicia* (22-V-1918), AAS 10 (1918) 181; Epist. *Cum annis* (20-I-1919), AAS 11 (1919) 37; Epist. *Maximus ille* (14-XI-1921), AAS 14 (1921) 38.

**PÍO XI**, Epist. *Petis tu quidem* (18-III-1922), AAS 14 (1922) 274; Epist. *Cum feliciter* (18-V-1927), AAS 19 (1927) 410; Epist. *Catholicis hominibus* (22-XI-1930), AAS 22 (1930) 515-516; Epist. enc. *Lux veritatis* (25-XII-1931), AAS 23 (1931) 493; Epist. *Auspiciatus profecto* (28-I-1933), AAS 25 (1933) 80.

**PÍO XII**, Epist. *Quandoquidem in gubernando* (20-IV-1939), AAS 31(1939) 154; Epist. *Superiore anno* (15-IV-1940), AAS 32 (1940) 144; Epist. *Quamvis plane* (20-IV-1941), AAS 33 (1941) 110; Epist. *Dum saeculum* (15-IV-1942), AAS 34 (1942) 125; Radiomensaje *Benedicite Deum* (31-X-1942), AAS 34 (1942) 313; Epist. *Singulis annis* (15-IV-1943), AAS 35 (1943) 103; Epist. enc. *Mystici corporis* (29-VI-1943), AAS 35 (1943) 246; Epist. *Dum diffracta*, (5-VIII-1943), AAS 35 (1943) 255; Epist. *Quamvis immanis* (25-XI-1943), AAS 35 (1943) 362; Epist. *Quocumque oculos* (24-IV-1944), AAS 36 (1944) 145; Epist. *Communium interpretes*(15-IV-1945), AAS 37 (1945) 97; Decreto *Cultus liturgicus*, AAS 37 (1945) 50-51; Epist. *Philippinas insulas* (31-VII-1946), AAS 38 (1946) 417; Enc. *Mediator Dei*, AAS 39 (1947) 451; Epist. *Novissimo uniuersarum* (1-V-1947), AAS 40 (1947) 492; Radiomensaje al Congreso Mariano de Argentina (12-X-1947), AAS 39 (1947) 627; Epist. *Ex officiosis litteris* (15-I-1948), AAS 40 (1948) 106; Epist. enc. *Auspicia quaedam* (1-V-1948), AAS 40 (1948) 169; Epist. *Neminem profecto* (11-II-1950), AAS 42 (1950) 390; Alocución después de la canonización de Santa Juana Reina de Francia (29-V-1950), AAS 42 (1950) 481; Const. apost. *Munificentissimus Deus* (1-XI-1950), AAS 42 (1950) 753; Epist. enc. *Ingruentium malorum* (15-IX-1951), AAS 43 (1951) 577; Epist. apost. *Sacro vergente anno*. (7-VII-1952), AAS 44 (1952) 505; Epist. enc. *Fulgens corona* (8-IX-1953), AAS 45 (1953) 577; Radiomensaje *Quando lasciate* (8-XII-1953), AAS 45 (1953) 848; Radiomensaje *Depuis le 8 décembre* (5-IX-1954), AAS 46 (1954) 540; Epist. enc. *Ad Caeli Reginam* (11-X-1954), ASS 46 (1954) 638; Radiomensaje al Congreso Mariano de Sicilia (17-X-1954),

AAS 46 (1954) 659; Alocución *Le testimonianze* (1-XI-1954), AAS 46 (1954) 662; Radiomensaje *Quién Nos pudiera* (12-X-1954), AAS 46 (1954) 680-683.

**B. JUAN XXIII**, Radiomensaje (28-II-1959), AAS 51 (1959) 144s; Radiomensaje (27-IV-1959), AAS 51 (1959) 313s; Radiomensaje a las Congregaciones Marianas (20-VIII-1959), AAS 51 (1959) 639s; Epist. enc. *Grata recordatio* (26-IX-1959), AAS 51 (1959) 673-678; Motu proprio *Maiora in dies* (8-XII-1959), AAS 52 (1960) 24s; Alocución en la clausura del Sínodo Romano, AAS 52 (1960) 297s.; Epist. *L'Ottobre* (28-IX-1960), AAS 52 (1960) 814-817; Radiomensaje (13-XI-1960), AAS 52 (1960) 980-981; Epist. apost. *Il religioso convegno* (29-IX-1961), AAS 53 (1961) 641-647; Epist. apost. *Oecumenicum Concilium*(28-IV-1962), AAS 54 (1962) 242s.; Alocución en la basílica de Loreto (4-X-1962), AAS 54 (1962) 723s.

**PABLO VI**, Alocución inaugural de la 2ª etapa del Concilio Vaticano II (29-IX-1963), AAS 55 (1963) 841s.; Discurso de clausura de la 3ª etapa del Concilio Vaticano II (21-XI-1964), AAS 56 (1964) 1014s.; Discursus traductoribus e libris liturgicis in vernacula linguas (10.XI.1965), en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. 3, 1965; Epist. enc. *Christi Matri*(15-IX-1966), AAS 58 (1966) 745-756; Exh. apost. *Signum Magnum*(13-V-1967), AAS 59 (1967) 465-475; *Solemnis Professio fidei*(30-VI-1968), AAS 60 (1968) 436s.; Exh. apost. *Marialis cultus*(2-II-1974), AAS 66 (1974) 113-168;

**JUAN PABLO II**, Homilía Catedral México (26-I-1979), *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II 1979, pp.145-146; Homilía en Pompeya (21-10-1979), *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II, 2 1979, pp. 813-819; Enc. *Dives in misericordia* (30-XI-1980), AAS 72 (1980) 1177s.; Exh. apost. *Salvifici doloris*

(11-II-1984), AAS 76 (1984) 201-250; Exh. apost. *Reconciliatio et paenitentia*(28-XII-1984), AAS 77 (1985) 185s; Discurso (4-II-1987), n. 1. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, X, 1 (1987) 258; Enc. *Redemptoris Mater*(25-III-1987), AAS 79 (1987) 362 s.; Enc. *Redemptoris missio*(7-XII-1990), AAS 83 (1991) 249s.;